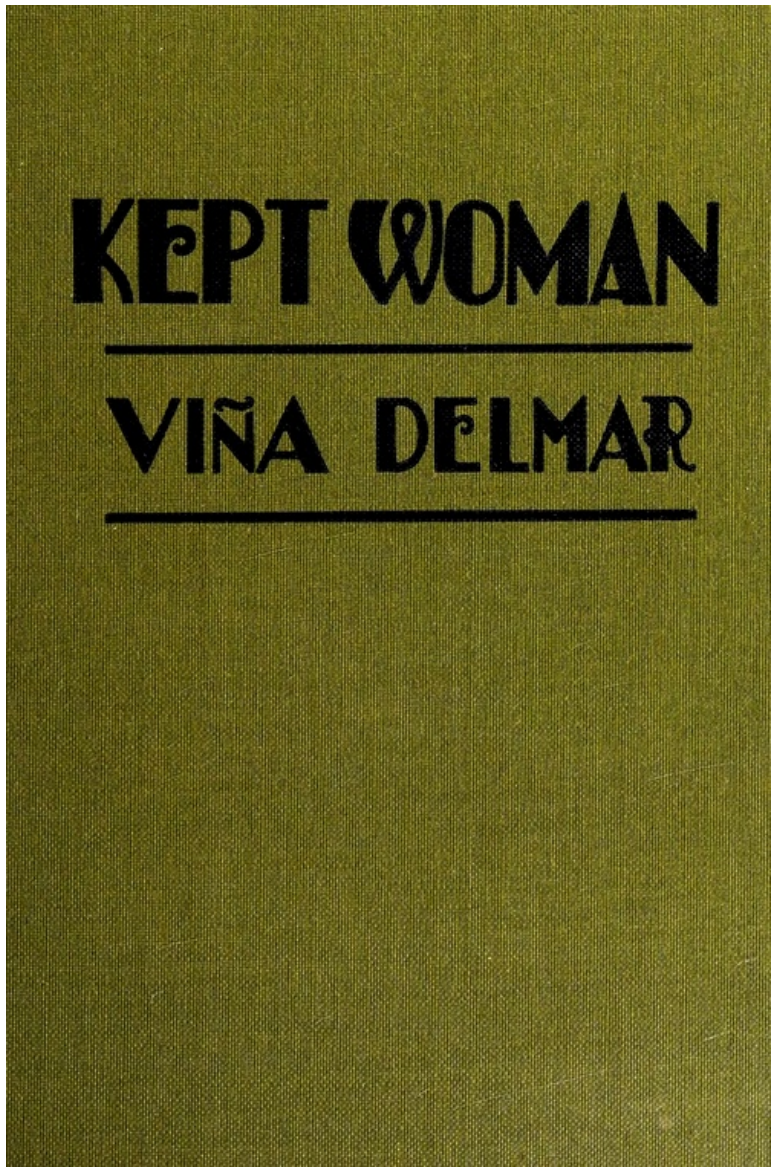
Mujer amparada
Viña Delmar

Sobre esta edición

Obra original: *Kept Woman* –Viña Delmar, 1929.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

ARCHIVO
HISPÁNICO


KEPT WOMAN
VIÑA DELMAR

CAPÍTULO 1

Alguien venía por el sendero. Ese alguien era Hubert. La señora Scott lo vio y le dijo a su hijo:

—Aquí viene tu papá.

Su tono fue el de quien dice: *"Todos tienen una cruz que cargar"*. El joven Hubert agarró una revista de entre las muchas que había sobre la mesa. La señora Scott abandonó su cómodo sillón junto a la chimenea y se sentó en el escritorio. Se puso a revisar con cuidado el recibo del teléfono.

Hubert Scott entró con su llave y cerró la puerta con un golpe. Se detuvo en el vestíbulo, dejó el abrigo y el sombrero en el pasamanos, y esperó a que su familia lo saludara. Nadie dijo nada. Tampoco se sorprendió ni se sintió herido. Cada noche, desde hacía nueve años, había esperado en ese mismo lugar oír a su familia decirle "hola". Siempre era él quien hablaba primero.

—Hola —dijo.

El joven Hubert respondió "hola" sin levantar la vista de la revista. La señora Scott ni parpadeó. El recibo del teléfono tenía toda su atención.

—Esto parece una morgue. ¿Qué hacen ustedes todo el día? ¿Sentarse y aparentar sabiduría?

Nadie respondió. Hubert Scott se fue a la cocina. Tenía sed y quería un vaso de agua. Los Scott tenían una cocina buena: cálida, limpia, con olor a comida recién hecha. Nellie estaba bañando el asado en su jugo cuando él entró.

—Hola, Nellie.

—Buenas noches, señor Scott.

—¿Qué vamos a cenar, Nellie? —preguntó con voz fuerte y alegre. Eso hizo sonreír a Nellie.

—¡Eso, sonríe! —ordenó él—. No cuesta nada y hace que todos se sientan mejor.

Su voz se volvió aún más alta, como si quisiera que lo oyeran en la sala.

—Sonríe. La gente que nunca sonríe me enferma.

Nellie estalló en carcajadas. El señor Scott siempre la divertía. *"Nunca trabajé en una casa con un hombre tan gracioso"*, pensó mientras lo veía beber el agua de un trago. *"Dios, uno pensaría que la señora Scott estaría riéndose todo el tiempo."*

Él dejó el vaso en la barra brillante y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué dijiste que había para la cena, Nellie?

—Carne asada, señor Scott.

—Hoy puede ser carne asada, pero mañana será sobras.

Nellie encontró esto demasiado gracioso y se apoyó débilmente contra la pared, riendo a carcajadas.

Hubert salió de la cocina. Tenía que subir a arreglarse antes de la cena. Al pasar por el vestíbulo miró otra vez a su familia. Seguían sentados como los había visto al entrar.

—No hagan tanto ruido —les gritó mientras subía corriendo.

La habitación de su esposa estaba justo enfrente, en el segundo piso. Miró dentro. Siempre miraba dentro. Si ella no quería que lo hiciera, pensaba él, debería cerrar la puerta. Hm, algo nuevo. Entró caminando muy suave. Al pie de la cama se detuvo a admirar un extraño adorno. ¿Cómo llamarías a eso? Una especie de corona suspendida en el aire, con tul blanco cayendo y formando cortinas a los lados de la cama. Bonito. ¿Lo llamarías dosel? Vaya, Helen tenía las mejores ideas.

Miró alrededor. Era la primera vez en meses que cruzaba ese umbral. Recordó la última vez: cuando Helen estuvo enferma de pleuresía.

Volvió a mirar la cama con su nuevo adorno. Se rió para sí. Menos mal que ya no dormía ahí. Se vería ridículo durmiendo bajo un montón de tul blanco. Esa lámpara amarilla detrás del sofá era bonita. Se quedó en el centro de la habitación pensando tonterías, como quien hace conversación educada y sin sentido. Parecía que esperaba algo. Y llegó.

Helen entró. Se sorprendió al verlo. Frunció el ceño, intrigada.

—Solo estaba mirando eso —explicó señalando la cama—. Es bonito.

—¿Te gusta?

—Claro. Está genial. También me gusta esa lámpara detrás del sofá.

—¿Detrás de...? Ah, detrás de la *chaise longue*.

—Sí. ¿Dónde la compraste?

—Me la regalaron por mi cumpleaños.

—Ah. Bueno, supongo que debo lavarme para la cena.

Helen no respondió. Se sentó frente al tocador y empezó a aplicarse crema en la cara con ese movimiento hacia arriba y hacia afuera que les recomiendan a las mujeres de más de cuarenta que se cuidan. Hubert fue a su propia habitación. Era pequeña, pero tenía tres ventanas y muebles cómodos. Helen se había encargado de la decoración. Él recordó que ella se había esforzado mucho para que fuera atractiva para él. Había sido muy amable al hacer eso.

Se preguntó si debía afeitarse. Se miró en el espejo, giró la mejilla hacia el cristal y, al mismo tiempo, se pasó la mano por la barba de un día, como si no quisiera ver si realmente necesitaba el rastrillo. Decidió que podía esperar otro día. Además, era tonto afeitarse si no iba a haber visitas. Supuso que tendría que cambiarse la camisa. Esta estaba bastante sucia. Bueno, no tanto. Se miró otra vez en el espejo. La camisa estaba bien. ¡Qué demonios! Se lavaría la cara y las manos, se limpiaría las uñas, y con eso bastaría.

Bajó por el pasillo hacia el baño. La puerta estaba cerrada, pero a menudo se atoraba, y Hubert pensó que era uno de esos casos. Giró la perilla y empujó la puerta. La voz de Helen, helada de desprecio, salió desde adentro:
—¿Quieres un hacha?

Él no respondió. Bajó y se lavó las manos en la tarja de la cocina, luego las secó en la toalla de rodillo que colgaba en la despensa. Ya estaba listo para la cena. Helen aún no había bajado. Nellie estaba esperando para servir hasta que ella llegara.

Hubert entró en la sala. Su hijo seguía absorto en la revista, ahora realmente interesado en algo.
—Bueno, hijo —dijo Hubert amablemente—, ¿cómo te fue hoy?
—Normal —respondió el muchacho, sin dejar de leer.
—Pues yo tuve un día muy ajetreado. ¡Hoy vendí mi negocio!
—¿Ah, sí? —preguntó el joven Hubert, pasando la página y fijando los ojos en la nueva columna de texto.
—Sí, vendí mi negocio. Se acabó. De ahora en adelante soy un caballero que vive de sus rentas.

Mientras hablaba, Helen bajó las escaleras y, al pasar junto a él, abrió de golpe las puertas corredizas entre la sala y el comedor.
—La cena está servida —dijo.

Su esposo y su hijo la siguieron. Se sentaron a la mesa y Hubert, acomodándose la servilleta bajo la barbilla, preguntó:
—¿Oíste eso, Helen? Vendí mi negocio.
—Supe hace varios días que ibas a hacerlo —respondió ella.
—¿Quién te lo dijo?
—Tú mismo.
—Perdón, pero no había mencionado nada al respecto.
—Oh, no discutamos. Una noche, de siete a diez, hablaste sin parar de lo que harías cuando vendieras el negocio: que irías a los mares del sur a pescar, que dormirías todos los días hasta el mediodía, que

invertirías un poco en la bolsa y comprarías un par de autos; y justo cuando empezabas a debatir contigo mismo si te convenía tomar clases de aviación, me quedé dormida.
—Yo también —añadió el joven Hubert.

Hubert padre no dijo nada. En realidad, parecía que sí les había contado algo de sus planes. Observó a Helen en silencio. Ella estaba sirviendo zanahorias con crema en los platos de verduras. Le gustaba cómo lo hacía: ordenada y rápida. Ella no lo miraba. Tampoco el joven Hubert; así que él podía mirarla si quería. Se veía bastante bien, aunque su cabello ya fuera blanco. Claro, eso siempre hacía que una persona pareciera mayor. Hubert se pasó la mano con satisfacción por su propio cabello rojizo. No tenía ni una cana y era un año mayor que Helen. Curioso que ella no se lo tiñera. Uno pensaría que lo haría. Era absurdo que se pusiera hielo en la cara, hiciera dieta y todo tipo de maniobras para parecer joven, y luego dejara que su cabello se pusiera blanco. Bueno, no era asunto suyo.

Sus ojos, gris verdosos y fríos como el mar de invierno, se encontraron con los de él cuando le ofreció un plato de zanahorias. Él lo tomó y dijo:
—Gracias.

Helen no respondió. Quería hablarle, pero no se le ocurría nada adecuado. Sabía que él estaba lleno de entusiasmo y de autocomplacencia. Se sentía como un gran hombre de negocios esa noche, y una oleada de simpatía la hizo querer ser amable y darle la oportunidad de hablar de sí mismo. Sus ojos se detuvieron en él y pensó en lo gordo que se estaba poniendo y lo descuidado que estaba. Su camisa parecía usada de toda la semana y seguramente llevaba tres días sin afeitarse. Sus uñas estaban sucias. Antes las mantenía limpias. Pero eso había sido en los días de noviazgo. Ella había amado su cabello rojo y rebelde y el hecho de que nunca tuviera un momento serio. Él siempre quería jugar y reír, y ella había amado esa alegre irresponsabilidad.

Con el tiempo aprendió que esa irresponsabilidad y deseo de jugar eternamente no eran más que una incapacidad de pensar. Era tan torpe, tan aburrido. Incluso sus mentiras no eran entretenidas, y su humor, Helen lo había notado, solo era celebrado por Nellie y el muchacho de la carnicería. Pero alguna vez había sido atractivo, y aún ahora, salvo por su descuido, era agradable de ver. Tenía un rostro joven. Muy rojo, pero con arrugas de risa alrededor de los ojos que le daban un aire sano y jovial. Parecía un campesino fuerte y feliz. Sí, era un rostro joven. A Helen se le ocurrió que la incapacidad de pensar conservaba la juventud mejor que el hielo y los masajes. Recordó que los tontos siempre parecían más jóvenes que la gente normal que se preocupa por los problemas y por el futuro. Sus ojos eran de un azul brillante y ahora la miraban. Ella le habló dulcemente, con calidez, como a un niño que trae a casa orgulloso un juguete hecho con sus propias manos.

—¿Cuánto te dieron por el negocio, Hubert?

Él sonrió feliz. Era su momento. La curiosidad había vencido los aires de superioridad de ella. Ahora se la cobraría.
—¿No te encantaría saberlo? —respondió evasivo.

—¡Idiota! —Helen lo miró fríamente—. № No me interesa. Solo estaba haciendo conversación porque sé que te mueres por hablar de ti mismo. Ahora, ve y habla con Nellie.

—¿Ah, sí? —dijo él—. Pues hay gente mucho más lista que tú que me escucha hablar. Además, nunca adivinarías cuánto conseguí por el negocio.

El joven Hubert se rió. Helen se apartó de él. Al reírse, el muchacho se parecía a su padre: las mismas arrugas alrededor de los ojos y la misma nota histérica y tonta. Pero había consuelo en recordar que, a los veinte, él era más inteligente y sofisticado que su padre a los cuarenta y dos. Su cabello era rojo, pero bien peinado y cortado. Detrás de sus ojos azules de Scott había un cerebro Dietz, y Helen

había aprendido que lo que importaba era el cerebro.

Ella cortó dos rebanadas más del asado. Hubert le pasó su plato vacío y ella lo volvió a llenar. Al servirle su segunda porción de puré de papas, se volvió hacia su hijo.
—¿No quieres un poco más?
—№ No tenía hambre esta noche.
—No, no la tenías. Bueno, si ya terminaste... —Se levantó y se movió con una gracia cuidadosamente ensayada hacia la sala. Su hijo la siguió. Hubert se quedó atrás con su plato lleno y las fragancias mezcladas del perfume de su esposa y el cigarrillo de su hijo.

Esos dos sí que se creían la gran cosa. ¿Con qué derecho lo trataban así? Eran Dietz, sin duda. Los dos. El viejo Dietz siempre había tenido aires de grandeza. Por cómo actuaba, cualquiera habría pensado que Helen era una reina o algo así. Ahora estaba muerto. Hubert se alegraba. Aunque el viejo había tenido su lado decente, claro. Lo había ayudado a iniciar su primer negocio y no había hecho mucho escándalo cuando fracasó. Le había dejado bastante dinero a Helen. Hubert nunca supo cuánto exactamente, pero había sido mucho. Helen lo había financiado para un nuevo comienzo. Lo había puesto de nuevo en el negocio y él le había devuelto hasta el último centavo. Sí, señor, cada centavo. No le debía nada. Ella se lo habría recordado si le debiera algo; era muy estricta con el dinero. Hubert había oído por ahí que Helen había duplicado su herencia con inversiones inteligentes. Bueno, que se fuera al demonio. Él también tenía dinero. Quince mil dólares. Eso era bastante bueno, quince mil dólares. Jim Hayden hablaba tonterías cuando decía que Hubert debía haber conseguido veinticinco mil. Los hermanos McKay eran sus amigos. Buenos tipos. Compañeros de la logia, de hecho. Cuando le ofrecieron quince mil dólares, supo que era un precio justo. Lo aceptó. Gracias a Dios, aún creía que había gente honesta en este mundo. Él también era un buen tipo, igual que los McKay.

Terminó su cena y dobló la servilleta. Nellie entró y empezó a recoger

los platos. Al verla, Hubert sintió un deseo abrumador de mostrarle a alguien lo generoso que era. Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete arrugado y sucio de un dólar.
—Ahí tienes, Nellie —dijo, lanzándole el billete sobre la mesa—. No te lo gastes todo de golpe.

Luego fue a la sala y se quedó de pie junto a la chimenea, mirando el carbón que daba una cantidad satisfactoria de calor y buen ánimo. Helen estaba leyendo un libro. El joven Hubert había subido a su habitación.

Sonó el teléfono. Helen esperó un momento para ver si su hijo contestaba en la extensión. El timbre sonó otra vez y ella fue a la mesa del teléfono en el vestíbulo. Hubert dedujo por la conversación que la señora Winters estaba al teléfono y que ella y otra persona vendrían a jugar bridge.

Hubert decidió salir. Tenía algo que celebrar esa noche. ¿Qué iba a hacer ahí con una partida de bridge? Consideraba a la señora Winters una intrusa. ¿A dónde podía ir? Tenía ganas de hacer algo emocionante. Llamaría a Carl Feldman. Carl era un tipo alocado. Siempre hablaba de los lugares a los que iba; sonaban como lugares muy animados. Eso haría. Llamaría a Carl Feldman. No podía llamarlo desde ahí, claro. No quería que Helen lo oyera hacer planes. Podía subir a llamar, pero ella podría escuchar desde la extensión. Las esposas eran así.

Se puso el abrigo. Ahora, ¿pediría un taxi o caminaría hasta el pueblo? A veces vivir en los suburbios era terrible. Tendría que comprarse un auto. Un buen auto. Pero tendría que estacionarlo en el pueblo de todos modos. La casa solo tenía garaje para dos autos y Helen tenía los dos ocupados. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Oye —gritó entusiasmado a Helen.
—¿Sí?
—¿Me vendes tu Packard?

—№
—¿Por qué no? Te pagaría lo mismo que cualquier otro.
—Pero no quiero venderlo.
—No lo necesitas. Tienes el Oakland. Vamos, Helen.
—No, no quiero venderlo.

Él frunció el ceño, pero ella no cedió. Vio que los ojos de ella volvían a la página impresa, pero él se quedó ahí. Sentía que aún no se había dicho la última palabra sobre el tema. Finalmente, ella lo miró.

—Te diré qué —dijo ella—. Puedes usar el auto. No lo uso mucho, pero me gusta; no quiero venderlo. Úsalo tanto como quieras, pero no olvides que no es tuyo.
—Bueno, oye, yo tengo dinero.
—Guárdalo. Usa el auto si quieres, pero no te lo voy a vender.

Hubert no estaba seguro de si eso era amable de su parte o no. Sospechaba que había alguna trampa en el acuerdo.
—¿Por qué no me lo vendes? —preguntó con astucia.
—Porque no quiero. Date por servido, Hubert. Tómalo y úsalo, o no.
—Lo tomaré —suspiró él.
—Está bien. No hay gato hidráulico en la caja de herramientas. Usa el del Oakland.
—De acuerdo. Gracias, Helen.

Justo cuando salía del vestíbulo, sonó el teléfono otra vez. Helen pasó rápidamente junto a él y contestó.
—Es para ti —dijo inesperadamente. Era Carl Feldman.

—Oye, Scott, escuché que vendiste el negocio.
—Sí.
—¿A los hermanos McKay, eh?
—Sí.
—Eso es genial. Casi no lo podía creer. Tenía que llamarte para asegurarme.

—Sí, lo vendí.
—¿Cansado de trabajar duro, eh?
—Así es.
—Bueno, caray, eso es estupendo. Casi no lo podía creer.
—Sí, lo vendí hoy a las dos.
—¿A los hermanos McKay, eh?
—Sí. Me cansé de trabajar duro.
—Ja, ja. Así que vendiste el negocio, ¿eh? Bueno, eso es genial. Tenía que llamarte para asegurarme. Buena suerte, Scott, solo pensé en saludarte.

—Oye, Carl, ¿qué haces esta noche?
—Voy a salir con May.
—¿Ah, sí? ¿Y a dónde van?
—Todavía no estamos seguros.
—¿No, eh? Bueno, pensé que no harías nada.
—Sí, voy a salir con May.
—Ya veo. Bueno, si no van a ningún lugar especial, quizá podría acompañarlos.
—May no tiene una amiga para ti.
—No me importa. Se me pegó la gana acompañarlos.
—Bueno, puede que no hagamos gran cosa.
—No me importa eso. No te preocupes por mí.
—Bueno, le preguntaré a May si puede conseguir a otra chica. Te llamo si puede.
—Oh, no hagas eso. Oye, paso por tu casa en unos quince minutos.
—No puedes llegar, Scott, no tienes auto. Es una caminata larga y no hay autobuses por aquí.
—Tengo un auto.
—¿Ah, sí? Bueno, entonces supongo que te veré en unos quince minutos. Adiós, Scott.
—Adiós, viejo, nos vemos enseguida.

Hubert colgó el auricular y regresó a la sala. Su hijo había bajado durante la conversación y estaba preparando la mesa de bridge,

acomodando ceniceros y sillas.

—Qué cosa tan curiosa —anunció Hubert desde el vestíbulo—. Un amigo que Carl Feldman y yo conocemos desde hace años acaba de llegar de Columbus, Ohio, y Carl piensa que sería bueno que los tres fuéramos a un espectáculo o algo así esta noche. Tal vez comamos algo después. Ya saben, una pequeña reunión tranquila de hombres. No llegaré tarde. Buenas noches.
—Buenas noches —respondieron el joven Hubert y su madre.

Hubert padre salió por la puerta trasera hacia el garaje. Pensaba en Carl Feldman y su May. Eso sí era una buena manera de vivir. Como Carl. Tenía una mujer que lo apreciaba, lo entendía y siempre estaba lista para lo que fuera. Claro que no estaban casados, pero Carl la trataba bien. Hubert jugueteó con la idea de tener él mismo una novia como May, solo que más guapa. ¿Por qué no? Caray, en casa no lo trataban bien y tenía dinero suficiente para hacer lo que quisiera. Quince mil dólares era mucho dinero. Bueno, si aparecía una buena chica, ciertamente lo consideraría. Después de todo, muchos buenos tipos hacían lo mismo en todo el mundo.

Se subió al Packard y pisó el pedal de arranque.

CAPÍTULO 2

—Hola, hola… ¡por el amor de Dios, operadora! Ya entró mi llamada. Suélteme la línea.
May, soy Carl. Escucha, cariño, no podemos ir a la casa de Florence esta noche. ¿Puedes llamarla y cancelar?
—¿Qué pasa?
—Nada, pero oye, nena… Hubert Scott —¿te acuerdas del tipo que te presenté aquel día en la farmacia?— pues se nos pegó para pasar la noche con nosotros.
—¡Ay, por favor! ¿Por qué no le dijiste que ya teníamos planes?

—No hubiera servido de nada. Ya estaba decidido. ¿Crees que podríamos llevarlo con nosotros a la casa de Florence?
—Uf, prefiero cancelar la cita antes que hacer eso, Carl. Tú sabes que a Florence no le gustan los extraños.
—Sí, tienes razón. Bueno, entonces cancélalo por hoy, ¿sí?
—Supongo que tendremos que hacerlo. ¡Qué gran noche nos espera!
—Oh, Hubert está bien, May. No sabe mucho, pero es buen tipo. Te daría lo que le pidieras. Es de buen corazón.
—¿Pero qué vamos a hacer con él?
—Bueno, eso quería preguntarte. ¿Crees que puedas conseguir a otra chica?
—¿Y a quién podría llamar?
—¿Qué tal a tu hermana?
—No, no conozco tanto a este tipo. Podría intentar pasarse de listo y ella correría a contarle a mamá, y yo acabaría muerta.
—¿Qué tal Hazel Schultz?
—¡Ay, Carl, tus sugerencias son geniales! Hazel Schultz sería justo la indicada para bailar con algún gordo tonto, ¿no? ¿Te imaginas a Hazel con Scott? Eso sí que sería gracioso.
—Bueno, quizá sea demasiado orgullosa, pero entonces ¿por qué no le preguntas a Muriel Kahn?
—Carl, ella no vendría. Muriel no es de las que salen con un desconocido solo porque yo se lo pida.
—Jesús, May, siempre tienes mil objeciones. Entonces tendrás que bailar tú misma con Scott una o dos veces si no quieres invitar a alguna de tus amigas. No me gusta que el pobre tipo se sienta ofendido.
—Espera, Carl, hay una chica que trabaja en el departamento de pañuelos y la conozco más o menos bien. Todavía tengo su dirección en mi lista de tarjetas de Navidad. No es fea y, mira, no me importa tanto como para preocuparme si él es atrevido o tonto o lo que sea. La voy a llamar. Se llama Lillian Cory.

CAPÍTULO 3

Cinco y media de la tarde en el metro.
Lillian Cory estaba de pie en el andén de un tren hacia el norte, con el codo colocado justo en el ángulo adecuado para clavarle un codazo a un caballero moreno que había descubierto que, con cada sacudida del tren, podía caer felizmente contra el cuerpo suave de Lillian. Ella estaba apretada entre él y una mujer con un gran abrigo de piel. La mujer había estado de compras. Llevaba muchos paquetes y repetía que se aplastarían si "la gente" no tenía cuidado. Lillian sabía que ella era esa "gente" a la que la mujer se refería. Estaba claro que se apreciaría mucho si Lillian se movía más cerca del caballero moreno. "Al diablo contigo, Kate", pensó Lillian, mirando a la mujer del abrigo de piel. "Lo que se te aplaste ahí puede reemplazarse. Conmigo es distinto".

En la calle 72, la mujer del abrigo y los paquetes se bajó del tren. Hubo un segundo de respiro antes de que la multitud del tren local entrara empujando al expreso de Broadway. Lillian quedó en el centro del vagón. Cada nuevo pasajero la había obligado a dar unos pasos más lejos de su lugar original. En su nueva posición, Lillian acomodó su capa y su sombrero y miró alrededor. Al menos el caballero moreno se había quedado atrás. Ahora tenía a su izquierda a un tipo gordo y pomposo que sostenía su puño a un centímetro de su ojo mientras leía el periódico abierto de par en par. Debería haber una ley contra leer otra cosa que no fueran tabloides en el metro en hora pico. A su derecha estaba un hombrecito discreto que se aferraba a un pasamanos de esmalte blanco y mascaba chicle. Detrás de ella, un anciano se recargaba en su espalda. No tenía mala intención, solo descansaba.

En la calle 96 hubo un leve revuelo en el vagón. Dos señoras bajaron y cuatro chicas modernas se sentaron. Nada cambió la posición de Lillian, que seguía aferrada a su sujetador de esmalte. Su mano le parecía extraña, como ajena, mientras sostenía el soporte. Se veía

pequeña y más blanca que durante el día, cuando buscaba entre pañuelos de lino, batista, cambray y seda: "¿Algo con borde rojo, dijo? Pero ¿no están lindos estos monogramas? Muy nuevos. Elegantes, ya ve, apenas asomando sobre el bolsillo".

Los ojos de Lillian recorrieron la línea de anuncios sobre su cabeza. A los caballeros se les invitaba a cambiar a ropa interior Reis, usar ligas Paris y chupar una pastilla Zymole después del fútbol. A las damas se les recordaba que el maquillaje y el polvo Pompeian daban belleza instantánea. "Pruébalo, es Ward's". "Chesterfields: satisfacen". "Porque a ella le gustan las cosas bonitas". "Es inteligente ser ahorrativo". "Café Maxwell House: bueno hasta la última gota". "Una piel que te encanta tocar".

El mareo nauseabundo del tren. Las luces amarillentas y tensas. El olor persistente y rancio del subterráneo.
En la calle 103 nadie se movió. Los pasajeros ignoraron la estación. Lillian miró con tristeza los rostros de los afortunados que estaban sentados. Se preguntó si alguien sería tan mezquino como para pasar de largo su estación solo para que otro siguiera de pie. Pensamientos así te vienen en hora pico en el metro.

Una mujer empezó a arreglarse los mechones de cabello que asomaban bajo su sombrero. Tal vez se preparaba para bajar en la calle 110. Si lo hacía, el que estuviera más cerca conseguiría el asiento vacío. Lillian casi tiró al hombrecito del pasamanos en su prisa por acercarse a la mujer, que ahora se miraba la cara en un espejito de bolsillo. El tren llegó a la calle 110 y se fue. La mujer siguió sentada, ahora ocupada en mirarse las uñas, cuando Lillian bajó en Dyckman Street.
El metro es elevado en Dyckman Street. Lillian tuvo que bajar a nivel de calle. Lo hizo despacio, con un aire de superioridad. Una vez fuera del apretujón del metro, una puede volver a ser una dama.

A unos pasos de Dyckman Street, en Nagel Avenue, había una florería.

La vitrina llamó la atención de Lillian al cruzar la calle. Crisantemos. Amarillos tradicionales y tonos tostados brillantes. De pronto Lillian quiso un crisantemo. No era especialmente aficionada a las flores, pero esos crisantemos se veían elegantes y caros. Se sintió retada, como si alguien le hubiera dicho: "Tú no podrías pagar esos".
Abrió su bolso y miró con esperanza el pliegue donde guardaba su dinero. Un dólar con doce centavos. Los crisantemos probablemente costaban cincuenta centavos cada uno. Estaba bien.
Entró a la florería.
—Quiero un crisantemo —dijo—. Uno de los rojizos. ¿Cuánto cuestan?
—Un dólar.
—Está bien.

Salió con un crisantemo prendido en el cuello de su capa. Caminaba por Dyckman Street con más aires aún. Las chicas que pasaban la miraban admiradas. Eso hizo que Lillian sonriera para sí. Nadie en el mundo, excepto ella, sabía que solo tenía el crisantemo porque no tuvo el valor de retractarse cuando el florista dijo el precio.

Cruzó Post Avenue y siguió su camino. En Sherman se detuvo a mirar el escaparate de una sombrerería. Un sombrero lindo. Lillian entrecerró los ojos y examinó la costura alrededor de la pluma. Se veía barato. Ah, ahí estaba la etiqueta: $3.98. Con razón. No se podía conseguir un buen sombrero por menos de cinco. Lillian siguió su paseo por Dyckman Street. En Vermilyea Avenue dobló.

A unos pasos de la estación de bomberos, Lillian se detuvo y buscó la llave en su bolso. Había niños saltando la cuerda justo frente a la entrada de su casa. Lillian se preguntó cómo podría pasar. No les pediría que se movieran. Le tenía miedo a los niños. Si se enojaban, a veces gritaban cosas y te dejaban en evidencia. Siguió revolviendo el bolso con los dedos incluso después de encontrar la llave. Tal vez alguno fallaría y la cuerda se detendría mientras el saltador se volvía girador.

—Esperen un momento. Dejen pasar a la señora.

La cuerda cayó al suelo y Lillian la cruzó, sonriendo radiante a los niños mientras lo hacía. No estaba segura de cuál había intercedido por ella, pero les agradeció a todos.
En el vestíbulo, Lillian guardó la llave en su bolso y miró el tercer buzón de la fila inferior. Tenía una tarjeta con dos nombres: Cory y Friedrich. Lillian misma los había escrito, arrancando la tapa de una cajita de cerillos y cuidando de rotularlos claramente. Se preguntó por qué había puesto Friedrich arriba de Cory.
No había correo. Rara vez lo había. Claro, a principios de mes llegaba el recibo de la luz. Los del gas los entregaban empleados de la compañía.

Mientras subía las escaleras, Lillian miró con disgusto un envoltorio de chicle, una cáscara de plátano y varios papeles tirados. Claro que la encargada no podía vigilar el pasillo todo el día, pero debería haber alguna forma de evitar eso. Los pasillos eran una vergüenza. Uno pensaría que Rose Friedrich lo habría notado antes de rentar el departamento.
Lillian giró la manija del departamento 3A, tercer piso al frente. Abrió la puerta y entró. Las hermanas Friedrich ya estaban allí. Lillian las escuchaba hablar en la cocina y el aire estaba cargado con olor a cebolla frita. Eso significaba bistec. Rose siempre freía cebolla para poner encima. A Lillian no le gustaba el sabor de la cebolla, pero odiaba decirle a Rose que no. Había un pasillo largo con la cocina y un dormitorio. Ese era el cuarto de Lillian. Daba a un patio. Nunca muy luminoso ni ventilado. Hacia la calle estaban la sala y otro dormitorio. Rose y Sylvia tenían el mejor cuarto. Era justo. Ellas hacían la mayor parte del trabajo de la casa, pues podían salir más tarde en la mañana que ella. Lillian miró la cocina al pasar. Rose estaba revolviendo las cebollas en la cocina llena de humo, y Sylvia estaba sentada sobre la mesa leyendo el periódico de la tarde.

—“Hola”, llamó Lillian. “¿Cómo están todos los pequeños Friedrich?”. Su voz era plena y con un tono grave y suave. Su manera de hablar

casi siempre era en broma. Los momentos serios la incomodaban. Cuando la gente le contaba sus problemas, apenas lograba contener las palabras ligeras. No era insensible, pero la conversación seria la ponía nerviosa. Era como el apretujón del metro: la gente demasiado cerca, demasiado íntima, exigiendo atención grave y respuestas pensadas.

En su cuarto, Lillian se quitó la capa y el sombrero y se cambió de zapatos. Sus pies estaban cansados. Se sentó en la cama y disfrutó la libertad recién encontrada de sus dedos. Su cama era individual, de metal con acabado caoba. Una cómoda de arce y una silla de mimbre completaban el mobiliario. En el piso había una alfombra de fibra. Lillian llamaba a su cuarto "la caja de limón", así que las Friedrich le decían a la gente que ella no estaba satisfecha con él.

—"Oye, Lillian, pon la mesa, ¿sí?".
Era Sylvia la que llamaba. Era lo mínimo que Lillian podía hacer. Poner la mesa no era nada.
—"Sí, ya voy. Les estoy dando vacaciones a mis pies".
—"Bueno, todavía no cumplen un año aquí. No les des dos semanas de vacaciones".
—"Está bien".

Lillian había cerrado su puerta. Siempre la cerraba al entrar a su cuarto.
—"En serio, Lillian, vamos, ¿qué haces?".
—"Descansando mis patitas".
Lillian se levantó de mala gana. Se quitó la flor de la capa y la llevó a la cocina. Encontró una botella de leche y la llenó de agua; luego colocó la flor y fue a la sala a abrir la mesa plegable. Sylvia ya había atendido la mesa. Se veía herida y triste. Sus grandes ojos negros se fijaron acusadores en Lillian.
—"Soy tan frágil y delicada", decía la expresión de Sylvia. "¿No crees que podrías ahorrarme esto?".
—"Siéntate", invitó Lillian. "Te ves demasiado triste para poner la

mesa. Capaz que lloras sobre la mantequilla".

Sylvia negó con la cabeza. Ayudaría aunque le costara. Lillian y Sylvia trajeron platos, cuchillos y tenedores de la cocina. Lillian agradecía que Rose comprara mantequilla en barras marcadas. Venía en cuartos de libra y podías poner una entera en el plato. Era molesto tener que cortar un trozo para la mesa. Lillian abrió una lata de leche evaporada y vertió la mitad en una jarra.
—"El bistec está listo", anunció Rose.
—"Perfecto. Vamos". Lillian tenía hambre.

Las hermanas Friedrich conversaban principalmente entre ellas en la mesa. Tenían una tienda de lencería y medias en Washington Heights. Pequeña, pero suficiente para vivir cómodamente. Lillian había rentado alguna vez un cuarto diminuto en Washington Heights. Comía en una panadería. Era una vida estática y solitaria. Como clienta frecuente de la tienda Syl-Rose, había tomado la costumbre de charlar con las Friedrich al comprar medias finas, tono nude, talla nueve.

Ellas también "rentaban cuartos" y se quejaban de ese modo de vivir. Rose le propuso a Lillian: sabía dónde conseguir muebles baratos. Si amueblaba un departamento, ¿Lillian viviría allí y pagaría un tercio de la renta, comida, luz y gas? Rose encontró el departamento en Inwood. Solo diez minutos al local, y barato: sesenta dólares por cuatro habitaciones. Lillian ya no compraba sus medias en la tienda; las Friedrich siempre querían vendérselas al costo.

—"Oye, Sylvia, cuando regreses a la tienda esta noche cuida esa caja de medias metálicas de $1.89. Todas están defectuosas. No se las des a clientes habituales".
—"No lo haré. No te preocupes".

Rose era la mayor. Ella daba las órdenes. Era de cara redonda, robusta, con cejas negras gruesas. Sylvia era muy delgada pero bonita.

Llevaba el cabello cuidadosamente ondulado y las uñas pintadas de un rosa intenso. Tenía novio. Rose no.

Entre las 5:30 y las 7 la tienda Syl-Rose quedaba en manos de una prima de 16 años. No importaba mucho: era la hora lenta. A las 7 cada noche una de las Friedrich volvía por dos horas. Esa noche le tocaba a Sylvia. Rose recordaba que Max la recogería y la llevaría a casa. Nadie llevaba a Rose en sus noches de trabajo. El pensamiento de Max trajo temas afines. Rose se volvió hacia Lillian.
—"¿Quién te dio esa flor tan bonita?", preguntó.
—"La atrapé yo solita en la florería", dijo Lillian.
—"¿Eh?", Sylvia la miró. "A un dólar cada una, yo no las compro".
—"¿Crees que un dólar es mucho por un crisantemo grande?". Los ojos de Lillian mostraban sorpresa. "¿Has visto crisantemos más baratos?".
—"Claro que sí". Sylvia empujó su plato y salió del cuarto. Tenía más que decir, pero lo dejaría para después. Estaba apurada.

Lillian y Rose limpiaron la mesa y empezaron a lavar los trastes. Sylvia salió, encargándole a Rose que no se preocupara. Tal vez ella y Max saldrían después de cerrar la tienda.
—"Nada de llegar a las dos de la mañana", ordenó Rose.
—"¿Y a las tres?", respondió Sylvia, cerrando la puerta antes de que Rose contestara.

Rose rió un poco. "Las chicas jóvenes son lindas, ¿no? Especialmente cuando se enamoran por primera vez. Son tan frescas y seguras de sí mismas".
—"¿Es Sylvia tan joven?", preguntó Lillian.
—"Tiene veintidós".
—"Oh", dijo Lillian. Ella tenía veintitrés.

Rose lavaba ollas y sartenes mientras Lillian guardaba los platos. Hubo silencio por más de cinco minutos. Luego Rose dijo: "Creo que voy al cine. En el Inwood pasan a Milton Sills esta noche. Me gusta".

—"¿Vas a divertirte, eh? No te lastimes".

Rose había pensado invitar a Lillian, pero cambió de idea. Evidentemente Lillian veía el cine como una forma aburrida de pasar la noche. Rose pasó el trapo por la tarja donde escurrían los platos y lo colgó a secar.
—"¿Terminamos?", preguntó Lillian.
—"Sí, ya terminamos". Lillian apagó la luz y salieron de la cocina. Rose fue a la sala, tomó el periódico y se sumergió en la historia diaria. Lillian fue a su cuarto. Le gustaba más en la noche. La lámpara con pantalla amarilla daba un resplandor cálido y transformaba la cortina blanca algo sucia en una malla dorada. Lillian revisó su cómoda buscando pañuelos, medias y ropa interior que necesitaban atención. Esa sería una buena noche para lavar.

El teléfono sonó irritado. Era de la casa y lo manejaban desde la portería. La campana tenía el mismo tono quejumbroso que la voz de la encargada. Rose contestó.
—"Es para ti, Lillian", dijo, golpeando la manija de la puerta de Lillian.
—"¿Para mí? Dios mío, soy popular. Es la segunda llamada en un mes".

Lillian fue al teléfono. Supuso que sería Louise Casey o Anna Leitz. Ambas eran de media hora de charla, justo cuando ella quería ponerse a lavar.

—Hola.
—Hola, ¿Lillian?
—Sí. ¿Quién habla?
—Soy May.
—¿Quién?
—May. May McCloud.
—Ah, sí. ¿Cómo estás?
—Bien. ¿Y tú?
—Todavía me defiendo. Oye, perdón por no reconocer tu voz. No sé por qué me pasó.
—Oh, no importa. Oye, Lillian, ¿qué haces esta noche?

—Nada en particular. ¿Por qué?
—Bueno, Carl tiene un amigo muy querido que quiere salir con nosotros esta noche, y pensamos que sería mejor para él si hubiera otra chica además de mí en el grupo. Conozco a muchas chicas que podría invitar, pero no quiero invitar a cualquiera. Es un buen tipo y te llamo porque creo que sería cruel ponerle a cualquier chica, aunque sea solo por una noche. Quiero que tenga a alguien agradable. Tú sabes cómo es, Lillian.
—Sí.
—¿Puedes venir?
—Supongo que sí. ¿A dónde van?
—No tenemos planes. ¿Por qué?
—Nada, solo preguntaba. Bueno, ¿pueden pasar por mí aquí, verdad?
—Claro. Como a las nueve.
—Está bien.

Lillian colgó el teléfono y volvió a su cuarto.
—¿Vas a salir, Lillian? —preguntó Rose.
—Sí, señora. ¿Se le ofrece algo?
—No, solo preguntaba por curiosidad.

Lillian abrió la puerta del clóset y se quedó apoyada en el marco, mirando con desánimo lo que veía. Dos ganchos en la barra. Uno tenía un vestido de terciopelo. Había sido un buen vestido, pero ahora estaba gastado. Muy gastado. Lillian bajó el otro gancho. Había un traje sastre. ¿Podría usarlo? Hacía demasiado frío afuera. ¿Y si lo usaba con la capa encima? Se vería raro.

Lillian empezó a sacar prendas de los ganchos y a mirarlas con cuidado. Un vestido de seda. Roto en las mangas. Un vestido de lana fina. Manchado más allá de lo imaginable. Una falda. ¿Qué podía hacer alguien con una sola falda? Un camisón. Un abrigo al que Lillian le había quitado el cuello de piel. ¿Dónde estaba el vestido para el que había usado ese cuello? Tal vez ese... oh, ahí estaba. No, también estaba manchado. Ese era el vestido que había usado en la fiesta de

cumpleaños de Louise Casey, cuando Billy Fisher dejó caer su ensalada en su regazo.

Lillian miró el vestido que llevaba puesto. Después de todo, era el mejor que tenía. ¿Y por qué no? Tenía menos de una semana. Usaría ese.

Lillian nunca usaba crema facial. Simplemente nunca había adquirido el hábito. Fue al baño y se lavó la cara con agua caliente y luego con fría. Se quitó una imperfección y le puso una gota de agua oxigenada. Suspiró al recordar que tendría que ponerse de nuevo los zapatos apretados. No es que fueran pequeños. En realidad eran de su talla. Pero el empeine corto era incómodo. Ni modo.

Volvió a su cuarto y cambió sus medias. Un cambio de medias siempre alivia los pies cansados y calientes. Realmente tendría que lavar mañana por la noche. Era su último par limpio. Los zapatos ahora. Tal vez eran demasiado pequeños. Dios, cómo dolían. Peor ahora que durante todo el día.

Lillian se entretuvo bastante con su cabello. Era hermoso. Rojo oscuro, cálido, con una onda natural amplia y marcada. Lo llevaba corto. Billy Fisher lo había cortado una noche en que todos estaban borrachos. Lillian se despertó al día siguiente sorprendida y afligida. Tuvo que ir de inmediato a la peluquería para que lo emparejaran. La peluquera le aseguró que el corte le quedaba bien; así que lo mantuvo corto por más de un año. Hubo un tiempo en que Lillian decía: “¿Qué? ¿Cortar mi cabello? Ni pensarlo. Es la única característica de primera clase que Dios me dio”.

Lillian siempre usaba mucho maquillaje. Ahora lo aplicó grueso. Mejillas rosadas, labios rojos, cejas y pestañas negras. Quedaba poco de la verdadera Lillian Cory cuando terminaba. Una máscara coronada por un cabello magnífico, tan perfecto que también parecía irreal. Se inclinó sobre la cómoda para mirarse de cerca en el espejo.

Su labio superior corto mantenía su boca siempre entreabierta y los dientes a la vista. Eran buenos dientes. Fuertes y blancos. Su nariz era demasiado pequeña para ser bella, pero recta, y esa nariz diminuta junto con sus grandes ojos grises daban un aire travieso y caprichoso al rostro de Lillian Cory.

Abrió un frasquito de perfume L'Origan de Coty y pasó el tapón de vidrio primero por un lóbulo de la oreja y luego por el otro. Su sombrero era de fieltro negro con rosas verdes bordadas en lana. Se lo colocó sobre la cabeza llena de cabello. Cubría sus cejas, y el ala estrecha del sombrero le daba un aire ligeramente militar al contorno de su cabeza.

Se puso la capa sobre los hombros. Era de paño negro con un cuello de piel sintética. Se veía bien y no soltaba pelo. Lillian no pedía más de un cuello de piel. Fue a la cocina y sacó su crisantemo de la botella de leche. Lo prendió en su cuello, del lado izquierdo. Luego caminó lentamente hacia la sala.

Rose había ordenado la sala y arreglado su cabello. Había apagado la luz central y trataba de leer el periódico con la luz filtrada por la pantalla rosada de la lámpara de pie.
—"¿No fuiste al cine?", preguntó Lillian.
—"Oh, cambié de idea".

Lillian sacó un cigarrillo de la caja que estaba sobre la mesa plegable. La caja solo se usaba en las comidas y con desgano. Había costado nueve dólares al por mayor. Max se la había regalado a Sylvia cuando amueblaron el departamento. Lillian encendió el cigarrillo y se quedó fumando pensativa. No disfrutaba el tabaco. Después de una calada ya sabía a lápiz labial. Sabía por qué Rose no había ido al cine. Rose quería ver quién venía por ella. Lillian prefería lo contrario. Le daba una sensación de poder saber que las Friedrich no tenían idea de su vida y acciones fuera del departamento. Ver a los amigos de Lillian le daría a Rose una base para sus suposiciones. Lillian quería un manto

de misterio sobre sus actividades. Eso la hacía sentir importante.

Y ahí estaba Rose lista para hacer de anfitriona de May, Carl y el otro hombre. Quedándose en casa para verlos. Para ver cómo eran.

Un auto se detuvo frente a la casa. Lillian miró por la ventana. Vio a May McCloud.
—"Bueno, buenas noches, Rose", dijo Lillian, apagando el cigarrillo. "Espero que Milton Sills no te haya extrañado".
—"¿Por qué no dejas que tus amigos suban por ti?", preguntó Rose.
—"¿Por qué deberían molestarte?".
—"Oh, no me molestarían".
—"Pamplinas. Nos vemos mañana".

Lillian corrió por el pasillo y salió del departamento. Rose se quedó un minuto bajo la luz rosada de la lámpara. Se sintió engañada y molesta. Miró por la ventana justo a tiempo para ver un Packard alejarse de su puerta. Luego se levantó y fue al cuarto de Lillian. Quería ver si se había llevado un camisón.

CAPÍTULO 4

El camino a City Island pasa por Fordham, junto al Zoológico del Bronx, y se extiende entre zonas oscuras y silenciosas, bordeadas de árboles. Carl Feldman había propuesto dar un paseo, y este en particular porque conocía un bar de carretera en el trayecto donde podían tomar algo. Iba sentado con May en la parte de atrás. Ella se había quitado el sombrero y descansaba la cabeza sobre el hombro de Carl. Hablaba poco, solo rompía el silencio para decir: "№"

Lillian iba al lado de Hubert Scott. Él casi no le prestaba atención porque estaba manejando, y Hubert Scott se tomaba muy en serio conducir. Cuando tenía que llegar rápido a algún lado, a veces alcanzaba las treinta millas por hora... pero solo en carretera abierta.

—Oye, Hubert, estamos tapando el tráfico —dijo Carl—. ¿Qué pasa?

—No vamos a un incendio, Carl. ¿Para qué apurarse? Yo siempre pienso que es mejor ir tranquilo y vivir más.

—¿Y de qué te sirve vivir mucho? Conduces tan lento que no llegarías a muchos lugares aunque vivieras mil años.

—No me estés jodiendo. Te haré llegar con bien.

Carl no dijo más. No valía la pena. Hubert Scott no creía que ningún auto pudiera ir a más de cuarenta millas por hora, y ni siquiera estaba seguro de que eso fuera posible; nunca lo había intentado. Era demasiado peligroso.

—¿Qué tipo de auto es este? —preguntó Lillian. No podía identificarlo a simple vista. No conocía los emblemas ni las diferencias entre marcas.

—Es un Packard, niña —respondió Hubert.

Lillian sí sabía que un Packard no estaba en la misma liga social que un Chevrolet o un Ford. Lo miró con nuevo respeto.

—Está de lujo —murmuró.

—Ah, es un buen carro —dijo él, sin darle mucha importancia—. Nunca me ha fallado.

Carl y May encendieron cigarros.

—¿Quieres uno, Lillian? —preguntó Carl.

—Sí, por favor.

Carl lo encendió y se lo pasó. Luego se recostó y empezó a hablar con May en voz baja.

—Baja esa cortina, ¿quieres, Carl? —pidió Hubert—. Las luces de los autos de atrás me reflejan en el espejo y casi me ciegan.

Carl bajó la cortina trasera. Lillian se preguntó cómo alguien podía manejar cómodo sin saber qué había detrás. Hubert debía ser buen

conductor. Como no tenía tema de conversación, pensó que podía usar eso.

—Conduces muy bien —dijo—. Aunque supongo que ya lo sabes.

—Bueno, no sé —admitió con modestia—. Mucha gente me ha dicho que soy el único con quien pueden viajar y sentirse tranquilos. Pero yo digo que es puro sentido común y mantener los ojos abiertos. ¿Conoces a Joseph L. Heidingsfelder, el millonario?

No, Lillian no lo conocía.

—Bueno, digo... ¿has visto su nombre en los periódicos?

Lillian no lo había visto. Pero dijo:

—Oh, sí... lo he visto en los periódicos.

—Pues ha sido amigo de la familia por años. Ya está viejo. Es un personaje, gracioso como el demonio. La semana pasada me dijo: "Hubert, me gustaría que vinieras a darme un paseo algún día. Aquí estoy con once autos y nunca salgo a dar una vuelta." Yo le dije: "Bueno, Joseph L. —siempre le digo Joseph L.— ¿por qué no contratas un buen chofer?" Y él me dijo: "Todos son demasiado imprudentes. Estoy malacostumbrado después de manejar contigo."

—Yo también estoy malacostumbrado —dijo Carl—. Tengo callos de tanto estar sentado. En serio, Hubert, May está nerviosa por lo lento que vas.

—Mejor nerviosa que muerta —respondió Hubert, serio—. Mira todos los choques que lees en los periódicos. Los conductores cuidadosos nunca se meten en ellos.

—No te engañes pensando que eres cuidadoso, grandote. Vas tan lento que eso también es peligroso. Sabes que arrastrarte en carretera es tan riesgoso como ir rápido.

—Bueno, yo no me arrastro. Cuando no vas a ningún lugar en especial, veinte millas son suficientes.

—Oh, no te preocupes —dijo May—. Llegaremos a tiempo.

El lugar era una gran casa blanca de madera. La veranda estaba iluminada con focos rojos y azules, y un letrero enorme en el césped anunciaba que adentro tocaban los *Mal Gobel's Joy Boys*. También ofrecían pollo con waffles por dos dólares con cincuenta el plato.

Carl se estiró mientras Hubert cerraba el auto. May se puso el sombrero y Lillian se inclinó para acomodarse las medias. Los ligeros redondos siempre hacían que las medias se resbalaran y se arrugaran.

Los Joy Boys estaban ahí de verdad. Cinco tipos flacos y aburridos tocaban para una sola pareja que ni siquiera justificaba su existencia bailando al ritmo de la música. Además de ellos, había un grupo de tres en una mesa junto a la ventana. La administración había llenado el lugar de mesas con optimismo, así que había mucho de dónde escoger. Carl eligió una mesa junto al escenario de la orquesta. Hubert hubiera preferido sentarse mirando la veranda para vigilar el auto, pero Carl tenía talento para salirse con la suya.

Un mesero apareció. Carl lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Dónde está Johnnie? —preguntó.

—Johnnie ya no está aquí. Se compró un lugar en la Lincoln Highway. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

—No sé. Queremos una bebida.

—Claro. ¿Qué van a tomar?

—Yo quiero un *ginger-ale highball* —dijo Carl, mirando a los demás.

—Yo también —dijo Hubert.

—¿Podría pedir un *old-fashioned*? —preguntó May—. Eso me gustaría.

El mesero asintió.

—Yo también quiero uno —dijo Lillian.

El mesero se fue. Los cuatro en la mesa se quedaron en un silencio pesado. No parecía que nadie tuviera nada que decir. Después de un minuto, Carl tamborileó los dedos en la mesa y habló:

—Uno siempre puede pasársela bien si conoce los lugares adecuados. Un extraño en la ciudad nunca encontraría un sitio como este.

—Es cierto —coincidió Hubert.

—Además, si conoces un lugar así y haces amigos ahí —continuó Carl —, estás bien. Mira, yo puedo conseguir una bebida aquí a cualquier hora. Pensándolo bien, la prohibición es una broma, ¿no?

Dirigió la pregunta a Lillian. Ella se sintió puesta a prueba: el novio de May le hacía una pregunta seria. Era el momento de decir algo ingenioso contra la Enmienda XVIII.

—Sí, claro que es una broma —dijo tras pensarlo un momento.

—Maldita sea, claro que es una broma —replicó Carl, como si ella fuera responsable de la prohibición y después de meses de discusión la hubiera obligado a admitir su fracaso.

—No sé qué tiene de gracioso —dijo May—. Si es una broma, debería ser divertida. Antes de la prohibición, mi papá gastaba la mitad de su sueldo en la cantina de la esquina los sábados y llegaba borracho a casa con mi mamá. Ahora el licor es tan caro y tan malo que gasta todo su sueldo en eso, y mi mamá tiene que llamar al doctor cada domingo en la mañana.

Hubert se rió.

—Esa estuvo buena —dijo, apreciativo.

May lo fulminó con la mirada.

—No te parecería tan buena si tuvieras que aguantarlo.

—Sí —lamentó Carl—, la prohibición apesta.

El mesero trajo las bebidas y las repartió. May agarró la suya rápido y con firmeza. Sus manos pequeñas revoloteaban nerviosas mientras la mezclaba. Ya estaba lista para otra antes de que Lillian hubiera terminado la mitad.

—Oye, no seas tan alcohólica, nena —protestó Carl—. Vas a competir con tu papá por el primer lugar.

—Eso es una tontería —dijo ella—, y lo sabes. Yo solo bebo para ser sociable. Ni siquiera me gusta esta porquería. Nunca tomé hasta que salí contigo, y empecé solo porque no quería ser una aguafiestas. ¿Yo una alcohólica? Ni de broma. No me gusta el licor. Podría dejar de beber ahora mismo, solo que todos los demás beben, así que no veo sentido en que yo pare.

Los ojos de Lillian se posaron sorprendidos en May. Pensó que esa explosión había sido muy exagerada. Seguramente la pequeña broma de Carl no merecía esa reacción.

El mesero volvió a su mesa.

—Otra ronda —dijo Carl.

—No para mí —dijo May.

—Vamos, May —la calmó Hubert—. Carl solo estaba bromeando.

May se quedó seria y Carl solo guardó silencio.

—Un *old-fashioned* y dos *highballs* —recitó el mesero y se fue.

—Espera —lo llamó May. Se volvió hacia Carl—. Pido otro si me prometes no volver a llamarme alcohólica.

—No prometo nada —dijo Carl—. No me importa si no tomas otro.

—Entonces pediré otro por despecho.

El mesero sonrió y se fue.

Los Joy Boys empezaron otra vez. Tocaban la canción alegre y desenfadada del show de moda *Charlot's Revue*:

Una taza de café, un sándwich y tú,
Un rincón acogedor, una mesa para dos...

Había algo magnífico y vibrante en la letra. Una autenticidad, una belleza. Ninguna canción había captado mejor su época. El comedor con sus luces amarillas, el mesero de delantal blanco, las mesas de

mármol. La ciudad afuera, los voceadores gritando los periódicos de la mañana a medianoche, las bocinas de los taxis. El chico y la chica sonriendo felices, mirándose a los ojos sobre sus órdenes de sándwiches de huevo frito y café.

No necesito música, langosta ni vino,
cuando tus labios están junto a los míos.

—¿Quieres bailar? —preguntó Carl a May.

Ella respondió poniéndose de pie y extendiendo los brazos torpemente hacia él. Se deslizaron al piso vacío. Hubert y Lillian los miraron un rato y luego se volvieron uno hacia el otro.

—Yo no bailo —confesó él.

—Yo creo que es una pérdida de tiempo —respondió ella enseguida.

—Bueno, no sé.

—Tal vez estoy equivocada.

—Pero aún así...

—Sí, pero aún así...

Se miraron y Lillian estalló en risas. Ella siempre se reía cuando amenazaba con haber un silencio en la conversación. El silencio la haría parecer tonta, sin nada que decir; así que reía, y la risa le daba una posición de superioridad. Siempre funcionaba.

—¿De qué te ríes? —preguntó Hubert.

—De nada —respondió con esfuerzo.

—¿Qué tiene de gracioso? Cuéntame.

—No puedo.

Un pañuelo apareció en su mano de algún lugar improbable, y secándose los ojos intentó controlarse. Fue inútil. Volvió a reír.

Hubert se incomodó. ¿De qué se reía? ¿Qué había dicho o hecho?

—Oye, ¿cuál es el chiste?

—No puedo contártelo.

El pañuelo volvió a sus ojos. Intentó otra vez controlarse. Esta vez lo logró. Suspiró un débil "Ay, Dios" y recuperó una actitud tranquila y educada. Había funcionado: lo convenció de que sabía cosas divertidas que no podía compartir con un extraño. Y además, quedaba la sospecha de que quizá se reía de él. Hubert se sintió insignificante y fuera de lugar.

—Tómate tu trago —ordenó, intentando demostrar que sí era alguien.

—Más tarde. No ahora. Me emborracho y empiezo a lanzar cosas.

—¿Eso haces cuando tomas demasiado?

—Claro.

—Bueno, no me importa. Soy lo bastante fuerte para detenerte o pagar lo que rompas. ¿Qué tal?

—Perfecto.

Ella volvió a reír, no tan fuerte como antes, pero lo suficiente para inquietar a Hubert.

—Oye —dijo él, tratando de frenar su risa—. ¿Cómo te llamas? No lo escuché cuando May lo dijo.

—Lillian Cory.

—Genial. Te llamaré Lil.

—No me gusta. Suena como de cantina.

—¿De veras? Mi mamá se llamaba Lily y todos le decían Lil.

—Supongo que cometí un error social.

—Oh, no —insistió él generosamente—. Yo siempre digo que un tipo sensible tiene la conciencia culpable.

—Bueno, yo soy sensible.

—No lo eres.

—En serio, soy muy sensible. Lo más mínimo me hiere.

Ella estaba bromeando. Él lo notó por la sonrisa.

—Eres una gran bromista, ¿verdad?

—¿Yo? Para nada.

—Me gustas.

—Qué lindo. Tú también me gustas.

—¿Trabajas?

—No, solo paso ocho horas al día parada en una tienda departamental.

—¿Cuál tienda?

—La misma donde trabaja May.

—Ah. ¿Puedo verte mañana en la noche y llevarte a cenar?

—Ni pensarlo.

—¿Por qué no?

—Oh, hay razones.

—¿Cuáles?

—No se me ocurre ninguna, pero debe haber.
—Voy a estar afuera, en la entrada de empleados, a la hora del cierre.
—No voy a quedarme esperando sin respirar a que llegues.
—De verdad, ahí estaré.
—¿En serio? —La voz de Lillian sonaba burlonamente suplicante.
—Claro que sí —respondió él; luego notó que ella volvía a tomarle el pelo—. Eso sí, si no veo a una chica que me guste más —añadió.
—Oh, si no vienes, me voy a enfermar y a morir... de alivio.
—Voy a estar ahí —dijo con firmeza. Su tono quería decir: "Vamos, hablemos en serio".
Pero Lillian volvió a reír, y Carl y May regresaron a la mesa.
—Vamos a pedir algo de comer —sugirió May al sentarse.
—Aquí no —objetó Carl—. La comida es una porquería.
—Bueno, ¿a dónde vamos, Carl? Yo me apunto a lo que sea —dijo Hubert. Dos tragos siempre lo hacían estar de acuerdo con cualquier

cosa.
Todos guardaron silencio. Era un problema: ¿dónde comer?
—¿Qué tal el Arras Inn? —propuso Lillian.
—¿Por qué el Arras Inn? —May necesitaba convencerse.
—Porque nadie más ha pensado en un lugar, y el Arras Inn está en mi barrio. Así que puedo irme directo a casa después de cenar.
—Está bien —dijo May—. Eso suena justo.
Carl pidió la cuenta, y él y Hubert empezaron a discutir amistosamente sobre quién pagaba.
—Esta salida corre por mi cuenta.
—Para nada.
—Tú pagas la próxima.
—Que no, tú pagas la próxima.
—Su dinero no cuenta, mesero.
—Oye, tengo el monto exacto aquí. Vas a tener que cambiar un billete de veinte.
—Está bien. Yo pago en el Arras Inn —dijo Hubert, y se retiró solo después de que el mesero se llevó el dinero de Carl. Se sintió estafado. ¿De qué servían quince mil dólares si otro pagaba sus tragos?

Salieron del bar. Los Joy Boys de Mal Gobel se veían muy molestos por su partida. Sus vidas eran solitarias.
El regreso a Inwood fue igual que la ida. Excepto que May no dijo "No". Hubert manejaba a veinte millas por hora, y Lillian fumaba pensando qué pediría en el Arras Inn. Langosta, de preferencia. Pero ¿y si no había langosta? Tal vez un club sándwich. O una ensalada de pollo.
—¿Tienes hambre? —le preguntó Hubert.
—Más o menos.
—Bueno, cuando lleguemos al lugar que escogiste, quiero que pidas lo que quieras. Lo que sea. No te fijes en los precios.
—¿Y por qué piensas que lo haría?
—Oh, puedo reconocer a tu tipo. Eres de las tímidas.
—Hubert le está leyendo la palma —dijo Carl.

—Y es bueno en eso —susurró May—. Ella es muy tímida. Ni siquiera tiene la inteligencia de un niño de primaria.
—Shh. Te va a oír.
—Eso sería terrible, ¿no?

El Arras Inn estaba en Broadway, a unos pasos de la calle 207. Era un lugar largo y angosto, con paredes enrejadas y lámparas de colores. Había música, canto y, de vez en cuando, un incendio para variar la monotonía.
Había langosta. Todos pidieron langosta. Se habló poco mientras el grupo mordía las pinzas pequeñas y delgadas y atacaba con esperanza las grandes y gordas. Hubert tenía la boca llena de mayonesa. A Lillian no le parecía nada atractivo. Quiso decirle que usara la servilleta, pero temió que se enojara. Mantuvo la mirada firmemente apartada de él.

El mesero se llevó los caparazones. Lillian se atrevió a mirarlo. Todavía tenía mayonesa en la comisura de la boca. Lillian sintió que podía enfermarse. Ella misma había comido demasiada mayonesa como para no sentirse afectada al ver a alguien con restos en la boca. May salió al rescate.
—Grandote —dijo—, límpiate la boca. Y si necesitas sonarte la nariz, por Dios, hazlo antes de que se note.
Hubert se limpió la boca.
Todos encendieron cigarrillos.
—Tengo que irme a casa —dijo Lillian—, en cuanto termine esto.
—¿Tu mamá te espera despierta? —preguntó Hubert.
—Claro, y mi abuela también.
Hubert se felicitó a sí mismo. Estaba empezando a entenderla. Podía notar que esa vez no bromeaba. Sus ojos habían sido perfectamente serios. Sí tenía una madre y una abuela con quienes vivía.
—Te llevo a casa en cuanto estés lista —dijo.
—Nosotros esperamos aquí —dijo May—. Puedes volver por nosotros.
—Eso no tiene sentido —protestó Carl—. Podemos irnos cuando Lillian se vaya. Ella vive a la vuelta. Solo perderías un minuto aquí, ¿y

para qué quieres perderlo?
—Oh, no lo sé.
—Solo para causar problemas innecesarios. Vamos. Lillian ya está lista.
—Está bien —dijo May, poniéndose el abrigo de mala gana.

El mesero trajo la cuenta, y Hubert la pagó, prefiriendo cambiar un billete de cincuenta que había mantenido oculto en vez del de veinte que había mostrado en el bar.
Lillian deseó que Carl y May se hubieran quedado en el Arras Inn mientras Hubert la llevaba a casa. Quería ver si él mencionaba algo más sobre encontrarse al día siguiente. Estaba segura de que no lo diría frente a los demás. Y no lo hizo.
—Buenas noches —dijo Lillian al bajar del Packard.
—Buenas noches —respondieron los demás. Nadie añadió una palabra más.
Todo fue muy sombrío.
—No va a estar mañana en la noche —se dijo Lillian.
Pero sí estuvo.

CAPÍTULO 5

—Vamos, siéntate, todavía no tienes que irte. Rose y Sylvia no llegan hasta las doce. Los sábados trabajan en la tienda hasta después de las once y media. No te preocupes, Hubert, no estoy ansiosa de que me vean en bata recibiendo a un hombre. Me sacarían o llamarían a la policía o algo así. Pero todavía no son ni las nueve y media. Eso es, toma asiento.

—Ah, ya sé por qué estás de mal humor. Todavía te quedaste pensando en esa foto sobre mi tocador, ¿verdad? Ya te dije quién era. Supongo que debería tirarla, pero me da cierta ternura. Ya sabes, cosas de sueños juveniles. Dios, estaba loca por él, él casado y yo era apenas una muchacha de dieciséis. Era buena persona. No, de

verdad, él no sabía que yo tenía solo dieciséis. Le mentí y le dije que tenía diecinueve. De otra forma jamás se habría arriesgado. Eso es delito de cárcel estatal.

—Creo que sí le gustaba. Tenía una tienda, una camisería. Yo me escapaba de la escuela y pasaba la tarde ahí charlando con él. Claro, él no sabía que yo seguía siendo estudiante. A veces le robaba monedas al bolso de mi mamá para pagar el tranvía y verlo, y cuando no podía, caminaba veintidós cuadras para llegar. Era una tonta, sí. Nos metíamos al cuartito detrás de la tienda y nos acariciábamos. Por mucho tiempo no pasó de eso. Supongo que el miedo de que entrara un cliente nos detenía.

—Hasta que una noche—Dios, nunca lo olvidaré. Era una noche calurosa de verano, las estrellas brillaban y olía a flores y plantas, todo muy romántico. Salí a caminar con mi amiga Julia Hart. Eran como las nueve cuando la dejé y me iba a casa, y de pronto lo vi en un auto. Estaba solo y me preguntó si quería dar una vuelta. Le dije que sí. Bueno, las malditas estrellas y las flores fueron demasiado. Hubiéramos debido quedarnos en el cuartito de la tienda.

—Llegué a casa muerta de miedo. No sabía nada. Pensé que quizá tendría un bebé esa misma noche. Lloré y mi mamá entró a preguntarme qué pasaba. No le conté y se fue pensando, supongo, que había peleado con Julia o que había visto a alguna chica con un vestido más bonito. Pero al día siguiente notó que algo serio me pasaba. No comía, lloraba, trataba mal a mis hermanos, y claro, quiso saber qué me estaba afectando.

—Entró a mi cuarto cuando los niños ya estaban en la escuela, con todo el trabajo hecho, y sospechaba bastante. Me dijo: “Lillian, quiero saber qué hiciste. Eres mi niña y lo que hayas hecho es mi problema tanto como tuyo”. Lo dijo con dulzura, y yo, como una tonta, le conté todo menos el nombre del muchacho.

—Entonces deberías haberla oído. Tenía un modo amable de hablar, pero ya no era su niña. Una vez satisfecha su curiosidad, volvió a ser ella misma. Me llamó vagabunda y otras cosas. Me sorprendió. Yo era solo una muchachita, pensaba que las madres siempre amaban y perdonaban. Pero eso es mentira, cosas de tarjetas de felicitación. Caray, ¿nunca notaste cuánto cariño le da una mujer sin hijos a un perro? Ahí lo tienes. Una mujer tiene tanto amor que repartir, y un perro sirve igual que un hijo. Eso te da una idea de la calidad real del amor que recibe un niño. Bueno, supongo que hay excepciones.

—De cualquier modo, mi mamá quiso que el padre O'Day hablara conmigo sobre mi caída. Era un buen hombre y dijo que no, que no se impondría sobre mi alma confundida. Bonitas palabras, ¿no? Eso le dijo. Yo lo escuché repetirlo a mi papá. El padre O'Day dijo que si me dejaba en paz, yo misma acudiría a él con el tiempo. ¿Pero dejarme en paz? Ni pensarlo. Fue con mi maestra favorita y le contó todo, pidiéndole que me señalara mis errores. Como si yo saliera con un hombre cada noche. Poco a poco, mi mamá puso a todo el vecindario al tanto de lo que hice.

—Así que justo antes de cumplir diecisiete me fui. Le dije a mi mamá que se fuera al demonio y me largué. "Recibirás tu castigo", me gritó desde la ventana, con todos los vecinos escuchando. Yo quería decirle: "Ya recibí suficiente cuando descubrí cómo eras en realidad", pero solo seguí caminando.

—No, no fui con el muchacho. Supe que su esposa acababa de tener un bebé y pensé que ya tenía bastantes problemas sin que yo, una chica sin hogar, me metiera en su vida. Nunca lo volví a ver. Era buena persona, eso sí.

—Al menos no tuve un bebé. Eso fue algo por lo que estar agradecida. Conseguí trabajo enseguida en una tienda de plomería, contestando el teléfono cuando el plomero no estaba y anotando direcciones de baños con fugas. Vi su anuncio en el periódico y me

contrató de inmediato, adelantándome medio sueldo, cinco dólares. Con eso alquilé un cuarto, tres dólares a la semana. Qué cuarto. Estuve un par de meses y luego busqué algo mejor. Quería un mejor trabajo y un mejor cuarto.

—Probé en la compañía telefónica, pero no me gustó. Demasiada gente diciéndote qué hacer. Luego conseguí trabajo en un cine como cajera. Eso estuvo bien. Dios, esto parece un melodrama antiguo, ¿no? La chica deshonrada deja su casa y trata de sobrevivir en el mundo cruel. Solo que no era tan cruel. Conocí a Vincent en el cine. Era el proyeccionista. Me cortejó con intensidad. Me gustaba. Pensé que quería casarse conmigo. No era su idea. Bueno, no del todo. Quería todo menos el matrimonio. Tenía un cuarto grande en una pensión descuidada. Lo dejaban cocinar ahí y llevar mujeres para que cocinaran o hicieran lo que quisieran. Un día me invitó y fui. Me hizo la pregunta de siempre y—que Dios me mate si miento—cedí porque me daba vergüenza que pensara que yo era tan ingenua como para creer que me había invitado solo a platicar. Preferí que pensara que era dura y dispuesta antes que una niña tonta defendiendo su honor. Así fue. Segundo error. ¿Qué más da?, pensé, ¿por qué dejar que un proyeccionista de cine me vea como una niña tonta?

—Nunca me gustó mucho después de eso. Apenas podía mirarlo. Supongo que fue porque le dijo al conserje que yo era fácil. Dejé ese trabajo por él. Quería trabajar en tiendas de todos modos. Los horarios eran normales y pensé que conocería chicas. No tenía amigas. Aquí va una risa: en la primera tienda me preguntaron si conocía algún tipo de mercancía y yo les dije: “Claro, camisería”.

—Bueno, en fin, estuve dando vueltas y al final entré a la tienda donde trabajo ahora. Conseguí un cuarto muy bueno en Washington Heights. Lo único es que me sentía algo sola a la hora de las comidas. Comer sola en panaderías y restaurantes no tiene gracia, así que vine aquí con las Friedrich. No me gusta mucho porque creo que ellas no me quieren. Soy rara en eso: no puedo estar cómoda si siento que incomodo a alguien más.

—Tengo amigas, eso sí. Anna Leitz trabaja conmigo en los pañuelos. La veo seguido por las noches. Y Louise Casey trabajaba en la tienda, aunque ya no. La veo bastante. Está comprometida con un tipo llamado Billy Fisher. Voy a fiestas en su casa y salgo con su grupo a veces. No he tenido novio —uno serio— desde hace tiempo.

—Hubo un Walter. Era buena persona. Era dependiente en una tabaquería. Salí con él casi un año. Estaba casado y su esposa estaba inválida, en silla de ruedas. No podía tener hijos y Walter estaba loco por tenerlos. Me pidió que me fuera con él un fin de semana, pero pensé que debía ser respetable. Una noche me dijo que no solo me buscaba por cosas bajas, sino porque pensaba que quizá yo podría darle un hijo. Fue triste cómo lo contó, lo mucho que amaba a los niños y que su esposa no podía dárselos. Supongo que ese día me había hecho la permanente y me sentía atrevida, así que le dije: "Walter, si me apoyas y mantienes al niño, lo hago". Me gustaba y entendía lo que era no tener nada a qué volver por las noches. Sentía que mi vida era un fracaso, así que al menos podía servirle a alguien más.

—Bueno, yo estaba fuerte y sana. Quedé embarazada y el novio me dio setenta y cinco dólares para una operación y desapareció. Listo, ¿eh? Eso sí que es una jugada. Perdí la fe en los hombres después de eso. Quizá no la habría perdido si no hubiera sido tan duro estar enferma en un cuarto amueblado sin nadie que me trajera ni un vaso de agua. Caray, hasta tuve que volver sola del doctor. ¿Llorar? No, no lloré. Pensé que quizá la casera me escucharía.

—Esa es mi historia, juez. Toda mi vida hasta esta noche. El de la camisería, Vincent, Walter y ahora tú. Dios, quince minutos sin un cigarro. ¿Tienes un fósforo?

CAPÍTULO 6

A las once y media, los vecinos del edificio de enfrente ya gritaban pidiendo silencio; eso significaba que la fiesta era un éxito. Billy Fisher les respondía a gritos. Billy tenía fama de ingenioso —él mismo lo reconocía—, pero en ese momento solo se le ocurría repetir el viejo y confiable: *¡Váyanse al infierno!* Los vecinos no cedieron. Lo amenazaron con llamar al portero, a la policía y hasta con desalojarlo. Billy replicó: *¡Váyanse al infierno!* Y como basta con tener fama de gracioso para que cualquier comentario suene a chiste, los amigos de Billy estallaban en risas cada vez que él gritaba.

Era la fiesta de sábado por la noche en casa de Billy. En realidad, esas reuniones no se hacían más de una vez al mes, pero como siempre caían en sábado, todos las llamaban "las fiestas de sábado por la noche". Los asistentes fingían que, con la precisión de un reloj, cada sábado había fiesta en casa de Billy.

Hymie Moss llevó la ginebra. Siempre lo hacía. Billy la recibía en la puerta y le preguntaba: *¿Por qué lo haces?* Hymie respondía: *No sé, solo pensé...* Pero ambos sabían que Hymie la llevaba porque quería asegurarse de ser invitado la próxima vez.

Todos se emborracharon lo más rápido posible. Así era como se divertían. Louise Casey lo estaba pasando muy bien. Estaba a punto de sentirse mal en cualquier momento. Sentada en un rincón del sofá, se preguntaba si debía ir inmediatamente a resolverlo o esperar hasta que no tuviera otra opción. En una mano sostenía un cigarrillo; en la otra, un vaso de ginebra con jugo de naranja de Nedick. Louise iba a casarse con Billy. Su madre, que había arreglado que vivieran juntos, sabía que se casarían; por eso no decía nada cuando encontraba los pañuelos de Louise bajo la almohada de Billy.

Anna Leitz y su Fred pasaron bailando frente a Louise, y ella les puso el pie para hacerlos tropezar. Cayeron. Todos rieron, excepto Anna. Ella nunca aceptaba una ofensa sin exigir una explicación.

—Te veías tan satisfecha contigo misma, tan segura de ser la última palabra en elegancia, que tuve que hacerte tropezar —dijo Louise.

Anna conocía la debilidad de Louise por las explicaciones.

—Claro que lo harías —respondió Anna, fríamente.

Frunció el ceño, miró la alfombra y se esmeró en sacudir la parte trasera de su vestido. Luego, con rapidez, adoptó la expresión extática y ausente que usaba al bailar, y volvió a ofrecer sus brazos a Fred.

En el sillón de orejas, Mary Jackson le contaba a Lillian Cory cómo se sentía. Mary esperaba un bebé. En cualquier momento. Lillian había acercado su silla no porque quisiera escuchar, sino porque Mary se lo había pedido. Hubert también escuchaba. Tenía un gran respeto por las mujeres embarazadas. No había dejado que Billy olvidara a Mary en ninguna ronda de bebidas. Después de todo, pensaba Hubert, ¿dónde estaríamos todos si no fuera por mujeres como Mary Jackson?

—Dios mío —se lamentaba Mary—, ojalá George viniera ya por mí. Debería recordar que, en mi estado, debo acostarme temprano.

Hubert se ofreció a llevarla. Le recordó que tenía un Packard justo afuera, pero Mary dijo que era mejor esperar a George, agradeciéndole igualmente.

La esposa de Hymie, Theresa, estaba sentada en una silla en el vestíbulo. El espacio era pequeño y daba directamente a la sala. Desde allí podía ver y ser vista, pero no la empujaban ni le hablaban por encima del ruido de la radio. Algunos pensaban que había elegido esa silla con toda la intención.

Theresa era una morena de piel clara que casi nunca hablaba, salvo para decir algo desagradable. Tenía la imperdonable habilidad de estar siempre en lo cierto. Circulaba el rumor de que no sentía los efectos del alcohol, pero en realidad los sentía tanto como los demás. Con cada trago, se hundía más en la desolación. Pensaba en la muerte y la locura en sus momentos de embriaguez, y permanecía

callada y temerosa mientras sus compañeros reían y bailaban. Como su intoxicación no se manifestaba con alegría, todos creían que estaba completamente sobria. Y cuando le hablaban, tomaban sus comentarios sombríos sobre muerte y destrucción como prueba adicional de su sobriedad.

Billy había comenzado a cantar. Era vendedor de pinturas y cubría todo el territorio de Long Island. Le iba bastante bien, pero sus amigos estaban convencidos de que debería haber sido actor. Cantaba con gran soltura y bailaba tan bien como Pat Rooney; algunos incluso creían que lo superaba. Además, siempre tenía a mano muchos chistes divertidos; a veces apenas podía contarlos por la risa. Leía *Judge* y *College Humor*, asistía a dos funciones de vodevil por semana, escuchaba a los *Happiness Boys* y siempre llevaba un ejemplar de *Variety* en el metro.

—Dinah, is there any one finah
In the state of Carolinah—

Mientras cantaba, Billy pensaba que no había nadie en el mundo del espectáculo capaz de cantar como Al Jolson y bailar como Pat Rooney. Y allí estaba él, atado al territorio de Long Island. En el segundo coro decidió que le había dado una gran oportunidad a Eddie Leonard al mantenerse fuera del negocio.

—Di-wa-wah-nah, in the state of
Caroli-wah-wah-nah—

Todos aplaudieron con entusiasmo, excepto Louise. Ella estaba en el baño, muy enferma.
—Algo que comió, sin duda —dijo Mary Jackson.

Todos querían que Billy cantara otra vez, pero tuvo que ir a ayudar a Louise. Anna y su Fred estaban sentados en el suelo bajo la lámpara, acariciándose. Nadie les prestaba atención, porque cuando no estaban bailando, siempre estaban así.

Se oyó a Billy gritarle a Louise:
—No tienes ni el sentido con el que naciste. Tienes un colador en lugar de cerebro.

Hymie tuvo una inspiración.
—¡Oye, Louise! —gritó—. Louise, dile que no puedes evitar cómo eres. Tu mente la hizo Dios y tu cuerpo, Fisher. ¿Qué tal ese chiste?
—Pésimo —respondió Billy desde el baño de azulejos blancos.

Anna se apartó de Fred y miró a Hymie con desagrado.
—Algunas personas no pueden divertirse —comentó— si no son vulgares.
—Bueno, nos compadecemos de ti —dijo Hymie—. Es una terrible aflicción, pero eres bienvenida aquí de todos modos.

Louise salió tambaleándose hacia la sala, camino al dormitorio. Billy tenía la mano en su hombro, guiándola entre sillas y puertas. Estaba muy pálida y repetía:
—Oh, estoy tan enferma. Estoy tan enferma.
—Pues no te mueras hasta que te lleve a la cama —dijo Billy, con crueldad.

Lillian Cory y Theresa la siguieron al dormitorio. Persiste la absurda idea de que se puede ayudar a alguien que está enfermo por beber demasiado. Billy empujó a Louise y ella cayó sobre la cama, donde quedó tendida, sin interés alguno en el éxito posterior de la fiesta.

Theresa y Lillian miraron a su amiga por un momento; luego se miraron entre sí.
—Bueno —dijo Theresa—, tu Hubert parece estar pasándola muy bien.
—Sí —dijo Lillian—. Le gusta la gente. Es muy amable. Me dio esto. Mostró su dedo, donde brillaba un anillo con varios diamantes pequeños y cuatro franjas de zafiro.
—Y el sombrero —le recordó Theresa.

Lillian rió con agrado.
—Sí, él compró el sombrero —dijo.

Theresa suspiró y asintió con el aire de quien ve confirmadas sus peores sospechas.
—Pronto te comprará un abrigo —dijo—, y pensarás que ya tienes la vida asegurada. No seas tonta, Lillian; conserva tu trabajo.
—Oh, lo haré.
—Sí, hasta ahora. Pero escúchame bien: consérvalo siempre.
—Podría conseguir uno tan bueno como el que tengo —señaló Lillian —. Es decir, si surgiera algo y renunciara.
—Sí, siempre podrías, pero no lo harías. Una chica pierde la costumbre de levantarse temprano por la mañana. Hazme caso, no estaré mucho tiempo más para aconsejarte.
—¿Por qué no?
—Estaré muerta o en un manicomio. Ya verás.
—No hables así.
—Es verdad. No voy a durar mucho más.
—Pamplinas.
—Ya verás —repitió Theresa.

Se acercó al tocador de Louise y, pensativa, se aplicó polvo en la nariz. Un tenue aroma de perfume Colgate impregnaba la habitación. Lillian miró alrededor. Siempre le había gustado el dormitorio de Louise. Billy había pintado los muebles de amarillo ranúnculo (número nueve), y había cortinas de voile amarillo en la ventana. No había alfombra, pero ¿quién la necesitaba?

—Me gustaría un cuarto como este —dijo Lillian.

Theresa no respondió. Su silencio fue muy elocuente. Lillian comprendió de inmediato que Theresa no consideraba aquel cuarto gran cosa.
—Claro que me refiero con una alfombra y algunos cambios —añadió Lillian apresuradamente. En realidad no lo había pensado así; el cuarto le parecía perfecto tal como estaba.
—Solo tiene una ventana —dijo Theresa—, y es demasiado pequeña. Además, no me gusta el mobiliario pintado.
—¿Ah, no? Bueno, no sé, siempre pensé que era bonito, pero supongo

que puede cansar con el tiempo.
—Louise no tiene nervios —sentenció Theresa.

Salió del dormitorio y Lillian la siguió. Después de todo, ya habían hecho todo lo posible por Louise. Afuera encontraron a Billy preparándose para ir a la tienda de delicatessen por sándwiches. Hubert iba con él. Hymie insistía en que él debía ir en lugar de Hubert. Hubert gritaba por encima de la música de la radio que podía llevar a Billy a la tienda porque tenía un Packard justo afuera.

Finalmente, Billy y Hubert se fueron.

Hymie protestó:
—Yo debí haber ido.
—Bueno, ¿no podías haber ido con ellos? —preguntó Theresa.

Una idea iluminó el rostro de Hymie. Tomó su sombrero y corrió hacia la puerta. Pero ya era tarde. Abatido, regresó a la fiesta justo a tiempo para escuchar a la WEAF despedirse por la noche. Apagó el aparato y puso un disco en la victrola.

Fred y Anna bailaron.

Billy y Hubert trajeron sándwiches de jamón y queso, además de ensalada de col, pepinillos y un pastel de café.
—Caray, ¿nadie hizo café? —preguntó Billy.
—Probablemente no haya —dijo Theresa.

No lo había; así que tomaron té. Louise salió débilmente del dormitorio para tomar una taza de café. Le dieron té y lo aceptó sin quejarse. También tomó un sándwich, algunos pepinillos y una rebanada de pastel. Luego volvió a sentirse mal.

—Dime, Billy —dijo Hubert—, ¿por qué no van tú y Louise con nosotros el domingo? Me refiero a dentro de una semana.
—Está bien, claro. Eso sí, si ella no está muerta. Si lo está, iré de todos modos.
—Dejaré que ustedes decidan a dónde iremos —dijo Hubert—. Me agradan ustedes dos.

Miró alrededor de la mesa para ver si había alguien más que le agradara. Sus ojos se detuvieron un momento en Mary Jackson, pero la descartó por su estado. Ni siquiera miró a Hymie y Theresa; Theresa era demasiado aguafiestas. Fred no era gran cosa, pero Anna parecía una chica agradable.

—Dime —le preguntó a ella—, ¿te gustaría acompañarnos?
—Depende de a dónde vayan —respondió con cautela—. No tengo ropa elegante como Louise.

Hubert sacó su billetera del bolsillo y arrojó veinte dólares sobre la mesa frente a Anna.
—Ahí tienes —dijo—, cómprate un vestido bonito.

Los demás lo miraron boquiabiertos. Veinte dólares, como si nada. Anna rechazó el dinero con un aire frío y herido. Era lo único que podía hacer con todos observándola.
—Guárdalo, Hubert —dijo Lillian—. Nadie quiere tu dinero.
—Oh, Scotty, no tengo un traje bonito para usar cuando me lleves de paseo —se lamentó Billy.

Hubert le lanzó la billetera.
—Ahí tienes —dijo—. Consíganse algo elegante tú y Louise. En serio, adelante.
Billy devolvió la billetera.
—Dios, cómo duele hacer eso.
—Y no estás bromeando —añadió Theresa.

Hubert guardó la billetera, tratando de aparentar que no escuchaba a Billy decirle a Hymie que había ciento cincuenta dólares en ella. En serio. Billy lo había visto en la tienda de delicatessen. Hubert había querido pagar, pero por supuesto Billy no lo permitió. Hymie dudaba de esa última afirmación.

Fred se levantó, dio cuerda a la victrola y puso otro disco. Billy y Hymie comenzaron a mover la mesa plegable para que Fred y Anna pudieran bailar. Una pata de la mesa se dobló inesperadamente y tres tazas y platillos, varias porciones de ensalada de col, cuatro pepinillos y una jarra medio llena de leche condensada cayeron al suelo.

—¿Qué tal ese vuelco rápido? —preguntó Billy. Siempre lo decía cuando algo se derramaba.
—¿Tienen un trapeador? —preguntó Theresa.
—Sí, Theresa, está junto al refrigerador.
—Pues será mejor que lo traigas —dijo ella.

La señora Fisher entró mientras Billy intentaba cubrir todo el piso de la sala con la leche condensada. El trapeador era viejo y no se había derramado mucha leche, pero él hacía lo posible por esparcirla en cada rincón.
—Billy, Billy, ¿qué demonios estás tratando de hacer?

Él no respondió. Solo entregó el trapeador. La señora Fisher había estado visitando a su hermana en Jersey City, y mientras limpiaba les contó cómo su hermana sufría de reumatismo y congestión sanguínea en la cabeza.

Nadie había notado lo tarde que era hasta entonces. Hubo una repentina carrera por abrigos y sombreros. Louise estaba recostada sobre ellos y tuvieron que despertarla. Se apoyó contra la pared, sonriendo pálidamente mientras todos le aseguraban que habían pasado un tiempo maravilloso. Theresa, al ponerse el abrigo, se acercó a Louise y la miró fijamente.
—Te ves muy mal —dijo—. Ten cuidado. Te ves horrible.

Louise logró llegar al espejo del tocador. Se miró con interés. Era morena. Algunos recordaban cuando su cabello era de un tono castaño neutro. Ahora era negro, negro azabache, y daba una rudeza pesada a un rostro que apenas soportaba más aspereza. Tenía ojos grises y una boca grande que pintaba de naranja. Había en Louise una dureza esmaltada, como la de las mujeres de los carteles que anuncian cigarros. Usaba aretes de aro y siempre tenía lo último en zapatos de cinco dólares.

Se apartó del espejo y tocó el brazo de Theresa.
—¿Qué quieres decir con que me veo horrible? —preguntó desafiante.
—Te ves enferma.

—¿Estás segura de que quisiste decir eso?
—Sí, ¿por qué?
—Bueno, aquí se han hecho varios comentarios esta noche que no me gustaron. Escuché a Anna decir que me veía vulgar.

Anna abrió los ojos sorprendida hacia Louise.
—No dije eso.
—Sí lo dijiste. Cuando tú y Fred estaban sentados bajo la lámpara en el piso.
—Oh, Louise, déjalo para mañana —dijo Lillian—. Ya es muy tarde.
—Pues lo dijo, Lillian, lo escuché.
—No lo dije.
—Se lo dejo a Theresa. Ella está sobria. Theresa, ¿no dijo Anna...?
—No lo escuché —dijo Theresa.
—Ese es el tipo de amiga que pensé que eras —dijo Louise con desprecio.
—Bueno, no puedo evitarlo si no lo escuché —protestó Theresa.

Los hombres, con sombreros en mano, esperaban en la puerta a que las mujeres terminaran. Anna lloraba y recordaba alguna ofensa que Louise le había hecho un año atrás, en el Día de Washington.
—Pueden irse todos al infierno —dijo Louise.
—Vamos, vamos —intervino Billy—. Todos están borrachos. Digan buenas noches y olvídenlo.
—Vamos, Anna —llamó Fred. Anna se fue.
—Más le vale casarse con Billy y ser decente —comentó Anna al pasar por el pasillo.
—¿Y cómo haría casarse con Billy que alguien fuera decente? —preguntó Theresa.

Billy y Louise saludaron desde la ventana.
—Vamos, Anna, saluda —dijo Fred.
—No lo haré.
—Hazlo. Ella no quiso decir nada con lo que dijo. Hay que esperar una pequeña pelea en una fiesta. Ninguna termina sin que alguien se moleste por algo.
Anna vio que tenía razón y saludó.

—Pero no dije eso de ella —anunció Anna—. Sí dije que su cabello negro la hacía parecer un poco dura. Pero, caray...

Todos miraban hacia Billy y Louise. La multitud no se dispersaba hasta que sus anfitriones se apartaran de la ventana, y Billy y Louise no se apartaban hasta que la multitud se dispersara. Un callejón sin salida.

Lillian se acercó al automóvil.
—¿Quién va en nuestra dirección? —preguntó. Probó la puerta. Estaba cerrada—. Ábrela, Hubert —dijo.

Los demás la miraron con asombro. Era extraño que nunca hubieran prestado mucha atención a Lillian Cory en todos los meses que la conocían. Y allí estaba, al mando de un Packard. Ni siquiera se habían considerado sus amigos cercanos. Era una chica encantadora. Extraño que no lo hubieran notado antes.

Louise se inclinó por la ventana y le gritó:
—Lamento haber arruinado la fiesta, Lillian.
—Fría como un pez —respondió Lillian. Eso significaba que Louise quedaba absuelta de culpa.
—Nos vemos el domingo —gritó Billy.
—Posilutamente.

Gran muchacha, Lillian.
Gran tipo también, Hubert. Iba a llevarlos a todos a casa, sin importar dónde vivieran. Se acomodaron: Anna en el regazo de Fred, Mary Jackson junto a ellos, Hymie al lado de Mary, y Theresa y Lillian adelante con Hubert.

—Mi George nunca vino por mí —se lamentó Mary—. Supongo que estaba demasiado cansado después del trabajo.
—¿Dónde vives? —le preguntó Hubert.
—En Woodlawn.
—Caray —dijo Hubert—. ¿Cómo llegaste aquí?
Todos rieron.

Veamos, pensó Hubert. Esto es el Bronx, ¿no?
—East 144th Street —dijeron todos, solícitos.

—¿Dónde vives, Theresa?
—Broadway en la 192.
—Bueno, eso es fácil. Está cerca de Lillian. ¿Y tú, Anna?
—En la 238. Fred vive abajo, en la 103, lado oeste.
—¿Alguno de ustedes vive en Hartford, Connecticut? —preguntó Hubert—. Bueno, vámonos.
—¿Adónde primero? —preguntó Lillian.
—Dejaremos a Fred —dijo Hubert con decisión.

Hymie encendió un cigarrillo.
—¿Te importa si tiro cenizas en el piso, Hubert? —preguntó.
Hubert rió.
—No me importa lo que hagas —dijo. Luego, tras un momento de silencio reflexivo, añadió—: Claro, quiero decir, dentro de lo razonable. Ten cuidado con la tapicería, ¿sí, Hymie?
—Seguro.
—No hagas nada en el Packard de Hubert, cariño, que no harías en nuestro Essex —dijo Theresa.
—¿Ah, tienen un auto? ¿Por qué no vinieron en él esta noche? —preguntó Hubert, inocente.
Theresa rió.
—Bueno, ya ves, sabíamos que Mary vive en Woodlawn y Fred en la 103.

Hubert pudo haber dejado a Mary para el final y llevarla en su camino a casa, pero quería unos minutos a solas con Lillian. Dejó primero a Fred y luego a los Moss en sus casas, y Lillian permaneció en el auto mientras conducían por Inwood, subieron hasta la casa de Anna y luego hasta Woodlawn. Después regresaron a Inwood. Hubert estaba feliz. Cantaba mientras cruzaban Fordham.

—Dinah, is there any one finer
In the state of—

Interrumpió para comentar:

—Billy es un chico ingenioso, ¿no?
—¿No es genial? Me hace reír muchísimo.
—Sí, es gracioso. Debería haber probado en el teatro.
—Eso piensa todo el mundo. Habría sido un éxito. ¿Qué opinas del resto del grupo?
—Bien. Anna es una buena chica. No me entusiasma su novio, pero supongo que está bien. Esa Theresa sí que puede beber sin que se le note, ¿verdad?
—Claro. La he visto beber más que todos los hombres en una fiesta. Creo que tiene algo malo que ninguno de nosotros conoce. Siempre habla de morir pronto.
—¿Sí? Caray, qué pena. Debería hacerse un buen examen médico. Tengo un excelente doctor al que podría enviarla. Si alguna vez vuelve a hablar de eso, dile que me pregunte. Es un hombre muy hábil. Mi hermano estaba muriendo, fíjate, muriendo, y convencí a su esposa de que dejara que mi médico lo examinara. "No puede hacer daño", le dije. Y ella me respondió: "Está bien, Hubert, llama a tu médico. Si fuera cualquiera menos tú diría que no, pero casi siempre tienes razón". Así que lo llamé y vino. Miró las medicinas que los otros doctores le habían dado y no dijo nada. Simplemente rompió todas las botellas y luego le dio algo nuevo. En dos días mi hermano estaba de vuelta en el trabajo.
—Caray, maravilloso. ¿Y nunca volvió a enfermarse?
—Bueno, un par de meses después se enfermó otra vez y esa vez murió.
—Oh.

Se habían detenido frente a la casa de Lillian. Ella abrió la puerta del auto. Hubert apagó el motor y la siguió al vestíbulo del edificio. Estaba muy tranquilo. Casi todos habían regresado de sus diversiones del sábado por la noche y, como era costumbre, todas las luces menos una estaban apagadas.

—Bueno, gracias por llevarme a casa de los Fisher —dijo Lillian—. Espero que lo hayas pasado bien.

—Oh, caray, sí. Un gran momento. Son un grupo estupendo. Pero no subas todavía, Lillian.

Le tomó la mano y la apretó. Ella rió con una risa un poco forzada.
—Está bien —dijo—. ¿De qué hablamos?
—¿Tenemos que hablar?
La atrajo hacia sí y la besó. La besó con humedad. Lillian se pasó el pañuelo por los labios.

Hubert la observó bajo la luz de la única bombilla y la consideró hermosa. El hombre común conoce a una mujer que lo atrae y siente el deseo de reservar su tiempo y sus favores para sí mismo. Hubert había sentido ese deseo y luego conoció a Lillian Cory. Creía que la belleza fatal de Lillian lo había apartado del camino del honor. No recordaba que había deseado un poco de pecado ligero una hora antes de conocerla. No habría creído que cualquier mujer dispuesta que May McCloud hubiera elegido esa noche estaría usando ahora ese anillo de doscientos cuarenta dólares.

—Dios, eres dulce, Lillian.
—Bueno, ¿qué quieres hacer al respecto?
—Tenerte solo para mí.
—Tu esposa nunca te dejaría.
—Oh, lo sé. Eso está fuera de cuestión. No conoces a Helen.
—¿Con quién discutes? Dije que ella no te dejaría.
—Desearía que lo hiciera, pero es del tipo que no lo haría. No quise decir eso. Quise decir otra cosa.
—¿Por ejemplo?
—Quiero decir esto. Déjame conseguirte un pequeño departamento en algún lugar. Podrías dejar tu trabajo y estaríamos juntos casi todo el tiempo. Tengo mucho dinero.
—Ahora, ahora, no seas el villano ofreciendo a la pobre chica todas las comodidades modernas con agua caliente y fría.
—Lo digo en serio, Lillian. ¿Qué te parece? Te conseguiría cualquier departamento que quisieras y podrías elegir todos los muebles.

También te compraría ropa elegante. No soy tacaño. Caray, ¿no viste cómo estuve dispuesto a darle veinte dólares a una chica desconocida esta noche? Incluso te conseguiría un auto pequeño propio. ¿Qué dices, Lillian?
—Claro —dijo ella, pero se estaba riendo.
—No, lo digo en serio, Lillian. Deja de reír. Caray, no es como si estuvieras dando un paso terrible. Sabes lo que quiero decir. No es como si tú y yo... Sabes lo que quiero decir.
—Sí, bueno, es así. No creo que pueda hacerlo.
—¿Por qué no?
—Bueno, verás, acepté venir con las Friedrich y compartir gastos. Necesitan que yo pague un tercio de todo, ¿ves? No sería correcto dejarlas con toda la renta y todo, y además les quedaría un cuarto de más que no necesitan y tendrían que pagarlo.
—Podrían rentarlo.
—Quizá conseguirían a alguien y quizá no. Además, tal vez no les gustaría tener a alguien que no conocen.
—¿Qué tal esto? Supón que les das un tercio de la renta por el resto del contrato.
—No, no creo que lo aceptaran si yo no recibiera lo que estoy pagando. No son así.
—¿Entonces quieres rechazarme y renunciar a todo lo que te ofrezco solo para ayudar a esas chicas?
—Si me quedo con ellas, ¿ya no me llevarías de paseo?
—Claro, pero me desconciertas, Lil. No te entiendo. Oye, podrías tener tu propio auto.
—Ya te escuché la primera vez.
—Bueno, caray, eres rara.
—Tal vez es porque estoy tan cansada. Déjame subir ahora. ¿Nos veremos mañana?
—Claro.
—Buenas noches.
—Dame un beso, ¿quieres?
—Uno pequeño.
—¿No me amas?

—Con todo mi corazón y alma y más —Ella volvió a reír.
—Buenas noches.
—Buenas noches. Nos vemos mañana.

Subió las escaleras con cansancio. Estaba agotada. Los hombres tenían la costumbre de plantear nuevas ideas problemáticas justo cuando una mujer estaba cansada. Estos pasillos estaban sucios. Sería agradable elegir un departamento nuevo propio. Había al menos una docena de edificios nuevos en Inwood. Pasillos limpios, paredes moteadas. Oh, bueno, prácticamente les había prometido a las Friedrich que pagaría un tercio de todo. No sería justo dejarlas.

Abrió la puerta en silencio. Sylvia y Rose siempre estaban en la cama cuando ella llegaba. Esta noche era la excepción. Lillian vio la luz en la sala al cruzar el umbral.
—Hola —dijo.
Las chicas le respondieron, pero ella fue a su cuarto y se quitó el sombrero y la capa, prefiriendo no unirse a ellas. Rose se acercó a la puerta y llamó.
—¿Puedo entrar, Lillian?
—Adelante.

Rose llevaba una brillante bata de satén amarillo con grandes rosas rojas. Sylvia estaba detrás, con un pijama de pongee.-

—Tal vez no tengamos oportunidad de hablar en la mañana —comenzó Rose—. Salimos temprano con unos amigos, así que te esperamos. Es muy tarde, de modo que si hablo rápido y termino de una vez, espero que no te moleste.

Lillian la miró con asombro.
—Adelante —dijo.

—Bueno, es así. Quizá hayas notado los nuevos departamentos que se están construyendo. Sylvia y yo vimos algunos; son hermosos. Lámparas de pared, fuentes en el patio y todo tipo de detalles. Hemos

tenido muy buen negocio en la tienda y podemos darnos el lujo de vivir en un lugar mejor que este. Sabemos, por supuesto, que tú sigues con el mismo salario y no podrías cubrir una renta más alta. ¿Te molestaría si cancelamos este acuerdo?

—Le preguntamos al casero sobre el contrato —continuó Sylvia—, y dijo que estaba bien mudarse. Fue muy amable. No le dijimos, claro, que nos íbamos a una casa mejor. Le dije que me iba a casar pronto y que Rose y tú no podrían pagar la renta solas.

Lillian se sentó en la cama escuchándolas hablar. De vez en cuando asentía comprensivamente y una vez sonrió.

—El departamento que tomamos —prosiguió Rose— es lindísimo. Es...
—Oh, ya lo tomaron —dijo Lillian.
—Sí, pensamos que tú volverías a una habitación amueblada; siempre puedes conseguir una sin problema. Debes venir a vernos, Lillian.
—Gracias, lo haré. ¿Cuándo rompemos el arreglo?
—Para el próximo jueves debemos estar fuera.
—Fácil.
—Espero que no estés molesta, Lillian —dijo Rose.
—No, está bien.
—¿A dónde irás? —preguntó Sylvia.
—Oh, no sé.
—Las dos lo sentimos, Lillian, pero cuando Sylvia se case quizá puedas compartir el departamento conmigo. Eso sí, si para entonces ganas lo suficiente.
—Oh, gracias, Rose. Eso me da algo por lo que trabajar y esperar.

Las Friedrich la miraron rápidamente para ver si Lillian se burlaba de la oferta de Rose. Era el momento perfecto para ofenderse. Les haría sentir mucho más satisfechas con sus lámparas de pared y sus fuentes en el patio si Lillian reaccionaba de forma desagradable. Pero Lillian les daba la espalda; no podían ver su rostro. Se estaba quitando

el vestido. Otras noches lo colgaba en un gancho, pero esa noche cayó al suelo y lo dejó allí.

—Eso no servirá para usarlo otra vez —comentó Rose.
—Hay muchos más de donde salió ese —dijo Lillian alegremente. Ya se ponía el camisón.
—¿Pusiste la alarma? —preguntó Sylvia.
—Mañana es domingo —dijo Lillian—. Y pasado mañana también será domingo. Y el día siguiente también será domingo. ¿No lo sabían, Friedrich? A partir de ahora, siempre será domingo.

Las Friedrich se retiraron sintiéndose muy íntegras. Claramente Lillian estaba ebria. Se debían a sí mismas cortar la relación con una chica de esa categoría.

CAPÍTULO 7

Lillian llevó a Louise a buscar departamento con ella. Invitar a una amiga cuando se realiza cualquier tipo de trámite es un método conocido y muy eficaz para lograr dos objetivos a la vez. El agente de renta menciona el precio, y tú respondes: *Bueno, claro, eso no importa mientras me guste el lugar*. Eso impresiona a la amiga. La amiga comenta que está bastante lejos del metro, y tú respondes: *Eso no importa porque no tenemos que ir al centro por las mañanas, y además tendremos los autos*. Eso impresiona al agente de renta.

Además, cuando una amiga te acompaña, no le temes al agente. Tienes el valor suficiente para preguntar si hay calefacción y agua caliente en abundancia, y si los pasillos y escaleras están bien cuidados. No te atreverías a preguntar eso si estuvieras sola. La amiga te da confianza en tu propia importancia, porque, desde que mostraste tu total indiferencia hacia la renta, te ha estado mirando con respeto.

Lillian eligió un departamento. Estaba en Inwood, porque no se le ocurrió buscar en otro lugar. Era un buen departamento: tres habitaciones, setenta y cinco dólares. Louise pensó que era un precio excesivo y lo dijo. Lillian respondió que no le parecía tanto.

—Pero mira —protestó Louise—, tú y las Friedrich tenían cuatro habitaciones por sesenta.
—Sí, pero ese lugar era terrible.
—No estaba mal.
—No, era peor.

Lillian se quedó observando su nuevo hogar. Claro que es difícil juzgar un lugar vacío, pero cualquiera podía ver que este resultaría excelente. La sala era cuadrada, tenía dos ventanas, dos lámparas de pared, dos tomas de corriente y una luz de techo —no un candelabro colgante—. Este lugar era estupendo. El accesorio era de bronce, y a Lillian se le ocurrió que podía poner bombillas naranjas. Las ventanas daban a un patio con jardín: árboles, fuentes y todo. Muy bonito.

Entró al dormitorio. Era amplio: doce pies, si acaso una pulgada menos. Podías colocar la cama junto a las ventanas, que también daban al patio. Incluso Theresa diría que era una habitación encantadora cuando Lillian terminara de arreglarla. El baño estaba justo al lado: una ducha excelente, todo tan limpio y reluciente. Un botiquín empotrado. Muy atractivo. Claro, las cocinas eran solo cocinas. Pero esta parecía un poco fuera de lo común: desde su ventana se veía la calle, y la estufa de gas era blanca. Lillian no estaba segura de que una estufa blanca fuera práctica. Bueno, el tiempo lo diría.

Había suficiente espacio de clóset: dos pequeños y uno enorme. Un vestíbulo amplio, y todo el lugar pintado en color crema moteado. Un sitio magnífico.

—¿Y su nombre? —preguntó el agente de renta.
—Cory. Señora Hubert Cory.
—Muy bien, señora Cory. Le daré un recibo por el depósito de inmediato. Ahora, ¿qué día se mudará?

—Tan pronto como tenga mis muebles. Verá, estoy comprando todo nuevo para el departamento. Iré de compras mañana y le avisaré qué día pueden entregarlos; ese día me mudaré.
—Muy bien, señora Cory. Gracias.

Lillian y Louise salieron del edificio. Caminaron despacio por el patio, pues Lillian quería admirar los árboles y arbustos.
—Parecen estar bien cuidados —comentó a Louise—. Los detesto cuando se ven descuidados, ¿no te pasa?
—Sí, se ven horribles entonces. Este lugar sí que luce elegante, Lillian. Apostaría a que tendrás buenos vecinos aquí. Mira, la renta es tan alta que mantendrá alejados a los indeseables.
—Desearía que no fuera domingo. Tengo ganas de ir a comprar mis muebles.
—¿Dónde los conseguirás?
—No lo sé aún.
—¿Los vas a comprar a crédito?
—№ Eso es una molestia. Siempre tienes que recordar quedarte en casa para pagar al cobrador y todo eso. No podría soportarlo. ¿Puedes acompañarme a comprar las cosas?
—No sé. Debería ir a trabajar.
—Oh, olvida el trabajo.
—Está bien. Iré contigo.

Lillian tomó un taxi. Ella y Louise tenían que reunirse con Billy y Hubert en la calle 144. Hubert había preferido quedarse con Billy en lugar de buscar departamento. Él y Lillian no habían planeado ver a Billy y Louise hasta el domingo siguiente, pero cuando Lillian le dijo a Hubert que aceptaba su oferta, todo cambió.

Billy aún sentía los efectos de la noche anterior, pero, aparte de que no tenía ganas de comer, Louise estaba completamente recuperada. Ella y Lillian tenían que contarles a los hombres todo sobre el departamento. La señora Fisher estaba presente, así que fingieron que el interés de Hubert era completamente impersonal. La señora Fisher les permitió jugar su pequeño juego.

La velada no fue especialmente notable. Los cuatro cenaron en un restaurante italiano en Fordham y después fueron a Keith's. Hubert llevó a Billy y Louise a casa. Tomaron algunas copas arriba y luego se despidieron por la noche; Louise prometió fielmente estar lista cuando Lillian viniera por ella al día siguiente.

—¿No vas a trabajar mañana, en serio? —preguntó Billy a Louise.
—№ Que me descuenten un día. Tengo que ayudar a Lillian a amueblar su departamento, ¿no?

Billy se volvió hacia Lillian.
—¿Y tú? ¿No vas a regresar nunca?
—№
—¿No te deben un par de días?
—Oh, debería arrastrarme hasta allá por unos días de pago. No me molestaría.
—Caray, ustedes son independientes. ¿Qué vamos a hacer con ellas, Scotty, si no podemos hacer que trabajen para nosotros?

Hubert rió.
—Supongo que tendremos que mantenerlas, Billy.
—La broma es para ti. Yo estoy sin dinero.

Lillian convenció a Hubert de detenerse en un puesto de periódicos y comprar todos los diarios del domingo que quedaban a esa hora tardía. Se quedó en la cama hasta las tres de la mañana leyendo los anuncios de muebles. Las hermanas Friedrich podían escuchar el ruido de los periódicos y se preguntaban.

—Tal vez está buscando una habitación amueblada —susurró Rose.
—No lo sé —respondió Sylvia—. Tengo la sensación de que está tramando algo.

Louise estaba lista cuando Lillian pasó por ella al día siguiente. Salieron de inmediato. Lillian sabía ahora exactamente a dónde quería ir por sus muebles. Las dos se acomodaron en el taxi, fumando y conversando.

—Se siente raro no estar en el trabajo —dijo Louise.
—Se siente estupendo.
—Sí, pero mañana volveré.
—Oh, vamos. No puedo terminar todas mis compras en un solo día. Tendrás que ayudarme. Te compensaré lo que pierdas en la oficina.
—No permitiría que hicieras eso.
—No seas absurda.
—Eres maravillosa, Lillian. Nunca conocí a alguien tan considerada como tú en estas cosas.
—Bueno, te necesito conmigo.

Lillian no quería decirle a Louise que la necesitaba principalmente para dar fe de que los muebles se compraban estrictamente al contado.

En la Tercera Avenida, unas cuadras abajo de la calle 125, eligieron los muebles. Juego de dormitorio de caoba. El vendedor lo aseguró. Ciento cuarenta y nueve dólares. Tenía pequeñas flores pintadas, una en cada pieza. Lillian pudo haber comprado un juego por ciento veintidós con cincuenta, pero como le dijo a Louise:
—¿Para qué ser tacaña?

Lillian no quería una alfombra para el dormitorio porque los pisos del nuevo departamento eran hermosos, y además la habitación de Louise se veía encantadora sin una. Pero Theresa miraría la habitación y no diría nada si no tenía alfombra, y Anna pensaría que era porque Lillian no podía pagarla.

Compró una alfombra. Sesenta dólares. Las buenas alfombras cuestan mucho, pero valen la pena. Compró una lámpara con pantalla de georgette rosa, una silla tapizada en satén rosa, una gran reproducción de Maxfield Parrish, y el dormitorio quedó terminado, excepto por las cortinas y adornos. Ah, sí, una lámpara de cabecera rosa, por favor. La grande, con flecos de vidrio. Sí, esa.

Ahora, la sala. Lillian casi odiaba empezar con la sala. Se necesita mucho para amueblarla; uno no se da cuenta hasta que lo intenta.

Bien, uno de esos juegos de tres piezas: sofá y dos sillones. Ese con tapicería era bonito. Pero marrón. ¿Ah, también en rojo? Eso es lindo. Oh, por Dios, se abre y se convierte en cama. Bueno, es una buena idea; muchas veces Billy y Louise se quedarían. Y esos sillones eran cómodos. Ciento noventa y ocho dólares por las tres piezas. Un par de sillas rectas también. Sillas Windsor, supuso Lillian que se llamaban. Sí, servirían. Dos de ellas. Porta ceniceros. Ese de madera pintado como un pequeño soldado de colores era simpático. ¿El cenicero en sus manos era desmontable? Oh, claro. Qué tonto. Bueno, ese y otro más. Ese sencillo estaría bien. Una mesa plegable. ¿Para ocho? ¿Ocho qué? Vamos, seis apenas cabrían. Ahora sí, algo mejor. Muy bien. Claro, una alfombra. ¡Ochenta y cinco dólares! Dios mío. Pero era bonita. Las macetas de flores en ella eran casi del mismo tono que la tapicería de los muebles.

Dos lámparas, por favor. Una de puente y otra de mesa. ¿Piano? No, nadie toca. ¿Lámpara de piano? Claro. Qué torpeza. Oh, mira ese mueble lindo para poner adornos. ¿Qué? ¿Es una biblioteca? Bueno, por Dios. ¿No es grande? Positivamente enorme. No, yo los saco de la biblioteca circulante. Una mesa y dos sillas para la cocina, por favor. ¿Blancas? Por supuesto. Oh, realmente. Bueno, déjeme verlas en verde. Qué bonitas. Con linóleo verde y todo, será adorable.

Dios mío, ¿qué sigue? Mesas y sillas de colores para la cocina. Increíble. Oh, algunos cuadros para la sala. Ese de la chica en el balcón es encantador. Ese y el de los árboles. Oh, vajilla también. ¿La tienen aquí? Bueno, la tendrán en el centro. ¿Qué? ¿El somier y el colchón no vienen con la cama? Bueno, envíen uno suave y dos almohadas blandas. Con funda rosa, por favor. Bueno, sería absurdo pagar todo hoy. Tal vez la empresa no entregaría puntualmente una vez que tuviera el dinero. Mitad ahora. ¿Qué tal? La otra mitad al

entregar.

Lillian abrió su bolso y sacó cinco billetes nuevos y rígidos de cien dólares. Louise la miró fijamente, y el vendedor de muebles intentó disimular.

—¿Cuánto es la mitad? —preguntó Lillian.

El vendedor se retiró a un rincón y, apoyándose en una alfombra enrollada, comenzó sus cálculos. Le tomó un tiempo, pero cuando regresó pudo hablar con autoridad.
—La mitad serán trescientos veintiún dólares con setenta y cinco centavos, señora.

—¿Eso es la mitad? —preguntó Lillian. Observó con desdén sus cinco billetes rígidos—. Un hombre está loco si cree que se puede amueblar un departamento con quinientos dólares.

Entregó cuatro billetes al vendedor, quien se apresuró a guardarlos antes de que ella cambiara de opinión.

—Y todavía no tienes cortinas, ni vajilla, ni cubiertos —comentó Louise—. Ni cosas de cocina. Ya sabes, batidores de huevo y cosas así.
—Oh, fácilmente costará mil dólares amueblar la clase de hogar que quiero —dijo Lillian.

Llegó el cambio y las muchachas fueron despedidas con gran cortesía. El vendedor agradeció profusamente a Lillian; ella era la primera clienta en efectivo que la tienda había tenido desde 1909.

—Estoy agotada —dijo Lillian.

En realidad no lo estaba; se sentía animada y emocionada. Imagínate poder gastar tanto dinero en unas pocas horas. Se sentía altiva y orgullosa. Lamentó no haber recordado usar guantes.

—Me siento perdida sin mis guantes —le dijo a Louise—. Tendré que comprar un par. Entremos aquí.

Una joven de rostro muy pálido y cuello muy moreno preguntó si Lillian deseaba algo en chamoisette. Un dólar con noventa y ocho. De la mejor calidad. Se vende en tres dólares, créalo, en el centro.
—¿Tiene algo mejor?
—¿Mejor? No hay nada mejor que un Chamoisette Stein and Goldfogel.
—Quería de cabritilla.
—Oh, de cabritilla. ¿Negros? ¿Blancos?

Lillian reflexionó.
—Blancos.
—Aquí. Cuatro y medio, precio regular. Llévelos por cuatro dólares.
—Es demasiado —dijo Louise.

Eso fue todo lo que Lillian necesitó escuchar.
—Es razonable, Louise. Tomaré dos pares. Y un par para mi amiga aquí. ¿Qué talla usas, Lou?
—No seas absurda. ¿Por qué deberías comprarme guantes? Uso seis y un cuarto. Pero, por favor, no seas así, Lillian. Me enojaré contigo.

Las chicas se probaron sus nuevos guantes en el taxi.
—¿Qué dirá Hubert cuando se entere de cuánto dinero has gastado? Y estos guantes para mí… Apostaría a que se enojará.
—Más le vale que no.

La mirada de Louise era de profunda admiración. Si ella tuviera un hombre con dinero, estaría aterrada de hacerlo enojar. Pero Lillian era independiente.

—Tengo que ocuparme del teléfono, el gas y la electricidad —dijo Lillian—, pero supongo que Hubert se encargará de eso. Debe hacer

algo; yo ya tuve todo el trabajo de comprar. Oh, casi lo olvido. Tengo que comprar un anillo de boda.
—¿Ahora?
—No, esperaré hasta mañana. Supongo que puedo conseguirlo en Inwood. Quiero uno de oro blanco con flores de azahar.

—Yo conseguí el mío en Woolworth's —dijo Louise—. Es lindo tenerlo, ya sabes, si vamos a aquel parque el fin de semana.
—Sí, yo también lo compraría en Woolworth's si estuviera en tu situación. Billy te dará uno verdadero algún día, pero en mi caso eso no ocurrirá; así que voy a comprar el de oro blanco ahora.

—¿Te importa?
—¿Importar qué?
—Que Hubert no pueda casarse contigo. ¿Estás loca por él?

Insistiendo. La gente nunca estaba satisfecha si no hacía preguntas. Tenían que acercarse y tratar de mirar dentro de ti. Si se quedaran a distancia y observaran, descubrirían más. Las palabras no significaban nada.

—Bueno, ¿qué piensas?
—Creo que estás loca por él.
—Entonces está todo resuelto. No tendrás que preguntar otra vez.
—No te estoy dando una respuesta corta —añadió Louise.

Lillian rió. Pensó que ella y Louise se estaban volviendo mejores amigas. Hubo un tiempo en que Louise se habría molestado por una respuesta tan directa.

Se encontraron con Billy y Hubert en el restaurante italiano. Más tarde, todos dieron un paseo en el Packard porque no había nada más que hacer. Hubert llevó ginebra para hacer el paseo más agradable. Se decidió que Louise se quedaría en casa otro día y ayudaría a Lillian a conseguir cortinas y utensilios de cocina.

—¿Tienes que trabajar mañana, Billy? —preguntó Hubert.
—Claro.
—Qué lástima. Me gustaría tener compañía mientras Lillian esté de compras. Oh, tómate el día libre y vamos a una función de matiné o algo así.
—No podría, Scotty.
—¿Por qué no? Dime cuánto te costaría el día y yo te lo compenso.
—Bueno, te lo diré. Llámame mañana como a las nueve. ¿Qué te parece?

Cuando Hubert y Lillian estuvieron solos esa noche en el vestíbulo de su casa, ella dijo:
—Hubert, el departamento va a costar mucho. ¿Te importa?
—Sabes que no.
—Bueno, hay tantas cosas que no había calculado. Será alrededor de mil dólares con el linóleo y todo.
—¿Y qué me importa?
—¿De verdad no te importa?
—№ Quiero que tengas todo lo que quieras.

—Eres bueno, Hubert. Escucha, hoy le compré a Louise un par de guantes por cuatro dólares. ¿Te importa? Ella está faltando al trabajo, ya sabes, para ayudarme.
—Claro. Cómprale lo que quieras. Es una buena chica. Oye, necesitarás más dinero mañana. Aquí tienes otros doscientos dólares que saqué para ti.

Lillian los dejó caer en su bolso.

—También te conseguí otra cosa. No quería dártela hasta que estuviéramos solos.

Le entregó una pequeña caja. Una caja de joyería. Ella la abrió y vio un anillo de boda en su ranura de terciopelo blanco: un anillo de oro blanco con flores de azahar.

—Qué bien, tenemos los mismos gustos —dijo—. Es justo lo que quería.

Se lo deslizó en el dedo. Le quedó perfecto, y una sensación de seguridad la envolvió mientras lo giraba en su mano.
—Me siento casada —dijo.

El pequeño vestíbulo estaba muy silencioso. Deseó que Billy estuviera allí para hacer un comentario gracioso, o que un grupo de chicas bajara por las escaleras. Uno se siente un poco ridículo cuando todo está tan callado y alguien hace algo agradable, y por primera vez en la vida tienes la sensación de ser cuidada y de tener un lugar seguro.

Volvió a girar el anillo en su dedo.
—Tiene iniciales adentro —dijo Hubert—. Dice H. para L. y también la fecha.
—¿De veras? Qué bien. Bueno, tengo que subir ahora.
—¿Me das un beso?
—¿Para qué?
—Me gustan los besos.
—Oh, tonterías. Nos vemos mañana.

Entonces corrió escaleras arriba. Si se quedaba, él podría decirle que la amaba... y entonces, ¿qué haría ella?

CAPÍTULO 8

Al principio, Hubert Scott solía volver a casa todas las noches. No importaba si eran las cuatro de la mañana cuando se despedía de Lillian: siempre regresaba. Luego, una noche se quedó dormido en el departamento de Lillian. Era mediodía cuando despertaron.

Pasada la una llegó a su propia casa y, con temor y ansiedad, entró.

Helen no estaba. Nellie le dijo que había salido a un almuerzo de bridge. Hubert deseó que hubiera estado en casa para poder dar sus explicaciones y volver con Lillian. No se atreva a irse sin verla; sería más difícil explicarlo la próxima vez que se encontraran.

—¿Estará en casa para la cena, Nellie?
—Sí, señor Scott. Estará en casa para la cena.

Así que Hubert pasó la tarde en el sillón de Helen, adormilado. Cuando ella entró, despertó sobresaltado. Lamentó haberse quedado dormido. Ahora ella tenía la ventaja. Estaba algo confundido, y Helen sería lo bastante inteligente para aprovecharlo y lanzarle preguntas antes de que pudiera ordenar sus pensamientos. Malditas esposas astutas. Especialmente las celosas.

Pero Helen solo miró hacia la sala, le hizo un gesto con la cabeza y subió las escaleras. Estaba muy molesta. Molesta como una herida. Hubert pensó que debió haberle traído algo. Aún se preguntaba qué podría haberle traído cuando ella bajó otra vez. Llevaba un vestido de satén negro muy sencillo, con una estrecha banda de malla dorada en el cuello y las mangas. Hubert sonrió para sí. Vaya, ¿no podrían Lillian y Louise darle algunos consejos de moda? No sabía cuánto había pagado Helen por el vestido, pero apostaba a que Lillian o Louise habrían conseguido tres veces más malla dorada por el mismo dinero.

—Hola —dijo—. Supongo que estuviste preocupada por dónde estuve anoche.

Creyó ver una expresión de sorpresa en su rostro. No estaba seguro. No podía haber sido sorpresa; debía ser enojo.

—Bueno, te lo diré, Helen. ¿Conoces a Steve Flynn?
—¿Quién?
—Steve Flynn. El hombre que tiene los grandes mercados.
—Oh, sí —dijo Helen sin convicción—. Sé quién es.

—Pues me lo encontré justo cuando iba camino a casa para cenar ayer. No lo veía en años. Steve y yo siempre hemos sido buenos amigos y se alegró de verme. Había oído que me retiré y quería que trabajara con él. Acaba de perder a un hombre muy valioso y le ha costado reemplazarlo. Me rogó que aceptara el puesto. Yo le dije que no, claro. Me obligó a cenar con él para hablar del asunto. Bebimos. Ya sabes cómo pasa, y de pronto Steve se desmayó. Tuve que llevarlo a casa y, ya sabes, cuando está borracho le vienen esas ideas suicidas. Todos lo saben. Siempre intenta matarse cuando bebe. Tuve que quedarme con él, claro. Nunca me lo perdonaría si se lanzara por una ventana o algo así. Estuve con él hasta el medio día de hoy.
—Vaya aventura —comentó Helen—. Supongo que su esposa estaba fuera de la ciudad.
—Sí, visitando parientes en Buffalo. Fue terrible.
—Lo apuesto.

Helen se sentó en el sofá, fumando distraídamente. Hubert se atrevió a mirarla. Su expresión era de completa serenidad. Entonces lo creía. Las esposas podían ser engañadas si uno lo hacía bien.

—¿Estuviste preocupada? —preguntó.
—Bueno, para decir la verdad, Hubert, no estaba aquí. Anoche acompañé a un grupo de jóvenes al teatro y luego a bailar. Eran más de las tres cuando regresamos. Nunca imaginé que no estabas en tu cama. Luego dormí hasta tarde esta mañana y naturalmente supuse que ya habías salido.
—¿Ah, sí? Bueno, imagínate. Yo estaba cuidando a Stevie. Siempre le vienen esas ideas suicidas cuando bebe.
—¿Crees que aceptarás el trabajo que te ofreció?
—No sé. ¿Por qué?
—Bueno, pensaba que si lo aceptas probablemente lo verás seguido y eso significaría que tendrías que lidiar con su manía con frecuencia.
—Sí, supongo que sí. Oh, no aceptaré el trabajo a menos que no pueda conseguir a nadie más. No dejaría a un amigo en apuros. Es difícil encontrar hombres responsables. Claro, si no consigue a nadie

más tendré que aceptar. Supongo que finalmente lo haré.
—Lo pensé —murmuró Helen.

Después de eso, Hubert rara vez volvió a casa por las noches. ¿Qué sentido tenía regresar solo para dormir unas horas y luego correr de nuevo a Lillian? Claro, si Helen no creyera sus historias tendría que volver, porque era un hombre que odiaba los problemas. Pero Helen le creía. Aceptaba sus explicaciones tranquila y sin cuestionarlas.

—De hecho —le dijo a Lillian—, ella, sin proponérselo, me dio la mejor idea. Dijo que si aceptaba el trabajo con Steve Flynn lo vería mucho y tendría que ausentarme seguido para cuidarlo. Así que, por supuesto, al día siguiente le dije que acepté el trabajo con él. Eso lo explica todo y, vaya, mis acciones necesitan explicación. Si alguna vez lo descubre, me mata.

—Bueno, estás siendo cuidadoso, ¿verdad?
—Claro. Le dije que, debido a que el puesto había estado vacante un mes, se acumuló mucho trabajo y que paso día y noche en ello, además de tener que lidiar con la embriaguez de Steve Flynn.
—¿Y si alguna vez conoce a Flynn?
—No le hablaría aunque lo hiciera. No conoces a Helen. Altiva y fría, así es ella. Si una persona no juega bridge, no habla francés y no adora las antigüedades, queda fuera de su círculo.
—Pero podría conocerlo y hablarle.
—No lo haría, en serio, Lili; no conoces a Helen. Cualquiera que sea amigo mío es veneno desde el principio. Iría a Times Square pasando por China con tal de evitar caminar en la misma cuadra que un amigo mío.

Lillian frunció el ceño y caminó hacia la cocina. Él la había llamado "Lil". Sabía que ella lo odiaba. En realidad, también odiaba "Lillian". Había mandado grabar sus tarjetas de Navidad como "Lili Cory" y ese era el nombre que daba ahora siempre que debía presentarse.

—¿Qué hay para la cena? —preguntó Hubert, siguiéndola a la cocina.

—No lo sé aún. Louise va a traer las cosas para la cena.
—No me gusta que lo haga. No tienen mucho dinero.
—Oh, le di cinco dólares anoche para que comprara lo necesario. Pensé que me ahorraría salir.
—¿Ella sabe que Anna está aquí?
—Claro.
—Anna no quería que lo supiera...
—Oh, le dije a Billy y a Louise que Anna tenía gripe, como ella me pidió. Pero no me creen. No son tontos.
—¿Cuándo podrá volver a casa?
—Mañana, supongo. Pobrecita, fue una jugada sucia la que le hizo Fred. Me pregunto a dónde habrá ido. Vaya, ¿qué habría sido de ella si no fuera por ti, Hubert?
—Por ti, quieres decir. Yo solo puse los cien dólares que costó esto. Tú la llevaste, la trajiste de vuelta, llamaste a su madre para pedirle que se quedara contigo un tiempo, llamaste a la tienda para decir que estaba enferma. La has atendido en todo. Trataste a esa chica como si fuera tu hermana.
—No le digas a nadie, Hubert, lo que le pasó. Si sospechan, no es nuestra culpa, pero no dejes que lo oigan de nosotros.
—No lo haría. Oye, Lili, creo que tomaré una siesta hasta que esté lista la cena. ¿Te importa?
—Bueno, Anna sigue en la cama. ¿Podrías hacerlo en el sofá?
—Claro.

Hubert fue a la sala y Lillian se quedó sentada en la silla verde junto a la mesa verde de la cocina. En cierto modo deseaba que Anna no estuviera allí. Ella también tenía sueño. Si Anna estuviera en otro lugar, ahora ella y Hubert podrían dormir hasta, digamos, las seis y media; luego cenar en un restaurante y quizá ir a un espectáculo. Sería fácil llamar a Louise y decirle que no viniera. Pero Anna estaba allí y pronto habría que preparar la cena para cinco personas. Lillian miró por la ventana y vio su nuevo Nash roadster subir por la calle. Se estremeció. Billy casi golpeaba el guardafangos contra un camión estacionado.

—Hubert, aquí están Billy y Louise.
—Está bien.
—No estabas dormido todavía, ¿verdad?
—No tuve esa suerte.

Billy y Louise llegaron. Billy estaba de mal humor y Louise no había traído las cosas para la cena.
—Las olvidé —explicó—. Billy me estaba gritando por algo y lo olvidé. ¿No podemos salir a cenar?
—No —dijo Lillian—. Te dije que Anna estaba aquí enferma. No podemos dejarla sola.
—¿Qué le pasa? —preguntó Billy.
—Gripe, te dije.
—Si me lo creo, me dirás otra cosa.
—No me importa si lo crees o no. Tiene gripe.

Incluso Billy sabía cuándo no debía discutir con Lillian. Vio que estaba molesta por algo. ¿Por qué tenía que estar enojada? Si decía una cosa más que no le gustara, se llevaría a Louise y se irían a casa.

—Ya tienes puesto el abrigo, Lou. Ve a la tienda, ¿quieres? —pidió Lillian.
—Oh, estoy cansada, Lillian. De verdad lo estoy. ¿No puedes llamar por teléfono?
—Es demasiado tarde. Si llamo ahora, nunca traerán las cosas.
—Iré yo —dijo Hubert.
—Está bien. Compra tres libras y media de bistec de sirloin y una lata de maíz —mejor compra dos latas— y un pastel de algún tipo y mantequilla, y no olvides el pan.
—De acuerdo.

Hubert salió y Billy se sentó en la sala a leer su periódico. Louise se quedó en la cocina conversando mientras Lillian pelaba las papas.
—¿Qué le pasa a Anna, en realidad? —susurró.
Lillian volvió hacia ella sus ojos grises, enojados.

—Gripe, te dije —respondió—. ¿Cuántas veces más debo decírtelo?
—¿Por qué estás tan molesta?
—Nada, supongo que estoy de mal humor.
—Bueno, creo que será mejor que nos vayamos.
—No seas tonta. Mandé a Hubert por tres libras y media de bistec. No podemos comerlo solos.

Louise fue a la otra habitación y se sentó junto a Billy.
—Ella vio cómo bajabas por la calle con su auto —susurró.
—Vamos. Está molesta porque no trajiste las cosas para la cena. Caray, cree que eres una sirvienta.

Nada estaba más lejos de la mente de Lillian que pensar que Louise era una sirvienta. Estaba pelando la duodécima papa cuando Hubert regresó.
—¿Conseguiste todo? —preguntó.
—Eso espero.
—Yo también. Ve a ver si Anna quiere algo, ¿quieres? No he tenido oportunidad de entrar.
—Oh, no me gusta entrar. Siempre está llorando. Haz que Louise vaya.
—Aquí, pon el bistec bajo la luz, ¿quieres? Yo entraré.

Lillian entró. Anna estaba llorando. Estaba recostada contra las almohadas, secándose los ojos con uno de los pañuelos de Lillian.
—Vamos, Anna, deja de llorar. Billy y Louise están aquí. No querrás que te escuchen llorar, ¿verdad?
—Estaba llorando en silencio —dijo Anna con dignidad. Su tono acusaba a Lillian de intentar arrebatarle su más simple consuelo.

—Bueno, anímate. El pajarillo azul de la felicidad no está muy lejos. Justo a la vuelta de la esquina. Las lluvias de abril traen flores de mayo y además está lloviendo violetas.
—Sé que intentas animarme, Lillian, pero por favor no seas ridícula. No me siento con ánimo.
—Estoy preparando una cena estupenda. Un gran bistec grueso y

papas fritas. ¿Comerás bastante?
—Solo un poco de caldo de pollo, por favor.
—Oh, come un poco de bistec.

Esta escena es magistral porque desmorona la fantasía del "domingo eterno". El lujo del departamento y el vestido de crêpe de Chine no pueden ocultar la hostilidad de Billy, la envidia de Louise ni el trauma de Anna. He revisado el texto para que la traducción dinámica sea clara para un lector hispano, manteniendo los eufemismos pero cargándolos de la pesadez que merecen.

—Me quedaría atorado en la garganta, Lillian. Por favor, solo un poco de caldo de pollo.

Lillian salió, cerrando la puerta tras de sí. En la sala hizo una seña a Hubert y él la siguió a la cocina.
—Tendrás que salir otra vez —dijo—. Anna quiere caldo de pollo.
—Está bien.
—Espero que no te moleste.

Él estaba en la sala poniéndose el abrigo.
—No, esta vez tomaré el roadster —le dijo.
—Casi no tiene gasolina —comentó Billy—. No te llevará más allá de la esquina, hasta el taller.
—Oh —dijo Hubert.

La cena fue a las seis y cuarenta y cinco. Anna recibió su caldo en la cama; no tenía fuerzas para sentarse a la mesa. Billy y Louise estaban muy hambrientos y comieron en silencio. Después de cinco minutos de comer como si tuviera un tren que alcanzar, Hubert se quedó dormido. Lillian no tenía hambre. Fumaba y sacudía las cenizas sobre su porción de bistec.

—Es repugnante desperdiciar comida así —comentó Louise—. Piensa en la gente aquí mismo, en Nueva York, que tiene hambre esta noche.
—Piensa tú en ellos, yo estoy demasiado cansada —dijo Lillian.

—¿De qué estás cansada? —preguntó Louise—. Yo he estado recorriendo todo Nueva York buscando trabajo y tú solo has estado aquí sentada.
—Sí, Lou, mucho trabajo que buscaste —intervino Billy.
—Bueno, hice algo y lo detesto. Ojalá no hubiera faltado para ayudarte a amueblar este lugar, Lillian. Nunca lo habría hecho si hubiera sabido que me despedirían.

—¿Para qué quieres trabajar? —preguntó Lillian.

Su pregunta fue un recordatorio sutil de que, después de todo, Louise estaba viviendo tan bien como siempre. Lillian miró con intención el vestido que Louise llevaba puesto. Era de crêpe de Chine negro con ribetes verde esmeralda. La falda se abría y tenía bordes ondulados. Lillian había comprado ese vestido un día en que llevó a Louise de compras con ella. Costó catorce dólares con noventa y cinco centavos. Hubert le había dado cien dólares para comprar vestidos, y en una tienda de la calle Dyckman se había dado el gusto. Lillian compró cinco para ella y ese para Louise porque le dio pena su franca envidia.

—No quiero trabajar —dijo Louise—, pero él quiere que lo haga. No le veo sentido, porque pronto nos casaremos y entonces no trabajaré.
—¿Quién te lo dijo? —preguntó Billy.
—Sé que no trabajaré. No voy a hacerlo después de casarnos y eso está decidido. Y nos casaremos el próximo mes.
—¿Por qué? —preguntó Lillian—. ¿Por qué no esperar un año más?
—Bueno, porque no quiero. Ya sabes cómo es entre Billy y yo. Todos lo saben y me siento tan vulgar y corriente.

—Pues ahí lo tienes —dijo Lillian, levantándose con energía y comenzando a recoger la mesa—. Así es la vida. Vamos, Hubert, despierta. Tengo que ir a buscar la bandeja de Anna. ¿Está lloviendo?

Se acercó a la ventana y permaneció en silencio varios minutos,

mirando al patio azotado por la lluvia. Una extraña sensación de soledad la invadió de repente. Deseó que Hubert despertara. Necesitaba su voz fuerte para asegurarle su importancia y su seguridad. Billy y Louise eran extraños, extraños hostiles en ese momento. Sabía que pronto se daría la vuelta y allí estaría su sala, con todos los objetos queridos y familiares, y el viejo Billy con sus bromas, y Louise, bien intencionada pero descuidada y, por encima de todo, su amiga.

Se volvió, pero no había nadie allí para tranquilizarla. Hubert seguía dormido. Billy leía su periódico y Louise se empolvaba la cara mientras se miraba críticamente. Una estrofa de un poema que Lillian había aprendido en la primaria volvió a su memoria:

Veo las luces del pueblo
brillar a través de la lluvia y la niebla,
y un sentimiento de tristeza me invade
que mi alma no puede resistir.

Sí, mirar las luces a través de la lluvia te hacía sentir tristeza. Tristeza y algo más. Te daba la sensación de querer ir a algún lugar o hacer algo. No podías soportar la quietud y la monotonía cuando mirabas las luces a través de la lluvia. No había conexión ni significado, pero querías irte.

—Hubert, Hubert, por el amor de Dios, despierta. Pon un disco en la victrola, Billy, ¿quieres? Vamos, Louise, lavemos los platos.
—Oh, ¿los vas a lavar esta noche? Pensé que los amontonaríamos en la cocina y que yo vendría en la mañana para sacarlos de en medio.

—Anna te llama —dijo Billy.
—Ya voy —respondió Lillian.

Encontró a Anna sentada en el borde de la cama poniéndose las medias.

—No puedo quedarme aquí más. Me estoy volviendo loca. Voy a salir con ustedes.
—Está bien, te ayudaré a vestirte.

Tomó quince minutos sacar a Anna afuera. Louise no había recogido la mesa. Lillian raspó los platos y comenzó a llevarlos. Anna se sentó junto a la ventana mirando la lluvia y llorando suavemente.

—Vas a empeorar tu convalecencia sentada junto a la ventana —dijo Louise dulcemente—. Podría haber una corriente de aire.
—Estoy bien —dijo Anna.
—¿Fred vendrá a verte? —insistió Louise.
—№ Está... está ocupado.
—Ya veo.

Louise fue entonces a ayudar a apilar los platos en las tinas. Observó con disgusto que había una cucaracha en la pared de la cocina de Lillian. No entendía cómo la gente permitía que las cucarachas entraran en sus departamentos. Y Lillian era tan impecable en su persona.

Hasta las diez de la noche, Louise y Billy bailaron con la música de la victrola mientras Anna lloraba y Hubert dormía. Lillian se sentó mirando a sus amigos bailar. Billy no le pidió que bailara, pero no le importó; era una pésima bailarina de todos modos. Fumó innumerables cigarrillos y pensó sus pensamientos. Miró a Hubert, que seguía en la silla tapizada en rojo. Luego miró a Anna, con los codos en el alféizar y los ojos llenos de lágrimas, mirando la lluvia.

Curioso cómo Hubert y Anna no se preocupaban de que hubiera otras personas alrededor. ¿Podías llamarlos impúdicos? Lillian buscó en su memoria algún recuerdo de sí misma llorando o durmiendo en público. Probablemente todos, concluyó, tenían algunas cosas que simplemente no podían hacer.

Louise cayó exhausta en el sofá.
—¿Cansada del todo? —preguntó Lillian innecesariamente.

Louise asintió. Billy permanecía de pie, esperando que ella retomara el baile.
—Tal vez Lillian quiera bailar —sugirió Louise—. O Anna.
—Somos demasiado grandes —intervino Lillian rápidamente—. Demasiado grandes para ese tipo de cosas.

Anna se levantó y huyó al dormitorio. Lillian la siguió.
—Caray —dijo Billy—, esto parece una morgue. ¿Qué dicen? ¿Nos vamos?
—Espera un minuto. Lillian volverá enseguida.
—¿And qué ganamos con eso? Ella misma está tan animada como un perro de peluche. Vámonos.

Ya estaban poniéndose los abrigos cuando Lillian regresó.
—Oh, no se vayan todavía —dijo.
—Sí, tenemos que irnos. Mañana me espera un día difícil —dijo Billy, acomodando la pequeña pluma verde en la cinta de su sombrero y mirando expectante a Lillian.

Podía mirar tan expectante como quisiera, pensó ella. Tal vez necesitara el auto mañana. Hubert cenaría en casa y ella se quedaría sin coche. Después de todo, era suyo. Vaya, si prestabas algo una vez, algunas personas pensaban que les pertenecía.

—Sí, mañana tendré un día difícil.
—Supongo que sí —dijo Lillian amablemente.
—Deberías comprarte una bicicleta, Billy —sugirió Louise—. Así no perderías medio día en llegar hasta Jamaica Queens.
—Sí, me vería lindo en bicicleta.

Lillian rió con agrado. Billy y Louise esperaban con la mirada fija en ella. Hubo un silencio durante el cual Louise buscaba un pañuelo en

su bolso; los otros dos la observaban con interés.

—Creo que tal vez compre un pequeño Ford —dijo Billy finalmente—. No aguanto mucho más esto de los trenes.
—Sí, yo lo haría si fuera tú —dijo Lillian, moviéndose cinco centímetros más cerca de la puerta mientras hablaba.

Billy y Louise permanecieron inmóviles.
—Imagínate, tú con dos autos y yo sin siquiera una bicicleta —lamentó Billy.
—Sí, es un mundo triste —dijo Lillian.

Billy vio que tendría que arriesgarse. Algunas personas son tan ingenuas que es inútil usar sutilezas con ellas.
—No te importa si tomo tu auto, ¿verdad, Lillian? —preguntó con fingida naturalidad—. Lo tendré de vuelta aquí a las cinco y media.
—No, adelante —dijo ella débilmente—. No lo necesitaré.

Bueno, qué más daba. Era más fácil dárselo que negarse. Y probablemente no lo necesitaría. Esperaba, eso sí, que él fuera cuidadoso.

—Bueno, buenas noches, Lillian —dijo Billy, conduciendo rápidamente a Louise hacia el vestíbulo—. Dile a Hubert que le dimos las buenas noches.
—Lo haré. Oye, ¿a qué hora los veré mañana?
—Alrededor de las cinco y media —dijo Billy.
—Me refería a Louise.
—Oh. —Louise frunció el ceño pensativamente—. Bueno, estaré buscando trabajo todo el día y me encontraré con Billy en la calle Cincuenta y Nueve como hoy, y subiremos juntos. Será alrededor de las cinco y media.

—Ya veo —dijo Lillian—. Hubert no estará aquí para cenar mañana y supongo que Anna se habrá ido. Estaré sola. ¿Puedes cenar

conmigo?
—Claro. Traeré las cosas. De verdad, no las olvidaré mañana.
—Está bien. Buenas noches.

Se fueron entonces y Lillian volvió a la sala. Dio una patada suave a Hubert en la espinilla.
—Estoy despierto —dijo él—. Dile a Billy que ponga otro disco.
—Ya se fueron. Despierta, ¿quieres? Estoy sola.

Hubert abrió los ojos lo suficiente para mirar la sala y asegurarse de que ella no lo engañaba. Los cerró de nuevo mientras murmuraba:
—¿Se fueron, eh? ¿Qué hora es?
—Alrededor de las diez y media.
—Tengo que llevar tu auto al garaje.
—Billy lo tomó.

Los ojos de Hubert se abrieron de golpe, esta vez sin esfuerzo.
—¿Otra vez? —preguntó.
—Sí. No te importa, ¿verdad? Me dio pena. Trabaja mucho, ya sabes. No quería tomarlo. Tuve que casi obligarlo. Sabía que no te importaríá. Es cuidadoso con él. —Después de todo, Billy y Louise eran sus amigos.
—Oh, claro, está bien. Son buenos chicos.

—Ahora, por favor, no vuelvas a dormirte. Oh, Dios.

El sueño reclamó a Hubert una vez más. Lillian fue a la cocina y comenzó con los platos. Sin escamas de jabón ni jabón amarillo. Caray. ¿Cómo era que nunca podía recordar comprar esas cosas? Al menos había agua caliente. Eso era algo bueno. Tendría que usar jabón de tocador y rezar para que los platos y tazas no quedaran con aroma a lavanda. Los platos debían hacerse esa noche. Era terrible levantarse en la mañana y tener un montón de loza sucia mirándote.

Le tomó cuarenta y cinco minutos ordenar la cocina y aun así dejó de

lado la cafetera y el asador. Al menos cuatro litros de agua grasienta se habían derramado sobre la parte delantera de su vestido. No tenía delantal. Nunca recordaba comprar uno. Era un vestido plisado y costaría al menos dos dólares con setenta y cinco centavos devolverle su belleza original. Giró su anillo de diamantes y zafiros hacia adentro. Tal vez eso le recordaría comprar jabón y delantales mañana.

Volvió a la sala.
—Vamos, Hubert, despierta. ¿Qué demonios pasa? ¿Estás muerto?
Hubert gruñó tranquilizadoramente. Lillian tiró del sofá con insistencia. Quería abrirlo y convertirlo en una "cama sorprendentemente cómoda, por no decir lujosa".

—Espera un minuto —dijo Hubert—, y te ayudaré.
Lillian lo abrió y fue al armario del pasillo por sábanas y mantas. Hizo la cama y colocó sobre ella dos almohadas de cretona que eran del sofá. Anna estaba usando las almohadas normales.

—Ahora —dijo—, por favor, acuéstate.
—Mis pijamas están en el dormitorio —objetó él.

Lillian fue a buscarlos. Anna estaba desvestida y sentada rígidamente en la silla tapizada de rosa. No lloraba y Lillian se alarmó.
—¿Qué pasa?
Anna posó ojos reprochadores sobre Lillian.
—¡Qué pasa! —exclamó.
—Bueno, pensé que había algo nuevo. Métete en la cama.
—Lo haré. Solo estaba sentada aquí pensando.
—No lo hagas. Es malo para ti. Podrías reventar una vena.

Lillian sacó los pijamas de Hubert y su propio camisón del armario.
—Buenas noches —dijo—. Duerme un poco.

Hubert había condescendido a despertar. Caminaba por la sala con la

corbata quitada y la camisa abierta.
—Sí, buenos chicos, Louise y Billy —dijo como si así concluyera agradablemente una larga conversación sobre ellos.
Lillian le lanzó los pijamas.
—Cúbrete con esto —dijo.
—No tengo ganas de ir a la cama. Estoy completamente despierto.

La mirada que Lillian le dio no necesitó palabras. Se desvistió en silencio y se metió en la cama. Hubert hizo lo mismo y en un minuto estaba dormido.

Lillian se agitó inquieta sobre la pequeña almohada de cretona durante casi una hora, pero al fin sintió que el sueño se acercaba. Cerró los ojos y esperó caer en un sopor. Escuchó la puerta de su dormitorio abrirse y el sonido de las pantuflas de Anna en el pasillo. No se inquietó hasta que oyó el tintineo de botellas moviéndose en los estantes de vidrio del botiquín. Dios mío, allí había yodo, Lysol y un linimento que probablemente era veneno. ¿Sería Anna tan tonta?

Con un salto repentino, Lillian salió de la cama y llegó a la puerta del baño.
—Anna, ¿estás bien?
—Sí, ¿por qué?
—Te escuché moviendo cosas en el botiquín y pensé que tal vez...

La voz de Anna fue una mezcla educada de aceite y hielo.
—Quería una tableta de aspirina. Por supuesto no sabía que despertaría a todos. ¿Te molesta que busque aquí?
—Claro que no, tonta. Solo pensé que podía ayudarte.
—Estoy bien. Buenas noches.
—Buenas noches.

Lillian volvió a su mitad del sofá. Esa noche soñó que nuevamente vivía con las hermanas Friedrich y trabajaba duro. Despertó cuando aún estaba oscuro y permaneció acostada pensando en el sueño. ¡Trabajar! Uf. Apenas dos meses atrás ese sueño había sido realidad.

Se incorporó apoyándose en un codo y, con suavidad, se inclinó para besar a Hubert en la frente. Él había cambiado todo.

CAPÍTULO 9

A veces Lillian y Hubert hacían viajes en el Packard. De pronto se les ocurría que ese día era para visitar Washington, Filadelfia o Albany y allá iban. Siempre era un domingo. Nunca se les ocurría que, siendo personas sin obligaciones, podían ir un martes o miércoles, cuando el tráfico era ligero y conducir resultaba más agradable. Cualquiera de ellos habría dicho que el domingo era el día para un buen paseo largo.

El sábado no tenían idea de que saldrían; así que siempre dejaban un asado de res o un pollo en el refrigerador, que por lo general se echaba a perder para la noche del lunes, cuando Lillian estaba lista para cocinarlo. Ni ella ni Hubert eran de contestar el timbre del montacargas a las ocho de la mañana para recibir el hielo que tanto necesitaban para el lunes. Siempre, al tirar la carne dañada en su perpetuamente lleno cubo de basura, Lillian pensaba que era un pecado desperdiciarla y que, en adelante, se la daría a la portera mientras aún estuviera en buen estado.

Los paseos eran un deleite para ella. Le encantaba tomar el volante del Packard cuando Hubert se cansaba. Él le había enseñado a conducir y ella había adquirido una destreza y dominio del automóvil que él nunca tuvo. A veces él miraba el velocímetro y veía cuarenta, y le gritaba que bajara la velocidad. Entonces ella, molesta, se detenía al costado del camino y lo obligaba a tomar el asiento del conductor. Con él avanzaban a veinte hasta que volvía a cansarse.

A veces, de noche, un auto parecía perseguirlos y se inquietaban. Siempre pensaban en Helen e intentaban identificar las figuras difusas en el coche de atrás. Lillian se ponía pensativa ante la profunda preocupación de Hubert. Si Helen los descubría juntos no podía hacer más que divorciarse de él. ¿Por qué lo asustaba tanto esa

posibilidad? Era entonces cuando Lillian se inquietaba. El Packard reducía la velocidad y, como siempre, el otro auto los adelantaba y pronto solo mostraba el pequeño destello rojo de su luz trasera perdiéndose en la distancia. Hubert reía entonces, fuerte. Pero pasaba casi una hora antes de que Lillian volviera a hablar.

A veces llevaban a Billy y Louise en sus pequeños viajes. Billy cantaba en el asiento trasero y Louise se unía al coro. Luego discutía con ella, diciéndole que estaba desafinada. Lillian decía que ambos lo estaban. Una posada, siempre cara, les daba la cena. Billy se sentía culpable por sus intenciones pasadas y ayudaba a Louise a ponerse el abrigo mientras Hubert pagaba la cuenta. Lillian se mantenía cerca de él cuando cambiaba el inevitable billete de cincuenta dólares. Quería que incluso el mesero supiera cuál de los dos era su hombre.

A veces pasaban por lo que Lillian siempre había creído que era un huerto de manzanas. Billy también lo pensaba y comentaba que era un manzanal. Hubert les decía que eran duraznos y los dos hombres discutían. Lillian zanjaba la discusión dos millas más adelante asegurando que había visto pequeños duraznos verdes. Nunca había conocido a Hubert equivocado, así que ¿por qué no acabar con la discusión? Desde que lo conocía, Lillian había tenido muchas preguntas resueltas sin duda alguna. Ahora sabía que la apendicitis sí venía de tragar semillas de uva, que el perdón de un gobernador o su negativa dependía del deseo del alcaide de la prisión, que la Revolución Americana fue ganada por los colonos porque Washington y el rey Jorge eran masones y llegaron a un pequeño acuerdo amistoso entre ellos, y que la chica que aparece en las portadas de revistas siempre es la esposa del artista.

A veces llevaban a Anna con ellos. No era buena compañía, pero le tenían lástima. Les contaba a menudo cómo había afrontado con valentía un amor trágico, pareciendo olvidar que Hubert había pagado el precio del pecado con un cheque de cien dólares y que Lillian había atendido su desatino.

Una vez invitaron a Theresa y Hymie, pero Theresa llevó una canasta con fruta y sándwiches y un termo lleno de café. Dijo que era ridículo pagar los precios de las posadas en el camino, que ella y Hymie no podían permitírselo y no esperaban que Hubert cargara con la cuenta; así que esa era su salida. Hubert se sintió defraudado al regresar a la ciudad con un billete de cincuenta intacto y Lillian detestó sentarse en el auto comiendo sándwiches. Se rió mucho mientras lo hacía para asegurar a los automovilistas que pasaban que aquello era solo una broma y no lo que solía hacer normalmente.

Una vez llevaron a Mary Jackson y a su bebé, pero el bebé mojó la tapicería y Hubert le aseguró a Mary que no pasaba nada, aunque Lillian detectó una mirada en sus ojos que la llevó a tachar a Mary y a su bebé de su lista de invitados.

A veces se quedaban a pasar la noche en el pueblo donde se encontraban. Podían hacerlo cuando estaban solos o cuando llevaban a Billy y Louise con ellos. Louise nunca había vuelto a trabajar y Billy estaba menos inclinado que nunca hacia el negocio de las pinturas. Había tenido una audición en una estación de radio y le habían permitido transmitir tres o cuatro veces a las 9:15 de la mañana. Desde esos emocionantes minutos de canto para una audiencia invisible, Billy se había convertido en un vendedor apático; le importaba muy poco a qué hora o qué día debía presentarse en su zona de ventas en Long Island. Hubert y Lillian habían comprado una radio especialmente para escucharlo y demostraban su interés levantándose de la cama para hacerlo. Lo habían elogiado con entusiasmo y Hubert incluso había dicho que Billy estaba perdiendo el tiempo vendiendo pintura. Billy comentó que un hombre tenía que vivir, y Hubert le aseguró que, cuando quisiera dedicarse por completo a su talento, podía contar con su "amigo Scotty" para apoyarlo. Así, cada vez con menos frecuencia Billy se ocupaba de Jamaica y sus alrededores, y cada vez con más frecuencia recurría a su amigo Scotty para pedirle veinte dólares hasta el día dieciséis del mes. El dieciséis siempre llegaba, Hubert siempre le decía que podía

olvidarlo, y Billy siempre lo hacía.

A veces, cuando él y Lillian conducían solos, Hubert fijaba la mirada en la cinta de carretera que se extendía delante de ellos y permanecía callado muchos minutos, pensando. Setenta y cinco dólares al mes por el departamento, cincuenta dólares por los dos autos en el garaje; luego estaban el teléfono, el gas y la electricidad. Sus pagarés del Nash, cincuenta dólares de "dinero de bolsillo" para Lillian; después ropa, entretenimiento y Billy. Había que sumar hielo, comida y gasolina, además de algún regalo ocasional aquí y allá. Mary Jackson había tenido un bebé y había costado cien dólares regalarle una cuna, una silla alta, un ropero y un par de mantas. Anna Leitz no había tenido un bebé y había costado cien dólares exactamente igual. Claro, a un hombre le gusta ayudar a los desafortunados, pero Hubert nunca había imaginado que tanta gente pudiera estar sin blanca hasta que conoció a Lillian. Caray, ¿qué habrían hecho todos ellos sin él?

Se asustaba al enfrentar sus responsabilidades. Quince mil dólares no eran el capital que había pensado. Tendría que poner un alto en algún momento. Tendría que decirle a Lillian que era necesario reducir gastos. Nunca le había dicho cuánto tenía exactamente; tal vez debería haberlo hecho. Entonces la miraba y ella lo miraba de vuelta. Algo en sus grandes ojos y en su boca pintada lo tranquilizaba. Se estaban divirtiendo. ¿Por qué arruinarlo con preocupaciones innecesarias? Después de todo, siempre podía conseguir un buen trabajo si lo quería. Con la experiencia que tenía, era fácil ganar dinero cuando uno era "alguien". Quince mil dólares no podían llegarle a un hombre tan fácilmente si no tuviera un talento natural para los negocios. Si quisiera, probablemente podría conseguir un gran puesto con Steve Flynn. El pensamiento lo hacía reír y pisaba el acelerador para que el Packard llegara a las veinticinco millas. Saldría adelante. Nadie debía preocuparse por el futuro de Hubert Scott, y menos él mismo.

El primer día caluroso del año había sido un domingo y se habían ido solos al campo. Billy y Louise se casaban ese día. Hubert y Lillian habían sido invitados a la boda, pero Lillian dijo que prefería dar un paseo. Habían enviado un juego de cubiertos de plata a la feliz pareja. Lillian estaba segura de que Louise no sabría para qué servía la mitad de los tenedores y esperaba sinceramente que no le preguntara.

Hubert y Lillian se habían detenido en un campo exuberante y Lillian se sintió sola y al borde del llanto. Un nido en un árbol, seguro y divinamente simple, le heló el corazón. El árbol fuerte con el pequeño nido protegido en sus ramas se recortaba contra el cielo azul profundo. Un amigo sencillo y honesto que decía: "Soy muy feliz y espero que tú también lo seas". Al mirar el nido, Lillian pensó de pronto en Louise y se aferró al brazo de Hubert diciendo que debían irse. Miró hacia atrás, al nido, mientras ella y Hubert cruzaban la hierba alta y fragante. Le dijo a Hubert que el árbol la había asustado. Se erguía allí tan digno como Dios. Entonces emprendieron el regreso a la ciudad y Lillian habló de Louise todo el camino, burlándose de ella por casarse en una iglesia y hacer tanto alboroto, como si nadie se hubiera casado antes. Hubert se sorprendió. Siempre había pensado que Lillian apreciaba demasiado a Louise como para burlarse de ella. Las mujeres eran extrañas, incluso Lillian.

A veces no salían a conducir, sino que se quedaban en casa jugando a las damas. Hubert le había enseñado a Lillian y ella decía que le gustaba. A menudo incluso sugería el juego y entonces Hubert se sentía complacido con ella.

A veces Lillian leía libros de la biblioteca circulante mientras Hubert hojeaba las páginas de Popular Mechanics. Ella compró un diccionario y buscaba palabras desconocidas que encontraba en el camino. Era un buen libro cuyo autor conocía muchas palabras poco comunes.

A veces Hubert iba a cenar a su casa y se quedaba con su familia hasta

el día siguiente. Lillian se sentía perdida e infeliz. Llevaba a Louise con ella al teatro Keith's Fordham o de compras por la calle Dyckman. Siempre había una pequeña puerta en su mente que se abría cuando él se iba y le mostraba una habitación amueblada y una panadería donde se podía cenar por cuarenta y cinco centavos. Bebía demasiado las noches en que él estaba ausente y se enfermaba violentamente todo el día siguiente. Con frecuencia encontraba relatos en revistas donde "la otra mujer" perdía en la competencia con la esposa legítima. Una vez fue a una adivina que le dijo que estaba segura y protegida mientras aceptara la situación y no intentara cambiarla. Después de eso se sintió más tranquila.

A veces organizaban fiestas para sus amigos y los amigos de sus amigos. Eran fiestas ruidosas de las que los vecinos se quejaban. Lillian repartía Bromo-Seltzer hasta que ella misma se desmayaba y Hubert o Billy la llevaban a la cama. No eran reuniones alegres sin sentido como tantas fiestas. La gente no solo se encontraba, bebía, comía, bailaba y decía buenas noches. Los matrimonios discutían sus problemas allí y las parejas solteras decidían casarse o quizá separarse para siempre. Surgían amores y enemistades y nadie pensaba en enfrentarlos con subterfugios. Lillian era hábil para evitar una pelea y advertir a una esposa coqueta de la desaprobación de su marido. Sabía exactamente el momento en que todos necesitaban una taza de café negro, pero nadie sabía cuándo ella lo necesitada; así que con frecuencia quedaba fuera de combate.

Había agujeros en la alfombra de la sala y en el tapizado del sofá. La gente era descuidada con los cigarrillos, pero Hubert y Lillian no les daban importancia. Todo eso entraba dentro de la categoría de diversión.

A veces, Lillian se sentaba junto a su ventana, miraba hacia el patio ajardinado y se preguntaba para qué era todo aquello: las fiestas, el alcohol, los dos autos, ella y Hubert, y todo ese maldito mundo.

Pero la mayoría de las veces se la veía fumando con satisfacción, sentada muy cerca de Hubert, de modo que cualquiera podía notar a primera vista que él le pertenecía.

CAPÍTULO 10

Billy y Louise habían pasado para una velada tranquila. Billy cantó dos piezas que pensaba usar en su próximo programa, el miércoles a las 9:15 de la mañana. Louise dijo que era absurdo que ensayara tanto, ya que nadie escuchaba a esa hora. Su argumento era que, si la estación realmente tuviera audiencia a las 9:15, ciertamente no pondrían a Billy al aire.

—Ah, cállate —dijo Billy—. Deberías haber visto el correo que recibí por mis transmisiones. Me llegó una carta de una mujer en Connecticut que escuchó el programa y me pidió que cantara sus favoritas la próxima vez. Me envió una lista de las canciones que le gustaban. La tengo por aquí en algún lado. Luego un hombre escribió y dijo que cantaba tan bien como Al Jolson. De hecho, dijo que no le gustaba Jolson. No te preocupes nunca de que nadie me escuche, nena.

—Oh, no estaba preocupada —le aseguró su esposa.

Hubert se rió imparcialmente mientras los Fisher se insultaban entre sí. Le divertían sus discusiones. Era evidente que no daban importancia a lo que decían. Solo buenos chicos, siempre bromeando.

Lillian se había cansado un poco de las interminables disputas. Se sentó frunciendo el ceño mientras Billy les daba una pequeña muestra de la torpeza de Louise.

—Y el mesero chino le dice: "No, señora, no servimos ningún plato

americano"; entonces la señora aquí responde: "Está bien, entonces tráigame espaguetis". ¿No es el colmo?

—Bueno, yo no sabía —protestó Louise—. Él sí dijo que no vendían comida americana, pero no dijo que solo tenían china. ¿Cómo iba a saberlo?

—Oh, ¿y cómo sabes que no va a nevar en agosto?

—Ha nevado —dijo Louise solemnemente.

Billy estalló en carcajadas.

—Eres tan ignorante —continuó Louise— que no aprendes cuando alguien intenta enseñarte. En la granja de mi tía, en agosto del año en que mi prima Minnie tuvo a la pequeña Martha, ¡nevó!

—¿Dónde está la granja de tu tía? ¿En Islandia?

—Sabes que no, tonto. Muchas veces has estado en la granja de la tía Carrie y ella te dio de comer muy bien también.

—Hablando de comida —intervino Lillian—, haré unos waffles.

Había tomado la costumbre de preparar waffles en cada pausa de la conversación. Había algo muy elegante en sentarse a la mesa y preparar comida en un aparato eléctrico brillante. Hacía que Lillian se sintiera como una dama de revista que siempre tiene una criada con cofia blanca a su disposición y desayuna en una mesa que ella misma pintó en un momento de ocio y que se secó antes de que llegaran sus invitados.

Nadie cuestionaba la calidad de los waffles de Lillian. Eran bonitos, dorado-amarillos y con las hendiduras en los lugares correctos. Tenían éxito porque parecían exitosos. Todos comieron dos waffles y

bebieron dos tazas de café. Lillian observó, mientras encendía un cigarrillo, que Hubert tendría que ir a la tienda antes del desayuno, ya que ahora no había mantequilla.

—¿Qué van a hacer mañana? —pregó Louise.

—No lo sé —dijo Lillian.

—Y no te importa, supongo.

—№ —La respuesta no pretendía ser una confesión de desesperación temeraria. Lillian solo intentaba evitar una larga y tediosa discusión sobre cómo pasaría su martes.

Se sorprendió cuando Louise la acarició tiernamente en el hombro y dijo:

—No te culpo por estar harta.

—¿De qué debería estar harta? —preguntó Hubert con mal humor.

—Ah, está loca —intervino Billy—. ¿Por qué no cierras la boca, Louise? —Era evidente que Billy sabía qué esperar.

Louise lo ignoró y se dirigió a Hubert. Sonrió cálidamente mientras hablaba, y su actitud era la de una amiga ingenua cuya opinión sincera ha sido solicitada.

—Bueno, me refiero a la forma en que vives, Scotty. Honestamente, Billy puede decirte que nunca fui feliz antes de casarme con él. A un hombre no le importa ese tipo de cosas, pero a las mujeres sí. Apuesto a que ahora mismo Lillian es infeliz.

—¿Qué te pasa, Lou? ¿Estás borracha? —preguntó Lillian.
—Ahí está —dijo Louise triunfante—. Eso prueba mi punto. Mira, ella no admitirá que es infeliz.

—Bueno, ¿por qué debería decir que lo soy si no lo soy?
—Pero lo eres, Lillian. Sabes que lo eres.
Lillian se molestó.
—No soy infeliz —insistió—. He obtenido más de la vida que tú.
—No —discrepó Louise con un tono triste y compasivo—. Yo tengo a Billy.
—Pero yo no quiero a Billy.
—No, tú quieres a Hubert. ¿Y lo tienes?
—Claro que lo tengo.
—¿Cómo sabes que lo tienes? ¿Cómo puedes estar segura de que siempre volverá contigo después de visitar a su familia?
—Oh, cállate, Louise —gritó Billy—. Eres una maldita idiota. Estas personas pueden atender sus propios asuntos.
—Hubert es mío tanto como Billy es tuyo —dijo Lillian—. Lo sé.
—No lo sabes, y no puedes saberlo hasta que ustedes dos estén casados.
—No puedes evitar que Billy te deje solo porque se casó contigo.
—No, pero puedo perderlo y seguir siendo respetable.
—Esa es una satisfacción tonta —dijo Lillian.
—Bueno, tal vez sea una tonta —reflexionó Louise con calma—, pero sé que no eres feliz, y nunca lo serás hasta que puedas dejar de preocuparte por si alguien persigue tu automóvil o no.
—Escucha, no hablemos más de eso, Louise. Solo lograrás enojarme, y hemos sido buenas amigas.
—Por eso lo mencioné: porque somos buenas amigas. ¿Crees que Theresa Moss o Anna o Mary Jackson pensarían lo suficiente en ti como para mencionarlo?
—Eh —dijo Billy—. Ahora mencionas a mujeres que saben cómo ocuparse de sus propios asuntos.

Lillian se levantó de la mesa con firme determinación.
—¿Cuántos números cantarás en tu próximo programa, Billy? —preguntó.
—Unos cinco, supongo.
—Vaya, es mucho para aprender de memoria —dijo Lillian, hablando

distraídamente mientras limpiaba la waflera. Se preguntaba qué estaba haciendo Hubert. Él había salido de la cocina. ¿Se había ido a la cama? ¿O estaba sentado de mal humor en la sala? Esperaba que no se hubiera ido a dormir. Quería hablar con él. Oh, cuánto quería hablar con él.

—Te ayudaré con los platos, Lillian —dijo Louise—. Espero que no estés enojada conmigo.
—No, no seas tonta. No me enojo. Guarda ese jarabe de maple en el refrigerador, ¿quieres? ¡Cuidado! Oh, está bien. Yo siempre derramo algo. Lo limpiaré. Es pegajoso, ese jarabe. Debería haberse pegado a tu mano.

Siguió hablando mientras lavaba los platos. Nunca permitió que cayera el silencio. Billy no había salido de la cocina; se quedó escuchando a Lillian y lanzando miradas furiosas a su esposa. No dijo nada hasta que el último plato estuvo en el armario y la última cuchara en el cajón.
—Vamos, Louise. Hora de ir a casa —dijo entonces.
—Oh, no tan temprano —suplicó Lillian. Su ruego fue un poco demasiado intenso. Incluso los Fisher pudieron ver que lo que más deseaba era su partida.

—Sí, tenemos que irnos —dijo Billy, sin perder tiempo en ponerse el abrigo y empujar a Louise hacia la puerta. No había necesidad de quedarse esa noche insinuando lo del Nash. No iba a molestarse con Jamaica al día siguiente. Tendría que quedarse en la ciudad el miércoles por la transmisión; así que bien podía tomarse el martes libre también y rondar las editoriales musicales.
—Buenas noches, Scotty —llamó Billy.
—Buenas noches —repitió Louise.
La voz de Hubert llegó desde la sala:
—¿Ya se van? Buenas noches.
No salió a despedirlos por las escaleras.
—Supongo que está enojado —dijo Louise.

—No —la tranquilizó Lillian—. Creo que solo está empezando una de sus famosas siestas.
Los Fisher sabían que ella no pensaba eso en absoluto. Se fueron sin hacer planes para futuros encuentros.

Lillian corrió a la sala. Hubert estaba sentado inmóvil en el sofá, mirando la pared opuesta. Parecía grave y pensativo, como un hombre esperando en la sala de un médico.
—¿Escuchaste lo que me dijo? —le preguntó Lillian.
—¿Qué dijo?
—¡Qué dijo! ¿Qué te pasa? ¿Estás loco?
—Oh, ¿te refieres en la cocina? Pensé que había dicho algo nuevo. No parecías molestarte por eso. Te escuché reír y hablar allá afuera.
—Claro que reí y hablé. No iba a dejar que supiera que me había afectado.
—Bueno, a mí sí me afectó y me puso muy furioso. He estado sentado aquí pensando en eso. ¿Cómo se atreve a meterse en nuestros asuntos?

Lillian encendió un cigarrillo y cayó en una silla. El interior de la silla crujió y se hundió bajo su peso.
—Me volvió loca —dijo—. Pensar que Louise, de todas las personas, pueda sentir lástima por mí. Odio que la gente me compadezca, y menos alguien como ella.
—¿Por qué alguien como ella?
—Porque vivió con un hombre y luego se casó con él. Nadie se siente tan puro como alguien que acaba de terminar de pecar. Y pensar que ella tenga la oportunidad de sentir lástima por mí. Juro que la idea me enferma.

Hubert se inclinó y comenzó a desatarse los zapatos.
—Lo que me molestó —dijo— fue que se metiera y dijera que eras infeliz.
—Oh, bueno, tal vez no puedas entender mi parte. No eres mujer. No sabes cómo una mejor amiga siempre quiere tener algo por lo cual

compadecerte, y cómo preferirías que fueran extraños los que supieran de tus momentos tristes. Vaya, apuesto a que se apresuró a casarse solo para poder soltar ese discurso esta noche. La muy desgraciada.
—Bueno, no te preocupes más por eso, Lili. No tienes que preocuparte de que yo te deje.

Lillian suspiró con exasperación.
—No creo que vayas a dejarme —dijo—. Pero eso no tiene nada que ver con el asunto. Estoy hablando de Louise compadeciéndome porque no soy respetable ni segura de mi futuro.
—Bueno, puedes estar segura de tu futuro. No voy a dejarte, ya te lo dije.
—Caray, estás convirtiendo esto en una escena en la que te suplico que no me dejes. ¿Debo ponerme de rodillas? ¿No ves que, aunque tú y yo vivamos juntos hasta morir de viejos, siempre estaré en la misma posición? Siempre seré alguien a quien las mujeres casadas puedan compadecer. Vaya, Mary y Theresa probablemente también me compadecen. Cualquier tonta con un certificado de matrimonio puede sentir lástima por mí, incluso si está casada con un tipo que no puede comprarle un paquete de alfileres de seguridad.

El rostro de Hubert se contrajo en una expresión de dolor mientras se quitaba un zapato. Lo colocó bajo el sofá con el tacón hacia afuera y lo miró con interés durante un momento antes de comenzar con el otro zapato.

—No me importaría —continuó Lillian— si Louise fuera alguien que tuviera derecho a compadecerse de mi alma. Si fuera una dulce inocente o algo así. Pero tiene el descaro de estar casada un par de meses y venir corriendo a decirme que soy miserable porque no somos respetables. Y la idea... decir que nunca fue feliz hasta que se casó.

Hubert tenía cierta dificultad para colocar el segundo zapato exactamente en línea con el primero. De hecho, solo cuando los

empujó hacia una grieta entre dos tablas del piso logró algún éxito.

—Caray, que Louise, de todas las personas, tenga la oportunidad de compadecerse de mí.

Hubert no solía fumar cigarrillos, pero fue al humidor y tomó uno ahora. Tenía la sensación de que todo esto iba a resultar muy molesto. Lillian miraba sus pies en calcetines mientras caminaba. Siempre usaba calcetines grises. Al observarlos, se le ocurrió que debía haber alguna razón para ello. Quiso preguntarle, pero pensó que si lo hacía en ese momento él empezaría a contar una historia que los alejaría del asunto que debían considerar. Bueno, lo preguntaría en otra ocasión.

—Y la forma en que fingió que me hacía un favor al mencionarlo —murmuró Lillian.

—Oh, bueno, es tonta, Lillian. ¿No fue gracioso lo del chino y los espaguetis?

—Eso sonaba como ella, claro. Vaya, no puedo superarlo. Se compadece de mí. Eso me enloquece.

—Bueno —dijo Hubert, tratando de consolarla—, no se puede estar contento todo el tiempo. No podemos tenerlo todo.

—No veo por qué no.

—Porque Dios, o quien sea que reparta las cartas, no da siempre una escalera real.

—No me refería a todo el mundo cuando dije “nosotros”. Me refería a ti y a mí. No veo por qué no deberíamos tenerlo todo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir: ¿por qué no deberíamos casarnos tú y yo? Helen no es una esposa para ti. No te ama. ¿Por qué no puedes decirle sobre nosotros y que te divorcie?

—Oh, ella no lo haría.

—¿Cómo sabes que no lo haría?

—Conozco a Helen.

—Oh, tonterías. No puedes saber de antemano lo que diría si se lo preguntaras. ¿Y qué puede hacerte si se niega? No hay daño en preguntar.

—Mira, la conozco casi desde que tú naciste. Sé lo que haría si se lo pidiera.

—¿Qué haría?

—Diría que no.

—Bueno, si eso es todo lo que puede hacer, vale la pena intentarlo, ¿no?

—¿Qué caso tiene si sé que dirá que no?

—¿Quieres decir que estará satisfecha con seguir casada contigo sabiendo que vives con otra mujer?

—Claro. De todos modos no me ha dejado acercarme a ella en mucho tiempo. Así que no hará diferencia.

Un silencio repentino cayó sobre la pequeña habitación color crema. Lillian fumaba un nuevo cigarrillo. Su rostro mostraba una expresión de enojo y desafío. Incluso su cabello se erguía en un resplandor

belicoso. Hubert había arrojado hacía rato su cigarrillo a una bandeja, donde seguía humeando y oliendo. Su expresión era de profunda solemnidad. Los cigarrillos siempre lo enfermaban un poco.

Lillian lo miró de reojo. ¿Lo estaba pensando? Si lo hacía, evidentemente creía que en una semana o dos sería tiempo suficiente para anunciar su decisión. No daba señales de pensar con rapidez. Ella suspiró y recurrió entonces a una súplica cobarde.

—Si me quisieras —dijo—, se lo pedirías.

—Entonces Louise tenía razón. No eres feliz.

—Lo era hasta que ella lo dijo. Ahora no, sabiendo que todos sienten lástima por mí.

—Que Louise lo haga no prueba que todos lo hagan.

—Bueno, ella es la última de la que me gusta que lo haga. Además, no veo por qué no deberíamos casarnos cuando Helen deja claro que no te ama.

—Ahora, Lillian, yo no diría eso. Helen es diferente, ya sabes. Me ama, pero no es del tipo que se desvive por alguien. Estoy seguro de que me ama, por eso sé que no me dejará.

—Bueno, si me quisieras, al menos lo intentarías.

—Está bien, lo haré, Lillian. La próxima vez que la vea. Insinuaré el tema y veré cómo lo toma.

—¿Por qué esperar, Hubert? Mira, ponte los zapatos ahora y ve a casa. Pasa mañana con ella y dilo.

—Oh, Lillian.

—Está bien, no lo hagas. No se lo pidas en absoluto. Y gracias por dejarme ver lo poco que te importo.

Como respuesta, Hubert se inclinó y se puso los zapatos. Se alisó el cabello con las manos y se colocó la gorra para indicar que iba a hacer lo que ella le había pedido.

—¿De verdad vas a ir? —preguntó Lillian.

—Sí. Se lo pediré. No creo que sirva de mucho, pero se lo pediré.

—Bueno, no puede hacer daño intentarlo.

—No lo supongo.

Caminó cerrando puertas de armarios con importancia. Buscaba su saco, que había estado todo el tiempo en el sofá junto a él.

—Escucha, Hubert, dile que ella tampoco es feliz con cómo están las cosas. Explícale, ya sabes, que nunca te ha entendido.

—Sí, lo haré. —Encontró su saco y se lo puso con firme determinación —. Bueno, hasta luego, Lil. Volveré para la cena mañana en la noche.

—Buenas noches, Hubert. Espero que todo salga bien para nosotros.

—Yo también. —Se inclinó y la besó. Ella se levantó y lo acompañó hasta la puerta.

—Buenas noches, Hubert.

—Buenas noches, Lil. Nos vemos mañana.

Hubo una pequeña demora en el garaje. Los hombres allí no

esperaban que el Packard saliera otra vez esa noche y lo habían estacionado cerca de la pared, con tres filas de autos delante. Hubert observó cómo movían otros autos para sacar el Packard. Pensó en volver con Lillian y decirle que algo estaba mal con el coche y que ninguno de los hombres de la noche sabía arreglarlo. Pero ella sin duda le diría que tomara el Nash entonces. Mientras iba a informar a su esposa de la existencia de Lillian, ya no habría necesidad de ocultar el roadster.

En realidad, Lillian no habría hecho tal cosa. Si él hubiera regresado al departamento, ella lo habría dejado ir a la cama sin otra referencia a su posición desafortunada. Estaba conmocionada y asustada por lo que había hecho. Nunca había tenido una naturaleza agresiva. La gente siempre había hecho lo que quería con ella. Ahora la aterrorizaba pensar que había obligado a Hubert a dar ese paso importante. También se sentía avergonzada por su insolencia al dar por sentado que era más importante que Helen. Solo una rabia repentina podía haberla hecho olvidarse de sí misma hasta ese punto. En momentos de cordura siempre había estado satisfecha con lo que tenía en la vida y había aceptado como algo natural que Helen fuera la señora Scott y ella "la señora Cory". Todo era culpa de Louise. Algo desagradable saldría de esto. Incluso la adivina le había aconsejado no provocar problemas. Claro que las adivinas eran un fraude, pero a veces acertaban. Había recibido una carta de Europa justo después de que la adivina le dijo que recibiría una. En realidad no era para ella. La habían puesto en su buzón por error, pero la recibió. Deseaba que Hubert regresara por alguna razón para poder decirle que no fuera. Tal vez nunca regresaría. Quizá la odiaba por su descaro al suponer que estaría dispuesto a dejar que Helen lo divorciara. Ella sí había tenido descaro. Santo cielo, había ido a él sabiendo que estaba casado y luego se había quejado como si la hubieran engañado. Maldita Louise.

Lillian se fue a la cama, pero no pudo dormir. Se revolvía de un lado a otro. Dios, qué tonta había sido al empezar esto. Deseaba tener a

alguien con quien hablar para que la noche no pareciera tan larga. Pensó en tomar el Nash y dar un paseo. Lo pensó todo: cómo se vestiría y adónde iría, pero todo el tiempo sabía perfectamente que se quedaría en la cama.

Cada quince minutos alcanzaba un cigarrillo y se quedaba fumando en la cama, torturándose con preocupaciones. Había arruinado todo y ¿de dónde había sacado el descaro para hacerlo? Eso no era propio de ella. Maldita Louise. Sentía que no podría soportar las horas que debían pasar antes de saber el resultado de su estupidez.

Finalmente, Lillian comenzó a construir castillos en el aire. Supongamos que Hubert no estaba enojado con ella y que la señora Scott estaba dispuesta a demandarlo. Eso sería estupendo. Ella y Hubert podrían casarse y entonces que Louise intentara encontrar algo por lo cual compadecerla. Vaya, sería respetable y además tendría dinero. Deseaba conocer a la señora Scott para poder juzgar mejor cómo sería la entrevista.

Durante toda la noche, Lillian se debatió entre dudas, temores, esperanzas y maldiciones. Al amanecer, por puro agotamiento, se quedó dormida. Durmió tan profundamente que no escuchó el timbre del montacargas anunciando la recolección de basura, ni media hora después oyó al repartidor de hielo golpeando violentamente el timbre.

Mientras el repartidor de hielo se ocupaba inútilmente, Hubert estaba sentado en la sala de su casa esperando que Helen bajara a desayunar. Ella había estado en la cama cuando él llegó la noche anterior; así que ese sería el momento decisivo en que le diría que quería ser libre. Se sentía acalorado e incómodo. Vaya, sería un trabajo difícil. Deseaba que el joven Hubert estuviera en casa para tener una excusa y posponer la escena. Dios, sería terrible. Tenía las palmas de las manos húmedas y la boca seca. Deseaba que ella bajara

para poder lanzarse de una vez y terminar con eso. Empezaría diciendo:

—Mira, Helen, tú y yo realmente no estamos hechos el uno para el otro.

La miraría entonces y, si lo tomaba bien, tal vez añadiría:

—Nunca lo estuvimos.

Y no sería mentira tampoco. Caray, ¿qué clase de esposa era ella para un hombre como él? Sin energía. Si alguna vez reía, se le partiría la cara. Lillian era la mujer para él, y se lo diría a Helen. ¿Por qué temer decírselo? Ella no podía hacer nada al respecto. Pensándolo bien, se alegraba de que su hijo no estuviera allí. Mejor terminar con esto de inmediato. Podría resultar desagradable y ese tipo de cosas era mejor atenderlas enseguida.

Helen bajó flotando por las escaleras. Llevaba una especie de kimono rosa con cola y adornos suaves y esponjosos alrededor del cuello y las mangas. ¿Qué creía que era, una actriz de cine? Aunque se veía bonito, especialmente con el cuello rígido del kimono detrás de su cabello blanco y rizado.

—Buenos días —dijo sorprendida.

Nellie salió apresurada de la cocina y entregó el periódico matutino a su señora.

—¿Avena, señora Scott, o corn flakes? —preguntó—. Tengo ambos.

—Corn flakes, por favor, Nellie.

Helen se absorbió de inmediato en las noticias de primera plana. Los ojos de Hubert se fijaron con desaprobación en la puerta por donde

Nellie había desaparecido. ¿Qué clase de formación tenía esa muchacha? Él había estado sentado allí veinte minutos y nunca le había ofrecido el periódico ni le había preguntado su preferencia de cereal. Tendría que hablar con Helen al respecto. No, no tenía sentido. Había olvidado por un momento que probablemente ya no volvería allí. Si Helen dejara de leer, le diría en ese momento sobre Lillian, pero no valía la pena interrumpirla. Eso podría enojarla.

Nellie anunció el desayuno desde las puertas francesas. Hubert se levantó y Helen, dejando el periódico en su silla, dijo:

—Gracias, Nellie —y se dirigió al comedor.

Ella y Hubert chocaron en el umbral. Helen retrocedió y le dijo:

—Perdóneme. Adelante, por favor.

Él la dejó pasar primero, pero fue agradable saber que, a pesar de las acciones de Nellie, Helen reconocía quién era el dueño de la casa.

Parecía absurdo empezar a hablar de Lillian en cuanto se sentaron; así que Hubert decidió que, cuando terminara su toronja, comenzaría. Pero Nellie apareció entonces y pensó que tal vez sería mejor esperar hasta que trajera el cereal y volviera a la cocina. Se le ocurrió, sin embargo, que tendría que regresar por los platos del cereal y traer los huevos, y que ese sería el mejor momento, cuando hubiera terminado de servir y él y Helen estuvieran solos.

Apenas se sirvieron el tocino y los huevos y Nellie volvió a su dominio, Helen habló.

—¿El señor Flynn te dio el día libre? —preguntó.

En su profunda absorción en otros asuntos, Hubert había olvidado por completo a Steve Flynn y el trabajo ficticio.

—Oh, oh, sí —logró decir—. Tengo un gran trabajo, Helen. No soy un empleado de reloj, ya sabes. Puedo tomar el tiempo que quiera.

—Eso es bueno —dijo Helen.

Ella no era de malgastar palabras. Él sabía que quería decir algo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque si no pudieras salir fácilmente tendría que recuperar mi auto.

—¿De veras? ¿Cómo es eso? ¿Qué pasó?

—Hubert va ahora a trabajar a la ciudad y le he dado el Oakland para viajar. No le gustan los trenes. Eso me deja todo el día sin coche.

—Así que el chico va a trabajar, ¿eh? Eso es estupendo. Tendré que hacerle un pequeño regalo. ¿Qué podría darle?

Helen lo miró un momento sin hablar; luego dijo:

—Puedo usar taxis para ir y volver del pueblo, pero quiero el auto para ir de compras a la ciudad y subir a Stamford a ver a Wilma Lawrence. Mientras puedas salir fácilmente, llamaré a la oficina cuando necesite el coche y tú lo traerás. Si me das el número y haces eso, podré dejarte el coche.

—Bueno, no puedes localizarme en la oficina con frecuencia porque entro y salgo todo el tiempo. Te llamaré yo en su lugar.

—¿Por qué llamarme? Solo trae el coche cuando sientas que voy a necesitarlo.

—No, lo que quise decir es que te llamaré cada noche alrededor de las nueve o diez cuando esté fuera y entonces me dirás si necesitarás el coche al día siguiente.

—No siempre estoy en casa tampoco.

—Puedes decirle a Nellie si lo necesitarás o no y ella me lo dirá. ¿Qué te parece?

—Está bien, supongo, pero no olvides llamar o definitivamente recuperaré el coche.

—No olvidaré llamar.

Helen se levantó y se dirigió a la puerta, mirando el reloj mientras caminaba. Hubert permaneció en la mesa, mirándola. Era tan alta y orgullosa y tan segura de que le hacía un favor. Caray, él tenía otro coche. ¿Qué diría si lo supiera? Siempre intentaba hacer que la gente temiera hablarle. ¿Quién no podía tener la ventaja en una conversación? Solo había que ser desagradable para lograrlo. No tenía nada de qué actuar superior. ¿Quién creía que era?

Terminó su desayuno y fue a la sala, donde hojeó el periódico y maldijo a Helen. Cuando ella bajara otra vez le diría algo. Ahora lo había irritado. Le diría que había una mujer que valía por diez de ella y que adoraba el suelo que él pisaba.

Pasó más de una hora antes de que Helen regresara. Temía que hubiera vuelto a la cama. Estaba vestida para jugar golf cuando apareció al pie de las escaleras. Excepto por su cabello, parecía absurdamente una joven.

Nellie salió apresurada de la cocina.

—¿Debo llamar a un taxi, señora Scott?

—No, gracias. La señora Winters viene por mí. Oh, aquí está ahora.

Helen miró hacia la sala a su esposo.

—Hubert —dijo—, no vuelvas aquí con esa muñeca de estambre colgando en la ventana trasera del coche. A un hombre deberían revocarle la licencia por hacer algo así. Demuestra que no es responsable.

—Está bien, la quitaré.

—Gracias. Adiós.

—Adiós.

Caray, tenía el descaro de dar órdenes. Y tan segura de que serían obedecidas. Como si él le tuviera miedo. Ni loco quitaría esa muñeca. Oh, bueno, al diablo con Helen. Volvería con Lillian ahora. Esa sí era una mujer que no actuaba siempre como si fuera alguien a quien había que temer.

Lillian aún estaba en la cama cuando él llegó poco antes del medio día. Su bonito rostro estaba pálido y demacrado y tenía manchas moradas bajo los ojos. Alzó sus brazos desnudos y redondeados hacia él y los rodeó alrededor de su cuello.

—¿Fue malo? —preguntó con ansiedad—. ¿Qué dijo Helen?

—Fue bastante malo, nena. Amenazó con dispararse si la dejaba. Traté de razonar con ella, pero no sirvió. Vaya, sentí lástima por ella. Es tan vieja, ya sabes, en sus costumbres, y realmente no tiene nada por qué vivir, ningún interés fuera de mí. Cedí, Lil. Vaya, no podemos dejar que se mate.

—No, claro que no. Pero ahora podemos ser un poco más libres, ya que ella sabe de mí, ¿no? No tendremos que preocuparnos de que la gente que nos conoce nos vea juntos.

Hubert se mordió el labio y apartó la mirada de ella.

—Lil —dijo—, tuve que decirle algo para que dejara de delirar. Le dije que no volvería a verte. O sea, tuve que hacerlo, Lil. Deberías haberla visto. Estaba como loca. Así que tendremos que ser tan cuidadosos como siempre. Y tengo que llamarla por teléfono en las noches en que vaya a estar fuera.

—¿Para qué es eso?

—Solo para asegurarle que todo está bien. Supongo que me pedirá que vaya casi cada vez que hable con ella, y tendré que hacerlo al día siguiente. Pero, o sea, es lo único que puedo hacer. Juro que estaba asustado. Pensé que se iba a envenenar o algo así cuando le dije cómo estaban las cosas.

—Supongo que fue terrible.

—Lo fue, Lil.

—Lamento haberlo empezado.

—Ah, estuvo bien. Lo habría hecho yo mismo cuando te conocí, solo que sabía cómo era ella. Del tipo histérica, ya sabes, celosa y extremadamente nerviosa. Me da lástima cada vez que hay algo importante que discutir. Es muy inestable.

Hubert se quitó los zapatos y se estiró en la cama junto a Lillian. Ninguno de los dos dijo una palabra durante varios minutos.

Luego:

—Oye, Lil, tenemos que quitar esa muñeca de estambre de la parte de atrás del carro. Se ve horrible.

CAPÍTULO 11

El departamento de Theresa, a diferencia de su dueño, era luminoso y alegre. Incluso en las habitaciones donde nunca entraba el sol había logrado crear el efecto de una luz brillante. Telas baratas pero cuidadosamente elegidas, un pájaro mudo aunque de colores vivos y una alfombra de azul apagado hacían que su sala fuera casi hermosa en su sencillez.

Theresa estaba francamente avergonzada de sus inclinaciones domésticas. Una chica en esta época no tenía derecho a saber cómo estirar un dólar. No debía saber coser. Coser quizá estaba bien si solo hacía camisones de georgette para sí misma y de vez en cuando adornaba un sombrero. Pero había algo ofensivamente campesino en ser capaz de retapizar muebles. Theresa detestaba esa cualidad en ella que la impulsaba a regatear con el comerciante italiano por el precio de la lechuga y las papas. Anhelaba una despreocupación fácil sobre esos asuntos plebeyos. Sus tacones altos y delgados y su lápiz labial indeleble le parecían ridículos, pensaba, cada vez que salía de una tienda porque el artículo que buscaba costaba quizá cinco centavos más de lo que esperaba. En su mente se veía con muslos gruesos, pechos enormes, un chal en la cabeza y una canasta en la mano. Tan claramente se veía caricaturizada que fumaba dos cajetillas de cigarrillos al día, bebía más de lo que le convenía y repetía historias obscenas, incluso sin gracia, en un esfuerzo por demostrar que era muy lista y moderna. En cuestión de dinero Theresa nunca podía llegar a un grado de imprudencia. No era tacaña. Todo lo que entraba en su casa en forma de alimentos era de la mejor calidad posible y planeaba sus comidas con generosidad, pero eso era solo sentido común, y lamentaba que no pudiera llamarse extravagancia.

Tanto odiaba los instintos que la llevaban a decorar su casa tan encantadoramente y a bajo costo que no le gustaban las visitas. Le molestaba tener que admitir que ella misma había hecho las cortinas, las alfombras tejidas, los cojines, la colcha y las pantallas de las

lámparas. Los cumplidos sobre su trabajo la dejaban fría e ingrata. Habría preferido que dijeran: "El departamento de Theresa está perfectamente vacío e incómodo". Pero algo dentro de ella seguía impulsándola a añadir otro co cushion aquí, un poco de bordado allá; así que Theresa se veía a sí misma apagada, domesticada, rutinaria, cuando deseaba ser ligera de mente y desprovista de cualquier rasgo de ama de casa.

Con fastidio vio Theresa el auto deportivo de Lillian detenerse frente a su puerta una mañana a fines de septiembre. Estaba lavando los marcos blancos de sus ventanas cuando vio el carro y se preguntó por qué la gente no podía usar el teléfono para averiguar si uno tenía ganas de recibir visitas. Le agradaba Lillian, incluso le tenía cariño, pero su trabajo debía hacerse, y sabía que Lillian era especialmente hábil para hacer bromas sobre quienes realmente limpiaban sus casas.

Theresa abrió la puerta a su inesperada visitante.
—Hola —dijo Lillian. Miró a Theresa divertida—. No estás trabajando, ¿verdad?
Theresa aún llevaba un paño húmedo en la mano.
—Sí, terminaré pronto. Entra y siéntate.
—Pensé que quizá podrías ir a almorzar conmigo.
—No, Lillian, no puedo. Pero entra. Tengo cosas y podríamos almorzar aquí. ¿Cómo va todo?
—Genial.
Lillian entró y se sentó. Theresa volvió a ocuparse de los marcos de las ventanas.
—Vaya, eres ambiciosa —comentó Lillian—. Yo lavo mis platos y hago mi cama y eso es todo. ¿Cómo te vuelves tan ambiciosa?
—No me gusta la suciedad —explicó Theresa.
—Yo hago que la esposa del portero venga una vez por semana a limpiar para mí —continuó Lillian.
—He tenido gente un par de veces pero no me convencen. —Theresa frunció el ceño y frotó con fuerza una mancha rebelde en la madera.

—Te criaron mal —rió Lillian—. La vida es demasiado corta para perder el tiempo preocupándose por un poco de suciedad.
Encendió un cigarrillo y se meció contenta. Theresa terminó los marcos y con otro paño limpió las ventanas y el espejo.
—Me cansas solo de verte —dijo Lillian—. De todos modos me levanté demasiado temprano esta mañana.
—¿Qué te levantó?
—Ah, Hubert tuvo que ir a ver a Helen hoy. —Una sombra apareció en el rostro de Lillian y se quedó allí.
—¿Así que estás sola? —animó Theresa. Era evidente que Lillian quería hablar de ello. De otro modo no habría sacado el tema.
—Sí, estoy sola. —Lillian suspiró y siguió un silencio prolongado, durante el cual Theresa desempoló los marcos de los cuadros. No quería hablar primero, porque si mencionaba a Hubert, Lillian podría pensar que insistía, y otro tema podría parecer indiferencia hacia el ánimo de su visitante. Al cabo de un tiempo Lillian continuó—: Me pongo nerviosa cuando me deja sola y corro por toda la ciudad buscando a alguien que juegue conmigo. Nunca te había buscado antes porque eres diferente, ya sabes. El resto de nosotras estamos un poco locas, pero tú eres estable y sensata y hoy sentí ganas de estar contigo. Espero que no te moleste.
—No, para nada.
—Vendrás a almorzar conmigo, ¿verdad?
—Oh, lo haría pero tengo muchas cosas en la casa que podríamos comer si no te molestan las sobras.
—Me encantan las sobras, de verdad. Aunque nunca tengo.
—¿Cómo es eso?
—No sé. ¿Qué quieres decir con sobras, Theresa? ¿Carnes frías?
—No necesariamente. Yo preparo pollo en crema o pastel de carne o picadillo o arroz a la criolla, según lo que tenga.

—No sé de qué está hecho el pastel de carne o el arroz a la criolla, pero nunca me sobra suficiente pollo para hacerlo en crema.

—Oh, le pones pimientos verdes y cosas así si te falta un poco de carne. Es sabroso. El arroz a la criolla es jamón picado, arroz y tomates

horneados juntos, y el pastel de carne es cordero picado con puré de papas horneado y... —Theresa dejó caer de repente el trapo de polvo y se dejó caer en el sofá—. ¿De qué sirve limpiar o hablar de cocina? —preguntó—. No me interesa ese tipo de cosas y a ti tampoco.

Lillian rió.
—Estábamos fingiendo que éramos amas de casa —dijo—. Tú no fingías, sin embargo. Eres estupenda en la cocina, la limpieza, la costura y todo eso. Ojalá lo fuera yo.

Theresa tomó un cigarrillo de la mesa de fumar.
—Oye, ¿escuchaste la historia de Anna sobre el escocés cargando el yunque?
—Sí, ¿no es genial?
—Me pareció graciosa.
—Se la conté a Louise, pero ella no sabía lo que era un yunque. ¿Puedes creerlo? Es como un martillo, ¿no, Theresa?
—Bueno, algo así. Claro que la mayoría de las veces es lo que golpea el martillo. Ya sabes, los herreros lo usan para dar forma a las herraduras.
—Sí, eso pensé. Louise es un poco lenta.

Theresa miró el reloj y fue a la cocina.
—¿Quieres venir a mirar? —preguntó—. Voy a preparar el almuerzo. Ya casi son las doce.
—Vaya, yo apenas desayuné.
—Bueno, mala suerte. Las doce es la hora del almuerzo. Deberías haberte levantado más temprano si ibas a andar buscando citas para almorzar.

Una hora después, cuando las dos chicas habían vuelto a la sala de Theresa, Lillian volvió al tema de Hubert.
—Él y yo estamos pasando un tiempo maravilloso —dijo. Su tono era alegre, pero la sombra aún permanecía en su rostro—. No creo que realmente me haya equivocado al dejar mi trabajo, Theresa.

—¿No?
—No, ¿tú lo crees?
—Sí.
—¿Por qué?
—Oh, no tengo derecho a meterme en los asuntos de otros, Lillian. Preferiría no empezar a hablar de esto contigo.
—Pero te lo he pedido.

Theresa la miró con atención un momento y decidió que Lillian no le pedía a cualquiera hablar de sus asuntos personales.
—Creo que está mal —dijo— estar ociosa. No lo digo en un sentido moralista, Lillian. Solo digo que disfrutas más las cosas si trabajas y hay una línea clara entre tu trabajo y tus placeres. Te vuelves un poco confusa si no tienes horarios fijos para hacer las cosas, y eso no es bueno para tu mente ni para tu cuerpo. Además, hay otra razón.
—¿Cuál es?
—Supongamos que Hubert te dejara. ¿Qué harías?
—Él no me dejaría.
—Si lo hiciera, ¿qué harías? —insistió Theresa.
—Ir a trabajar.
—Claro. Y ahí está el problema. Es terrible volver a una rutina una vez que has salido de ella. Madrugar, empujones en el metro y recibir órdenes son cosas desagradables cuando ya no estás acostumbrada. Y en cuanto a conseguir otro hombre... bueno, ya sabes, Lillian, los que tienen dinero no crecen en los árboles.
—No quiero otro después de Hubert.
—¿Por qué? ¿Estás loca por él?

Lillian rió.
—Vaya —dijo—, esa es una pregunta graciosa que la gente siempre hace. No lo esperaba de ti. Es una especie de pereza la que hace que la preguntes. Si dijera sí o dijera no, entonces no tendrías que averiguarlo por ti misma. No me gusta decir si lo estoy o no. Soy supersticiosa al respecto. Observa de cerca y verás suficiente para tener la respuesta.

—Eres como una niña, Lillian, de verdad lo eres. No me importa si escogiste a Hubert por su dinero o no. Estoy pensando en ti, no en él. Tu lado del asunto, no el suyo.
—¿No te gusta él?

Theresa sonría lentamente.
—No sé —dijo con vacilación—. No hay nada en él que sea especialmente agradable o desagradable, según lo que veo. Ha sido bueno contigo y eso está bien, pero los Fisher y otros no tienen derecho a su chequera y creo que ahí ha sido un gran tonto.
—Eso ha sido culpa mía, Theresa.
—Vamos. No podrías haberlo hecho gastar dinero si no le encantara hacerlo. Tiene cierta inteligencia, Lillian, o quizá es instinto. Creo que te sería difícil engañarlo, pero él podría engañarte a ti, Lillian, si quisiera.
—Bueno, no nos engañamos.
—Eso está bien.
—Él es naturalmente generoso, Theresa. De verdad, lo descubrirías si alguna vez lo necesitaras.
—Nos llevamos bien. Gracias —dijo Theresa.
—Oh, no quise decir que alguna vez lo necesitarías, pero, ya sabes, por si acaso. Tenías toda la razón cuando dijiste que le encanta gastar dinero. Es tan generoso como cualquiera.
—No sé sobre Hubert, Lillian, pero hay gente que da porque disfruta ser amable. Ya sabes, les gusta...
—Ese es Hubert —insistió Lillian, animada—. Le da el mayor gusto del mundo hacer favores a la gente.

Theresa abandonó ese ángulo de la situación. No tenía el tiempo, las palabras ni la dureza de corazón necesaria para iluminar a Lillian.
—Bueno, ¿eres feliz de todos modos?
—Oh, supongo que sí. Qué demonios. Tengo más de lo que nunca tuve en mi vida.
—No suenas alegre. ¿Qué pasa?
—Louise siente lástima por mí —dijo Lillian sin haberlo planeado. Se

sintió ridícula después de haber expresado lo que le había dolido en el corazón durante un mes.
—¿Por qué siente lástima por ti?
—Porque no estoy casada con Hubert.
—¿Siente lástima por todas las mujeres del mundo excepto por la esposa de Hubert? —preguntó Theresa.
—Oh, ya sabes lo que quiero decir. Me compadece por no ser respetable y estar segura de Hubert y todo eso.
—Oh. Eso te hace sentir insatisfecha, ¿eh? ¿Has hablado con él sobre eso?
—Claro. Le pidió el divorcio a Helen porque me sentí tan mal después de lo que dijo Louise.
—¿Qué dijo ella?
—¿Quién? ¿Louise?
—№ Helen Scott.
—Oh, hizo una escena terrible. Iba a matarse. No quiso divorciarse. Me dio pena cuando lo supe. Es vieja, ya sabes, de cabello blanco y terriblemente celosa. Vaya, Helen parece mucho mayor que Hubert, fija en sus costumbres y poco interesante. Se preocupa mucho por él. Probablemente le dice que se ponga los impermeables cuando llueve y cosas así. ¿Sabes lo que hizo? Anoche, cuando él la llamó, le dijo que se asegurara de arreglar los frenos del Packard antes de ir allá hoy. Siempre está pensando en que algo le pase. Vaya, yo no le quitaría un hombre a una mujer así aunque pudiera.
—Pero eres infeliz.
—Oh, bueno, es solo que no soy nadie. ¿Ves lo que quiero decir? No soy esposa, ni viuda, ni divorciada, ni soltera, ni nada. No soy novia. Eso significa una joven que espera las campanas de boda, ¿no? No soy nada. No hay nombre para lo que soy.

Theresa miró a Lillian y sonrió.
—Sí lo hay —dijo en voz baja.
—¿Cuál es?
—Mujer mantenida.
—Oh, nunca...

—¿Nunca escuchaste esa expresión?
—Sí, pero nunca pensé que yo... simplemente nunca...

Theresa tomó la mano de Lillian y la apretada suavemente.
—Lo siento, Lillian —dijo—. No quise herir tus sentimientos. Pensé que tú y yo éramos lo bastante duras como para decir lo que se nos ocurriera cuando estábamos juntas.
—No me heriste. Solo nunca había pensado en eso cuando intentaba encontrar un nombre para mí. No, no me heriste.

Theresa la miró fascinada. La nube de preocupación había desaparecido y en los labios de Lillian había una sonrisa complacida pero tímida.
—Curioso que nunca lo pensé —dijo Lillian—. Claro que soy una mujer mantenida. —La pequeña sonrisa tímida se amplió al pronunciar las palabras.

Theresa la miró incrédula. Estaba tan complacida como una adolescente a la que confunden con una adulta.
—Bueno, me alegra que no estés herida, Lillian —dijo finalmente.

—Oh, no, no estoy herida. No seas tonta. Solo estoy sorprendida de que nunca se me ocurriera a mí misma. Claro que soy una mujer mantenida —La pequeña sonrisa encantada de nuevo.

Más tarde, mientras Theresa preparaba la cena para Hymie y ponderaba sobre la curiosa satisfacción que Lillian había encontrado al aplicarse a sí misma un término vulgar, Lillian estaba sentada en su departamento pensando en ese mismo término.

No le sonaba vulgar. Lo dijo en voz alta varias veces y derivó un nuevo placer en cada repetición. Las dos palabras estaban cargadas de una belleza salvaje para ella.

Hablaban de un espíritu valiente y rebelde. Cualquiera podía casarse. El miserable más tonto y tímido imaginable podía casarse, pero se

necesitaba un valor poco común, una mujer lo suficientemente grande como para burlarse de las convenciones, para ser lo que ella era. Había, también, una gloria heterodoxa en las palabras, una sugerencia de alegría pagana y pecado abierto. La palabra "esposa" sonaba plana y sin vida comparada con esas dos palabras doradas y lo que le sugerían. Estaba feliz de ser una proscrita. ¿Quién no podría ser feliz cuando sus vidas estaban todas pulcramente arregladas por la iglesia y la corte? Ella era diferente, un espíritu grande e intrépido.

Lillian Cory tradujo sus pensamientos en palabras y le dijo al jarrón amarillo sobre la mesa de patas abatibles:
—Mujer mantenida. Suena con energía, como una persona que tiene agallas y no es totalmente previsible. Me alegra que nadie se haya casado conmigo. Realmente me alegra.

El timbre sonó y Lillian corrió a la puerta. Era Anna Leitz con su nuevo novio, el Sr. Clifford Sullivan.
Anna dijo:
—Sr. Sullivan, conozca a la señorita Cory.
El Sr. Sullivan dijo:
—Encantado de conocerla.
La señorita Cory dijo:
—Es bienvenido si no es demasiado formal y le gustaría entrar. Supongo que Anna le habrá contado que soy una mujer mantenida.

El Sr. Sullivan se quedó mirando como un demente. Era muy estimulante para una chica que normalmente no recibía más que una mirada pasajera de un extraño.

CAPÍTULO 12

Clifford Sullivan era bajo de estatura y sumamente delgado. Creía que los pantalones *plus fours* le favorecían y siempre los usaba los domingos durante el verano. En invierno elegía para sí un largo y voluminoso abrigo y estaba convencido de que lo hacía parecer un

hombre alto y fornido. Su rostro era delgado y casi estético en apariencia: un rostro extrañamente intelectual, totalmente ajeno a la mente que funcionaba detrás de él. Siempre había planeado casarse a los cuarenta. Esa le parecía una edad ideal. Para entonces tendría dinero y construiría una casa, quizá en Kew Gardens. Tendría bañeras empotradas, un incinerador de basura y un baño decorado en negro y dorado. Su esposa sería hermosa y, preferiblemente, la hija de un hombre que hubiera perdido su fortuna en Wall Street. Así estaría preparada para ser la esposa de un hombre rico y, al mismo tiempo, completamente dependiente de él económicamente.

Era un buen sueño. Tan bueno que debió de haberle costado valor dejarlo de lado cuando, a los veinticinco años, Clifford se casó con Anna Leitz y fueron a vivir a un departamento de dos habitaciones y una pequeña cocina en Nagle Avenue.

Se casaron sin haber anunciado sus intenciones. Fue idea de Anna que su matrimonio fuera una completa sorpresa para sus amigos. Quizá fue un deseo de romance lo que la hizo tan ansiosa de escaparse al Ayuntamiento con Clifford una mañana cualquiera. O quizá no confiaba del todo en sus amigas y sus lenguas siempre indiscretas.

Fueron directamente con Lillian después de la ceremonia y orgullosamente le mostraron su certificado de matrimonio. Lillian fingió estar asombrada. Ellos rieron de su sorpresa y ella rió de su secretismo, y todos fueron felices.

Pero más tarde, cuando Clifford corrió a la tienda de delicatessen para comprar unos sándwiches y poder celebrar, Anna volvió sus ojos solemnes hacia Lillian y le preguntó:
—¿Alguna vez le contaste a Billy y Louise sobre mí?
—¿Sobre ti?
—Sí, ya sabes. Cuando estuve enferma aquí aquella vez.
—Oh. —Lillian rió un poco—. Claro que sí.
—¿De veras, Lillian, lo hiciste?
—No seas tonta. ¿Para qué habría de decírselo?

—Bueno, ¿sospecharon?
—Supongo que quizá sí.
—¿Pero no estaban seguros? ¿No tenían nada definitivo?
—No, a menos que tú se lo hayas dicho.
—Por supuesto que no. ¿No crees que Hubert lo haya hecho, verdad?
—Él no lo haría, Anna. No seas loca.
—Verás, Clifford no... yo no me atrevería... sé que tú no dirías nada... pero estaba un poco preocupada por los Fisher.
—Oh, tonterías. No hagas una montaña de un grano de arena.
—Pero mira, Lillian, para ti es fácil bromear sobre eso.
—Vamos, preparemos café. —Ese tipo de momentos no eran del gusto de Lillian. Odiaba ver cómo las esperanzas y temores eran arrancados de su refugio legítimo y puestos desnudos y temblorosos en exhibición. Siempre había odiado esos instantes íntimos y últimamente su odio había aumentado, porque le recordaban la noche en que había enviado a Hubert a casa para pedirle a Helen su libertad. La gente era tonta. Fue a la cocina y preparó la cafetera. Anna volvería a ser ella misma si la dejaban sola un rato.

Clifford regresó con sándwiches y un pastel.
—¿Estuvo todo bien en la tienda? —le preguntó Lillian—. ¿Te dejó cargarlo a mi cuenta?
—Claro.
—Pensaba que debía haberlo llamado para decirle que estaba bien.
—No, estuvo todo bien.

Los Sullivan y Lillian se sentaron a su pequeña comida. Lillian estaba de buen humor y amistosa. Era su manera de prometerle a Anna que todo estaría bien. Anna estaba ligeramente preocupada y alterada. Lillian deseó haber podido acariciarla afectuosamente y decirle: *"Ni caballos salvajes podrían arrancar tu secreto de mí."* Eso habría sido bonito y ciertamente tranquilizador, pero Lillian sabía que no podría decirlo sin reírse, y eso probablemente habría aumentado la angustia y la duda de Anna.

Los Sullivan tuvieron su pequeño juego de sorpresa otra vez cuando Hubert llegó. Todos rieron y se dieron la mano y Hubert besó a la novia

y le preguntó qué quería como regalo de bodas.
—Pero tengo que ver el certificado —rió amablemente—. Vaya, ¿cómo sé que no están engañando a sus amigos para conseguir regalos de boda?
—No soy ese tipo de chica —rió Anna en respuesta. Luego su risa se apagó y contuvo la respiración, temerosa de lo que él pudiera responder sin pensar.
—Es el tipo de chica que quiere algo bonito como regalo —charló Lillian alegremente. Había visto el repentino miedo de Anna y lo había compartido. Hubert era leal, pero olvidadizo y torpe.

Los Fisher aparecieron. No exactamente de manera inesperada, pero sin haber mencionado sus intenciones. No era posible que los Fisher llegaran de sorpresa, ya que Lillian siempre estaba bastante segura de que iban camino a su casa si no estaban ya allí.

Lillian no guardaba rencor a Louise. Cualquier cosa desagradable era mejor olvidarla, y Louise era una buena chica. No tenía malas intenciones. Solo era ingenua. No era culpa de una chica ser ingenua. Hubert no había perdonado tan fácilmente a Louise por entrometerse en sus asuntos, pero Lillian lo convenció de que Louise había tenido buenas intenciones.

Durante los días en que el destino de Louise pendía de un hilo y existía la posibilidad de que Hubert nunca volviera a ser amistoso con ella, Lillian pensaba en nuevos amigos. ¿Cómo se hacían nuevos amigos si no trabajabas? Vaya, no podías simplemente hablar con la gente en la calle. A Anna y Louise las había conocido en la tienda, y otras personas que conocía eran originalmente amigas de ellas. A Hubert lo había conocido a través de May McCloud, a quien también había conocido en la tienda. Si perdía a esos amigos, nunca conseguiría más. La fuente de suministro se había agotado. El pensamiento la asustaba. Los amigos eran buenos de tener y ella no tenía tantos como para poder darse el lujo de perder dos. Con los brazos abiertos había recibido de nuevo a los Fisher.

Anna parecía insegura sobre contarle la noticia a Billy y Louise. Pero Lillian se los dijo.

Billy dijo "Felicidades" en un tono plano e indiferente, pero Louise besó a los Sullivan y se tomó el asunto muy a pecho. Anna resentía su cálido interés. Le parecía demasiado dulce, y pensó con pesadumbre que Louise bien podría haber dicho:
—Bueno, bueno, bueno, así que Anna tiene marido. ¿No es maravilloso? Estoy tan contenta por la pobre Anna.

Hubert salió y consiguió una botella de ginebra en algún lugar. Más tarde salió otra vez y consiguió otra botella. Lillian no bebía mucho. Estaba manejando con cuidado la noche de bodas de Anna. Louise y Anna habían discutido alguna vez cuando bebían, y esa noche incluso un pequeño intercambio de palabras airadas entre ellas podía resultar desastroso.

Pasada la medianoche, Louise preguntó a Anna dónde iba a vivir ahora. Anna no lo sabía. El departamento en Nagle Avenue aún no había sido encontrado. Entonces comenzaron a hablar de distribuciones de departamentos. A Louise le gustaban las cocinas directamente junto a la sala. Anna prefería un pequeño pasillo entre ambas.

—Me gusta este departamento —dijo Anna.
—Dios sabe que sí —respondió Louise—. Casi siempre estás aquí.
—No estoy aquí tan seguido como tú.
—Viviste aquí una vez por una semana.
—Nunca estuve aquí una semana. Estuve tres días una vez.
—Sí, cuando tuviste gripe. —Louise pronunció la palabra "gripe" en un tono que habría hecho sospechar a cualquiera.

Lillian y Clifford, que conversaban en voz baja, interrumpieron su charla y se volvieron hacia las chicas. Louise se veía audaz y muy complacida consigo misma. Estaba terriblemente borracha. Anna, más dueña de sus sentidos, parecía confundida y divertida.

—Parece que está molesta porque me quedé aquí, Lillian —explicó Anna. Su voz era pareja, pero sus mejillas estaban sonrojadas, y había

volcado su vaso sobre el sofá sin darse cuenta.
—Caray, una pelea en el día de la boda de Anna —dijo Lillian—. ¿No te da vergüenza, Louise?

Viendo que Louise estaba a punto de responder, Lillian se apresuró:
—Me halaga mucho que ustedes dos me quieran tanto que siempre discuten quién pasa más tiempo aquí. De verdad, Louise, Anna no fingió que tenía gripe para quedarse. En realidad estaba enferma esa vez. Sabes que eres bienvenida, Lou, a pasar todo el tiempo que quieras aquí también. Ahora miren, la pareja recién casada —vaya, eso suena como un anuncio de periódico—, de todos modos, no tienen un nidito al que ir esta noche; así que sugiero que tengan este departamento. Hubert y yo iremos a otro lugar. Vamos, salgamos ahora mismo. Tomaremos nuestras cosas enseguida... —Lillian tomó del brazo a Louise y la llevó hacia el dormitorio, donde estaban los abrigos y sombreros—. Vamos, Billy, tú también. Debemos salir todos y dejar solos a los tortolitos.

Antes de darse cuenta, los Fisher y Hubert estaban en la acera con Lillian.

Billy reprendía a su esposa:
—¿Por qué demonios tienes que pelear siempre dondequiera que vas? Es una suerte que no seas hombre, te habrían molido a golpes cada vez que abres la boca. Tal como eres, algún día te toparás con la mujer equivocada y te dará una paliza. Tengo ganas de darte yo mismo un golpe.
—Hablaré cuanto me plazca y no pediré tu permiso. ¿Por qué defiendes a Anna, de todos modos?
—No estoy defendiendo a nadie. Solo te digo lo que pienso de ti.
—No hace falta.
—Oh, sé que pierdo el aliento. Eres demasiado tonta para ser otra cosa que lo que eres.
—Si fuera lista no me habría casado contigo.
—Si yo fuera listo tú no lo habrías hecho.
—¿Ah, sí?
—Sí, así es.

Una ventana se abrió en la planta baja del edificio y un hombre los miró.
—¡Cállense, quieren! Están despertando a todos —dijo.
—Ve a meter la cabeza en el río —respondió Billy.
Hubert sonrió hacia su vecino.
—No les haga caso —dijo—. Han bebido demasiado. Los estoy llevando a casa.
—Será mejor, o llamaré a un policía —dijo el hombre, cerrando la ventana con furia. No se dejó impresionar por la sonrisa amistosa ni la seguridad de Hubert.

Lillian metió su brazo bajo el de Billy y lo condujo hacia el garaje. Hubert siguió detrás con Louise. La idea era separar a los dos y distraerlos con palabras sin importancia. El plan, sin embargo, fue un fracaso, ya que Louise y Billy ahora tenían que gritarse, y para Hubert y Lillian el garaje parecía muy lejos.

Cuando los Fisher quedaron seguros en su propio vestíbulo, Hubert preguntó:
—¿Y ahora?
—No sé —respondió Lillian—. Cuando hablé en el departamento realmente quise darles a Anna y Cliff el lugar por la noche. Pensé que tú y yo podríamos ir a un hotel, pero no parece tan simple ahora. Es cuestión de qué hotel, y no tenemos equipaje. Pensaba que podríamos volver y dormir en el sofá. ¿Crees que les molestaría?
—Oh, no lo creo. Son buenos chicos.
—Bueno, volveremos entonces. Estaremos tranquilos. No dejes que el sofá haga ruido al abrirlo.
—No lo haré.
—Y escucha, quería hablarte de algo. Es sobre Anna. Cliff no sabe sobre Fred. Ten cuidado de no mencionar nada sobre él, ¿quieres?
—¿Qué crees que soy?
—Oh, sé que no dirías nada a propósito, pero quiero decir, ten cuidado de no dejar escapar nada. Me asusté esta noche con Louise. Puede ser muy cruel cuando quiere.
—Vaya, pensaría que Anna estaría preocupada todo el tiempo de

ahora en adelante de que alguien soltara algo. Es una especie de jugada sucia también para Cliff, ¿no crees?
—No, no veo por qué lo sería.
—Bueno, no sé. Me parece algo sucio.
—¿Por qué debería decírselo si no quiere? Ninguna mujer le advierte a un hombre antes de casarse que tiene un mal genio. Y eso da muchos más problemas que haber tenido otro novio.

Lillian guardó silencio entonces. La idea que acababa de expresar le pareció extraña. Claro que una chica debía contarle a su esposo sobre su pasado; aun así, ese argumento sobre el mal genio tenía sentido. Decidió que su afán de proteger a Anna había inventado ese pensamiento raro y trató de desecharlo, pero se sintió incómoda. Siempre odiaba encontrarse diciendo cosas que Louise y las otras chicas no dirían. Eso siempre hacía que la gente pensara que eras rara. Y un mal genio causaba más problemas que un exnovio, aunque no había reglas al respecto. Todo era muy confuso.

Hubert interrumpió sus pensamientos:
—No te preocupes por Fred y Anna en lo que a mí respecta. Guardaré silencio.
—Oh, sé que no hablarías por maldad ni nada. Solo pensé que quizá dejarías escapar algo.
—No, tendré cuidado.

Hubert y Lillian pasaron la noche en el sofá con la cabeza apoyada en los pequeños cojines cubiertos de cretona. No eran malos cojines, pero te daban dolor de cuello al tratar de mantenerte sobre ellos.

Al día siguiente, Lillian descubrió que se había establecido un precedente con éxito. Los Sullivan habían pasado la noche en su departamento y creían que podía hacerse de nuevo. Lillian sabía bien que podía hacerse de nuevo. Nunca había aprendido a decir que no. Resultaba que la madre de Anna no tenía espacio para Anna y Cliff juntos y ellos no podían soportar separarse. Un hotel estaba fuera de cuestión, ya que los fondos de los Sullivan eran escasos, y sería hasta

el domingo cuando Anna tendría oportunidad de buscar un departamento.

—Por supuesto —dijo Lillian—. Quédense todo el tiempo que quieran.
—Pobres chicos. Después de todo, necesitaban algún lugar donde estar.

Anna fue generosa al respecto, sin embargo. Fue ella quien insistió en que el sofá estaría perfectamente bien para ella y Cliff y que Lillian y Hubert debían tomar la cama. Lillian apreció su consideración. Salió y compró dos almohadas verdaderas para el sofá y otra manta. Ella y Hubert habían pasado un poco de frío.

El domingo, Anna y Lillian encontraron el departamento en Nagle Avenue. Costaba cuarenta y cinco dólares al mes. Anna no podía pagar más de cuarenta; así que se quedó en el centro de la soleada sala y lloró un poco. Era justo lo que quería, pero oh, no podía manejarlo. Cuarenta dólares era absolutamente su límite.

—Deja de llorar, sauce llorón —dijo Lillian. Le gustaba decir eso y también "buenos días, gloria".

—Oh, tú también llorarías. Este es justo el tipo de lugar con el que soñaba. Mira qué linda es la cocineta. Esas grandes puertas la hacen parecer un armario.

—Perfecto para cucarachas también —añadió Lillian.

—No tendré cucarachas. Estaré pendiente de ellas todo el tiempo. Pondría las cortinas más lindas allí... Oh, mira, Lillian, tiene un lugar para los platos y todo.

—Tómalo —dijo Lillian secamente.

—Pero no puedo pagar cuarenta y cinco dólares.

—¿Puedes pagar cuarenta?

—Sí, podemos pagar cuarenta.

—Está bien. Tómalo.

—¿Pero de dónde saldrán los cinco extra? —Anna tenía una idea bastante clara de dónde vendrían esos cinco dólares, pero quería que Lillian lo dijera explícitamente.

—No te preocupes. Toma el departamento, ¿quieres? No puedo quedarme aquí todo el día.

Anna tomó el departamento y se mudó tres días después, faltando una mañana al trabajo para hacerlo. La sala y el dormitorio se amueblaron a plazos. Lillian compró las cortinas y lo esencial para la cocineta. Hubert le dio a Clifford sesenta dólares para cubrir los cinco dólares extra de la renta durante un año.

—Ese será tu regalo de bodas —dijo. Clifford y Anna parecieron un poco decepcionados, pensó; así que les compró un juego de trinchar. Anna se preguntó qué haría con él, pero lo agradeció mucho. Después de todo, se necesita un hombre con rara imaginación para regalar un juego de trinchar a alguien que usa una cocineta.

Lillian se sintió aliviada cuando los Sullivan se instalaron en su propio lugar. Habían hecho muchísimo ruido por las mañanas preparando su desayuno, y Anna había lavado las camisas de Clifford una noche y las colgó en la cocina para secarlas. A Lillian no le molestaba la ropa interior de seda delicadamente tendida en una cuerda, pero la vista de piezas pesadas secándose en una cocina le traía recuerdos desagradables de su infancia: la anciana en la tina, la casa oliendo a jabón amarillo, días lluviosos y la cocina extraña y húmeda con fantasmas blancos sin forma colgando cerca del techo.

Los Sullivan no tuvieron fiesta de inauguración. Lillian había planeado darles una fiesta sorpresa durante su primera semana en el departamento, pero Anna le hizo cambiar de idea.

—No voy a tener fiestas —dijo Anna, acariciando con una mano cariñosa la cubierta de su gran silla—. Mira cómo queda la gente tu departamento. Agujeros en la alfombra y manchas y todo. No para mí.

Lillian hizo la fiesta en su casa en su lugar.

Los Fisher y los Sullivan, mezclados, se convirtieron en un gran problema para Lillian. Billy y Cliff nunca discutían, pero se quejaban continuamente con Lillian el uno del otro. Cliff pensaba que Billy era demasiado atrevido con Hubert y Lillian y que debía "ser bajado un poco". Billy pensaba que Cliff estaba lleno de aire y que solo intentaba sacar algo de Scotty con su disposición a hacer mandados. Anna y Louise discutían continuamente y una vez Louise abofeteó a Lillian por intervenir. Había estado bebiendo, claro, así que Lillian no se lo tomó en cuenta.

Cuando los Fisher se fueron esa noche, Anna dijo que si fuera Lillian nunca volvería a tener a Louise en su casa. Hymie Moss amplió el comentario de Anna.

—Si yo fuera Lillian —dijo—, nunca volvería a tener a ninguno de nosotros en su casa.

Pero Lillian era Lillian, y todos se reunieron muchas, muchas veces más en su departamento, y cada noche comenzaba con Anna y Louise charlando agradablemente juntas.

Anna mantuvo su trabajo en la tienda y los Sullivan pudieron cubrir sus pagos a plazos y la renta con facilidad. Cuando estaban un poco cortos, Hubert estaba dispuesto a ayudar; así que Anna estaba orgullosa de decir que las cosas iban muy bien.

Cuando llegó el invierno a Inwood, Lillian le dio a Anna su abrigo del año anterior. Era de terciopelo azul con ribetes de piel. Anna dijo que Cliff se enfurecería al verla usar ropa de segunda mano, pero no le importaba: le gustaba el abrigo y lo aceptaría de todos modos. Cliff no se enfureció. Dijo que se veía muy bien en Anna y que no sabía qué habría hecho sin él.

Una noche, Lillian y Hubert escaparon de la multitud y fueron al centro a ver un espectáculo. Había sido sugerencia de Lillian. De regreso a casa, Hubert rió y dijo:

—Oye, ¿sabes qué? Hoy hace exactamente un año que estamos juntos.

—Grandulón, ¿apenas lo recuerdas?

—Claro, ¿tú lo sabías?

—Por supuesto. ¿Qué crees que quise evitar a la gente? Pensé que debíamos estar solos.

—Vaya, Lil, ¿por qué no dijiste algo antes? Te habría comprado algo. Ya sabes, algún regalito o algo.

—Oh, está bien.

No le molestaba su olvido. Las historietas le habían enseñado que los hombres nunca recuerdan los aniversarios.

CAPÍTULO 13

Lillian estaba haciendo su lista de Navidad. Mary Jackson, su bebé, Theresa, Hymie, Louise, Billy, Anna, Clifford… y Hubert también, por supuesto, pero no lo pondría en la lista porque él podría revisarla y ver que planeaba regalarle una bata. Él estaba sentado al otro lado de la sala, escuchando la radio. Ella lo miró y se preguntó por millonésima vez cómo encontraba comodidad en esa extraña postura suya. Siempre que escuchaba la radio se sentaba con el cuerpo formando una línea recta desde los talones hasta la nuca. Sus nalgas apenas tocaban el borde de la silla, de manera casual, y sus manos se entrelasaban detrás de la cabeza justo donde el respaldo ofrecía un mínimo soporte. Ella apartó la mirada de él y volvió a la lista.

Bueno, medias estaban bien para Mary. Eran útiles pero no ofensivas. Podía darle seis pares en diferentes tonos. El bebé era fácil. No había necesidad de preocuparse por su regalo ahora. Perros de felpa, leones de goma y cosas así siempre estaban en las tiendas, y podía elegir uno cuando llegara. Theresa era un poco problemática. No podía darle ropa interior ni nada parecido porque cosía tan bien que nada comprado sería suficientemente bueno. Tal vez perfume o una cartera.

Lillian escribió tanto perfume como cartera junto al nombre de

Theresa, con un signo de interrogación después de cada uno. A Hymie le compraría un encendedor de bolsillo. Eso estaría bien. Ahora Louise. ¿Qué podía darle a Louise? La ropa interior estaría bien para ella. Dos camisones y quizá también una enagua. A Billy le compraría un porta cigarros. Anna, después. Sabía que Anna quería un juego de fundas de encaje para su recámara, pero odiaba dar algo así. Le parecía un desperdicio regalarle a una chica algo para su casa. Bueno, quizá le daría ropa interior también. En todo caso era mejor comprar lo mismo para Anna y Louise. Y le daría a Cliff también un porta cigarros. Eso parecía bien. Ahora, ¿había alguien más a quien realmente debía darle algo?

Hubert apagó la radio de repente y se levantó.
—Tienen una ópera puesta —dijo con fastidio.
—¿En todas las estaciones? —preguntó Lillian.
—No, pero las otras son igual de malas. Su idea de entretenimiento me fastidia. ¿Qué estás haciendo?
—Haciendo mi lista de Navidad.
—¡Lista de Navidad! —Su tono implicaba que nunca había oído semejante locura.
—Claro. Es cuatro de diciembre o quizá cinco. Por ahí. Vaya, Theresa ya terminó sus compras y Louise ya empezó.

Hubert se acercó y se paró junto a ella, mirando la parte trasera de una factura de leche sobre la cual Lillian había estado escribiendo.
—Oye —dijo—, el año pasado no les diste nada a Billy ni a Hymie y ni siquiera conocías a Cliff. ¿Por qué los tienes ahora en la lista?
—Bueno, pensé que sería lindo darles algo, ¿no crees?
—Creo que es un poco tonto.
—¿Por qué?
—Ah, la Navidad es un montón de tonterías de todos modos. Es para mujeres y niños. Las tiendas se enriquen con ella y para eso sirve.

Lillian no dijo nada ni tachó los nombres de los hombres de la lista. Se quedó golpeando el lápiz contra el brazo del sofá mientras Hubert

releía la lista.
—¿Mary Jackson va a abrir una tienda de medias? —preguntó.
—¿Por qué?
—Tienes seis pares de medias anotados para ella. Vaya, dos son suficientes.
—Se ve mezquino dar solo dos pares.
—No sé. Helen tiene una amiga, la señora Winters, que vale muchísimo dinero, y le dio a Helen dos pares de medias por Navidad un año.
—Quizá es tacaña —sugirió Lillian.

Hubert negó con la cabeza.
—No, no creo que lo sea. Le dio a nuestro hijo un reloj de pulsera el año que se graduó que apuesto costó cincuenta o sesenta dólares. No creo que dos pares de medias se vean mezquinos.

Los labios de Lillian se curvaron en una expresión de molestia. Tachó los generosos seis que había escrito y anotó arriba un pequeño y apretado dos.
—También tienes suficiente ropa interior para Anna y Louise —continuó Hubert—. Vaya, debes pensar que estamos en el negocio de la seda.
—No me digas que puedo darle a una chica menos de dos piezas de ropa interior —dijo Lillian.
—Yo vi cuando la señora Winters le dio a Helen una combinación o camisón o como demonios lo llames.
—Ya has metido a la señora Winters demasiadas veces en mi lista de Navidad. —Lillian lo miró con disgusto—. ¿De qué se trata todo esto? ¿No quieres que dé regalos de Navidad?
—Claro, no me importa, pero creo que lo estás exagerando. No tenemos gusanos de seda hilando capullos para nosotros ni una fábrica de porta cigarros.
—Vaya, Hubert, nunca te había visto así antes. ¿Ya no te gusta la gente?
—Claro que sí. Dales regalos si quieres, pero, caray, no olvides que les

hemos estado dando regalos todo el año.

Se alejó de ella entonces y ella lo escuchó en el dormitorio encendiendo la luz y buscando sus pantuflas en el clóset.
Vaya, estaba actuando raro. No era que fuera tacaño. Un hombre no podía volverse tacaño de la noche a la mañana. Lillian pensó el asunto un minuto o dos y encontró una solución que la complació. Hubert era un gran hombre. Sabía cuándo era momento de suspender las dádivas generosas. Durante un tiempo había estado dispuesto a ayudar y ahora creía que ya había hecho suficiente. Quería que ella insinuara con regalos modestos que había dejado el negocio de Santa Claus. Era el tipo de hombre que sabía cómo y cuándo retirarse con gracia. Eso requería carácter y cálculo claro. Nunca había imaginado que, aunque parecía repartir favores libremente, en realidad los había contado cuidadosamente. Probablemente había apartado cierta cantidad para gastar en esos amigos suyos y ahora estaba agotada. Sintió pena por los Fisher y los Sullivan, pero después de todo, Hubert había sido tan generoso como se podía esperar razonablemente. Se sintió orgullosa de él y muy humilde mientras revisaba su lista de Navidad. Cuando él volvió a la sala arrastrando sus pantuflas de fieltro marrón, ella le sonrió como una esposa adoradora pero corregida. Los modos de los hombres ricos son a veces inexplicables y quizá un poco crueles, pero hay que aceptarlos.

La nueva lista omitía a Hymie, Billy y Clifford. En realidad no era necesario darles regalos. Incluía dos pares de medias para Mary, un camisón para Anna y otro para Louise. Theresa estaba definitivamente destinada a recibir una cartera, y el bebé de Mary tendría un perrito de felpa. Las opciones alternativas parecían un poco extravagantes, pensó Lillian. Quería que Hubert viera que había captado su intención de inmediato.

Hizo todas sus compras navideñas en la calle Dyckman. Veinte dólares cubrieron todo excepto el regalo de Hubert. Le costó otros diez dólares la bata. Esperaba que le gustara. Era roja y gris y parecía muy abrigadora. Había comprado todo con su asignación mensual.

Hubert le devolvería lo que había gastado en regalos. Todo, por supuesto, excepto los diez dólares de la bata. Quería que eso saliera de su propio dinero.

La Nochebuena fue muy alegre. Lillian tenía un arbolito. El radio fue desplazado temporalmente para que el árbol pudiera colocarse en su mesa. No tomó mucho tiempo adornar el pequeño árbol, pero fue divertido de todos modos. Hubert se mostró entusiasta con la bata y le dio a Lillian un frasco de perfume, un porta cigarros y una enorme caja de dulces.

Los Sullivan llegaron trayendo un tapete de baño para Hubert y Lillian con los mejores deseos de Navidad de parte de Anna y Cliff. Los Fisher llevaron media docena de discos de Victrola con saludos navideños. Theresa y Hymie pasaron a decir "Feliz Navidad". No trajeron regalo, y Theresa recibió el presente elegantemente envuelto que Lillian le entregó sin incomodidad. Los Moss tenían veintiún parientes que debían recordar en Navidad; así que dejaron fuera a sus amigos por pura necesidad. Theresa sabía perfectamente lo que pensaban sus amigos de ella, pero no podía explicarlo.

Hymie, sin embargo, llevaba una petaca de whisky de centeno. Pudo ofrecerles a todos un trago. Hubo brindis, algunas canciones y muchos deseos navideños más verbales que sinceros. Luego los Sullivan tuvieron que irse. Los esperaban en la casa de la madre de Anna. Los Fisher se fueron poco después. Iban a una fiesta.

Hubert miró el reloj. Eran las nueve y media. Le dijo a Hymie:
—¿Qué van a hacer esta noche?
—Vamos a Fordham —dijo Hymie—. Mi hermana tiene muchos niños. Voy a hacer de Santa Claus allí a las diez. Tenemos que irnos.
—Oh —dijo Hubert.
—¿Por qué?
—Verás, tengo que ir a casa —explicó Hubert—. Es Nochebuena y debo ir. Pensé que quizá si no hacían nada... ya sabes, Lillian estará

sola.

—Bueno, puede venir con nosotros —dijo Theresa—. Vamos, Lillian, arréglate.
—No —Lillian negó con la cabeza—. Gracias de todos modos.
—¿Por qué no?
—Oh, leeré o algo. No me importará, de verdad.
—¿Por qué no vas? —insistió Hubert.
—Vamos. Encajarías bien en una reunión familiar.
—Son buena gente —dijo Theresa—. Son personas normales. No cantarán villancicos ni rezarán ni nada. Vamos. A medianoche hay una gran cena y mucha diversión. Vamos.

Lillian negó con la cabeza. Los Moss tenían que irse, pues Hymie sabía que los niños estarían esperando y su hermana se preocupaba de que él estuviera borracho en algún lugar.
Hubert se puso el sombrero y el abrigo.
—Vaya, Lil —dijo—, odio hacer esto.
—Oh, no seas tonto. Anda, ¿quieres?

Tomó dos paquetes de la mesa. Uno era idéntico a la enorme caja de dulces de Lillian. El otro era un par de guantes forrados de piel.
—Buenas noches, Hubert. Feliz Navidad.
—Igualmente... Oh, vaya, Lil, ¿qué vas a hacer?
—Leer un rato, luego ir a la cama. Estaré bien. No te preocupes por mí.
—Buenas noches, Lil. Vaya, ¿no crees que los Fisher o los Sullivan debieron invitarte como lo hizo Theresa?
—¿Por qué deberían?
—Bueno, los Moss lo hicieron.
—Oh, eso fue solo por cortesía. Sabían que no iría. La gente no son pequeños dioses, Hubert. Hacen lo que les resulta más agradable.
—Espero que no te refieras a mí, Lil.
—Oh, vete a casa, viejo tonto. Estás ocupando mi puerta.

Hubert rió y salió. Miró hacia la sala desde el patio y vio que Lillian

había apagado las luces del arbolito. Se preguntó qué estaría haciendo. Vaya, pobre chica, sola. Deseó que Helen se hubiera ido en Navidad como el año anterior.

A las once y diez los Moss regresaron a la casa de Lillian.
—Oh —dijo ella al abrirles la puerta—, no debieron hacerlo.
La miraron y luego apartaron la vista rápidamente. Ella no querría ser observada ahora. Hymie se quitó el abrigo y Theresa sacó un paquete de sándwiches y pasteles navideños.
—¿No tendrás café? —dijo—. La hermana de Hymie quería que trajera un poco por si acaso no tenías, pero me gusta apostar.

—Sí, tengo café. Aunque es un milagro que recordara ir al abarrotero hoy. Vaya, Theresa, qué lindo de tu parte hacer esto. Hace un frío terrible, ¿verdad? Estaba mirando por la ventana hace un minuto y pensé que parecía helado.
—Sí, está algo frío —dijo Hymie.
—Bueno, gracias a Dios por la calefacción de vapor —continuó Lillian —. Estaba pensando antes de que llegaran lo frío que solía ser en nuestra casa en Navidad cuando era niña. Teníamos estufas, una en cada cuarto, pero a veces no funcionaban bien y nosotros los niños nos congelábamos mirando nuestros juguetes. No había mucho que mirar, pero ya sabes, cuando eres niño la Navidad parece importante y piensas que es un gran día.
—Sí, lo sé —dijo Theresa.
—Oye, Theresa, ¿cantaste 'Oh, Little Town of Bethlehem' en la escuela cuando eras niña? Ya sabes, en Navidad. Estaba pensando en esa canción hace un rato.
—Claro, la cantábamos.
—Nosotros también —dijo Hymie.
—Dice 'Oh, little town of Bethlehem, how still we see thee lie'...

Lillian comenzó a cantar y los otros se unieron. Sobre la pequeña mesa verde de la cocina de Lillian, hasta entrada la noche recordaron canciones navideñas e intercambaron historias de Navidades

olvidadas.

Cuando ya era muy tarde y los Moss estaban seguros de que Lillian tenía mucho sueño, se fueron. Ella escuchó el motor frío protestar ruidosamente por tal trato pero al fin aceptar llevarlos a casa. Lillian se desvistió cansada. Qué curioso, pensó, que los Moss no dieran regalos. Nunca habían captado el espíritu navideño, supuso.

Hubert regresó a la una de la tarde del día de Navidad. Él y Lillian dieron un paseo, recogiendo a los Sullivan en el camino de regreso. Era un día templado, sin sol. Con un tono ahumado como de otoño. Nadie estaba de muy buen humor.

Clifford quería una cena de pavo. Hubert quería ir al restaurante italiano en Fordham. Anna dijo que para ella no sería Navidad si no tenían pavo. Hubert dijo que prefería comer espaguetis.

—Quizá hoy tengan pavo allí —sugirió Lillian.
—No, no lo tendrán —dijo Anna—. No lo tuvieron en Acción de Gracias.
—Pero Acción de Gracias es solo una fiesta americana —le recordó Clifford—. Ya sabes, es el día en que los peregrinos llegaron aquí.
—Bueno —dijo Hubert—, iremos al lugar de espaguetis y ustedes dos pueden ir a algún lado a comer pavo. ¿Qué les parece?

Los Sullivan fueron con Hubert y Lillian y cenaron antipasto, espaguetis y spumoni. Anna dijo tres veces que no parecía Navidad en absoluto, y Clifford le dijo que no se preocupara, que el próximo año irían a un restaurante en el centro y tendrían una gran comida. Lillian se sintió terriblemente avergonzada. Hubert estaba decidido a no despilfarrar dinero en el grupo nunca más.

Los Fisher estaban esperando en el vestíbulo de la casa de Lillian cuando regresaron. Habían estado haciendo visitas y ambos estaban bastante bebidos.

Lillian notó de inmediato que Anna y Louise estaban inusualmente cercanas esa noche. Al principio atribuyó esa extraña manifestación a la temporada navideña.

Pero más tarde en la velada, Louise le preguntó a Anna:
—¿Supiste de Claire Rubens hoy?
Anna negó con la cabeza y frunció ligeramente el ceño.
—Me pregunto cómo llegó a casa —continuó Louise.
—¿A casa desde dónde? —intervino Cliff con un tono teatral—. ¿Estaba en algún lugar inusual?
—Bueno... ya sabes, ella... —Louise se interrumpió de repente, y hubo un momento de silencio durante el cual Louise y Anna se sonrojaron y Cliff y Billy silbaron despreocupadamente y buscaron cigarrillos en sus bolsillos.

Lillian mantuvo sus ojos fijos en el pequeño espacio desnudo cerca de la puerta, donde evidentemente los constructores se habían quedado cortos de revestimiento. Deseaba estar en cualquier lugar menos en esa habitación. Se sentía mucho más avergonzada que cualquiera de los cuatro que se sentaban incómodamente agrupados a su alrededor. No tenía nada que hacer allí. Querían hablar de la fiesta en la casa de la madre de Anna, a la que claramente habían asistido los Fisher. Oh, ¿por qué la gente tenía que tejer redes de mentiras tan inútilmente intrincadas? ¿Por qué no podían ser francos y decir: "Mira, así están las cosas"? Malditos fueran por intentar salvar los sentimientos de alguien y luego hundirlo en una situación como esa.

Lillian se dijo a sí misma: *"Al diablo con ellos."* Lo repitió muchas veces, pero no parecía ayudar.

El silencio en la pequeña sala se volvió insoportable. Hubert miraba a los Fisher y a los Sullivan con ojos furiosos. Finalmente dijo:
—¿Salieron todos juntos anoche a algún lugar?
Ninguno de los cuatro respondió. Lillian dijo:
—¿Qué pasa, Hubert? No los poseemos. ¿No tienen derecho a salir?
—Bueno, creo que fue una jugada sucia —dijo Hubert—. Sabían que Lillian iba a estar sola aquí.

—No estaba sola —respondió Anna.
—Pero no sabían que no lo estaría.
—No olvides que tú la dejaste sola, grandulón —intervino Billy.
—Oh, está bien —dijo Louise en tono burlón—. Es Hubert.
—Tuve que ir a casa con mi madre en Nochebuena —dijo Anna—, igual que tú tuviste que ir a casa con tu esposa. Y yo invité a Billy y Louise a ir conmigo.
—Podrías haber llevado a Lillian también, ¿no? —desafió Hubert.
—Oh, Hubert —suplicó Lillian.
Cliff dijo:
—Mira, Scotty, todos sabemos cómo están las cosas. La madre de Anna es muy tradicional, ya sabes. No entendería lo de Lillian y tú.
—Si no fuera por eso la habría invitado en un minuto —gritó Anna, exultante.
—Por supuesto —dijo Billy.
—Por supuesto —repitió Louise.
—Bueno, caray, ¿qué hizo, leer sobre Lillian y yo en los periódicos? ¿Qué le dijiste de Lillian, Anna?
—Ella conocía a Lillian cuando trabajábamos juntas, ¿ves? Tuve que explicarle sobre ti y ella cuando Lillian empezó a darme tantas cosas para el departamento.
—Oh, basta ya —dijo Lillian—. ¿Qué importa? No me interesa si me invitaron o no. No habría ido de todos modos.

Louise estaba sentada cerca de Lillian ahora, con el brazo alrededor de ella. Le susurró:
—Le dije a Anna que debía haberte invitado. "Después de todo", le dije, "Lillian siempre ha sido una buena amiga tuya".
Anna comenzó a llorar.
—Si no fuera por mi madre —dijo—, habría invitado a Lillian. Solo que mi madre es tan tradicional.
—Oh, basta —ordenó Lillian—. Te digo que no me importa. Soy una mujer mantenida y no me importa no ser bienvenida en hogares respetables.
—¡Eres tan buena como cualquiera! —estalló Hubert—. ¡Eres tan buena como Louise o Anna!

Anna lanzó a Lillian una mirada suplicante. Lillian nunca dejaba caer a sus amigas.
—Quieres decir que soy igual de buena de corazón, Hubert. Bueno, he tratado de ser decente con la gente, pero sabes que algunos mayores aún juzgan la bondad de una chica por el número de hombres que ha decepcionado. Anna no quiso menospreciarme. Somos todos amigos. Vamos, Hubert, sal y consigue una botella de ginebra.
—No lo haré —dijo—. No voy a comprar ginebra para un grupo de parásitos que no creen que seas lo suficientemente buena para invitarnos.
Se dirigió al dormitorio furioso y dio un portazo.

Fue una salida muy impresionante, pensó, y además conveniente. Le ahorraba dos dólares.

En la sala, los cinco se quedaron en silencio. Anna lloraba delicadamente en su pañuelo. Los hombres miraban pensativos por la ventana hacia la nada. Louise y Lillian fumaban.

Billy dijo:
—Vámonos. Estamos en falta.
Lillian le sonrió amablemente.
—No —dijo—. Sabes cómo es Hubert cuando regresa de la familia. Lo vuelven casi loco. Estará bien otra vez mañana.
—No quiero amigos —dijo Billy— que estén bien un día y al siguiente me llamen parásito.
Tomó su abrigo y Louise el suyo. Billy dijo buenas noches secamente. Louise besó a Lillian y le aseguró que no tomaría en cuenta el arrebato de Hubert.
—No hará ninguna diferencia —prometió—. Tú no fuiste responsable de ello.
Los Fisher se fueron a casa.

Los Sullivan se marcharon tan pronto como Anna pudo arreglar su aspecto descompuesto. Se fueron convencidos de que Hubert no estaba en sí y encargaron a Lillian que los llamara en cuanto lo estuviera.

Lillian cerró la puerta tras ellos, apagó las luces y fue al dormitorio. Hubert estaba en la cama, pero no dormía.

Ella se sentó en el borde de la cama y acarició su mano mientras le hablaba.
—Sé que los atacaste —dijo— porque piensas que me trataron mal y crees que me importa. No me importó, de verdad, Hubert. Ellos tenían razón. Soy diferente. Soy una mujer mantenida, y una chica no puede llevarme a la casa de su madre. Soy de otra clase completamente. No creo que no sea tan buena, entiende. Creo que tengo más agallas y más carácter, pero también los tienen algunos criminales, y no querrías llevarlos a casa. Mira, soy una especie de forastera. Soy una mujer mantenida, Hubert; una vez que lo entiendas, verás todo claro.

Él no respondió por un momento, y ella lo incitó.
—¿Ves? —preguntó.
—Les diste a Anna y Louise algo el año pasado que costó veinticinco dólares —dijo él—. Creo que si hubieras hecho eso esta Navidad te habrían invitado. Creo que se molestaron por los regalos pequeños.
—Oh, no, Hubert.
—Sí, creo que sí. Creo que por eso te dejaron fuera.

Y toda la noche él dio vueltas, y una vez suspiró. Muy inusual para Hubert.

CAPÍTULO 14

Mary Jackson descubrió un día, a principios de enero, que iba a tener otro bebé. La noticia le provocó lágrimas y una profunda tristeza. Implicaba más gastos de los que podía cubrir. La gente del barrio alto, salvo en casos extremos, no recurre a la beneficencia pública.

Mary llevó consigo sus problemas y al pequeño Bobby para visitar a Lillian. Después de todo, pensó, no le haría daño contarle a una amiga acomodada lo preocupada que estaba. Hubert estaba en casa cuando Mary llegó. No la esperaban, y él y Lillian descansaban en bata. Era mediodía y acababan de terminar el desayuno.

Mary dejó a Bobby en el suelo y Lillian le dio la tapa de su caja de polvos para que jugara. Era de cartón rojo con adornos dorados, muy atractiva incluso después de que Bobby le chupó casi todo el dorado. Mary, en cambio, se sentó incómoda al borde de la silla. Llevaba un sombrero cloche rosado y un abrigo marrón con un cuello angosto de piel. El abrigo estaba gastado y casi sin forma, y Mary, para compensar, se había empolvado la cara y pintado con bastante rubor. Incluso sus pestañas estaban cubiertas de rímel, como si aún fuera Mary McDonough, la telefonista sin preocupaciones.

—Quítate tus cosas —dijo Lillian.

Mary suspiró. —Tengo que regresar —respondió—. No puedo quedarme.

—Bueno, al menos desabrocha el cuello. Te vas a resfriar.

Mary obedeció, suspirando otra vez. —Ay, ya ni me importa lo que me pase.

—¿Qué sucede? ¿Tú y George pelearon?

Mary sonrió con tristeza, como si Lillian hubiera evocado dulces recuerdos de un pasado lejano. —No —dijo—. Pero ¿qué crees? Voy a tener otro bebé.

—¿De veras?

—Sí, ¿no es terrible?

Mary miró primero a Lillian y luego a Hubert, esperando que comprendieran lo grave de su situación. Ellos parecían simpáticos, pero no muy impresionados.

—No sé qué voy a hacer —continuó—. No puedo costear otro parto tan pronto. El doctor, el sanatorio y los gastos extra...

—Sí que es duro —dijo Lillian.

—Y además, mira —señaló con desprecio a Bobby—, todavía es un bebé. Va a ser tremendo cuidar a dos. Y yo no estoy fuerte, me dan mareos y estoy bajando de peso. Es horrible.

—Claro que sí —dijo Lillian.

—Bah —intervino Hubert—, antes las mujeres podían tener una docena de hijos sin hacer el escándalo que ustedes hacen por uno o dos. ¿Qué esperan cuando se casan?

—Ay, Hubert —replicó Lillian—, hoy somos diferentes. Antes las mujeres no tenían nada más que hacer que tener hijos.

—Bueno, ¿y qué tiene Mary que hacer aparte de tener hijos? No dirige un negocio ni tiene carrera. Está casada, y las mujeres casadas tienen que esperar hijos.

Mary guardó silencio un momento, pensando en lo que Hubert había dicho. Luego retomó:

—Yo amo a los niños, y creo que las mujeres deberían tener muchos si están sanas. No me importa cuidarlos, pero soy tan débil y enfermiza. Me siento agotada con el mínimo esfuerzo.

Hubert respondió: —Ya verás que en un mes o dos te sentirás mejor. — Se levantó, estiró los brazos y bostezó—. Creo que voy a vestirme, Lil.

Cuando él se fue, Mary se explayó más sobre por qué no debía tener otro bebé. Lillian la escuchaba con atención. ¿Se habría retirado Hubert para dejarla hablar en privado y ofrecerle ayuda, quizá económica? Nunca lo había visto hacer eso. En verdad sentía lástima por Mary, y seguramente Hubert también. Deseaba saber si él pensaba ayudarla o no. Lo meditó mientras Mary hablaba y decidió no comprometerse. Si Hubert quería ayudar, podrían visitar a Mary mañana y decírselo. Si no, se molestaría si Lillian prometía algo por su cuenta.

Mary terminó su relato, recogió a su hijo y se marchó. Estaba claro que había ido solo a poner ciertos hechos frente a Lillian. Lillian se dirigió al dormitorio. Hubert estaba sentado en la silla rosa leyendo una revista.

—¿Ya se fue? —susurró.

—Sí.

—¿Qué demonios cree que es esto? ¿Una clínica?

—Ay, me dio lástima, ¿a ti no?

—№ Qué va. Dos hijos no son tanta cosa, ¿sabes? Debería estar dispuesta a tener dos.

—Pero no está bien de salud.

—Pamplinas. Lo que pasa es que no quiere lavar para dos niños.

—Caray, pensé que la ayudarías.

—No le dijiste que lo haría, ¿verdad?

—№

—Qué bueno, porque no voy a hacerlo. No está más enferma que yo. Es pura flojera.

Lillian no entendía nada hasta que recordó que, al fin y al cabo, Mary era parte del grupo y Hubert ya estaba cansado de hacer favores para ellos.

Había perdonado a los Sullivan y a los Fisher por cómo habían tratado a Lillian. No lo había planeado, pero todos fueron a visitarlos el Día de Año Nuevo y le resultó difícil guardar rencor cuando cantaron "For he's a jolly good fellow".

Así que volvieron a ser tan cercanos como siempre. Lillian se alegró. Para ella, los amigos eran amigos, sin más vueltas.

Billy iba a transmitir de nuevo. Estaba consiguiendo un puesto más destacado que nunca. Lo promovieron a las 11:15 a.m., y Louise decía que ya no se aguantaba con la opinión tan alta que tenía de sí mismo.

—Lo que espero —explicó Billy a sus amigos— es que alguna empresa, ya saben, como Palmolive Soap, Ipana Toothpaste o Wrigley's gum, me escuche y me contrate para anunciar su producto. Como los Happiness Boys anuncian Happiness Candy. Podría ganar mucho dinero así y la empresa tampoco perdería nada. Miren, pensé que si una compañía de pasta dental me contratara, me llamaría Smiling Billy. O sea, que puedo sonreír porque no me da pena mostrar

mis dientes, ya que uso Whatsit Toothpaste. También pensé que usaría como canción de despedida "When you come to the end of a perfect day". Cambiaría la letra para decirles que no se vayan a dormir sin cepillarse los dientes al final de un día perfecto. ¡Sería un éxito!

Anna soltó una risita, y Billy se animó más.

—También pensé que si una empresa de dulces me contratara, me llamaría Sweet William. ¿Ven? Es una flor. Y usaría como canción de despedida "Sweet Sixteen", refiriéndome a las dulces dieciséis onzas que tiene una libra de su caramelo.

—Caray, está buenísimo —dijo Lillian, impresionada de estar frente a alguien que había pensado en algo así.

Billy hizo un paso de baile ágil. —Oigan, tengo esas dos ideas y muchas más demasiado graciosas para contarlas.

—Sí que son ingeniosas —admitió Hubert.

Animado por el aplauso de Hubert, Billy lo apartó de los demás y le pidió un pequeño préstamo de cincuenta dólares. Estaba sin dinero. La venta de pintura no iba bien y además había tenido que dedicar mucho tiempo a conseguir nuevas canciones de los editores y ensayarlas. Cincuenta dólares, dijo, le vendrían de maravilla. Hubert lo rechazó de plano. Billy bajó su petición a veinte dólares, pero Hubert se mantuvo firme. Menos de veinte no aceptaba Billy.

Le contó su historia a Lillian en la cocina, donde habían ido a preparar café.

—Hubert me ha agarrado una fuerte antipatía —concluyó—. Creo que mejor ya no vengamos más.

Lillian quiso decirle que Hubert pensaba que ya había regalado suficiente dinero, pero no pudo. Billy parecía un niño decepcionado. Buscó algo que lo calmara y pusiera a Hubert en mejor luz.

—La verdad —susurró, encantada con su propia imaginación— es que Hubert anda un poco corto de dinero. Eso es. —Se emocionaba cada vez más con su inventiva—. Está en un pequeño aprieto.

—¿Y por qué te pones tan contenta? —preguntó Billy—. ¿Contenta?

—Claro. Te ríes como si fueran buenas noticias.

—Bueno, trato de ser alegre sin importar lo que pase —le dijo.

Quiso contarle a Hubert la mentira que había inventado para Billy, pero recordó a tiempo que no podía. Hubert se enojaría con Billy por repetirle la historia a Lillian y también con ella por no decirle la verdad: que estaba cansado de repartir dinero. Sin embargo, cuanto más pensaba en la situación, más sentía que sí tenía algo que contarle.

Cuando estuvieron solos esa noche, le dijo:

—Oye, vi que Billy te acorraló hoy y te habló bajito un buen rato. ¿Te estaba pidiendo dinero?

—Lo intentó.

—¿Cuánto?

—De cincuenta bajó a veinte.

—¿Se lo diste?

—Claro.

—¡¿Lo hiciste?! —la sorpresa de Lillian salió en un grito. ¿Quién mentía? ¿Billy o Hubert? ¿Y para qué?

Hubert interpretó el tono alto y confundido de su voz como una sola cosa: que estaba molesta porque le había prestado dinero a Billy después de negarse a ayudar a Mary Jackson.

—Bueno, para decir la verdad, Lil, no lo hice.

—¿Entonces por qué dijiste que sí?

—Ay, no sé. Supongo que estaba pensando en otra cosa. ¿Y por qué me gritaste así hace rato?

—¿Cuándo? —preguntó Lillian. Sabía muy bien cuándo.

—¿Cuándo? Pues justo ahora, cuando dijiste: "¡Lo hiciste!". Caray, sonó como si hubiera confesado un asesinato.

—No sé. Tal vez yo también estaba pensando en otra cosa. Entonces no le diste el dinero a Billy, ¿eh? ¿Por qué no?

Hubert la miró con expresión dolida en su cara enrojecida. —¿Por qué no? Caray, ¿no crees que ya le he dado suficiente dinero a ese tipo?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que ya debería ser lo bastante hombre para dejar de pedirte dinero. Pero también sabes que hace tiempo le dijiste que podía contar contigo mientras probaba suerte con lo de la radio.

Hubert, malhumorado, empezó a rascarse la cutícula del pulgar.

—Caray, ¿tengo que mantenerlo para siempre? —preguntó Hubert.

—Bueno, yo pensé que la idea era que lo ibas a ayudar hasta que consiguiera algo en la radio que le diera dinero.

—Eso será cuando ya esté en la tumba.

—Claro —dijo Lillian—, no es asunto mío. El tema es entre tú y Billy.

—Bueno, él no está enojado —respondió Hubert—. Le expliqué de buena manera que ya había dado suficiente ayuda y que era hora de que se sostuviera por sí mismo. Entendió mi punto y dijo que era justo.

Lillian lo miró fijamente, incapaz de apartar los ojos de él. Esto era algo nuevo: una mentira. ¿Por qué había mentido? Pensó en todo lo que Billy le había dicho y se sintió aliviada. Tal vez Hubert no le había mentido. Probablemente le había dicho a Billy exactamente lo que afirmaba, pero Billy, esperando conseguir el préstamo de Lillian, había omitido a propósito esa parte.

Así debía de haber sido, pero aun así Lillian tuvo que admitir que Hubert estaba distinto últimamente. Se irritaba con frecuencia y ya nunca parecía divertirse. Se preguntó si estaría cansado de ella. Bueno, si lo estaba, solo tenía que irse. Pero quizá pensara que sería

una mala jugada. Podría quedarse aunque ya no la soportara. Ella resolvió preguntarle y aclarar al menos eso.

—Hubert —le dijo—, ¿qué pensarías de dejar este lugar?

—¿Qué? —preguntó. Su tono fue inquieto y la miró de manera extraña.

—¿Qué hice? ¿Me metí directo en tus pensamientos? —preguntó ella.

—No, estaba pensando en... en las ideas de Billy para la radio.

—Ah. Bueno, piensa en esto un rato. ¿Qué te parecería dejar este departamento?

—¿Y a dónde iríamos?

—Pues tú irías con Helen y yo... —hizo un pequeño gesto con la mano — volvería a los pañuelos.

Estaba segura de haber visto miedo y sorpresa en sus ojos. Entonces no quería que ella se fuera. ¿O estaba asustado de que ella hubiera leído tan bien sus pensamientos?

—Caray, Lil, no harías eso, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Eso te hace sentir mejor? Cuando estés listo para decir adiós, solo dilo, grandote. No te preocupes por mí.

—Jamás estaría listo para decirte adiós. Eres increíble, Lil. No me dejes nunca, ¿sí?

—No, si quieres que me quede.

—¿Qué quieres decir con "que te quede"?

—No, si quieres que permanezca contigo.

—Ah. Me tenías preocupado, Lil. Pensé que querías irte.

—No, no quiero, pero has estado actuando raro últimamente.

—¿Lo dices porque no le di el dinero a Billy?

—Ay, no. Al diablo con Billy. Solo que, no sé, no has sido tú mismo.

—Claro que sí.

—No, no lo has sido.

Él se acercó y se sentó junto a ella en el sofá. La rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. Ella forcejeó un poco para apartarse. Hacer el amor era la manera favorita de Hubert de terminar discusiones molestas.

—Detente. Vamos a hablar de esto —suplicó ella.

—Bah, hablar es barato y no significa mucho, y ahora estás actuando rara. Ni siquiera quieres que te bese.

—Claro que sí, pero no cuando estoy tratando de hablar contigo. Por Dios, Hubert, déjame y respóndeme: ¿qué te pasa últimamente?

—¿Y ahora quién está irritable?

—Supongo que yo.

—Claro que sí, y hablar te puso así.

—No es cierto.

—Sí lo es. Ahora quedémonos tranquilos un rato.

Ella abandonó la idea de intentar hablar con él. ¿Para qué? No le había mentido sobre Billy y no intentaba separarse de ella. Entonces no había nada de qué preocuparse. Lillian acalló sus dudas.

Llegó el día de la transmisión de Billy y, justo después, fue a ver a Lillian y Hubert. No le daba importancia a los comentarios de Louise, y Lillian y Hubert eran las únicas otras personas que conocía que lo escuchaban. Louise estaba con ellos, pues había ido para el programa. Las baterías de su aparato estaban descargadas.

Los tres estaban entusiasmados con sus elogios. Incluso Louise pensó que había hecho un buen programa de quince minutos. Billy sintió que todos empezaban a reconocer el verdadero talento cuando lo escuchaban.

—Pero me fui un poco abajo en la balada —dijo generosamente.

El trío admirador lo acusó de mentir. No lo creían. ¿Él desafinado? Ni pensarlo.

—Estuvo genial —dijo Louise—. No sabía que tenías eso en ti, querido.

—Tú no sabes nada —respondió él, aplastante.

Lillian dijo que haría unos waffles y los demás la siguieron a la cocina para verla. Tuvo dificultades para encontrar su gran cuchara de ágata. ¿Dónde se había ido? Perdida. Seguramente se había ido con la basura por error en el montacargas.

—Tendré que conseguir otra cuchara —dijo—. También necesito un cuchillito para papas y un colador de café. Siempre olvido comprar esas cosas.

—Yo las consigo en la tienda de cinco y diez centavos —dijo Louise—. Son igual de buenas y más baratas. Me encanta recorrer esas tiendas. Me divierte muchísimo.

—A mí también —dijo Lillian—. Aunque no he ido últimamente. Y ahora hay dos. Una en Dyckman Street y otra en la calle Doscientos Siete.

—Necesito cinta bebé para mi ropa interior —recordó Louise—. Vamos después de comer y vamos de compras a Woolworth's.

—Está bien —aceptó Lillian—. Cada una llevará un dólar y vamos a necesitar un camión para traer todo lo que compremos.

—Un dólar es todo lo que Louise va a tener —dijo Billy.

Comieron y dejaron los platos en la mesa de la cocina. Lillian fue al dormitorio a buscar su sombrero y abrigo. Hubert la siguió.

—¿Tienes dinero? —preguntó.

—¿De dónde voy a sacar dinero? —respondió ella—. Una pobre chica como yo que aún no recibe su mesada este mes y sigue esperando veinte dólares que le deben por los regalos de Navidad. ¿Cuándo me vas a pagar, jovencito?

—En el dulce porvenir, nena. Aquí. —Rebuscó en su bolsillo y le tendió un billete. Ella lo tomó y lo estaba guardando en su cartera cuando notó la denominación. Era un billete de un dólar.

—¿No es eso lo que dijiste que tú y Louise llevarían cada una? —preguntó. Su tono era bajo y casi suplicante.

Ella lo miró y vio sus ojos fijos en ella con ansiedad. —Sí, claro —dijo —. Está bien. —Guardó el dólar en su bolsillo y murmuró otra vez—. Sí, claro. Está bien.

Él solo podía darle un dólar. Ella caminó hacia el vestíbulo para reunirse con Louise. Un dólar le había dado. Su corazón temblaba con extraños y cálidos estremecimientos. Hubert le había dado un dólar. Un dólar. ¿Qué significaba eso? Se hizo la pregunta, sabiendo muy bien la respuesta. Oh, ¿ves el dólar? ¿Quién le ha dado el dólar a la dama? Solo que en el libro escolar había sido una flor en lugar de un dólar.

A la derecha, al entrar, estaba el mostrador de cintas. A la izquierda, el de papelería. Justo enfrente, las joyas de fantasía. Louise se dirigió a la derecha y pidió la opinión de Lillian sobre dos tonos de cinta rosa estrecha. Lillian dijo que el tono más claro era más bonito. Louise respondió que prefería el más oscuro.

—Entonces, ¿para qué demonios me molestas con eso? —replicó Lillian.

Louise compró la cinta, un peine y una tarjeta de corchetes. Se entretuvo con la idea de comprar unos vasos, pero cambió de opinión. Llegaron al mostrador de utensilios de cocina, y Louise señaló unas cucharas de ágata, cediéndole el turno a Lillian.

—Ay, creo que no me voy a molestar —dijo Lillian.
—¿Por qué no?
—Es tan difícil que te atiendan.
—No, yo te consigo a una chica.
—No te molestes, Louise. No quiero que me fastidien con eso.
—Estás loca.
—Y tu marido también.

Al salir, Louise compró un pequeño espejo de bolsillo, una borla de polvos, un metro de elástico y un collar de cuentas verdes de vidrio.

Lillian se mantuvo un poco apartada, sin interés en las compras de su amiga. Qué curioso que todo se le hubiera revelado de golpe cuando él le entregó aquel billete de un dólar. Curioso también que no lo hubiera sospechado antes. No era propio de Hubert sugerir regalos pequeños de Navidad, negarse a ayudar a Mary Jackson y rechazar un préstamo a Billy. Y había estado tan irritable y extraño. Caray, era una tonta por no haber adivinado la verdad: estaba sin dinero. Ella podía imaginarse a sí misma en la ruina; ya había pasado por eso. Pero Hubert... eso era distinto. A él le gustaba tener dinero y gastarlo. Le gustaba la buena comida, los paseos largos y comprar cosas para la gente. ¿Cómo se sentiría estando en la quiebra? ¿Y cómo había sucedido? Se le apareció la imagen de un gordo y sin escrúpulos hombre de Wall Street que había aplastado a Hubert por pura envidia.

Lillian regresó al departamento con su dólar intacto.

—¿Qué compraste? —le preguntó Hubert.
—Nada.
—Ay, deberías haber comprado algo.

Louise extendió sus adquisiciones sobre la mesa para que Billy las admirara. —Lillian vio los utensilios de cocina de la tienda de cinco y diez y no le parecieron lo bastante buenos para ella.

—No fue eso —dijo Lillian rápidamente.

Esperaba que los Fisher se marcharan pronto. Quería hablar con Hubert. Pero se quedaron. La tarde se alargó. Billy hablaba de la radio y Lillian se sentó junto a la ventana, mirando hacia el patio-jardín. Una mujer estaba allí tomando el sol con su bebé. Espera a que el portero vea el cochecito. Entonces habría pelea. No se permitía que las mujeres sacaran a sus bebés al sol en el patio-jardín. Los cochecitos

se consideraban muy antiestéticos. Lillian se preguntó cuánto costaría uno de esos. No es que esperara comprarlo, pero sería bueno saberlo. ¿Cómo se las arreglaban las mujeres casadas que tenían que ajustarse a un presupuesto fijo? Tenían que comprar carne, víveres y cochecitos. Y, sin embargo, parecían arreglárselas bien.

El portero salió del sótano hacia su hermoso patio-jardín. Vio el cochecito y una nube de ira oscureció su rostro. Se acercó y miró de cerca al niño.

—¡Señora Levine! —vociferó.

La señora Levine apareció en la ventana de su cocina. —¿Sí?
—Tiene que sacar este cochecito del patio. Usted sabe que no podemos permitirlo. Suponga que todas las mujeres del edificio pusieran aquí sus cochecitos. ¿Cómo caminaría la gente por el patio?
—Bueno, ya salgo.
—Tiene que sacarlo ahora.
—No me diga "tiene que". Lo sacaré cuando esté lista.
—Lo sacará ahora.
—Cuando mi marido llegue a casa le dirá algo.
—Ajá.

El portero se alejó. Lillian lo observó mientras regresaba a su escondite subterráneo.

—Vamos a mirar —dijo Louise—. Quiero ver si la señora Levine saca al bebé de ahí.
—Puedes ocupar mi lugar —dijo Lillian, levantándose—. Yo no quiero mirar. Cosas así me sacan de quicio. Esta casa está empeorando si ya tienen discusiones en el patio.
—Dios, qué estirada eres —dijo Louise.
—No, pero no creo que sea gran cosa este lugar si pasan cosas así. Voy a estar atenta a otro departamento, creo.

Los Fisher se quedaron hasta que Lillian se vio obligada a invitarlos a cenar. Discutieron la propuesta como si hubiera alguna posibilidad de que se fueran a casa. Finalmente aceptaron quedarse.

Lillian ofreció su dólar a Hubert y le dijo que comprara libra y media de carne molida y una lata de betabeles.
—Tengo dinero —dijo él, ignorando el billete. Una vez más Lillian lo guardó. Evidentemente no era el último dólar que tenían. Eso era un consuelo.

Era medianoche cuando Lillian y Hubert quedaron solos otra vez. El día había sido el más largo que Lillian recordara. Estaba ansiosa por averiguar qué había pasado con la fortuna de Hubert y cuáles eran sus planes y perspectivas.

Despidió a los Fisher por las escaleras y volvió apresurada a la sala. Hubert bostezaba y se quitaba los zapatos. —Bueno —dijo—, supongo que lo mejor será irnos a dormir.

—Espera. Quiero preguntarte algo.

Él la miró interrogante, como si no tuviera la menor idea de lo que ella quisiera discutir a esa hora.

—Es sobre ese dólar que me diste hoy. ¿Era todo lo que podías darme, Hubert? ¿Estás corto de dinero?
—№ Solo no había cambiado un cheque. —Se inclinó sobre sus zapatos y tiró violentamente de las agujetas.
—Ay, tonterías. Estás sin dinero, ¿verdad? ¿Es por eso que no quisiste prestarle a Billy ni a Mary Jackson?

Él se enderezó y dijo: —Bueno, para decirte la verdad, Lil, estoy un poco corto.
—¿Qué tan corto?
—Pues bastante corto.

—¿Qué tan corto?
—Bueno, puedo cubrir otro mes de renta aquí y alimentarnos. Tengo unos ciento tres dólares.
—Y dos autos —le recordó Lillian—. Siempre puedes venderlos.

Él soltó una carcajada y negó con la cabeza. —No te preocupes, Lil —dijo—. No llegará a eso. No tendremos que vender los autos.
—¿Por qué no?
—Oye, ¿qué crees que soy? ¿Un inválido? Nena, puedo conseguir un trabajo mañana mismo que nos mantenga cómodos por el resto de nuestras vidas.
—¿Qué pasó con tu dinero, Hubert? ¿Lo... lo invertiste mal? —Esa era una pregunta inteligente. Demostraba que ella sabía algo y que él podía hablarle con franqueza.

—No, lo invertí de maravilla. Lo gastamos.

—¿Gastamos? ¿Cuánto tenías? ¿En qué lo gastamos?

Él pensó un momento. —Oh, unos veinticinco mil dólares —dijo con descuido.

—Ay, no, Hubert, ¿en serio? ¿De verdad gastamos tanto?

—Claro. No pongas esa cara. No es tanto.

—A mí sí me parece muchísimo.

—Bueno, tú no has estado en los negocios. No estás acostumbrada a manejar grandes sumas como yo. Claro que gastamos unos veinticinco mil dólares.

De cualquier modo, pensó para sí, habían sido más de quince mil los que se habían gastado. Bien más. Tenía mil doscientos dólares en su cuenta bancaria cuando los Hermanos McKay le habían pagado.

—Me cuesta creer que gastamos tanto —dijo Lillian—. Me parece terrible.

—No te preocupes. Habrá mucho más para gastar. Solo que por un tiempo tenemos que recortar, ¿ves?

—Claro, entiendo. ¿No te preparé hoy el terreno para que podamos mudarnos de este departamento sin demasiadas preguntas de los Fisher?

—Bueno, Lil, no creo que lo hicieras tan bien. Mira, la forma en que lo planteaste, con lo del cochecito y el portero y todo eso, hará que piensen que planeas mudarte a un departamento aún mejor que este.

—Oh, yo me encargo de eso.

—Está bien. Tú te encargas de eso y yo de conseguir un trabajo. Claro que entonces no estaré contigo en el día, pero ya tuve vacaciones bastante largas. Es hora de volver a hacer algo.

—Sí, quizá te sientas mejor si trabajas. Bueno, supongo que lo mejor será irnos a dormir.

Se sorprendió al escucharse sugerir la cama. Unos minutos antes había imaginado que pasarían la noche entera discutiendo planes y recursos. Ahora le parecía natural despachar el asunto con ligereza. Sus anchos hombros y su rostro sonriente eran suficiente garantía para ella. Era el tipo de hombre que no tenía paciencia con la pobreza. En una semana estaría asociado con alguna firma y todo volvería a marchar bien. Un hombre que podía gastar veinticinco mil dólares en poco más de un año no era de los que conocían la necesidad. Qué curioso que se hubiera puesto tan nerviosa por el pequeño tropiezo de Hubert. Vamos, Lillian estaba dispuesta a apostar que hasta Henry Ford tenía sus preocupaciones con el dinero.

Sin embargo, sentía que él debió haberle dicho desde el principio que su dinero se estaba agotando. Le había causado una gran angustia innecesaria con su silencio. Aunque, claro, lo había hecho para ahorrarle preocupaciones. Bueno, todo estaba aclarado ahora. Bostezó y se estiró feliz. Nada era malo cuando se sabía de qué se trataba.

Hubert también se sentía animado. Ahora que Lillian conocía los hechos, todo era más fácil. Algo grande aparecería enseguida. No estaba preocupado por eso. Confiaba en su capacidad. Pero era

agradable, mientras tanto, tener a alguien que lo acompañara en los caminos difíciles. Ella lo animaba de inmediato con la calma con que tomaba las cosas. Caray, debía de creer que él era de esos tipos que siempre salían adelante; de otro modo no habría tomado la noticia con tanta tranquilidad. Eso lo animaba mucho. Si ella no estaba preocupada, eso probaba que realmente parecía ser de los que ganaban en grande. Miró su bonito rostro, con labios rojos y pestañas negras. Ella le sonrió y él sintió que su futuro estaba asegurado. Las mujeres no sonreían así a hombres que parecían fracasados.

—Vamos —dijo ella.

Tomó el reloj, un cenicero y un paquete de cigarrillos y se encaminó al dormitorio.

Hubert recogió sus zapatos de debajo del sofá. Apagó las luces y la siguió.

—¿Vas a fumar en la cama? —le preguntó.

—Claro.

—Bueno, yo me voy a dormir enseguida. Saldré temprano mañana. Solo tomaré una taza de café. No necesitas levantarte. Solo pon la alarma a las ocho.

—Oh, claro. Me levantaré y te haré waffles.

—Por favor, no.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de malo mis waffles?

Ambos rieron. Hubert la besó de buenas noches y se quedó dormido casi en cuanto tocó la almohada.

Lillian fumó su cigarrillo y apagó la luz. Se durmió sin perder un segundo en preocupaciones. Era el mayor cumplido que alguien le había hecho jamás a Hubert.

CAPÍTULO 15

Esta sección del relato es magistral para tu análisis sobre la geografía de la clase social y la parálisis de la voluntad. La transición de Hubert entre su "nido" con Lillian y la realidad de su vida con Helen revela que su supuesta "energía" para buscar trabajo es, en realidad, una inercia decorativa.

Aquí tienes la revisión fiel, respetando la estructura y el contenido íntegro:

Traducción Fiel: El Packard y el Laberinto de la Apariencia
Hubert y Lillian se levantaron con energía cuando la alarma sonó a las ocho. Lillian se puso un kimono y fue a la cocina a preparar el desayuno para Hubert. Mientras tanto, él tomó una ducha fría y se vistió. Nunca en su vida había tomado una ducha fría, pero esa mañana le pareció lo más eficiente. Desayunó a toda prisa, concentrado en sus planes. Lillian no interrumpió sus pensamientos: en silencio le sirvió una segunda taza de café y lo besó solemnemente al despedirse. Pensó en decirle “buena suerte” al verlo salir, pero rechazó la idea como ridícula. Desearle suerte sería poner en duda su importancia y su capacidad.

A las nueve menos diez Hubert ya estaba al volante del Packard. Se sentía muy profesional y entusiasta. Lo único que lo inquietaba era que no sabía adónde ir. ¿Por dónde empezaba uno cuando buscaba un puesto ejecutivo bien remunerado?

Reflexionó sobre la situación y decidió que había salido demasiado temprano. Era bien sabido que los hombres de negocios importantes nunca llegaban temprano a sus oficinas. Bueno, daría una vuelta y decidiría a dónde ir.

Condujo disfrutando de la mañana y respirando el aire con alegría, y

antes de darse cuenta estaba en su propio suburbio. Bueno, iría a casa a cambiarse de ropa. A un hombre se lo juzgaba por su apariencia.

Helen estaba desayunando. Envió a Nellie a preguntarle si quería café. Hubert pensó que era un gesto muy amable de Helen, pero lo rechazó, diciendo que tenía mucha prisa. Nellie desapareció y volvió un minuto después para decirle que la señora Scott quería verlo.

Entró en el comedor. Helen lo miró y preguntó:
—¿Qué pasa? ¿No había teléfonos donde estuviste?
—Caray, Helen, si supieras lo que he pasado. Steve Flynn me tuvo ocupado cada minuto.
—¿No pudiste dedicar cinco minutos anoche para ver si necesitaba el coche?
—Bueno, aquí estoy temprano, ¿no? ¿Qué más quieres? No pude llegar a un teléfono anoche, así que me rompí el cuello viniendo esta mañana para ver si necesitabas el coche.
—¿Por qué no llamaste en vez de venir hasta acá?
—No necesitas el coche hoy, ¿verdad?
—Sí. Como no pareces ocupado, bien puedes llevarme a Stamford.
—Pero la verdad es que sí estoy ocupado, Helen.
—Entonces ve a tus asuntos y deja el coche aquí. Hoy puedes usar el tren.

Helen untó un cuadrado dorado de pan tostado con mermelada y se sirvió otra taza de café del percolador eléctrico junto a ella, un regalo de Navidad de su amiga, la señora Winters.

Hubert la observaba, preguntándose qué debía hacer. Si llevaba a Helen a Stamford perdería todo el día. Si buscaba trabajo a pie parecería arruinado, y eso era una ventaja para alguien que quería un buen puesto. Decidió que lo mejor era llevarla. Así se aseguraba de tener el coche al final del día.

Helen se sentó atrás y mantuvo los ojos cerrados durante todo el

trayecto. Una o dos veces Hubert la miró por el espejo y pensó que se veía bastante mayor. Qué sombrero tan raro llevaba: de fieltro negro, con alas extrañas sobre las orejas. Su cabello blanco se veía bonito asomando a los lados. Una vez abrió los ojos y le dijo:
—Detente en una florería.

Cuando encontró una, se detuvo y Helen compró unas flores de primavera temprana, que dejó a su lado en el asiento trasero.
—¿Tu amiga está enferma? —le preguntó.
Era curioso hablar de Wilma Lawrence como si no supiera su nombre. Había sido dama de honor en su boda con Helen. Fingiendo ignorar su existencia, podía olvidar que ella nunca lo había considerado digno de Helen.
—Está enferma en cama desde hace más de dos años —le dijo Helen.
—Caray, qué duro —respondió él.

Ahora realmente debía acompañar a Helen en la visita. Era lo correcto. Cuando alguien estaba muy enfermo, las viejas rencillas debían olvidarse. Helen debió haberle contado antes que Wilma estaba enferma. La habría visitado con ella si lo hubiera sabido. Recordaba que Wilma era entusiasta de los caballos, el golf y cosas así. Caray, dos años en cama. Olvidaría cualquier resentimiento y la acompañaría para darle ánimo.

Pero en la puerta de la casa de Wilma, Helen le dijo:
—Estaré lista para volver en unas dos horas.
Y Hubert se fue al centro de Stamford a matar el tiempo.

Comió un sándwich y tomó una taza de café. Luego llamó a Lillian para decirle que no cenaría con ella. Pensó que lo mejor sería cenar en casa esa noche. Hacía tiempo que no veía a su hijo.
—¿Cómo va todo? —le preguntó Lillian.
—Bien. Estoy en Stamford, hablando de una propuesta con un tipo.

Mejor decirle algo agradable. No había razón para preocuparla. Al

terminar la llamada compró un periódico y volvió al coche.

Más tarde resultó que Helen no cenaría en casa. Tampoco el joven Hubert. Helen le dijo que podía quedarse si no le importaba estar solo. No se quedó.

Fue a visitar a los hermanos McKay. Le informaron que Arch estaba en Canadá y que Bert estaba en casa de su madre. Hubert fue a buscarlo.

Bert estaba cenando, pero le permitieron esperar en el salón, sentado en una delicada silla dorada. El nido familiar de los McKay era una casa de madera de estilo antiguo con al menos dos docenas de habitaciones. Hubert no podía oír nada desde el comedor lejano. Miró el reloj de ónix sobre la repisa y se preguntó dónde estaría cenando Helen. Tal vez justo al lado, por lo que él sabía. Qué absurdo estar tan ajeno a lo que hacía su propia esposa. Por lo que él sabía... pero no, no Helen. Ella no tenía suficiente vida para algo así.

Al poco rato, Bert McKay entró al salón para acompañarlo. Bert era corpulento y afable. Le estrechó la mano con entusiasmo y lanzó preguntas en voz alta a su invitado. ¿Cómo estaba? ¿Cómo iban las cosas? ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo estaban la señora Scott y el niño?

Hubert respondió que él y su familia estaban bien, y que solo había pasado a ver cómo marchaban las cosas con su viejo amigo Bert.

—¿Estás trabajando en algo? —preguntó Bert.

—№ ¿Por qué?

—Solo me preguntaba. Me parece imposible que un hombre pueda estar conforme sin hacer nada en todo el día.

—Bueno, para decirte la verdad, Bert, ya tuve suficiente. Voy a hacer algo si aparece un trabajo que me guste.

Bert asintió. —Claro, un hombre no se siente bien si solo está tirado.

—No supongo que haya algo para mí en el viejo lugar.

Bert soltó una carcajada y Hubert rió con él. —No —dijo Bert—. No hay trabajo ahí para alguien acostumbrado a la vida fácil.

—Es cierto —dijo Hubert—. Antes me mantenía ocupado.

—Sin ofender, Hubert, pero ahora está más ocupado que antes. Arch es un prodigio. Se ha matado trabajando por el lugar. Lo hice irse a descansar un poco.

—¿Lo manejas solo mientras él está fuera? ¿Quieres que te ayude?

—Gracias, pero esta es una familia grande, ya sabes. Mis dos hermanos menores me están ayudando.

—Ah —dijo Hubert—. Bueno, solo pensé en pasar a ver cómo estabas.

—Gracias, me alegra que lo hicieras. Vuelve otra vez.

—Lo haré, gracias. Buenas noches, Bert.

—Buenas noches, Scott.

Hubert tenía hambre y no creía que debía gastar dinero en un restaurante en ese momento. Claro que conseguiría algo pronto, pero le resultaba extraño que Bert McKay no hubiera saltado a la oportunidad de darle un sueldo. Claro que Bert era el hermano menor y probablemente no tenía mucha voz en el asunto, ni demasiada cabeza. Una lástima que Arch no hubiera estado allí. Arch sí sabría lo que significaba tener a Hubert Scott en su negocio.

Volvió a casa y encontró a Lillian friendo tocino y huevos para la cena. Estaba sola y aún en su kimono.

—Oh, no te esperaba —dijo ella—. ¿No dijiste que no vendrías a cenar?

—Sí, pero cambié de idea. El tipo empezó a hablar de condiciones antes de cenar, así que lo dejé plantado. Cinco mil dólares al año quería darme. ¿Puedes imaginarlo?

—Bueno, ¿no crees que habría estado bien aceptarlo por un tiempo?

—No, no voy a dejar que la gente se acostumbre a pensar que soy un hombre de cinco mil al año. Vendrá de nuevo cuando vea que no soy ningún tonto. No me preocupa.

Lillian sirvió tocino y huevos para Hubert y se sentaron a cenar. —Oye —dijo ella—, ¿sabes en qué pensé hoy? Cuando calculabas que tenías renta y comida para el próximo mes olvidaste los autos. Son cincuenta dólares del garaje, Hubert. Simplemente tienes que deshacerte de esos autos. No podemos mantenerlos y sacarías unos dos mil dólares, ¿no?, por los dos. Tal vez más, y eso nos mantendría bien hasta que aparezca algo que quieras aceptar.

Hubert dijo: —Tenemos que tener autos.

—Bueno, podríamos conseguir otros cuando las cosas mejoren, ¿no? No nos haría daño caminar o usar trenes y tranvías por un tiempo. Estamos demasiado gordos.

—Tenemos que tener autos —repitió Hubert.

—Bueno, ¿cómo vas a pagar el garaje?

—Me dejará correr un mes. Sabe que soy responsable. Para entonces ya estaré listo.

—Yo me desharía del Packard. Podríamos andar en el roadster. El Packard es más caro de mantener. Además, no es tan nuevo, y cuando las cosas mejoren podríamos impresionar a todos con uno nuevo.

—Escucha, Lil, no me desharía del Packard. Te diré por qué: un hombre tiene que parecer alguien si quiere que lo consideren alguien. No puedo darme el lujo de deshacerme del Packard, ¿entiendes? Es mi marca de prosperidad. Como ese tipo al que me acerqué hoy por un trabajo. Se impresionó conmigo. Pensó que no estaba acabado porque tenía el Packard. ¿Ves lo que digo?

—Pero no te ofreció mucho dinero —señaló Lillian.

—Oye, cinco mil no es tan poco. ¿Sabes que hay hombres que creen haber triunfado cuando logran llegar a esa cantidad? Yo lo rechazo

porque no creo que sea suficiente para mí, pero no pienses que es poco.

Lillian se sintió callada y reprendida. Bebió su café en silencio y se puso de inmediato a lavar los platos. Hubert fue al dormitorio y se puso bata y pantuflas. Anna los había invitado a su departamento esa noche, pero Hubert lo había olvidado, y Lillian, viendo que estaba cansado, no se lo recordó. Se quedó dormido en el sofá y cuando los Sullivan llegaron a ver qué había retrasado a Lillian y Hubert, él no despertó.

—Creo que Louise y Billy vendrán —dijo Anna—. Querrán contarles la noticia.

—Louise va a tener un bebé, supongo —dijo Lillian.

—No, es una buena noticia. No debería decírtelo, aunque. Ellos querrán contarlo.

—Tal vez sea mejor que no me lo digas, entonces —dijo Lillian.

—Billy consiguió un trabajo pagado en la radio —dijo Anna—. Va a anunciar la tienda de ropa autoservicio de Gittner. Media hora una vez por semana. Supongo que va a ganar bastante dinero.

—No puede ganar más de veinticinco dólares por eso —dijo Cliff.

—Ay, vamos —protestó Anna—. Escuché que los Happiness Boys reciben quinientos dólares cada vez que transmiten.

—Bueno, por Dios, Anna, Billy no es los Happiness Boys, ¿verdad? Y Gittner's no es la cadena Happiness Candy, y Billy no va a estar en una estación de primera categoría.

—No me importa —dijo Anna—. Va a recibir más de veinticinco dólares, porque Louise dice que va a comprarse mucha ropa nueva.

—Tal vez consiga un descuento en Gittner's —sugirió Cliff.

—Esperemos a que llegue Billy —dijo Lillian—. Entonces sabremos todo.

Billy cumplió con las expectativas de Lillian y contaron todo. Hubert despertó para escuchar la noticia.

—Voy a llamarme Billy Fisher, ¿ven? No puedo inventarme un nombre gracioso que tenga que ver con ropa de mujer, porque sonaría como un afeminado. Pero tengo un montón de buenas ideas. Voy a usar "Yes, sir, that's my baby" como canción de despedida. Voy a cambiar la letra, ¿ven? La haré sobre mi novia que usa vestidos de Gittner's y siempre parece como si llevara a Lady Duff-Gordon amarrada al mástil. Cambiaré la canción cuando se me ocurra algo mejor, pero todo esto surgió de repente.

—¿Cuánto te están pagando, Billy? —preguntó Cliff.

—Caray, tienes valor.

—Bueno, solo me interesaba, nada más.

—Espera un poco, hermano, y estarás leyendo en los periódicos cuánto me pagan.

Cliff se retiró a un rincón. Lillian y Hubert habían querido felicitar a Billy por su éxito, pero era imposible meter palabra.

Louise no intentó hablar. Solo irradiaba orgullo hacia su esposo y parecía feliz de disfrutar de su gloria reflejada. Anna dijo después que Louise había tenido suerte de atrapar a Billy cuando lo hizo, porque ahora habría tenido pocas posibilidades. La satisfacción presumida de Louise sugería que pensaba lo mismo.

Los Fisher no se quedaron hasta tarde. Billy tenía que levantarse temprano para revisar los últimos éxitos de las editoriales musicales.

—¿Y el negocio de la pintura? —preguntó Lillian.

—Oye, también voy a triunfar con eso. Voy a seguir un tiempo más, claro, y apuesto a que venderé océanos de pintura cuando les diga a esos pobres incautos que soy un artista de radio con un programa comercial regular al aire. Ya saben, empezarán a preguntarme cosas sobre el estudio y cómo es Graham MacNamee, y antes de que lo

noten les estaré vendiendo un millón de dólares de mi viejo Brush-Alac.

Cliff rió. —Oye, Billy, cuando llegues a ver a Graham MacNamee fuera del Pathé News, te invitaré a cenar en mi departamento de Park Avenue.

—¿Ah, sí? Acuérdate de lo que dijiste cuando llegue este mismo día del próximo año.

—No me sorprendería —dijo Cliff.

Por fin Hubert y Lillian quedaron solos y se retiraron enseguida. Hubert dijo que debía salir temprano otra vez en la mañana. Lillian puso el reloj y dejó su kimono a mano.

Llovía a cántaros cuando despertaron con el timbre del reloj. Lillian apagó la alarma y fue a la ventana.

—Está diluviando —dijo.

—¿Sí? Qué duro.

—¿Vas a salir?

—Por supuesto. El trabajo de un hombre no puede posponerse por un poco de lluvia.

Ella fue a la cocina y puso el percolador en la hornilla. No escuchó ningún ruido de Hubert, y justo antes de echar los huevos en el agua hirviendo volvió a mirar. Resultó que, después de todo, el trabajo de un hombre sí podía posponerse. Hubert dormía profundamente. Las cobijas estaban medio caídas, dando la impresión de que sus intenciones habían sido nobles, pero el sueño lo había vencido en medio de ellas.

Lillian lo arropó suavemente y lo dejó tranquilo. Volvió a la cocina y apagó el gas bajo el café y el agua de los huevos. Luego regresó a la cama. ¿De qué servía que saliera a mojarse? Se enfermaría y entonces ¿qué sería de ellos? Se alegraba de que el sueño lo hubiera detenido de salir bajo la lluvia, aunque pensó que probablemente se pondría furioso cuando despertara y descubriera lo que ella había hecho.

Se levantaron de nuevo al mediodía. Hubert estaba muy enojado con Lillian y le preguntó si eso era lo que haría cuando él tuviera un puesto responsable. Ya era demasiado tarde, gracias a ella, para salir a buscar oportunidades ese día; así que lo mejor sería sacar el tablero de damas. Jugaron hasta la hora de la cena y luego salieron a un restaurante de menú fijo en Dyckman Street. Después fueron al cine. Hubert opinaba que ahorrar centavos hacía que uno se sintiera pobre, y entonces uno parecía pobre, y todo se venía abajo. A Lillian le pareció un buen argumento. De todos modos, no estaba preocupada. Si las cosas se ponían realmente difíciles, Hubert seguramente vendería los autos. Después de todo, no era ningún tonto. Dos mil dólares serían una suma decente para seguir adelante. Así que realmente no había nada de qué preocuparse.

Esa noche Lillian puso el reloj para las nueve. Hubert, tras pensarlo bien, decidió que salir temprano a ver gente lo haría parecer un cazador de empleos barato. Las diez era una buena hora para empezar a visitar.

El único problema era que no sabía a quién visitar. En el fondo había pensado en los Hermanos McKay. Una lástima que Arch no hubiera estado allí. Debió haber preguntado a Bert cuándo se esperaba su regreso. Bueno, iría otra vez en una semana. Para entonces probablemente ya estaría conectado con algo más.

Pasó el día siguiente en el club. Era la segunda vez que entraba desde que había conocido a Lillian. Era un buen lugar: muchos buenos compañeros, buena cerveza, buena conversación. Pasó el día abordando a un miembro tras otro y confesando que estaba aburrido de la vida de ocio. Cada oyente decía que no lo culpaba y coincidía en que debía ser tedioso.

—¿No tienes algo que pueda hacer en tu negocio? Me voy a volver loco si no consigo algo que hacer —dijo Hubert riendo. No quería que un compañero pensara que realmente necesitaba trabajo.

Nadie tenía una vacante para él.

—Bueno, si escuchas de algo —sugería Hubert con descuido a cada uno. Ellos asentían y se apresuraban a marcharse.

Se quedó en el club hasta después de las diez. Luego volvió con Lillian. Había sido un buen día. Había informado a muchos hombres que estaba abierto a ofertas y ellos, a su vez, informarían a sus amigos. Hubert calculaba que así unas tres docenas de personas sabrían que estaba listo para volver al mundo de los negocios. Decidió no salir de nuevo por unos días. Podría parecer un caso desesperado si rondaba demasiado el club o las oficinas de sus amigos. Además, los hombres que ya sabían de su deseo de asumir responsabilidades otra vez estarían hablando de él, y eso era suficiente.

Mientras Hubert ocultaba su necesidad de trabajo, llegó el primero de mes y con él el elegante cobrador de la renta.

Hubert pagó al cobrador y anunció que el departamento quedaría vacío para el próximo primero.
El joven sonrió y le recordó el contrato de arrendamiento.
—No me vengas con esas tonterías —estalló Hubert—. No voy a vivir en un lugar donde el portero discute todo el día con los inquilinos y hace que parezca un conventillo del East Side. Además, mi esposa no ha tenido un solo día de buena salud desde que vivimos aquí. La calefacción es mala y todo lo demás también.
El joven hizo un gesto de disculpa con sus manos expresivas. —No es culpa mía —dijo—. Solo pensé que quizá había olvidado el contrato. Le avisaré al propietario. Es asunto suyo, no mío.

—Nos demandarán —dijo Lillian cuando Hubert cerró la puerta.
—Yo ganaría el caso en cualquier tribunal del país. El servicio aquí ha sido terrible. No hay calefacción después de las diez de la noche ni nada.
—Ese es el horario en todos los departamentos. Fuiste imprudente; debiste ir a ver al propietario y decirle que tenías problemas de

trabajo.
—¿Y por qué habría de hacer eso? ¿Qué le importa a él lo que me pase? Ni loco voy a pedirle favores.
—Está bien. Haz lo que quieras.

Hubert fue entonces al garaje. Había recibido la factura en el correo de la mañana y tenía que hablar con el encargado. Entró con su sonrisa cordial y fue directo a la oficina.
—Oiga, deje pasar esta factura un mes, ¿sí? Estoy un poco corto de efectivo.
—No solemos hacer eso, señor Cory.
—Claro que no. Yo tampoco suelo pedírselo. Si quisiera estafarlo, dejaría los autos aquí hasta que usted se cansara de reclamar y luego me los llevaría, dejándolo sin cobrar. Estoy siendo honesto con usted.
—Bueno...
—Si no quiere, está bien. Esos garajes nuevos junto al río están dando un mes de concesión. Llevaré mis autos allá.
—Supongo que está bien. Déjelos aquí.
—No suponga. No quiero que me esté vigilando todo el mes como si intentara engañarlo.
—Está bien, señor Cory. Usted no se va a escapar.
—Claro que no —dijo Hubert—. Ojalá todos sus clientes fueran como yo; entonces no tendría que preocuparse.

Lillian comenzó de inmediato a buscar un nuevo departamento. Primero intentó con casas nuevas, aunque menos lujosas que la que había acostumbrado. Al fin y al cabo, una casa nueva no podía ser del todo desagradable. Los alquileres la asustaron. Incluso dos habitaciones con cocineta costaban cincuenta en algunos lugares y cincuenta y cinco en otros.
Consultó a Hubert después de recorrer Inwood y observar departamentos por dentro y por fuera.
—¿Cuánto podemos pagar? —preguntó.
—Bueno, creo que deberíamos conseguir algo por cuarenta dólares —respondió él.

—Hubert, ¿no recuerdas que Anna no pudo conseguir nada por cuarenta?
—Claro que pudo, si hubiera querido. Solo que le gustó ese de cuarenta y cinco.
—No vamos a conseguir una casa nueva por cuarenta dólares.
—Bueno, ¿y qué importa una casa nueva?
—Tienes razón —dijo Lillian—. Después de todo no será por mucho tiempo.
—Por supuesto que no.

Recordando que no sería por mucho tiempo, aferrándose a esa idea, Lillian salió al día siguiente otra vez a buscar un nuevo hogar. La hilera de tugurios de Inwood. Casas grises con vidrios sucios y porteras chillonas. Después de todo, no sería por mucho tiempo...
—¿Tiene una vacante? Dos habitaciones y cocineta.
El departamento daba a la calle. El sol entraba en una habitación. Pero ¡qué pequeña! Las paredes pintadas de un amarillo enfermizo y la madera de un marrón oscuro. No había enchufes. Solo un candelabro colgando tristemente del techo. La cocineta estaba en un closet: una pequeña estufa negra y oxidada, un fregadero y un estante para platos. La caja de hielo estaba en el pasillo. El baño era oscuro y pequeño. Sin regadera. El dormitorio era una caja con ventana y closet.
—¿Cuánto? —preguntó Lillian.
—Treinta y cinco dólares.

Bueno, no sería por mucho tiempo. Hubert se sorprendería de que hubiera conseguido un departamento tan barato. Claro que si fuera para quedarse indefinidamente no lo soportaría. Pero por uno o dos meses, ¿qué importaba?
—Lo tomaré —dijo Lillian.
La portera miró por la ventana el pequeño roadster limpio y elegante.
—¿Lo tomará? —preguntó.
—Sí, desde el primero del próximo mes.
La portera negó con la cabeza. —No, tiene que ser desde el quince de

este mes. Necesito medio mes de renta ahora.
—Pero ya pagué la renta de este mes donde estoy.
—Lo siento. —La portera volvió a negar, y sus ojos bajo el gorro de polvo miraban ansiosos el rostro de Lillian—. Veré qué puedo hacer —dijo al cabo de un momento—. Llamaré al propietario.

El departamento estaba en el tercer piso y, mientras Lillian seguía a la portera por las escaleras, deseaba que el propietario no aceptara esperar hasta el primero. Las escaleras estaban terriblemente sucias y los olores mezclados de comida en los pasillos la mareaban. Pero no sería por mucho tiempo. Oh, bendito pensamiento.
La portera describió a Lillian como una buena señora cuando habló con el propietario. Le vendió la idea de esperar hasta el primero para tenerla como inquilina.
—Está bien —dijo alegremente al colgar el teléfono—. ¿Podría dejarme diez dólares de depósito?

Lillian recibió un recibo firmado por la señora J. Svensen a cambio de sus diez dólares. Al salir a la calle encontró a varios niños de la hilera gris jugando en el roadster. Se enojó mucho y sintió deseos de chocarles las cabezas, pero solo les sonrió y dijo: —Necesito el coche ahora. No valía la pena enemistarse. Probablemente rayarían el auto si llegaban a tomarle antipatía.
El patio-jardín nunca le había parecido tan pacífico y hermoso como esa tarde. Lo miró con ojos dolidos y tuvo que razonar consigo misma para no sentirse abatida. Después de todo, esto era solo otra faceta de ser una mujer mantenida. Caray, no siempre se podía estar en la cresta de la ola. La vida que había elegido era de altibajos. Más altos, claro, que bajos, pero esta era la prueba de si estaba a la altura del papel. Después de todo, cuando uno estaba acostumbrado a cosas bonitas, hacía falta valor para ser inquilina de la señora Svensen.

Su sala le pareció hermosa al mirarla. Caray, nunca la había apreciado de verdad. Oh, bueno, cuando Hubert consiguiera el trabajo que buscaba tendrían un lugar aún mejor que este. Lo disfrutaría más por

haber vivido un tiempo en un tugurio.
Y quizá ni siquiera tendrían que mudarse. Tal vez Hubert conectara con algo bueno antes del primero y dejarían que la señora Svensen se quedara con sus diez dólares y el pequeño departamento amarillento. Caray, Hubert se vería ridículo en esas habitaciones diminutas. Era tan grande. Los muebles también se verían ridículos. Como una dama elegante en un arrabal.

Pero los muebles no se veían ridículos en el departamento lúubre. La silla de satén rosa estaba manchada y rota en algunos lugares, las alfombras tenían quemaduras de cigarro, las sillas Windsor estaban flojas y tambaleantes, el juego de tres piezas estaba manchado y rayado.
El primer día en su nuevo hogar Hubert miró alrededor, luego enterró el rostro en el hombro de Lillian. —Dios, Lillian —dijo—, esto es terrible.
Ella se mordió el labio superior y luego dijo: —Claro que es terrible. Espera a que colguemos los cuadros. Se verá mejor entonces.
Se soltó de él y corrió por un martillo.
No sería por mucho tiempo. ¡Oh, Dios, no podía ser por mucho tiempo!

CAPÍTULO 16

Hay mucho más en estar en la ruina de lo que a primera vista percibe quien no la ha padecido. No se trata solo de prescindir de lámparas de pared, una regadera empotrada y una estufa de gas blanca. Ni siquiera es únicamente cuestión de pasar de largo frente a los escaparates, lavarse uno mismo el cabello y remendar las medias en lugar de tirarlas. Si fuera solo eso, nadie salvo los muy débiles e ineficaces se preocuparía por la pobreza. Es más, mucho más.

Vives donde las rentas son muy baratas. Tus vecinos son pobres y, con las dificultades y el desgaste, han perdido cualquier delicadeza que

alguna vez pudieron tener. Compras un polvo insecticida para las plagas de la cocina y lo usas con frecuencia y generosidad. Todo en vano. Si la mujer de arriba, de abajo o de al lado se conforma con enjambres de cucarachas, entonces tú también debes conformarte.

Además, el montacargas de basura se convierte en un horror para ti. Detestas abrirlo. La basura se coloca allí sin esperar la hora de recolección. En bolsas de papel, en cajas, en botellas de leche: todo se arroja al montacargas, y el portero es terco. No la retira hasta la llamada de la basura a la mañana siguiente.

Hay niños alrededor gritando en los pasillos, llorando, chillando. Al principio temes que alguno se haya lastimado. Después, llegas a esperar que sí. El calor de la ciudad, la basura, las cucarachas, los niños llorando, tienen tus nervios al borde de la ruptura. No lo soportas más y quizá huyes de todo, y alguien con ingresos seguros y satisfactorios, que cree que pobreza y romance son sinónimos, te llama desertor.

El hombre del garaje quería su dinero. Hubert no lo tenía para darle. Se lo dijo.
—Pues no sacas tus autos de aquí hasta que lo tengas.

Hubert quedó aterrado. Helen querría el Packard. No podía decirle que estaba en la ruina. En su imaginación escuchaba los tonos fríos y cortantes de la voz de su esposa. No podía decirle que el Packard estaba en reparación. Eso sería peor. Curioso cómo no había podido conseguir un buen empleo. Debía ser una mala temporada o quizá incluso un mal año. Bueno, ya no había lugar para tonterías. Si lograba liberar esos autos, vendería sin duda el Nash. Lástima que no pudiera vender el Packard.

Buscó a Carl Feldman. Feldman siempre había sido buen amigo. Carl lo saludó cordialmente. Le caía bien Hubert, aunque lo consideraba el gran ingenuo de la Naturaleza.

—¿Cómo va todo, Hubert?
—Fatal. Estuve metido en esa caída del acero Imperial —había estado leyendo los periódicos esa mañana.
—¿De veras? Caray, qué mal.
—Sí. Oh, no importa demasiado, solo que estoy un poco apreaado. Compré otra cosa por consejo de uno de los grandes. Va a dar un gran golpe alrededor del día veinte. Tengo información absoluta. Mientras tanto estoy algo corto. ¿Podrías prestarme unos cien, Carl, hasta fin de mes?
—Bueno, te diré, Hubert, yo también estoy algo presionado. ¿Con cuánto podrías arreglártelas?
—Cien me vendrían perfecto.
—¿Cien? Caray, no sé.
—Sabes que respondo, ¿verdad, Carl?

Carl lo miró con cautela. La verdad era que no sabía si Hubert respondería, ni siquiera lo creía. Aun así, había sido hombre de negocios por años y había salido limpio. Bueno, qué más da. Cien dólares no eran un millón.

Hubert volvió apresurado a Inwood con los cien dólares que Carl había sacado del banco para él. Se los entregó al hombre del garaje con una sonrisa.
—Si hubiera sabido que ibas a tener un ataque por tan poca cantidad, te lo habría pagado hace tiempo —dijo—. Toma lo que te debo de esto y la renta del Packard del próximo mes. Hoy me llevo el Nash para dárselo a mi sobrino.

Lillian quedó impresionada cuando cinco minutos después él tocó la bocina del auto deportivo bajo su ventana. Nunca había esperado volver a ver ninguno de los autos. Bajó corriendo hacia él, poniéndose el abrigo mientras descendía.
—¿Cómo lograste convencerlo de que te entregara el auto?
—Le pagué.
—¿Le pagaste? ¿De dónde sacaste el dinero?

—Pues, estuve hablando con Carl Feldman sobre un trabajo y de pronto recordó que me debía cien dólares. ¿Puedes creer esa suerte? Se me había borrado por completo de la mente.
—Caray, sí que fue suerte. ¿Y el trabajo?
—Suena bien. Tengo que ver al tipo mañana. Voy a vender este auto, Lil, lo acabo de decidir. No te importa, ¿verdad?
—No, pero creo que eres tonto. ¿Por qué no vendes el Packard? Sacarías más dinero, y el auto deportivo sería más barato para nosotros.
—Ya hemos discutido eso una docena de veces. No voy a vender el Packard.
—Está bien.
—Bueno, voy a ver lo de vender este auto ahora. ¿Quieres venir conmigo?
—№ Tengo que ir a las tiendas. Estarás en casa para la cena, ¿verdad?
—Seguro.
—Nos vemos luego.

Lillian caminó hacia la calle Dyckman. Pasó frente a la carnicería donde solía comprar y giró la cabeza. Siempre temía que el carnicero saliera corriendo a preguntarle por qué ya no le compraba. Había sido un carnicero muy servicial y tenía buena carne, solo que cara. Más abajo, en la avenida Post, estaba su nuevo carnicero. Su tienda era parte de una cadena y él solo trabajaba allí. Te sacaba la carne del refrigerador ya picada. Nunca te dejaba escoger tu propio trozo de res y verlo picar justo frente a tus ojos.

Hoy compró tres chuletas de cordero. Hubert siempre podía comer dos. Tenía papas. Una lata de chícharos, una hogaza de pan y media docena de huevos. ¿Para qué tanto cálculo? Había olvidado que Hubert estaba vendiendo el Nash. Podría haber comprado un pollo. Decidió mejor llevar un pastel rico y cremoso de la panadería.

Cruzó la calle Dyckman y justo frente a Loft's se encontró con Anna Sullivan y Louise Fisher caminando juntas. Era la primera vez que las veía desde que se había mudado al nuevo departamento.

—¡Pero si es Lillian!
—¡Vaya, por Dios!
La miraron como si hubiera resucitado. Ella las miró de vuelta.
—¿Dónde has estado? —preguntaron al unísono.
—Arreglando mi departamento y otras cosas —respondió—. ¿Dejaste el trabajo, Anna?
—No, he estado enferma. Este es realmente mi primer día afuera. Louise me ha estado acompañando. Caray, nos preguntábamos y preguntábamos dónde te habías metido.
—Ustedes sabían.
—No, en serio, Lillian. Yo sabía que era en esa cuadra donde el portero negro apuñaló a su esposa, pero no sabía en qué casa. Hemos pensado mucho en ti.

Lillian se dio cuenta de los ojos inquisitivos y duros de Louise bajo la inclinación atrevida de un sombrero cloche verde pálido. Vio la mirada de Anna recorriendo sus paquetes, el vestido manchado bajo su abrigo desabotonado. De pronto fue consciente de que sus tacones necesitaban arreglo y de que había salido sin sombrero. Dios mío, ¿era esta ella—Lili Cory? Le dio miedo seguir caminando y dejar a Anna y Louise solas. Dirían cosas de ella. Quizá la mirarían de nuevo y la compadecerían.

—Vengan a mi casa —dijo—. Tomemos café y pastel.
Las muchachas aceptaron acompañarla. Renunciaron a la oportunidad de ver a John Gilbert hacer el amor a Greta Garbo. Valía la pena. Querían ver el nuevo hogar de Lillian.

Esperaron educadamente en el mostrador de la panadería mientras ella compraba un pastel de crema de manzana. Luego caminaron con ella hasta su casa.
Lillian tomó sus abrigos y las invitó a sentarse mientras preparaba café. Ellas recorrieron con la mirada el departamento. Louise fue la más atrevida.
—¿Qué te hizo venir aquí? —preguntó.

—Pues, lo mismo que a cualquiera: la renta es barata.
—Ah —suspiró Louise—. ¿Dónde está Hubert?
—Llegará pronto. Está en un pequeño aprieto. Hizo unas malas inversiones y estamos tratando de recuperarnos economizando un poco. Cosas de la vida de una mujer mantenida, chicas, cosas de la vida de una mujer mantenida.

—¿Todavía tienen los autos? —preguntó Anna.
—Estamos vendiendo el Nash. El Packard no, por supuesto. No estamos tan mal.
—Ya veo —dijo Anna—. Bueno, ciertamente eres valiente al estar dispuesta a vivir aquí.
—No me importa. Casi nunca estamos en casa. Hemos estado corriendo de un lado a otro. He querido pasar a verlas en distintas ocasiones, pero ya saben cómo es. Uno se ocupa y ya.

Las chicas asintieron comprensivamente. Louise pidió otra taza de café. Lillian sirvió más y preguntó por Cliff y Billy. Al parecer, ambos estaban muy bien.
—Pensé que nos estabas evitando —dijo Louise—. Nunca nos mandaste tu dirección ni viniste por nosotras. —Se acomodó con confianza y miró alentadoramente a Lillian. Su expresión decía: "Puedes contarme todas tus penas".
—Creí que les había escrito mi dirección —mintió Lillian—. Qué raro que no lo hice.
—Pues no lo hiciste. Theresa preguntó por ti el otro día también.
—Dile dónde estoy, ¿quieres?
—¿Por qué no le escribes tú? O podrías llamarla.

Lillian lo pensó un momento.
—Díselo tú —dijo al fin—. Nunca me doy tiempo de escribir o llamar a la gente.
—Antes lo hacías —acusó Louise.
—Sí. Bueno, he estado ocupada.
—¿En qué? —protestó Anna—. Caray, no pudo haberte tomado tanto

arreglar este departamento.
—Bueno —frunció el ceño Lillian como si tratara de recordar sus recientes actividades sociales—. ¿Alguna vez oyeron a Hubert hablar de los hermanos McKay?
—Sí, creo que sí.
—Son los hombres que compraron su negocio. Hemos estado saliendo bastante con ellos y sus esposas. —Lillian se detuvo un momento a preguntarse si alguno de los McKay tenía esposa—. Y también hemos estado viendo mucho a Carl Feldman.

—¿Sin tiempo para los viejos amigos, eh? —preguntó Louise.
Lillian sonrió y dijo:
—Ustedes saben que no, solo que Dios sabe que este no es lugar para recibir visitas.
Las chicas miraron otra vez alrededor y sus ojos comentaron que realmente era un sitio increíblemente feo.
—Bueno, ya que hemos estado aquí —dijo Anna—, ¿podemos traer a los muchachos?

Lillian tuvo uno de sus raros destellos de lucidez.
—Sí —dijo—, será mejor que los traigan. No lo creerían si no lo vieran con sus propios ojos.
—Oh, no es tan terrible —dijo Louise, buscando algo agradable que decir—. En esta habitación entra el sol.
—Eso me ayuda mucho —dijo Lillian—. Me volveré loca con él en un día caluroso de verano.
—Dios mío, ¿cuánto tiempo piensas quedarte aquí? —preguntó Anna.
—No mucho, pero el verano llegará antes de que lo sepamos.

Las chicas miraban sus relojes, sacaban sus polveras, sus lápices labiales, ajustaban sus sombreros con firmeza. Lillian pensó que sería gracioso si ensayaran esos gestos y los hicieran más perfectamente al unísono. Ya estaban bastante bien, pero Louise había torcido la pierna para ver si la costura de su media estaba derecha; Anna no lo había hecho. Eso lo arruinaba un poco. Se estaban yendo. Lillian pensó en

su Nash auto deportivo. Quizá ya alguien más lo tenía y Hubert venía hacia ella con dinero. Esa noche sería buen momento para una pequeña fiesta. Anna y Louise traerían a sus esposos tarde o temprano, y ciertamente mientras Hubert tuviera dinero sería lo más oportuno. Podrían comprar una botella de ginebra y no parecer tan desesperadamente pobres.

—¿Qué hacen esta noche? —preguntó ella.
Anna y Louise se miraron.
—Supongo que nada —dijo Louise.
—Bueno, ¿por qué no vienen todas esta noche?
—Está bien.
Louise se levantó con decisión. —Pues tengo que apurarme entonces —dijo—, si vamos a volver esta noche. Tengo muchas cosas que hacer.

Cuando se fueron, Lillian se dejó caer en el sofá y comenzó a esperar a Hubert. Siempre lo esperaba últimamente. Los minutos de espera eran minutos felices. Siempre sentía que él venía apresurado hacia ella con buenas noticias. Cuando al fin llegaba, nunca tenía mucho que contar. Siempre había alguien que le había ofrecido un trabajo. Nada sorprendente en eso. A un tipo como Hubert la gente estaba destinada a ofrecerle empleos a montones. Solo que nunca le ofrecían más de cinco mil al año. A veces ella pensaba que debía aceptar uno de esos trabajos, pero por otro lado probablemente él tenía razón. ¿Por qué rebajarse a la clase de cinco mil dólares cuando valía mucho más? Ella sabía que solo era cuestión de paciencia y valor, y volverían a estar en la buena vida. Pero, oh, cuánto odiaba ese lugar. Si tan solo las cosas se arreglaran.

Hubert consiguió quinientos dólares por el auto.
—Ahí tienes —dijo, extendiendo el dinero frente a ella—. Conseguir dinero no es difícil.
—No, si uno tiene un auto que vender todos los días —respondió ella.
—Mira, nena, este es dinero de suerte. Esto rompe el hielo. Todo va a cambiar desde hoy.

Ella le contó sobre el encuentro con Louise y Anna. —Van a volver esta noche. Cliff y Billy también. Hazme un favor, Hubert, déjame gastar veinticinco dólares, ¿sí?
—Gasta cincuenta si quieres. Gasta cien. ¿Qué quieres hacer?
—Oh, Hubert, estoy hecha un desastre. No tengo nada que ponerme ni nada. No he comprado cosas en siglos. Tú sabes que tenía muchas y todas se fueron de golpe. No quiero que Louise o Anna tengan que pensar que estamos en la ruina.
—Bueno, este departamento no va a guardar muy bien nuestro secreto, Lillian.
—Lo cubrí un poco diciendo que estábamos economizando después de tus malas inversiones. ¿Ves? Pero odio verme terrible yo misma.
—Claro. Adelante.

Después de cenar, Lillian salió corriendo a la calle Dyckman. Compró un vestido por quince dólares. Era de georgette azul con falda plisada. Muy bonito. Compró zapatos por seis dólares. Eran unos pumps de satín negro. No le gustaban mucho los tacones. No eran lo bastante altos ni delgados, pero tenía demasiada prisa para buscar más. Las medias se resolvían con un dólar diecinueve. Eran bonitas. Un tono llamado "amanecer otoñal". Su cabello sí necesitaba atención, pero podía dejarlo pasar. Si alguien decía algo, siempre podía contestar que lo estaba dejando crecer.

Lillian compró una botella de ginebra por dos dólares, una docena de limones y una botella de jugo de frutas. Luego fue a la tienda de delicatessen y encargó una docena de sándwiches —de jamón y queso— para que los enviaran a las once.
Había gastado menos de treinta dólares y se había redimido de andar por la calle Dyckman sin sombrero y con los tacones gastados.

También era emocionante volver a tener compañía. No veía razón para haber roto de golpe con los Sullivan y los Fisher. Había sido una tontería. No había sido divertido pasar noche tras noche en el

pequeño departamento jugando interminables partidas de damas y peleando con Hubert para variar la monotonía. Este era el momento en que necesitaba los chistes de Billy y la charla interminable de los demás. Había sido estúpido avergonzarse de estar en la ruina. Al fin y al cabo, era solo temporal. Sería bueno tener de nuevo a los Sullivan y a los Fisher alrededor.

Llegaron a las nueve. Las chicas habían cambiado de vestido desde la tarde. Lillian se alegró de verse bien. Los hombres miraron el departamento y se sentaron. No parecían darse cuenta de que era el mismo sofá en el que se habían sentado tantas veces antes. También habían dormido en él, derramado tragos y quemado agujeros, pero ahora se sentaban rígidos y al borde.

Lillian estaba excesivamente alegre. Tomó sus sombreros y abrigos y los arrojó sobre la cama en la otra habitación. Hablaba mientras mezclaba las bebidas y reía mucho.
—Oí que vendiste el Nash —dijo Billy—. Ojalá hubiera sabido que querías hacerlo. Yo lo habría comprado. —Su tono era de aburrimiento extremo. Realmente no era gran cosa. Uno compra tantos autos.
—Billy nada en riqueza últimamente —dijo Anna—. Me sorprende que nos hable.
—¿Te va bien, Billy? —preguntó Hubert.
Billy se mostró disculpador. —No le hagas caso —dijo—. Ella cree que un tipo que transmite por radio está lleno de dinero. Ya sabes cómo es, Scotty, yo me las arreglo.

Lillian sirvió la bebida y la conversación murió mientras se probaba el primer sorbo.
—Está deliciosa, Lillian —dijo Anna.
Todos estuvieron de acuerdo y descubrieron que no había nada más que decir sobre nada en el mundo.
Hubert estaba callado y hosco. Lillian le preguntó a Billy cómo cantaba en el estudio. ¿Más fuerte o más suave que de costumbre?

—Más o menos igual —dijo Billy.
—Ah.

Silencio. La conversación era muy escasa, pero se las arreglaron lo mejor que pudieron hasta que llegaron los sándwiches. Lillian los puso en un plato y los repartió.
Anna dijo que estaban deliciosos.

A las doce los Sullivan y los Fisher se marcharon.
—No te pierdas, Lillian —dijeron las chicas—. Ven cuando quieras.
—Lo haré.
—La pasamos muy bien. Buenas noches.
—Buenas noches.

La puerta se cerró y Lillian volvió a su sala y la recorrió con la mirada. Cada cigarrillo había sido apagado correctamente en un cenicero. Cada vaso estaba derecho y sin romper. No había habido peleas ni ruido alguno.
Hubert miró la bandeja donde aún quedaban seis sándwiches. Todos habían rechazado repetir.
—No tenían tanta hambre esta noche como solían —dijo—. O quizá se están volviendo educados con los años.
—Sí, fueron muy educados —dijo Lillian. Pareció olvidarlos entonces. Guardó silencio un minuto entero, inmóvil en el centro de la pequeña habitación demasiado triste para maltratarla. —¡Malditos sean! —estalló de pronto—. Vienen aquí a ser educados. ¿De dónde sacan eso?

CAPÍTULO 17

Hubert tuvo que comprar una llanta para el Packard y un traje para sí mismo. Lillian necesitaba también un sombrero y otro vestido. Aun así, los quinientos dólares les alcanzaron para dos meses. Era dinero de suerte solo en el sentido de que fue bueno tenerlo, porque no

aparecieron puestos brillantes con oro. No había magia en los cinco billetes que el Nash había dado, y junio, al caer sobre Inwood, encontró a Hubert y Lillian acalorados, sin dinero, pero, curiosamente, no desanimados.

Hubert había relegado el Packard a la sección del garaje donde no recibía servicio. Eso era más barato. Cuando Helen se quejaba del aspecto del auto, entonces lo mandaba lavar. El Packard se había convertido en un monstruo detestable para Hubert. Odiaba verlo. Era como una piedra de molino colgada de su cuello. La gasolina que consumía, el engrase, el garaje y todas las demás cosas que exigía eran difíciles de costear; sin embargo, no podía deshacerse de él. Al no ser suyo, no podía venderlo. Si lo devolvía a Helen tendría que mostrarle a Lillian dinero por la venta o confesar que nunca lo había poseído. Le dolía hasta el agua que le daba. Lillian ya no sugería vender el Packard. Ahora comprendía que sin él serían solo otra pareja venida a menos. El Packard era su marca de distinción, su último vínculo con el mundo de los patios ajardinados.

Jamás flaqueó su fe en Hubert. Él no era el tipo de hombre al que se llama pobre; estaba simplemente en bancarrota. Algo aventurero, con un dejo de final feliz, se escondía en esa palabra "bancarrota". El verano, claro, era una mala época para conseguir empleo. Pero de algún modo se las arreglarían, y al fin llegaría el día en que Hubert acertaría de nuevo. Un hombre que puede gastar veinticinco mil dólares sin pestañear no está destinado al naufragio.

Hubert no recordó que debía cien dólares a Carl Feldman hasta que él y Lillian volvieron a quedarse con su último billete de veinte.
—Caray —pensó—, debí haberle pagado.
Aun así, no habría sido sensato quedarse corto. Además, ¿qué eran cien dólares? Algún día, muy pronto, se acercaría a Carl con los cien dólares y quizá una botella de buen whisky escocés, y le contaría toda la historia de lo arruinado que había estado. Beberían juntos y se reirían de lo lindo. Pero mientras tanto evitaba a Carl, y cuando Carl le

escribía, no contestaba la carta. Explicaría todo una vez que estuviera de nuevo en pie.

A veces se preguntaba si debía aceptar un trabajo cualquiera. Sería solo temporal, claro. Hasta que las cosas volvieran a salir bien. Podría ser lo sensato, pero caray, un hombre que ha tenido su propio negocio y realmente ha sido alguien no podía ponerse a manejar un taxi o ser vendedor ambulante o algo así. No sería sensato, pensándolo bien. Un gran empresario no iba a contratar a alguien para un puesto ejecutivo si acababa de salir de un trabajo insignificante.

Cuando el último billete de veinte se rompió para pagarle al hielero, Hubert fue a ver a Arch McKay. Era el primer intento que hacía de verlo desde aquella vez en que había visto a Bert en la casa de los McKay. A menudo había pensado en ir, pero siempre algo lo detenía. Además, no era sensato mostrarse ansioso.

Arch McKay era alto y delgado. Nunca parecía bien afeitado por lo espeso y azulado de su barba. Tenía labios estrechos y apreitados, y Hubert pensó que era un tipo de aspecto bastante desagradable. Curioso que nunca lo hubiera notado antes. Su voz era profunda y áspera.
Le estrechó la mano a Hubert y le dijo que se pusiera cómodo. Luego desapareció y Hubert quedó solo, observando objetos familiares y escuchando sonidos familiares.
Cuando Arch volvió traía su sombrero. —¿Has almorzado? —preguntó.
—Todavía no.
—Vamos.

Caminaron a la vuelta de la esquina hasta un restaurante pequeño y tranquilo. Hubert lo reconoció como el tipo de lugar que Louise Fisher siempre llamaba refinado. Cuando él lo había frecuentado, tenía un dueño griego y mucho ruido a la hora del almuerzo. Había cambiado de manos. Suspiró. Nada parecía seguir igual.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó Arch.
—Perdiendo el tiempo.
—¿De veras? ¿No te gusta estar retirado?
—Ni tantito. Ojalá pudiera tener algo que hacer.
—Eso no debería ser difícil.
—Pues lo es, Arch. Mira, en esta época del año y todo. Quizá Bert te dijo que me ofrecí a ayudarlo mientras estabas en Canadá.

Arch asintió. El mesero llegó para tomar la orden. Arch dijo: —¿Qué va a ser, Scott?
Hubert pensó que le gustaría el almuerzo de plato combinado. Arch dijo: —Hazlo doble.

El mesero se fue y Arch permaneció callado un buen rato. Luego dijo: —Un tipo en el club —no te diré quién— dijo que pensaba que estabas en la ruina. Si fuera cierto, Scott, podría conseguirte algo que hacer. No sería gran cosa. Solo pagaría unos treinta y cinco a la semana, pero sería mejor que nada.
—Claro —dijo Hubert, asintiendo con entusiasmo.
—Solo que sé que no es cierto —continuó Arch McKay—. Tu casa debe valer treinta mil y tienes el Packard y acabas de comprar ese terreno junto al cine.

Los ojos de Hubert se abrieron y Arch añadió:
—Bueno, tu esposa lo hizo. Es lo mismo.

El mesero trajo los platos combinados y se retiró. Arch tomó su tenedor.
—Así que, según mis cálculos, no puedes estar en la ruina.

Arch McKay fijó sus ojos en Hubert. Su mirada decía: “Actúas como un tipo arruinado; sin embargo, los hechos son los hechos. Aclara el misterio. Sé sincero si quieres ayuda de mí”.

Hubert llenó su boca de ejotes y miró por encima del hombro de

McKay hacia un ventilador eléctrico que zumbaba con energía. Treinta y cinco dólares a la semana. Caray, eso sería estupendo ahora que él y Lillian sabían cómo vivir sin despilfarrar. Y quizá el trabajo tendría futuro también. Dios, pasar de los cuarenta y buscar un empleo con futuro. Bueno, muchos hombres habían construido su fortuna más tarde que eso. Lo aceptaría. Miró de nuevo a Arch. Él esperaba convencerse de que Hubert necesitaba ese empleo. Arch quería saber por qué parecía próspero y, sin embargo, andaba pidiendo trabajo. No podía decírselo. Era demasiado lo que había que contar. Se remontaba al viejo Dietz, que había comprado la casa y la había puesto a nombre de Helen, quien había advertido a Helen que Hubert no valía mucho y había vivido para decir: "Te lo dije". Significaba contarle a Arch que Helen le había amueblado una habitación aparte y que él tenía que tocar a su puerta antes de entrar. Arch no lo entendería. No podía, porque ni siquiera Hubert lo entendía. Helen siempre había sido rara. Una vez tuvieron una gran fiesta. Toda la gente más distinguida del pueblo estuvo allí. Los amigos del viejo Dietz y los de Helen. Cuando todos se fueron, Helen se desplomó en una silla y lloró. No subió a la cama esa noche. Se quedó abajo caminando de un lado a otro y llorando. Sin razón. Había sido una buena fiesta, una fiesta exitosa. Hubert había hecho trucos de cartas y convertido monedas de cincuenta centavos en centavos. No había motivo para que Helen llorara esa noche. Todas esas cosas estaban de algún modo vagamente ligadas a lo que Arch quería saber. Y él no podía contarlo. Como aquella vez que Helen compró Bonos de la Libertad y le explicó a su hijo pequeño que los compraba porque eran una buena inversión. Hubert padre añadió: "Sí, y ayudan a derrotar a los malditos alemanes". Helen dijo: "Ignorante, tu hijo es un maldito alemán por mi lado". Y esa noche él la oyó explicar al niño que los soldados alemanes debían ser vencidos por el bien de la prosperidad mundial, pero que eran tipos como el tío Rudolph. Gran cosa para decirle a un niño, y además volvió al hijo contra su padre.

Arch seguía esperando.
Quizá podría decir, en cambio, que amaba a otra mujer y explicar en

parte las complicaciones que de ello surgían. Pero Arch McKay era un ferviente hombre de iglesia y un buen rotario.

—Claro que no. No estoy en la ruina —dijo Hubert—. Solo aburrido de estar ocioso.
—Eso pensé —respondió Arch.

Luego hablaron de otras cosas. De política, de bienes raíces, de sastres y de negocios. De béisbol, del clima, de autos y de aviación. Finalmente Arch dijo que tenía que volver al trabajo.
—Creo que iré al juego de béisbol —dijo Hubert—. Oh, caray, no puedo. Estoy sin un centavo y sin chequera.

Arch metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte dólares.
—Espera a que pague la cuenta —dijo—. Te daré un par de dólares. ¿Cinco te sirven?
—Hazlo diez, ¿sí? Puede que cene en Nueva York.
—Te doy quince si quieres.
—Está bien. Te los devuelvo mañana.

Caminaron en silencio hasta donde estaba estacionado el Packard. Hubert subió de un salto.
—Gracias, Arch. Nos vemos mañana para eso.
—Está bien. Hasta luego.

Arch se quedó en la acera mirando el auto hasta que desapareció. Se rascó la cabeza y se mostró perplejo. En lugar de volver al trabajo se dirigió al club. Incluso una criatura tan superior como un hombre de negocios gusta de comentar asuntos desconcertantes con sus amigos.

Hubert volvió con Lillian. Ella estaba recostada en el sofá con un kimono amarillo. Su cabello aún revuelto y el rostro sin polvo.
—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Enferma?
—№ Solo que hace un calor maldito. No tengo energía para vestirme.

—Será más caliente que esto, nena. Esto apenas comienza. Vamos, vístete. Iremos a la costa y cenaremos allá.
—¿No crees que deberíamos cuidar nuestro dinero?
—Pues hoy conseguí quince dólares de una manera curiosa. Estaba hablando con Arch McKay y resulta que menciona que el viejo Schliffer le debe ciento cincuenta dólares que no puede cobrar. Bueno, el viejo Schliffer y yo somos así —Hubert mostró dos dedos entrelazados—, amigos de años. Él y yo. Fui directo allá y el viejo Schliffer me dio el dinero como si nada. Dijo que simplemente no le gustaba la forma en que los hermanos McKay se lo pedían. Bueno, cuando le mostré el dinero a Arch, ¡cómo se alegró! Pensaba que estaba perdido para siempre. Insistió en darme un diez por ciento de comisión por cobrarlo. No quería aceptarlo. Me parecía algo mezquino, pero de pronto Arch empezó a pensar que yo estaba esperando más dinero; así que, por supuesto, lo acepté.

—Claro. ¿Dijo algo de un trabajo?
—Bueno, no mucho. A los McKay no les va tan bien. Si me tomaran, les iría mejor, pero claro, no pueden pagar mi precio. Arch dice que un tipo del club —no quiso decirme quién— está ansioso por hablar conmigo sobre un empleo, pero cuando Arch mencionó lo que pagaría, ya no quise saber quién era. Vamos, Lil, salgamos a la costa.

Lillian se estaba vistiendo cuando llegó Theresa. Theresa se había convertido en visitante frecuente. Su pequeño Essex era una visión familiar estacionado detrás del gran Packard.
Vestía un vestido de gingham de seda rojo y blanco con un sombrero rojo blando y zapatos rojos. Se veía fresca, limpia y bonita. Era una visita alentadora y tenía la costumbre de aparecer como si fuera un placer visitar el pobre departamento. Podía aplastar una cucaracha con tanta naturalidad que Lillian nunca se sentía avergonzada, y podía sentarse horas en una de las tambaleantes sillas Windsor y parecer cómoda.

Lillian, vestida con el georgette azul que ya había perdido toda su

frescura y estilo original, miraba con nostalgia la ropa veraniega impecable de Theresa.
—No dejes que te detenga —dijo Theresa—. Solo estoy dando vueltas y si tienes que ir a algún lado, no dejes que te estorbe.
—No, me alegra tenerte —dijo Lillian.

Las dos chicas encendieron cigarrillos y se acomodaron para conversar. Hubert miraba por la ventana el limpio Essex. Dios, su auto estaba sucio. Helen se pondría furiosa.
—Oye —dijo—, creo que llevaré el auto a lavar. No quiero escuchar a ustedes dos charlando de todos modos.

Theresa lo vio salir. No dijo lo que pensaba y se sorprendió cuando Lillian comentó:
—Él siente que realmente debería volver a trabajar, pero yo quiero que espere hasta el otoño, cuando habrá mejores oportunidades.

Theresa asintió lentamente. Lillian debía saber mejor cómo estaban las cosas. Quizá no eran tan malas como parecían.
—Anoche vi a Anna y a Cliff —dijo al cabo de un rato—. Pasaron por la casa. Hymie estaba bajo la regadera y yo lavándome el cabello cuando llegaron. ¡De todos los momentos! Pude haberlos matado.
—Me lo imagino —dijo Lillian—. No he visto a ellos ni a los Fisher en siglos. Vinieron aquella noche que te conté y nunca más. Supongo que no les gustó el departamento. Demasiado vulgar para ellos.
—Anna va a tener un bebé —dijo Theresa.
—¡Oh, vaya! Eso sí que me sorprende. Pensé que iba a trabajar por mucho tiempo todavía.
—Bueno, ya sabes, esas cosas pasan.
—Sí. Tendré que escribirle una carta de buenos deseos y demás. Quizá pase a verla.

Theresa negó con la cabeza y miró fijamente a Lillian.
—No lo hagas —dijo.

—¿Por qué no?

—Pues no lo hagas, Lillian, eso es todo.

—¿Pero por qué?

—Mira, sabes que no soy chismosa, ¿verdad? Te diré por qué no, pero no es por gusto de llevar cuentos. Es porque odio verte herida por un tipejo como Cliff Sullivan.

—¿Qué pasa?

—No te rías, es patético. Estábamos todos platicando, ya sabes, y Hymie mencionó tu nombre. En realidad hablábamos de cabello porque yo estaba ahí secándome el mío, y Hymie dijo que tenías el cabello más hermoso que había visto jamás. Eso viniendo de mi esposo devoto, fíjate. En fin, hablamos de ti un minuto o dos y Cliff dijo que no iban a verte porque una mujer en el estado de Anna no podía darse el lujo de aparecer como tu amiga. Dijo que la gente empezaría a decir que quizá Anna tampoco estaba casada y que cuando naciera el bebé podrían decir que era un "canastito". Eso fue lo que dijo Cliff. "Canastito" en lugar de la palabra real. Cliff es tan "gracioso" de esa manera, el desgraciado.

—Bueno, quizá sea lo mejor —dijo Lillian—. La gente sabe lo que quiere hacer con las cosas.

—Si no fuera por ti —dijo Theresa, con calor—, Anna ya tendría un canastito que camina y dice "papá".

—¡Oh, Theresa! —Lillian estaba escandalizada—. ¿Quién te dijo eso?

—Hymie. Anna se lo contó una noche que estaba borracha. Le pidió que no lo dijera, pero se equivocó al confiar en Hymie. Él me lo contó, aunque claro, no se lo diría a nadie más. También le contó sobre muchas otras cosas que tú habías hecho por ella y por Cliff.

—Bueno, ¿y por qué Louise ya no viene? Ella no está esperando un bebé, ¿verdad?

—Que yo sepa, no.

—¿Por qué no puede verse conmigo? Supongo que soy demasiado vulgar para que la esposa de un hombre famoso sea mi amiga.

—Al diablo con ellos, Lillian. Son un montón de latas vacías.

—Lo sé. Supongo que siempre lo supe, pero nunca he sido de querer a la gente por una razón.

—Sí. Yo nunca me aproveché de ti ni hablé de ti, y aun así prefieres a Louise antes que a mí.

—No, no la prefiero. Quizá alguna vez lo hice, pero viviendo en este lugar miserable sin nada que hacer más que pensar, una se vuelve sensata aunque luche contra ello.

Hubert regresó justo cuando Theresa se despedía de Lillian. Ella los estaba invitando a cenar el domingo en su casa y Lillian aceptaba. Hubert se alegró. Los domingos eran días duros y desagradables. Todo cerrado, todos callados. Si un hombre iba a sentirse triste y desanimado, el domingo era el día.

—Supongo que ya es tarde para ir a la costa —dijo Lillian.

—Sí, supongo que sí.

—Bueno, tendremos una buena cena en casa. Voy a salir por un buen filete grueso, elotes y tomates, y un pastel bien cremoso. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

Mientras comían el filete grueso, a Lillian se le ocurrió una idea. —Oye —dijo—, ¿sabes lo que debimos haber hecho? Debimos haber cenado barato esta noche e ir a la costa mañana.

—Caray, sí —dijo Hubert. Dejó de masticar como si aún no fuera tarde para ahorrar. —Oh, bueno, qué más da —dijo reanudando la masticación—. Habrá muchos más días para ir a la costa.

Después de cenar, Lillian se fue al sofá y Hubert a su gran silla. Hacía demasiado calor para jugar damas o ir al cine. Guardaron silencio por más de una hora, escuchando el llanto de un bebé, los gritos de los niños en la calle y a las mujeres conversando en la puerta. Lillian pensó que Hubert se había dormido. Lo miró. Él observaba la calle con interés, como si algo importante estuviera ocurriendo.

—¿Qué miras? —preguntó ella lánguidamente.

—Nada.

—Oh, pensé que mirabas algo.

—No

—Ah.

—No hay nada que ver.

—№ Supongo que no. Bueno, creo que será mejor que lave los platos.

—Te ayudo.

—No importa. No son muchos.

Se acostaron a las diez en punto.

CAPÍTULO 18

A veces Hubert se preocupaba un poco por la situación. Una vez incluso llegó a preguntarse cuál podría ser el desenlace. Ya había pedido prestado a Carl Feldman, a Arch McKay, a dos de los muchachos del club; y una vez, en la calle, al encontrarse con Bert McKay, le pidió cinco dólares. Le parecía un desperdicio no aprovechar ese encuentro casual. Bert lo miró de manera extraña y Hubert supo que Arch le había contado de los quince que le había prestado en junio. Ya era julio y Hubert no había visto a Arch desde el día en que almorzaron juntos. Lo había arreglado, sin embargo. Le dijo: “Dile a Arch que mañana iré a verlo y le daré estos cinco también”.

Había otros hombres con quienes había sido amistoso. Algunos probablemente le prestarían cincuenta o incluso cien, pero eran hombres que conocían a Helen. Caray, si alguna vez se lo contaban, sería terrible. Helen tendría mucho que decir.
Dios, ya era julio y ni un empleo a la vista. Quizá cuando el clima se enfriara y los hombres de negocios importantes regresaran de la

costa y de las montañas, entonces las perspectivas serían mejores. Pero ahora había renta, gas, electricidad, dos bocas que alimentar y un Packard que mantener.

Hubert se sentó en el auto y repasó en su mente los nombres de todos los que conocía. Algunos ya le habían prestado. Algunos no tenían dinero. Algunos no eran muy amistosos con él, y otros conocían demasiado bien a Helen. El auto estaba estacionado en la calle Doscientos Siete, justo al lado de Isham Park. Se suponía que debía estar entrevistando a varios magnates de negocios, pero no había nadie a quién entrevistar, y no tenía caso preocupar a Lillian contándoselo. Había conducido hasta allí una hora antes, y allí estaba sentado con tres dólares y medio en el bolsillo, preguntándose a quién podía recurrir. Sabía que no tenía sentido pedirle a Cliff o a Billy el dinero que alguna vez les había dado. Solo le asegurarían que ellos también estaban en la ruina. Cliff probablemente lo estaba ahora, con el bebé en camino y todo. Pero Billy... él debería tener dinero. Hubert estaba seguro, sin embargo, de que Billy nunca devolvería un centavo de lo que había pedido prestado, y sería humillante pedírselo. ¿De quién podría pedir prestado ahora?

Una muchacha con un sombrero rojo blando pasó cerca del Packard. Hubert miró el sombrero y tuvo una inspiración. Quizá no había nada en la idea; aun así, no haría daño intentarlo.
Ella estaría despierta. No era del tipo que dormía hasta tarde. De todos modos ya eran más de las once. No perdió tiempo en probar los méritos de su inspiración. Fue de inmediato al departamento en Broadway donde vivían sus amigos los Moss. Durante el trayecto de cinco minutos Theresa se le volvió muy querida. Cuanto más pensaba en ella, más bondadosa y comprensiva le parecía. Ni siquiera se sorprendería de verlo solo y a esa hora. Se había convertido, en ese corto trayecto, en el tipo de amiga que anticipa todas las necesidades de uno.

Theresa, sin embargo, lo decepcionó en un aspecto. Cuando abrió la

puerta dijo:
—¡Vaya, por Dios!
Luego rió y añadió:
—Pasa. Supongo que no soné muy hospitalaria, pero no te esperaba, ya sabes. Pasa.
Él la siguió hasta la sala y luego a la cocina. Ella había estado planchando, pero desenchufó la plancha en preparación para una visita larga. Hubert se quedó en la puerta de la cocina mientras ella colgaba las prendas húmedas en una cuerda pequeña y ponía la plancha sobre el alféizar de máol para que se enfriara.

Volvieron a la sala a sentarse. Theresa encendió un cigarrillo y preguntó cómo estaban Hubert y Lillian. Era evidente su curiosidad por saber qué había motivado la visita, y Hubert se resistía a llegar a la razón de estar allí.
Durante más de media hora Theresa sostuvo la conversación, permitiendo de vez en cuando que cayera un minuto de silencio alentador.
Al fin Hubert dijo:
—Theresa, odio pedirte lo que he venido a pedirte hoy. De verdad lo odio. Va contra mi naturaleza y si no fuera por Lillian preferiría recibir un golpe antes que pedirte esto. Pero ya ves —supongo que es bastante evidente para ti— las cosas nos han ido bastante mal.
Theresa asintió.
—Bueno, la verdad es que estoy en una situación terrible. Lillian no se da cuenta de lo grave y no quiero decírselo. No tiene caso preocuparla, pienso. Me gustaría saber... En realidad quiero pedirte que me prestes cien dólares.
Theresa tragó saliva y miró fijamente a Hubert por un minuto.
—¿Qué puedes hacer con cien dólares? —preguntó.
—¿Qué puedes hacer con cien dólares? ¡Dios mío, Theresa, alimentarme a mí y a Lil y atender muchas cosas!
—Sí, pero ¿no ves lo que quiero decir? Cien dólares no duran mucho, y luego ¿dónde estarás otra vez? Justo en el mismo lugar donde empezaste.

—Pero espero tener un trabajo para entonces.
—Mira, Hubert, cien dólares no duran dos semanas con todas las cosas que dices que tienes que hacer con ellos, y en dos semanas no tendrás un trabajo si no lo has conseguido en todos los meses que llevas buscando.
—Bueno, mira, tengo uno bueno en vista.
—Yo vendería el Packard si fuera tú, Hubert —dijo ella con un tono algo frío.
—Pero no puedo, Theresa. Mira, lo necesito como fachada. Tú sabes cómo ve el mundo a un tipo que no puede mostrar una fachada decente.
—Sí, pero creo que cargas con un peso innecesario.
—Además —continuó rápidamente—, Lillian está loca por el auto. Odio quitárselo. No solo eso, si lo vendiera ella sabría que estamos arruinados y probablemente se preocuparía hasta la muerte.
—Oye, ¿no crees que debería saber cómo están las cosas? ¿Qué tal darle la oportunidad de salir de debajo de todo esto?
—¿Qué? —Hubert miró atónito a Theresa, y luego, al no recibir respuesta, continuó—. Oh, quieres decir darle a Lil la oportunidad de irse. Ella no quiere irse.
—¿Cómo sabes que no quiere? Quizá si supiera lo mal que están las cosas, querría marcharse.
—Oh, no. Además, las cosas no son tan terribles cuando tengo la oferta de un buen trabajo y todavía tengo el Packard.
—¿No tienes propiedades allá en tu tierra?
—Claro. Muchas. Pero, mira, Helen se daría cuenta y sabría que estoy manteniendo a alguien cuando viera cuánto dinero he gastado.
—Bueno, supongamos que Helen se enterara. No podría hacer más que divorciarse de ti.
—Oh, Helen es un caso triste, Theresa. Ya sabes, mayor, establecida y todavía loca por mí. No podría herirla tanto.
—No, supongo que no —dijo Theresa. No dijo nada más por un tiempo. Hubert siguió hablando de la condición lamentable de Helen. Al poco tiempo Theresa lo interrumpió para preguntar:
—¿Está Lillian desanimada?

—Mucho.
—¿De qué está desanimada si no sabe lo mal que están?
—Bueno, claro, sabe que no tenemos dinero para ropa y fiestas y cosas así. Lo único es que piensa que todo esto se acabará pronto.
—¿No es así?
Hubert levantó los ojos.
—Dios lo sabe —dijo.
—Pero pensé que tenías un buen trabajo a la vuelta de la esquina.
—Lo tengo, pero si lo aceptaré o no es otra cosa.
—¿Qué te haría rechazarlo?
—Un salario demasiado bajo.
—Pero ahora no recibes nada y de algún modo te las arreglas —señaló Theresa.
Hubert tomó uno de los cigarrillos de Theresa. Se alegró de no estar casado con ella. Helen había sido una elección mucho mejor. Esta maldita mujer debería haber sido fiscal de distrito.

Theresa estaba sentada golpeando pensativamente el piso con el pie izquierdo. Muchas ideas le pasaban por la cabeza. Hymie trabajaba tan duro por su dinero, pobre hombre. No era justo dárselo a un tipo que se quedaba sentado esperando lo mejor. Aun así, ¿qué sería de Lillian si Hubert decidía que ya no podía seguir soportando el asunto? ¿Qué le impediría marcharse de repente y no volver jamás? Y quizá Lillian sí quería a ese idiota. Nunca se podía dar cuenta de los gustos de la gente. Tal vez cien dólares le durarían hasta conseguir un trabajo. Pero quizá no tenía intención de conseguirlo. Quizá un día simplemente se apartaría de Lillian y volvería a donde demonios hubiera salido. Bueno, si era de ese tipo, cien dólares no lo iban a impedir. Pero quizá lo mantendrían con ella un poco más, y si Lillian amaba a Hubert... Oh, no había manera de calcularlo, pero de todos modos—

—Espera un minuto —dijo ella—. Voy a vestirme y me llevas al banco.

—Puedo cambiar un cheque —dijo él.

—No tenemos cheques —respondió ella—. Somos gente pobre.

Hubert se contuvo después de eso. No dijo una palabra más hasta que Theresa sacó cien dólares de su cuenta y se los entregó. Entonces dijo "gracias". Estaban en la calle Dyckman, afuera del Bank of Washington Heights. Hubert se sintió incómodo. ¿Y si Lillian pasaba por allí?

—Súbete, te llevo a casa.

—No, creo que caminaré hasta ver a Lillian. Animarla un poco.

—No le vas a contar esto, ¿verdad, Theresa? No quiero preocuparla, ya sabes, con deudas que debemos, y menos contigo.

—¿Por qué menos conmigo?

—Oh, pensaría que soy terrible, pidiéndole dinero prestado a sus amigas.

Theresa rió y se alejó. Hubert decidió que no le agradaba; aun así, ahora tenía cien dólares y se sentía muy bien tenerlos. Quizá antes de que se acabaran conseguiría un trabajo. Había escrito a la casilla 247X en respuesta a un anuncio que pedía un hombre inteligente mayor de treinta para ocupar un puesto ejecutivo. Todo parecía bastante prometedor. Solo quedaba inventar una historia para contarle a Lillian sobre los cien dólares. Bueno, diría que la semana en que su hijo empezó a trabajar le había dado cien dólares para comprar un traje y un abrigo. Dárselos, claro, no prestárselos. Pero el condenado muchacho estaba tan orgulloso ahora y tan feliz de ser un hombre de negocios que había insistido en devolvérselos. Esa era una buena historia. Ahora, ¿qué haría con el resto del día? A ver, ¿dónde estaba exhibiéndose esa película de Vilma Banky?

La casilla 247X nunca respondió a la carta de Hubert. Bueno, probablemente no habría sido gran cosa de trabajo de todos modos. Sintió que debía volver al club y decirles a algunos más que estaba abierto a ofertas, pero recordó que debía un poco de dinero allí y le daba cosa volver hasta poder pagarlo. Revisaba los anuncios del periódico cada mañana después de dejar a Lillian. Compraba los periódicos en la calle Dyckman y se estacionaba en el Drive para

leerlos. Sin embargo, había muy pocos anuncios que atrajeran a un hombre de inteligencia y capacidad ejecutiva. Y menos aún que pidieran respuestas por correo. Hubert no estaba interesado en los que pedían entrevistas personales inmediatas. No podía verse en fila con un montón de fracasados pidiendo a un desconocido que le diera trabajo. Los anuncios que hablaban de brillantes oportunidades para el hombre adecuado siempre tenían números de casilla; así que Hubert escribió a tres o cuatro, pero no recibió respuesta. Su asombro no tenía límites.

Los cien dólares que Theresa le dio no duraron mucho, pues había muchas demandas sobre ellos. Hubert pensó en vender el Packard y luego largarse del pueblo con Lillian y empezar todo de nuevo. Lo pensó como se piensa en una obra de teatro que uno ha visto. Muy entretenida, sí, y muy bien manejada, pero claro, nadie se comporta como el héroe. Aun así, una bonita historia para recordar de vez en cuando.

Solo quedaban diez dólares de los cien de Theresa cuando la compañía de gas amenazó con cortar el servicio en la pequeña cocineta. Lillian siempre había sido descuidada con el pago de las cuentas, y cuando había dinero de sobra nunca había inconvenientes por su negligencia. Era fácil pagarle al cobrador cuando aparecía con el aviso final. Pero ahora era distinto. Muy distinto. Cinco dólares con veintiún centavos le daban un golpe terrible al último billete de diez.

Hubert lo pensó. Ciertamente no iba a pagar con ese único billete, y el gas era muy necesario. Se puso el sombrero y salió.

En la esquina de la calle Dyckman se detuvo a considerar el asunto. El sol estaba fuerte. Se quitó el sombrero y se abanicó distraídamente. El sol brillaba sobre los escaparates de vidrio al otro lado. Hm, allí estaba la carnicería donde solían comprar. Buen tipo, ese carnicero. Muy servicial. Hubert cruzó la calle con paso decidido.

Era una tienda larga y estrecha, con pollos gordos y asados tiernos exhibidos en bandejas de esmalte blanco bajo vidrio. Hubert vio que el dueño de la tienda, que siempre le había atendido personalmente,

estaba ocupado en ese momento. Una joven algo quisquillosa estaba escogiendo unas chuletas de cordero y Hubert esperó pacientemente a que el carnicero lo notara.

La joven quisquillosa al fin quedó satisfecha, tomó su paquete y se fue.

—Hola —dijo Hubert.

—¡Vaya, hola, señor Cory! —dijo el carnicero—. Hace tiempo que no lo veo. ¿Ha estado fuera?

—Sí, estuvimos fuera un tiempo. Mi esposa estuvo muy enferma, ya sabe. Tuve que llevarla a las montañas.

—¿De veras?

—Sí, por un momento pensé que la iba a perder.

—No me diga.

—Fue bastante grave, pero ya la tenemos bastante recuperada.

—Siempre me pregunté por ella. Nunca la veía por aquí ni nada. Pensé que se habían mudado del barrio.

—Oh, no. No puede deshacerse de nosotros. Somos como las monedas malas que siempre vuelven.

—Le pregunté a Marty un par de veces si creía que habíamos hecho algo que no les gustara. Ya sabe, hay gente rara. Pensé que quizá le había tocado un pedazo de carne duro alguna vez o algo así. Ya sabe, los accidentes pasan, y algunos no saben que son accidentes.

—Oh, no. Nada de eso. Mire, siempre dije que usted tenía la mejor carne que he comido y que el servicio aquí era bueno también.

—Bueno, me alegra oírlo, señor Cory. No me gusta perder un buen cliente.

—No se preocupe. No nos ha perdido. Solo que estuvimos fuera y cuando volvimos no dejé que mi esposa hiciera cocina ni trabajo de casa. Ya sabe cómo es. Pero ya estoy cansado de restaurantes, y ella

también. Supongo que la próxima semana le pediremos un buen filete grueso.

—Ja, ja. Bueno, me alegra oírlo.

—Oiga, ¿podría cambiarme un cheque?

—Claro. No sería el primero que le cambio.

—Seguro que no. Este es un poco grande, eso sí. Trescientos quince dólares.

—Oh, lo siento mucho, señor Cory, de verdad. No tengo tanto.

—Caray, y ya es tarde para el banco y aquí estoy sin un centavo. Quería llevar a la señora Cory al teatro esta noche también. La pobre solo quería ver uno esta noche. Hace tanto que no ha podido ir.

—Bueno, eso sí que es una lástima. Oiga, podría darle algo de dinero, señor Cory. ¿Cuánto le serviría?

—Veinte o veinticinco serían estupendos.

—Está bien. Aquí tiene veinticinco. Cinco, diez, quince, veinte, sí, veinticinco. Espero que le ayude.

—Oh, estará perfecto. Mañana paso a verlo para arreglarlo.

—No hay prisa, señor Cory, no hay prisa. No perderé el sueño preocupándome por eso. Ja, ja.

—Ja, ja —repitió Hubert.

Cruzó la calle. Miró hacia atrás a la carnicería y vio al servicial carnicero en la puerta. Se veía limpio y alegre allí. Buen tipo. Probablemente nadando en dinero. Claro, todos esos hombres estaban nadando en dinero. Bueno, quizá no nadando, pero se las arreglaban bien. Hubert decidió que cuando las cosas volvieran a salirle bien le llevaría al carnicero un par de buenos cigarros y los veinticinco dólares, y le contaría lo arruinado que había estado y cómo el gran cheque había sido solo una excusa. Se reirían juntos de ello. Hubert recordó entonces a Carl Feldman y frunció el ceño. No valía la pena preocuparse por Carl. Ese tipo estaba ganando bastante

dinero. Además, Carl sabía que un hombre como Hubert Scott no iba a estafarlo por unos miserables cien dólares.

Estaba a dos puertas de su departamento cuando recordó que no tenía una historia plausible para contarle a Lillian que explicara la presencia de esos veinticinco dólares. Ella nunca creería que simplemente había salido y los había encontrado tirados en la calle. Ni siquiera si iba a Woolworth's y compraba una pequeña bolsa para ponerlos dentro. No, esa historia parecería demasiado rebuscada, temía. Caray, odiaba estar mintiéndole a Lillian todo el tiempo, pero no tenía caso preocuparla con deudas. Le contaría todo cuando consiguiera un trabajo. Incluso le contaría sobre Theresa entonces. Pero ahora, a ver —solo había estado fuera unos quince minutos; así que ella sabría que el dinero había venido de algún lugar del vecindario. Eso lo hacía peor. Quizá debería tomar el auto y dar vueltas por una hora. Pero ella lo veía ahora. Maldita sea. Allí estaba en la ventana. Él le sonrió y entró a la casa. ¿Y ahora quién demonios podía haber encontrado? ¿Billy? ¿Qué caso tenía darle crédito a Billy por devolver un préstamo? ¿Cliff? Lo mismo con Cliff.

Subió las escaleras. Lillian había abierto la puerta y estaba allí esperándolo.
—Caray —dijo ella—, está sofocante aquí esta noche.
—Sí, hace bastante calor. De todos modos puedes quitarte una preocupación de la cabeza. Esta noche tenemos veinticinco dólares y podemos pagar la cuenta del gas.
—¿Cómo así?
—Bueno, llamé a un tipo. Jack Roberts, se llama. Es del club. Buen tipo. Hace como un año —sí, supongo que fue hace un año— me pidió prestados veinticinco dólares. Odio pedirle a alguien dinero que le he prestado, pero, caray, cuando lo necesitas lo necesitas. Lo llamé y me dijo que iba al centro esta noche y que pasaría a darme el dinero.
—¿Aquí?
—Caray, no. Él conoce a Helen. Voy a encontrarme con él en Broadway y la calle Dyckman. Le dije que estaba aquí atendiendo

unos asuntos y que me había quedado corto.
—¿No le dirá a Helen?
—Bueno, eso no importa. Mira, si dice algo puedo decir que estaba haciendo un negocio para Steve Flynn.

—Sabes —dijo Lillian—, a veces pienso que Helen debe ser terriblemente ingenua.
—¿Por qué?
—Porque. Por ejemplo, ahora, ¿dónde cree que duermes cada noche?
—A veces en un hotel y a veces en casa de Steve. Le digo que estoy demasiado cansado para hacer ese viaje a casa cada noche. Nunca pregunta qué hotel. Confía en mí.
—Me pregunto si no podrías conseguir realmente un buen trabajo con Steve Flynn.
—No Lo vi por eso. ¿Cercano? Caray, ese tipo es más tacaño que todos los escoceses de los chistes. Quería que empezara con tres mil quinientos al año.
—¡Dios santo!

Hubert salió a caminar a las siete y cuarto, y cuando volvió le dio a Lillian los veinticinco dólares.
—Sabes —dijo ella—, no creí que ese hombre apareciera. Me sorprende gratamente ver el dinero. ¿Sabes lo que pensé? Pensé que él pensaría que realmente no necesitabas el dinero y simplemente lo dejaría pasar.
—Oh, no. Nunca he conocido a Jack Roberts decir que estaría en cierto lugar y luego no aparecer. Es un buen tipo. Te habría hecho conocerlo, solo que por conocer a Helen no pude.
—Por supuesto que no.

La cuenta del gas fue pagada y Hubert y Lillian hicieron su viaje a la costa. Respiraron el aire del mar, se llenaron de arena los zapatos y comieron una gran cena marinera. Les pareció extraño estar allí solos. El año pasado los Fisher se habían sentado con ellos en esa misma mesa y había habido mucha conversación y risas. Lillian y Hubert

hablaron muy poco, y ninguno dijo nada que hiciera sonreír al otro. Lillian pensó que las playas estaban decayendo terriblemente. Antes uno realmente las disfrutaba. Pensó que quizá estaban bajando los precios y dejando entrar al "elemento vulgar". Eso siempre arruinaba un lugar.

Hubert pagó la cuenta y emprendieron el regreso a casa. Era un viaje largo y el tráfico estaba pesado. Lillian quería conducir. Estaba segura de que podía hacer el viaje más rápido que Hubert. Él siempre permitía que todos los autos se le adelantaran y evitaba cada atajo. Cuando ella insinuó que quizá estaba cansado y le gustaría que ella condujera, él respondió bruscamente. Se había vuelto muy raro con el Packard, pensó ella. Ya no la dejaba tocarlo, aunque ahora estaba más viejo y ciertamente menos cuidado.

Él se sentó al volante del auto de su esposa y pensó sus pensamientos. Ciertamente iba a tener que repetir con alguien. Alguien que ya le había prestado dinero tendría que hacerlo de nuevo.

Por la mañana había decidido a quién recurrir por segunda vez. Tenía la ligera sospecha de que Carl Feldman lo rechazaría. Los Hermanos McKay probablemente también. Además, querían saber demasiado. No quería ir al club. Había un par de tipos allí que probablemente le pedirían directamente que devolvieron lo que había pedido prestado. Solo quedaba Theresa. Ella también podía rechazarlo. Pero no podían arrestar a un hombre por pedir. Le desagradaba un poco pedirle otra vez a Theresa. Podría pensar que tenía un descaro terrible. Pero, caray, ¿a quién iba a pedirle? Y si ella lo rechazaba, ¿qué demonios iba a hacer?

Se presentó en el departamento de Theresa puntualmente al mediodía. Tocó el timbre y preparó una cálida sonrisa para ella. Nada ocurrió. Ella estaba fuera. La sonrisa de Hubert desapareció. Las mujeres hoy en día no pensaban en nada más que en andar de aquí para allá. Decidió esperar un rato. No tenía nada que hacer de todos

modos. Sacó su periódico del bolsillo y separó cuidadosamente la sección de empleos de la de noticias y la colocó en el cuarto escalón. Se sentó y enseguida se concentró en las noticias de béisbol.

A las doce cuarenta y cinco Theresa subió los escalones con los brazos llenos de paquetes. Esta vez lo miró sin sorpresa.
—Sostén esto, ¿quieres?, mientras saco la llave. —Le entregó un gran paquete húmedo en cuya parte superior duraznos y naranjas competían por espacio. Había ejotes y lechuga en la bolsa también. Hubert los vio cuando la bolsa se rompió. El accidente ocurrió en la cocina de Theresa; así que no fue tan molesto como lo habría sido en los escalones. Hubert le señaló que la bolsa podría haberse roto allá afuera, pero ella siguió maldiciendo violentamente a las frutas y verduras y él decidió que simplemente estaba acalorada y cansada.

Ella guardó la carne en el refrigerador, pero dejó las demás cosas sobre la mesa. Luego fueron a la sala. Theresa arrojó su sombrero sobre la mesa abatible y encendió un cigarrillo. Fruncía el ceño profundamente y no hizo esfuerzo alguno por iniciar la conversación.

—Hace un calor terrible hoy, ¿no? —dijo Hubert.

—Sí —asintió Theresa.

—Pensé que estaba fresco en el pasillo. Solo había estado esperando unos cinco minutos cuando llegaste.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Hymie era blando. Demasiado blando. Había dicho: “Caray, Theresa, no creo que sea un mal tipo. Tonto, pero no malo ni nada. Me alegra que le hayas dado los cien dólares. Si vuelve, no lo rechaces. Claro, si sigue viniendo, tendremos que hacerlo. Pero podríamos aguantar una vez más.” Theresa apretó los labios. Hymie era demasiado blando.

—Theresa —dijo Hubert—, ojalá hubiera venido hoy para pagarte el dinero que te debo. Pero no te preocupes, lo pagaré. Pronto. La

verdad es que vine a pedirte hoy si podía prestarme un poco más. Estoy completamente arruinado, Theresa. Necesito otros cien.

—De veras, Hubert, seré franca contigo. No entiendo cómo tienes el descaro de traer ese Packard aquí y pedirme dinero prestado. Hymie y yo tenemos un poco de dinero. No nos morimos de hambre, pero al demonio si creemos estar en posición de mantener un auto así. Tienes mucho descaro, Hubert.

Él pasó nerviosamente la mano por su rostro. —Sí, lo sé, Theresa. Tienes razón en regañarme. Yo no soy el tipo de hombre que suele tener descaro tampoco. No soñaría con venir a ti esta vez ni la otra a pedirte dinero si no hubiera prometido mantener a Lil.

—Pero yo no prometí mantenerla.

—No, lo sé. Pero sé que la quieres. Nadie puede evitar quererla. Es tan bondadosa y de buen carácter. Te consideré su amiga y pensé que serías la última—después de mí—que querría verla en problemas.

—¿Y qué pasó con ese trabajo que casi tenías?

—Se lo dieron a otro.

—¿Por qué?

—Él... él podía hablar italiano.

—¿Qué clase de trabajo era?

—Bueno... tenía mucho que ver con entrevistar italianos.

Theresa lo miró fijamente, y él se incomodó y empezó a moverse inquieto en la silla.

—Creo que deberías vender ese Packard hoy —dijo ella.

—¿Y entonces dónde estaría yo? —se lamentó.

—Probablemente con ocho o nueve cientos dólares más. ¿Te gusta estar en la ruina?

—No, pero nunca conseguiría un trabajo si no aparento prosperidad.

—No has conseguido ninguno aparentando prosperidad —dijo ella cruelmente—. En cambio, muchos hombres sin Packards han conseguido empleos.

—Sí, pero, Theresa, tendría que explicárselo a Helen.

—Dile que te cansaste del auto. Al fin y al cabo, no es asunto suyo.

—Oh —gimió Hubert—. No entiendes.

—No, soy bastante tonta.

—No quise decir eso. Theresa, por el amor de Dios, si puedes prestarme cien dólares, dámelos. Te los devolveré. De verdad lo haré. Te daré cien por ciento de interés sobre los doscientos antes del invierno. Ya verás, conseguiré algo.

—No hables así, Hubert. No te estoy prestando dinero como inversión de negocios, ya sabes. Vamos, llévame al banco y te los daré. Pero no me importa un comino lo que te pase después de esto. No te atrevas a pedirme más dinero mientras tengas ese auto.

—Está bien, Theresa. Gracias. —Había derrota en su tono. Ella tuvo la sensación de que habría llorado si lo mantenía en suspenso un minuto más. ¿Creía Lillian que él iba a tener dinero para gastar otra vez, o lo amaba de verdad? La pregunta ocupó a Theresa todo el camino al banco y de regreso. Le dio el dinero a Hubert afuera de su propia puerta.

—Gracias, Theresa. Muchas gracias. Oye, no... no le vas a mencionar esto a Lillian tampoco, ¿verdad?

—No —respondió ella secamente.

—Gracias, Theresa.

Él se marchó entonces. Ese fue el día en que Hubert vio por primera vez a Emil Jannings. Le gustó mucho, también.

CAPÍTULO 19

Lillian recibió el primero de agosto sola. Hubert había pasado la noche anterior con su esposa y su hijo. Sintió que realmente debía hacerlo. La tía de Helen, que vivía en Wheeling, estaba de visita y pensó que era lo correcto aparecer al menos una vez. Helen no se lo había pedido, pero probablemente porque lo creía extremadamente ocupado. Se pondría feliz con su gesto de consideración.

Lillian sacó la factura de la luz del buzón y se encontró con el cobrador de la renta en las escaleras al volver a su departamento.
—Buenas tardes, señora Cory —dijo amablemente—. La veré en unos quince minutos. ¿Estará en casa?
—Sí, estaré, pero... mi esposo salió y olvidó dejar la renta.
—Ah, ya veo. ¿A qué hora volverá?
—No hasta tarde. Después de la cena.
—¿Alrededor de las siete?
—Más bien a las ocho.
—Bueno, pasaré como a las ocho y media.

El cobrador anotó un recordatorio en su libreta. Lillian pasó junto a él y subió las escaleras. Tenía las mejillas calientes y estaba sin aliento. El cobrador volvería esa noche. ¿Y si Hubert no tenía el dinero? Podría conseguirlo, claro. En el peor de los casos, probablemente pediría prestado a alguien. Pero era muy posible que no lo tuviera esa noche. Eso significaría otra visita del cobrador. Eso era una vergüenza. Lillian había sido criada para creer que nada era más vergonzoso que no tener la renta el primero del mes. Recordó a la señora Egan —una sombra lejana de su infancia. La señora Egan nunca tenía la renta el primero. Un mes el cobrador había ido once veces. Lillian lo recordaba porque su madre lo había comentado después.

¡Oh, si el casero solo conociera a Hubert! Si se diera cuenta de que Hubert no era como los demás inquilinos. Treinta y cinco dólares no eran nada para él. La renta era ridículamente pequeña. Solo que

ahora, claro, había una pequeña caída en la fortuna de Hubert. Se preguntó si podría escribir lo bastante bien como para darle al casero alguna idea del verdadero estatus de Hubert. Cómo había regalado dinero como si nada. Cómo pronto podría hacerlo otra vez. Se sentó en la ventana mirando hacia la calle calurosa y preguntándose qué clase de persona sería el casero. Probablemente un tipo imposible que se impresionaría más por el pago puntual de esa renta insignificante que por cualquier cosa que pudiera decirle sobre Hubert.

El sol brillaba en el pavimento y las mujeres mecían cochecitos de bebé, se abanicaban y conversaban. Los niños caían y sus madres los regañaban. Al otro lado de la calle había otra mujer sentada en su ventana mirando lo que ocurría en la calle. Lillian se preguntó si esa mujer tendría lista su renta para entregarla al cobrador. Si no la tenía, podría vender ese anillo que el sol hacía relucir. Parecía bastante grande. Pero claro, desde lejos no se podía saber, y quizá era falso.

¡Oh! Lillian pensó de pronto en algo. Levantó la mano y examinó el anillo que Hubert le había dado casi dos años antes. Tenía veinte diamantes, aunque muy pequeños. Aun así parecían buenos diamantes, y estaban esas cuatro franjas de zafiro. Debía valer algo. Le era imposible calcular su valor. En distintos momentos lo había estimado entre cincuenta y quinientos dólares. En cualquier caso, seguramente podría conseguir treinta y cinco por él, y con eso la renta estaría pagada. Y pagada esa misma noche. Odiaba desprenderse del anillo. Le tenía cariño. Aun así, los meses calurosos de inactividad y malos negocios pronto terminarían. En otoño las cosas se moverían, los hombres de negocios estarían más activos y despiertos. Contratarían a otros hombres para ayudarlos a enfrentar los meses prósperos de gasto. Hubert podría conseguir un puesto entonces y le compraría otro anillo. Quizá uno mejor.

Lillian decidió no vender el anillo a menos que el valor en empeño fuera demasiado bajo. Necesitaba treinta y cinco dólares. Incluso un

poco más sería útil. Estaba la factura de la luz y siempre el asunto de la comida.
Deseó tener su Nash. Odiaba usar el metro en un día caluroso como ese. Sería tan conveniente bajar en el auto deportivo. Pero entonces recordó que, si tuviera el auto deportivo, no habría motivo para ir al centro ese día.

Sintió que debía haber casas de empeño en la calle Ciento Veinticinco. Al reconsiderar, sin embargo, decidió ir más al centro. Había mayor posibilidad de encontrarse con alguien conocido en Harlem.
En la Octava Avenida, en los Cuarentas, Lillian encontró casas de empeño. Le daba reparo entrar. ¿Qué se le decía al hombre? ¿Tenía que mostrar prueba de que la prenda realmente le pertenecía?

Se quedó frente a una tienda varios minutos, fingiendo admirar la exhibición de instrumentos de cuerda. En realidad esperaba un momento en que no pasara nadie. Sería terrible que la gente la mirara entrar a una casa de empeño. La gente seguía pasando. Dentro de la tienda, el prestamista observaba a Lillian, aunque parecía ocupado con el interior de un reloj de pulsera. Conocedor de las debabilidades y rarezas de la naturaleza humana, el prestamista sabía lo que Lillian esperaba. Él, a su vez, esperaba que ella comprendiera que la gente pasaría frente a su tienda todo el día en interminable procesión.

Al fin oyó abrir la puerta. La miró cuando avanzó hacia el mostrador.
—Hace calor, ¿verdad? —dijo inesperadamente.
—Ya lo creo —respondió Lillian. Se quitó el anillo y lo puso frente a él. Comenzó a reír nerviosamente. El prestamista no se sorprendió. Muchas personas reían y preguntaban justo como ella preguntó, con descuido y como si no importara: "¿Cuánto me da por eso —quince centavos?"

La miró mientras tomaba el anillo. Rechoncha, desaliñada, demasiado maquillaje. Bonita de todos modos y joven. No actriz. No vagabunda.

No podía ubicarla y eso lo molestaba.
Examinó el anillo con la lupa de joyero.
—Hm —dijo—, ¿qué son esas cosas?
—¿Qué? —preguntó Lillian alarmada.
—Las azules.
—Zafiros.
—¿Sí? Bueno, ya no soy tan joven. No puedo seguirle el paso a todo. Supongo que son una nueva clase de zafiro.
—Quizá —dijo Lillian inocentemente.
—Me parecen vidrio.
—Oh —dijo ella—. Los diamantes están bien, ¿verdad?

En respuesta, arrojó el anillo sobre el tapete de goma.
—Le doy cincuenta dólares —dijo—. Soy un tonto al hacerlo, pero quizá me cambie la suerte. El negocio está podrido con este calor.

Le dio a Lillian cincuenta dólares en billetes de cinco. Ella se volvió para salir, pero él la llamó.
—¿No piensa recuperarlo? —preguntó.
—¿Qué?
—¿No piensa sacarlo otra vez?
—Sí. Claro que sí. ¿Por qué?
—Necesitará un recibo.
Le hizo el recibo con un gran 50 en tinta indeleble.
—Aquí tiene —dijo.
—Gracias.
—¿Artista? —preguntó.
—¿Qué?
—¿Es artista? ¿Está en el teatro?
—№ —Lillian sonrió con placer—. ¿Qué podría hacer yo en el teatro? —le preguntó como si él la animara a iniciar una carrera.
El prestamista se encogió de hombros.
—No sé qué podría hacer —dijo—. Solo me preguntaba.
—No —repitió Lillian. Miró en su bolso para asegurarse de que el dinero y el recibo estuvieran seguros. Luego salió, muy satisfecha con

el resultado de su aventura.

Hubert la esperaba cuando llegó a casa. Estaba sentado en la silla junto a la ventana, secándose la frente con un gran pañuelo grisáceo.

—Hola —dijo él—. ¿Dónde estabas?

—Afuera.

—No me estarías tomando el pelo, ¿verdad? Pensé que estabas escondida debajo de la cama.

—No te enojes. ¿Tienes dinero?

—№ ¿Por qué?

—Hoy es día de renta.

—Caray, lo olvidé por completo. —Sus ojos pálidos se perdieron soñando en la calle abajo—. Bueno, no te preocupes, Lil. Sabes que puedo conseguir el dinero.

—¡Ya lo conseguí! —gritó ella. Había querido dar la noticia con más suavidad para que la sorpresa fuera mayor.

—¿Qué? ¿Lo conseguiste? ¿Cómo? —La miró incrédulo.

—Empeñé mi anillo.

—¿Cuál?

—Ahora, ¿cuántos tenía? El de zafiros y diamantes, por supuesto.

—¿Cuánto te dieron por él?

—Cincuenta dólares —anunció orgullosa.

—Caray, Lil, debiste haber conseguido más que eso. Se supone que esos tipos te dan un tercio del valor del anillo. Yo pagué doscientos cuarenta dólares por él. Debiste haber conseguido sesenta y cinco... no, debiste haber conseguido ochenta dólares.

—El hecho de que pagaste doscientos cuarenta no prueba que valga tanto. Quizá te estafaron.

—No digas tonterías. Lo compré al mayoreo.

—Aun así —dijo Lillian con fastidio. No es divertido que arruinen tus sorpresas con críticas desagradables—. De todos modos tenemos la renta.

Esperaron al cobrador, que apareció puntualmente a las ocho y media. Lillian le entregó el dinero y recibió un recibo que guardó cuidadosamente en el cajón del buró. En la otra casa no había guardado recibos. Ahora sí los guardaba. La pobreza hace que desconfíes de la gente.

Fueron al cine para la función de las nueve. Lillian no tenía ganas de ir, pero Hubert insistió.

—Al demonio, ¿qué caso tiene quedarse aquí? —argumentó—. Está más fresco en el cine y me quita las preocupaciones por un rato.

Lillian no dijo nada. Fue a peinarse. Sus preocupaciones. Odiaba que él admitiera que había problemas. Las cosas se sobrellevaban mejor si no se mencionaban o, a lo sumo, se aludían a la ligera.

Cliff y Anna estaban en el teatro. Lillian los vio sentados en la penúltima fila, mirando boquiabiertos la película. No le mencionó a Hubert que los Sullivans estaban allí. Temía que él insistiera en hablarles. Sabía que Cliff y Anna serían muy agradables y corteses, pero no tenía deseos de imponerse.

Después de la película, Lillian y Hubert se detuvieron a tomar helado. Luego dieron un corto paseo. Cuando fue imposible prolongar más su ausencia, regresaron a su sofocante pequeño departamento y se acostaron.

Lillian pagó su factura de luz al día siguiente. En lugar de enviar el dinero por correo lo entregó en persona. Era algo que hacer. Los días eran tan largos y nunca había nada más que sentarse en la ventana y esperar. Había intentado caminar por Dyckman y la calle Doscientos Siete, pero no encontraba placer en esas caminatas. Mantenía los ojos apartados de las tiendas de ropa y sombreros para no ver algo deseable e inalcanzable. Las otras tiendas la aburrían. No le

interesaban las cortinas de marquisette, los libros ni la ferretería. Pensó en caminar por el Drive, pero decidió que también sería aburrido, sin nadie con quien hablar. Había autobuses que corrían desde la calle Ciento Ochenta y Uno hasta Washington Square. Sabía que muchas mujeres pasaban la tarde haciendo ese recorrido de ida y vuelta sentadas en la parte superior del autobús. Pero eso no era para Lillian, que no confiaba en la conducción de nadie más que en la suya. Pensaba a menudo en su roadster y en Louise y en las compras y en todo lo que solía hacer que sus tardes volaran.

Volvió a casa después de pagar la factura de la luz y se desvistió. Se bañó y se puso su kimono, luego se sentó en la ventana. Esas mujeres allá abajo en la calle con sus hijos, ellas probablemente estaban ocupadas cada minuto. Sin tiempo para esperar o temer o nada más. Ahora sabía que los bebés recibían jugo de naranja. Las madres de esa calle atendían muchas de las necesidades de sus hijos afuera.

El pequeño Essex limpio y bien cuidado se detuvo frente a la puerta y Lillian se levantó de un salto para saludar con entusiasmo a Theresa. Se sintió profundamente conmovida por la bondad y la tranquila fidelidad de Theresa. Tenía un modo duro de ser. No mentía para salvar tus sentimientos como otros, pero estaba allí cuando la necesitabas.

Theresa entró y se empujó el sombrero hacia arriba en la frente. Quedó en un ángulo extraño que la hacía parecer una tonta. —Caray, qué calor —dijo.

—Ya lo creo —respondió Lillian—. Fui a pagar mi factura de luz y al volver me metí directo en un baño frío.

—Eso haré yo cuando llegue a casa. Solo pasé a saludar.

—¿Qué has estado haciendo?

—Nada. Demasiado maldito calor.

—Lo dijiste. Fuimos al cine anoche. Vimos a Harold Lloyd. Fue gracioso. Cliff y Anna estaban allí.

—¿Les hablaron?

—Qué va. No voy a obligar a la gente a hablarme si no quiere. ¿Los has visto últimamente... o a los Fisher?

—Vi a Louise anoche. Vino a pedirme unos tenedores. Va a dar una fiesta esta noche.

—¿Vas?

—№ Aquí está lo gracioso. No me invitó.

—No lo digas.

—Te juro que no. ¿No es para morirse de risa? Me pidió una docena de tenedores y rechazó mi mejor mantel—porque no era blanco; es de encaje ecru calado, ya sabes—y no me invitó.

—¿Quiénes van? ¿Tienes idea?

—Sí. Amigos de Billy.

—¿Gente de la radio?

—Bueno, eso es lo que Louise quería que creyera, pero creo que son vendedores de pintura. Está en un nuevo departamento, ya sabes.

—Oh, sí. ¿Dónde?

—En el lado oeste. Avenida Bennett.

—Eso está bien. Iré a verla seguido.

—Sí. Tú y yo. Espero recuperar mis tenedores.

—No los recuperarás; así que no te preocupes por ellos.

—¿Que no? No me conoces.

Sí, Theresa se veía bastante capaz y próspera también. Claro, un Essex no era un Packard. Aun así, Theresa llegaba a donde quería y no se moría de hambre pagando renta de garaje. A Lillian le gustaba cómo estaba vestida su amiga ese día. Llevaba una falda blanca de franela plisada, un suéter blanco y un sombrero blanco de fieltro cortado alto sobre las cejas y bajo en la nuca. Y en los pies, unos zapatos verdes

brillantes de piel. Theresa tenía zapatos blancos, pero le divertía usar lo inesperado. Cuando hacía eso sentía que burlaba la parte de su naturaleza que regateaba con los fruteros por un níquel.

Sí, Theresa parecía próspera y además había sido una amiga. Una idea empezaba a formarse en la mente de Lillian. Quizá a Hubert no le gustaría. Aun así, realmente no había daño en ello y pronto podrían arreglarlo todo de nuevo.

—Caray, Theresa, este ha sido un verano terrible para mí. Hemos estado tan en la ruina. Voy a pedirte algo. Se me acaba de ocurrir y puedes decir que no sin herir mis sentimientos si quieres decir que no. Es un descaro terrible, lo sé, pero, de verdad, eres mi única amiga. Theresa, ¿podrías prestarme algo de dinero?

Theresa miró las puntas de sus zapatillas verdes. Tres veces intentó hablar, luego pareció pensarlo mejor. Al fin preguntó: —Lillian, ¿me creerías si te digo que no puedo permitírmelo?

Lillian sonrió. —Claro, Theresa, lo entiendo —dijo.

—No, no, eso no es lo que quiero decir. Estás entendiendo mal. Estás entendiendo que no quiero prestarte el dinero y que solo estoy dando largas. No es eso, Lillian, te lo juro por Dios que no lo es.

—No, claro que no. Sé lo que quieres decir.

—No creo que lo sepas. De verdad, Lillian, si pudiera te prestaría mil dólares, pero estoy atrapada. No puedo permitírmelo. De verdad que no.

—Está bien, Theresa. No te sientas tan mal por eso.

—Pues sí me siento mal. Odio decirte que no, Lillian. No puedes saber cómo me siento con esto. Caray, si pudiera, lo tendrías. Dios, estoy en una posición extraña.

—¿Por qué?

—Oh, por tener que decirte que no. Debe parecerte que digo ser tu amiga y luego resulto igual que los demás cuando me necesitas.

—№ Lo entiendo, Theresa. De verdad lo entiendo.

Pero Theresa solo sacudió la cabeza y murmuró: —Ojalá pudiera prestarte dinero solo para demostrar que no soy pura palabrería.

—Oh, está bien. Nos las arreglaremos.

—Mira, Lillian, quizá aún pueda demostrarte que soy tu amiga. Ven a mi casa y quédate todo el tiempo que quieras. Tengo ese sofá y puedes quedarte hasta que consigas trabajo y ahorres lo suficiente para levantarte otra vez.

—Caray, qué amable de tu parte, Theresa. Lo aprecio, de verdad lo aprecio. Pero ya sabes que los hombres son raros. Creo que Hubert preferiría que tuviéramos nuestro propio lugar, por miserable que sea.

Theresa dijo: —Para decirte la verdad, Lillian, la invitación no incluía a Hubert.

—Oh. —La boca de Lillian se endureció y se afinó—. ¿Pensaste que lo dejaría solo porque está en la ruina?

—No podría llamarse dejarlo solo cuando lo has aguantado seis meses.

—Si tiene que aguantarlo más tiempo, yo también puedo.

—Mira, seamos sensatas. Eso significa desagradable. ¿Alguna vez pensaste que tu Hubert va a casa de vez en cuando y se llena de buena comida? Que es demasiado terco para vender el Packard y hacerte la vida más fácil. No le estás haciendo ningún bien estando aquí, y él no te está haciendo ningún bien. Estarías mejor lejos de él.

—Gastó su dinero en mí y en mis amigos, ¿no?

—Supongamos que sí. Lo pagó. Tú le has dado casi dos años de tu vida. Theresa nunca había visto a Lillian discutir antes ni con las mejillas rojas y calientes. Sabía que Lillian estaba molesta con ella, pero estaba decidida a decir lo que pensaba. Dijo: —Él puede soportar este lugar mejor que tú. No, no porque sea hombre. Eso es cuento de hadas. Los hombres no son más valientes que las mujeres. Él puede soportarlo porque descansa de vez en cuando. Puede ir a

casa y probablemente dormir en una casa muy buena. ¿A dónde puedes ir tú? Además, él tiene esa casa en qué pensar en los momentos oscuros. Puede ir allí a quedarse, Lillian, si las cosas se ponen peor. ¿Alguna vez pensaste en eso?

—№

—Bueno, piénsalo ahora. Mira las cosas como yo.

—¿Por qué?

—Porque tengo razón. Él te quiso y te consiguió. No le debes nada.

—¿Sentirías lo mismo por Hymie? Si Hymie no pudiera mantenerte mañana, ¿te sentirías libre de dejarlo?

—№

—Porque algún tipo dijo un hocus-pocus en latín o hebreo—o como sea que se casaron—sobre ustedes. Piensas que si una mujer no está casada con un hombre es tan baja que unos cuantos trucos miserables no la harían peor.

—Lillian, sabes que no soy así. Estás hablando tonterías. No me sentiría justificada en dejar a Hymie porque ese hombre ha trabajado por mí. Estamos casados desde que tenía dieciocho. Son ocho años. Tres de esos los pasó en una fábrica, y una vez, créelo o no, fue ayudante en un restaurante por un mes. Se ha ganado el derecho de esperar que me quede en las buenas y en las malas.

—No te creo, Theresa. Creo que esperas que yo me libere solo porque no estoy casada con Hubert.

—Me insultas, Lillian.

—Al diablo con eso. Tú también me insultas cuando piensas que soy del tipo que se queda con la cartera de un hombre.

—¿Por qué no vende Hubert ese Packard?

—Theresa, ni siquiera considero que eso sea asunto mío.

—Está bien, Lillian. Solo quiero ayudarte. Yo...

—No quiero ninguna ayuda tuya, Theresa. Cualquiera que no incluya a Hubert cuando reparte favores no tiene por qué ayudarme.

—Oh, maldita tonta, Lillian Cory. —Theresa se detuvo y comenzó a llorar—. Qué demonios —dijo—. Me voy.

Se fue. Lillian, desde la ventana, vio el sol brillar sobre las alegres zapatillas verdes de Theresa. Oyó arrancar el auto y se inclinó por la ventana, aún mirando cuando dobló la esquina.

—Supongo que fue la mejor amiga que tuve —pensó Lillian—. Siempre me pareció tan decente y recta. Caray, hasta pensé que era del tipo en el que una persona podía confiar.

CAPÍTULO 20

Hubert se sentó en la ventana y meditó sobre la malignidad del destino. Como si las cosas no hubieran estado ya bastante mal, tenía que resfriarse. En agosto, nada menos, con el sol más caliente que el infierno y sin una brisa que se moviera, se había resfriado. Su suspiro lastimero terminó en un estornudo. Maldita suerte. Y los resfriados no eran broma tampoco. Dios, qué enfermo hacían sentir a un hombre. Probablemente no podría salir mañana, y realmente debía salir. Tenía que conseguir dinero de algún lado. Solo quedaban dos o tres dólares del anillo de Lillian. Habían sido unos tontos al ir al cine y comer chuletas gruesas de cordero. Debieron haber ahorrado un poco. Curioso cómo no podía acostumbrarse a ser pobre. Algunas personas nacen para tener dinero de sobra y él era una de ellas. Ahora, con un resfriado como este, debería estar en cama. No en esa cama de adentro. Oh, la cama no estaba tan mal, pero la habitación... Debería estar en un cuarto grande y ventilado, simplemente descansando. De vez en cuando alguien podría traerle té y pan tostado. Incluso un huevo escalfado o un pedazo muy tierno de carne. Era agradable recostarse en una cama suave entre sábanas frescas y crujientes. Especialmente si uno estaba enfermo. Hubert estornudó otra vez.

Lillian, recostada en el sofá, lo miraba con creciente desconsuelo. Ese era un mal resfriado el que tenía. Pobre Hubert. Había oído que los resfriados de verano eran muy difíciles de curar y más peligrosos que los que se contraían en invierno. Nunca llueve sin que se desborde. Probablemente ahora se pondría realmente enfermo. Volteó la cabeza y miró hacia la luz. Solo era de veinte watts; así que no le hacía daño mirarla. Se sentía muy decaída. El último tramo siempre es el más difícil, se dijo; por eso se sentía tan abatida. El problema estaba casi terminado ahora y, en lugar de estar alegre, estaba agotada por el esfuerzo y desanimada. El próximo mes sería septiembre. Ese era el mes en que la gente empezaba a hacer cosas. ¿No era afortunado que no hubiera estado triste y melancólica antes, cuando aún había tanto por enfrentar? Trató de animarse planeando su nuevo departamento. Probablemente sería el primero de noviembre cuando lo tomara. No tenía sentido mudarse en cuanto Hubert consiguiera un trabajo. Ahorrarían un poco primero. Pensó que esta vez amueblaría su dormitorio en arce. Había visto una foto en una revista de un dormitorio amueblado en arce y se veía estupendo. Sería divertido salir de este lugar y dejar todo atrás. El nuevo departamento la estaría esperando, todo recién amueblado y limpio. Quizá se mudaría a ese nuevo edificio que estaban levantando en...

Hubert estornudó de nuevo y Lillian suspiró y olvidó sus planes para el nuevo departamento. Un resfriado de verano era serio. Debería tomar algo. Quería preguntarle cómo se sentía. Probablemente él diría que se sentía bien y eso la animaría. Solo que eso podría iniciar una conversación, y hacía demasiado calor y no tenía energía para conversar. Quizá si se daba un baño frío. Pero, Dios, qué fastidio, llenar la tina y todo.

Se oyó un trueno lejano. Ahora llovería. Quizá eso refrescaría un poco. Su madre siempre decía que la lluvia hacía más calor. Ella siempre decía algo distinto de lo que decía todo el mundo. Lillian se preguntó qué estaría haciendo la anciana esa noche. Probablemente sofocándose como todos. Oh, bueno, el verano era un tiempo

hermoso si podías pasarlo como los ricos. Simplemente tirados todo el día en la arena de Long Beach.

Había un mosquito en el techo. Volaría alrededor de su cabeza cuando apagaran la luz y tratara de dormir. La vida estaba llena de cosas así. Hubert se sonaba la nariz ahora. Quizá tenían algo en la casa que sirviera para un resfriado. ¿Qué servía para un resfriado? Un pañuelo. Caray, había hecho un chiste. Pensó en contárselo a Hubert pero decidió que no era lo bastante gracioso como para justificar el esfuerzo.

La radio de alguien sonaba terriblemente fuerte. Evidentemente alguien estaba de humor para ese tipo de cosas. Dios, ¿cómo podían estarlo en una noche como esa? El hielo no duraría hasta la mañana y la mantequilla estaría blanda y desagradable en el desayuno.

Hubert pensaba sus pensamientos. Allí estaba, enfermo y arruinado. Las cosas no podían seguir así. Solo un tonto se dejaba arruinar tanto que llegaba a la necesidad real. No tenía caso seguir dando vueltas. Tendría que recomponerse y dejar de perseguir a tipos para que le prestaran dinero. Ahora era momento de hacer algo. Mañana por la mañana iría a pedirle dinero a Helen.

Se necesitaría valor, claro, pero, al diablo, no le tenía miedo. Necesitaba el dinero. Dios, no podía quedarse a morir de hambre o morir de ese resfriado. Tendría que ver a un médico. Quizá estaba contrayendo neumonía o gripe o alguna de esas cosas mortales. Un hombre tenía que cuidar su salud.

Le pediría a Helen mucho dinero. No porque realmente necesitara tanto —caray, pronto habría un trabajo, siempre que estuviera lo bastante sano para tomarlo— sino porque Helen sería altiva con alguien que pidiera cien dólares y respetuosa con quien pidiera mil. Haría que lo respetara bien y mucho. Le pediría cinco mil dólares. Hablaría como Rockefeller. Le diría que tenía la oportunidad de hacer

una buena inversión, solo que le faltaban cinco mil dólares. Eso la impresionaría. Ella siempre estaba a favor de las inversiones. Probablemente le preguntaría en qué iba a invertir. Tendría que inventar algo. Bueno, eso no sería difícil. Qué demonios, mejor que le diera el dinero a él que dejarlo tirado sin uso o gastarlo en el hijo. De todos modos estaba volviendo al muchacho un blandengue al darle demasiado y hacerle la vida demasiado fácil. Se había deshecho del Oakland y le había comprado al chico un Studebaker. Probablemente ganaba veinte dólares a la semana y allí estaba, paseando en un auto nuevo y elegante. Helen era tonta en algunas cosas. Bueno, podía ser un poco tonta por él. No le haría daño. Le devolvería los cinco mil con intereses pronto. Compraría una gran caja de dulces y pondría el cheque dentro. Luego le daría los dulces y le diría: "Lo siento, Helen, no puedo pagarte tu dinero, pero aquí tienes una caja de dulces." Y justo cuando empezara a enfurecerse encontraría el cheque y se sentiría como un centavo falso.

Hubert estaba tan encantado con toda la idea que le sonrió a Lillian, pero ella tenía los ojos cerrados.

—Lil —dijo él.

Ella abrió los ojos y esperó a que él dijera lo que tenía en mente.

—Oye, Lil, no te quedes tirada como si hubiera ocurrido una calamidad. Vamos a estar un poco alegres. Haz café, ¿quieres?

—¿Café? ¿Con este calor?

—Bueno, podríamos enfriarlo con hielo.

—Con lo que tenemos en el refrigerador no podrías enfriar ni un dedal de café. Ha sido un día caluroso, ya sabes.

—Bueno, hagamos algo un poco alegre.

—¿Como qué?

—Vístete y vamos a dar un paseo.

—¡Anda! Deberías irte a la cama. Estás enfermo. He estado escuchándote estornudar y todo. Vamos, vamos a acostarnos.

—Todavía no son las diez.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada, supongo, solo que de repente me dieron ganas de hacer algo para animarnos un poco.

—Debes tener fiebre —dijo Lillian.

Él rió. —Bueno, si tengo fiebre, mejor me quedo con fiebre toda la vida, porque me da unas ideas estupendas.

—¿Como cuál, por ejemplo?

—Como la que acabo de tener.

—¿Cuál?

—Que deberíamos estar alegres.

—Oh.

Él volvió a reír. —Vamos, Lil, anímate un poco.

—Estoy bien —dijo ella con irritación.

—No, no lo estás. Tienes una cara de un kilómetro de larga.

—Bueno, tengo calor.

—Yo también, pero no estoy llorando por eso, ¿verdad?

—Vamos, será mejor que durmamos antes de que empiece a enojarme.

—¿Con qué?

—Contigo. Por Dios, hace demasiado calor para que me fastidies con que esté alegre. La alegría no se consigue porque alguien te esté fastidiando para que sonrías. Eres tan ridículo como esas malditas tarjetas de felicitación que te llegan con cosas de "querida madre, cielos azules, amigos cariñosos y palabras amables."

—¿Qué te pasa, Lil?

—¡Tengo calor! —gritó ella.

—Bueno, yo estoy enfermo y estoy tratando de estar alegre.

—Sigue sonriendo, pajarito azul. Aunque los cielos estén grises, sé brillante, porque pronto estarán mucho más grises.

—Caray, eres tremenda.

—Oh, Hubert, lo siento. De verdad lo siento, pero estoy tan acalorada, incómoda y triste.

Él la miró sorprendido. —¿Triste? ¿Por qué estás triste? No ha pasado nada terrible, ¿verdad? Hemos tenido comida y techo. No hay nada por qué estar triste. Quizá, por lo que sabes, mañana a esta hora estemos en la buena vida. Caray, si hubiéramos estado hambrientos y sin renta entendería que estuvieras así.

Ella no dijo nada porque había demasiado que decir. Él no entendería cómo una mujer necesita suéteres brillantes, faldas de seda plisadas, zapatillas rojas y pequeños sombreros suaves para enfrentar el verano. El calor solo es opresivo cuando tienes que vivirlo sin los materiales frescos y los colores tropicales que florecen en cada tienda. Caray, el verano pasado había tenido un suéter por el que había pagado ocho dólares con cincuenta centavos. Era de un verde brillante y tenía...

—Además —añadió Hubert—, me siento tan mal que pensaría que podrías mostrarte un poco viva para hacerme sentir mejor.

Lillian se incorporó y se inclinó para tomar sus zapatos. Se deslizaron fácilmente. Estaban viejos y completamente deformados.

—Hay leche en el refrigerador —dijo—. La compré para la carne en crema pero no la usé toda. ¿Quieres un poco?

—¿Hay un vaso lleno?

—Claro. Probablemente más. Una pinta habría sido suficiente para la carne en crema, pero el maldito tendero solo tiene botellas de un cuarto; así que tuve que llevar un cuarto.

—Está bien. Dame un vaso de leche.

Lillian sirvió la leche y se la entregó. Estaba muy fría y él la bebió de un solo trago. —Caray —dijo—, estuvo buenísima.

—¿Quieres más?

—No, con eso basta.

—Creo que debiste haberla tomado tibia —dijo Lillian.

—Buen momento para decirlo.

—Bueno, aquí hay más. ¿Quieres que la caliente para ti?

—№

—Ayudaría a tu resfriado.

—Sí, probablemente ayudaría al resfriado, pero no me haría ningún bien.

—Caray, eres terco. Aquí estoy tratando de hacer algo por ti.

—Estaré bien. No te preocupes por mí.

—¿Cómo no preocuparme? Puedo ver que estás muy enfermo.

—Bueno, estaré bien. Supongo que puedo soportarlo mientras no empeore.

—Deberías ver a un médico.

—Quizá lo haga.

—Creo que deberías pedir prestado un poco de dinero, Hubert, a alguno de los hombres que conoces. Realmente necesitas ver a un médico, y esos amigos tuyos nunca dudaron en pedirte prestado a ti.

—Bueno, quizá lo haga. Lo odio, sin embargo. Mi padre siempre me enseñó que pedir prestado era vergonzoso. “Si no tienes dinero, hijo mío, hazte a un lado,” solía decir.

—Sí, pero esto es distinto. Caray, si estás enfermo tienes que aflojar un poco en eso de ser independiente.

—Lo pensaré, Lil. Es difícil, sin embargo, guardar el orgullo en el bolsillo y pedir dinero. Soy un tipo raro, siempre lo fui. Odio pedir

favores a la gente. Lo pensaré, sin embargo. Si estoy peor mañana supongo que tendré que pedirle a alguien un préstamo.

Hubert se sintió mucho peor en la mañana. Dijo que le dolían todos los huesos del cuerpo, que la parte superior de su cabeza parecía que iba a volar, que no podía respirar y que su pecho estaba congestionado.

Lillian le puso la mano en la frente. —No tienes fiebre —dijo alentadoramente.

Él le sonrió con humor. —¿No? —preguntó.

—Tu frente está fresca.

—Así estaba la de mi hermano con una temperatura de ciento seis —dijo Hubert, complacido.

—Creo que deberías quedarte en casa.

—Eso es tonto, simplemente tonto. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Sentarme aquí y morir sin dinero para un médico?

—Oh, Hubert, no estás tan enfermo. Puedo conseguir algo en la farmacia y dártelo. Y si lo peor llega, podemos llamar a un médico y decirle que estamos en la ruina. Puede enviar la cuenta cuando estemos de pie otra vez.

—Bonita oportunidad de que haga eso.

—Ahora sí estás hablando tonterías. Sabes que un médico no se negaría a atenderte.

—Bueno, yo no tendría el descaro de pedirle que mandara la cuenta después.

—Yo sí lo tendría.

—Sí, tú lo tendrías. Tienes mucho descaro, ¿verdad?

—Entré a una casa de empeño y empeñé mi anillo. Créelo o no, eso requirió descaro.

—¿Qué vas a hacer? ¿Decirme que empeñaste tu anillo cada tres minutos durante los próximos diez años? Sé que lo empeñaste. No tienes que seguir hablando de eso.

—Oh, Hubert, no seas tan desagradable.

—Bueno, déjame en paz. Tengo que salir hoy; así que no sirve de nada que me digas que debería quedarme en casa.

Lillian no dijo más. Le sirvió el desayuno y él se marchó. La vio mirándolo desde la ventana y, con la conciencia remordiéndole, le hizo una seña con la mano y sonrió. Era una buena chica, pero molesta a veces, como todas las mujeres. Probablemente se preocuparía por él todo el día. Pero, después de todo, un resfriado era algo por lo cual preocuparse, precursor de una docena de enfermedades, y él realmente tenía uno fuerte. Su nariz estaba completamente tapada. No podía oler el aire fresco, pero podía ver que era un día hermoso. No tan caluroso como ayer. Quizá si las cosas salían bien con Helen iría al partido de béisbol esa tarde.

Tomó el auto y se dirigió hacia su casa oficial. Era temprano. Probablemente encontraría a Helen mientras desayunaba o se vestía para jugar golf o algo así.

Ella no estaba desayunando. ¿Ya se había ido? Caminó hasta la cocina y encontró a Nellie puliendo plata en la despensa.

—Buenos días, señor Scott.

—Buenos días, Nellie. ¿La señora Scott salió?

—No, señor. Todavía no se ha levantado.

—¿Podrías... eh... crees que podrías llamarla? Esta es más o menos su hora de desayuno, ¿no?

Nellie se inclinó más sobre su trabajo. —No podría llamarla —dijo—. Ella se levanta cuando está lista, a menos que la noche anterior me haya dicho que la llame. No la llamaría por nadie.

Esto fue un desafío claro y ofensivo a su importancia. Hubert no podía dejarlo pasar inadvertido.

—Supongo que porque mi trabajo me mantiene fuera te has olvidado de mí. Soy tu empleador.

—No, señor, no lo es. Mi empleadora está durmiendo arriba.

—Te quedarás sin trabajo esta tarde.

Nellie rió con una libertad fuerte y descarada. —Si es tan importante aquí, vaya y despierte usted mismo a la señora Scott —dijo.

Hubert salió de la cocina. Insolente, maldita criada. Muchas veces le había dado dólares extra. Bueno, al menos recordaba una vez claramente. Odiaba ver a la pobre chica perder un puesto que había tenido por más de dos años, pero no sabía cómo responder de otra manera a su insolencia. No podía permitirse que le hablara así. Tendría que contárselo a Helen. Recordó las últimas palabras de Nellie. Bueno, no, mejor dejaría que Helen durmiera.

Una hora y media después ella bajó las escaleras. Llevaba un kimono de seda estampada. Siempre algo diferente. Caray, probablemente gastaba un dineral en ropa.

Lo miró y dijo: —Buenos días. ¿Querías hablar conmigo?

—Sí.

—Bueno, espera hasta que haya desayunado, ¿quieres?

—Claro.

—¿Quieres algo?

—No, ya comí.

—Está bien. No tardaré.

Entró al comedor y tomó su lugar en la cabecera de la mesa. Nellie se acercó enseguida y ambas sonrieron con una intimidad extraña y comprensiva. Hubert pensó que no era de extrañar que Nellie fuera insolente. Helen la trataba como si fuera una igual.

—¿Huevos fritos, señora Scott?

—No, escalfados, por favor.

—Sí, señora Scott.

Durante todo el desayuno de Helen, Hubert se mordía las uñas y repetía para sí los puntos que debía recalcar cuando hiciera su petición. Cinco mil dólares. Gran inversión. "Bueno, uno de los hombres de Wall Street me dijo..." Helen caería en ese asunto de Wall Street. Bueno, no era asunto suyo si él no invertía en nada. Le devolvería sus cinco mil dólares algún día pronto. Gran inversión. Cinco mil dólares. "Bueno, uno de los hombres de Wall Street me dijo..." Caray, la forma en que hacía las cosas era enfermiza. Manteles de colores y vajilla de vidrio para el desayuno. ¿Quién se creía que era, para tirar dinero así? Probablemente también tenía esas tontas sábanas de colores en su cama. Las sábanas blancas habían sido suficientes para su madre. Cinco mil dólares. Gran inversión. "Bueno, uno de los hombres de Wall Street me dijo..."

CAPÍTULO 21

—Hubert, esto es demasiado. Cuando intentas robarme es un poco más de lo que puedo soportar sin hablar. No tienes manera de devolverme cinco mil dólares y en tu corazón sabes que no la tienes. ¿No tienes ningún escrúpulo? Saldrías de aquí con cinco mil dólares de mi dinero y estarías absolutamente tranquilo con la idea de que nunca podrías devolverlo. Eso es robo, Hubert. Claro que dices que lo devolverás, pero sabes perfectamente que las probabilidades son mínimas. Es decir, lo sabes si alguna vez enfrentas los hechos contigo mismo por un solo minuto.

No puedo imaginar, por supuesto, los procesos de tu mente. Recibiste quince mil dólares por tu negocio. Fue la mayor cantidad de dinero que viste en tu vida. Vendiste lo que te había tomado doce años construir y, deslumbrado por la suma, lo gastaste en un año y esperabas recoger dinero de las calles después de eso. La gente me cuenta cosas, ¿ves?, y porque te conozco tan bien soy capaz de armar toda una historia con lo que me dicen.

Pensé, por supuesto, que estaba siendo bastante decente contigo. Te dejé entrar y salir como quisieras porque te consideraba un pobre animal tonto que tenía un apego sin sentido por esta casa y por el hijo que ayudaste a crear.

No has contribuido ni cinco centavos al mantenimiento de esta casa ni al sustento de Hubert desde que te retiraste. Nunca te lo pedí.

Has venido aquí a insultar mi inteligencia una y otra vez. Las mentiras que me contaste eran absurdas, pero te dejé seguir sin discutir porque me daba lástima una mente capaz de concebirlas.

Nunca me has considerado ni por un instante. Compraste un Nash roadster para tu amante pelirroja a crédito y diste esta dirección porque no estabas usando tu propio nombre en Inwood. Luego dejaste de pagar una vez, aunque tenías dinero entonces, y llamaron aquí por eso.

Oh, sí, he sabido que había una mujer desde entonces. ¿No se llama Cory? Lo supuse, porque te hacías llamar con ese nombre. Sí, lo descubrí. Ese fue otro dulce momento. Nellie me lo dijo. Imagina cómo me sentí cuando me contó que el muchacho con el que sale a bailar te veía a todas horas del día y de la noche con una chica pelirroja y rellenita. Él lavaba autos en el garaje que usabas en Inwood y oyó a la gente llamarte señor Cory. Supongo que no lo reconociste cuando lo viste allí, pero él sí te reconoció.

Fuera de esas humillaciones no me importaba en absoluto. No porque sea de mente abierta o generosa, sino porque no has significado nada para mí desde hace más años de los que puedo recordar. Te dejé tener, con completa tranquilidad, a la mujer, la libertad y mi Packard. Sin embargo, no vas a robarme.

Supongo que podría haberte dicho hace mucho que dejaras toda la ficción sobre Steve Flynn y tu trabajo mítico. Pensé, sin embargo, que sería cruel hacerte saber que yo sabía. Te habría quitado todo el viento de las velas, estoy segura. Debiste sentirte como un alegre diablo engañando a tu esposa. Supongo que tú y la mujer implicada tomaron todas las precauciones que su mentalidad conjunta pudo

idear. Probablemente se asustaban encantadoramente cada vez que sonaba el timbre, temiendo que fuera yo con un detective. Lo pensé todo, pero no quise privarte de eso.

Como digo, Hubert, pensé que estaba siendo perfectamente decente contigo. Incluso sentí lástima cuando te vi desaliñado y noté que tenías que cambiar y guardar el auto sin servicio. Además, Jack—ese joven negro otra vez—le informó a Nellie que el Nash se había ido, y lo entendí perfectamente. Por favor, cree que no interrogué a Jack ni a Nellie para obtener información. No estoy por encima de ese tipo de cosas, pero no me interesaba. Pensé en darte un poco de dinero, pero cambié de opinión. ¿De qué serviría? Solo significaría una acción más idiota de tu parte, o dos o tres, dependiendo de cuánto te diera. Decidí no ofrecerte ni un centavo. Nunca se me ocurrió que intentarías pedirme prestado. Dios santo, Hubert, cuanto más lo pienso más fantástico me parece. Tú, que nunca compraste ni una barra de pan ni una lata de sopa para la casa cuando tenías quince mil dólares. Y pensar que me vienes con cuentos sobre una inversión de cinco mil dólares. Caray, ni siquiera sabrías cómo invertirlo si tuvieras el dinero. Pero claro, no pensabas hacerlo. Solo querías vivir a lo grande un rato con la señorita Cory otra vez y yo podía prescindir de mis cinco mil. Eso es un descaro colosal, Hubert.

Me atrevo a decir que la señorita Cory no es mala persona. No tengo nada contra ella, pero no va a tener su roadster reemplazado con mi dinero. Me niego a ser robada. Supongo que soy mezquina e irrazonable, pero no me gusta prestar cinco mil dólares sin absolutamente ninguna posibilidad de que vuelvan.

Ahora quiero decirte algo más, Hubert. Lo que intentaste hacer hoy cierra el largo, tedioso y sin sentido incidente que fue nuestra vida más o menos juntos. Ya no eres libre de venir a esta casa. No quiero volver a verte porque ya no siento lástima por ti, y eso significa que mi último sentimiento cordial hacia ti se ha ido. Si tienes algo arriba, por favor llévatelo. No quiero cabos sueltos. Esto debe ser el final. No inventes un deseo de ver a tu hijo como excusa para volver, Hubert. Sabes dónde trabaja, si el deseo de verlo te sobrepasa. Supongo que

no es necesario añadir que dejarás el Packard en la acera cuando te vayas. Y por favor vete pronto, antes de que esta mañana se arruine. Siempre la recordaré y la apreciaré como una ocasión en la que ejercí un tremendo autocontrol. Si hubiera querido, podría haber sido desagradable.

CAPITULO 22

Cuando Hubert salió del departamento, Lillian fue a la silla junto a la ventana. Por una vez no miró hacia la calle ardiente y brillante. Un extraño impulso la hizo girar la silla para quedar mirando la pequeña habitación polvorienta y descuidada. La puerta del clóset de la cocineta estaba abierta y vio un trozo de jabón amarillo con restos de café pegados, una lata vacía de leche condensada y agua goteando con persistente monotonía del grifo sin brillo.

Hubert no debería haber salido. Su resfriado estaba muy mal. Ella suspiró. En realidad tenía que hacerlo. Estaba bastante segura de que había ido a pedir dinero prestado a alguno de sus amigos. Se preguntó a cuál. ¿Sería alguno de los hermanos McKay? Más probable, sin embargo, que fuera un amigo cercano y no un conocido de negocios. Realmente necesitaba dinero. Cualquiera que lo viera reconocería lo necesario que era que recibiera atención médica. Pobre Hubert. Un resfriado era terrible. Esperaba que no pidiera demasiado dinero. El dinero era tan difícil de devolver, y ahora tenían una obligación. Su anillo tendría que ser recuperado. Eso costaría probablemente unos sesenta dólares. Ahora, si Hubert pedía veinticinco hoy, estaría bien. Solo tendrían que pagar alrededor de cien dólares cuando volvieran a levantarse.

Lillian pasó la mano por su cabello grueso y ondulado. De repente le vino un pensamiento. Chocante y aterrador, llegó como una burla de una multitud enfurecida. Se hundió un poco más en la silla, miró la habitación y se entregó a pensamientos inquietantes. Parecía haber

un curioso silencio frágil. Todo esperaba con una cortesía compasiva mientras el pequeño cerebro de Lillian Cory luchaba por abarcar un hecho. Solo el agua seguía goteando en el fregadero con una regularidad exasperante. La pequeña habitación parecía volverse más pequeña y más caliente. Los muebles parecían más viejos, polvorientos y endebles. Pensó en las cucarachas, en la gente de arriba, en el montacargas cargado de basura. Pensó en el carnicero que nunca le dejaba ver la carne que cortaba, en el único par de medias sin manchas que tenía, en el corte de cabello que necesitaba.

¿Era cierto que las cosas nunca mejorarían? ¿Que Hubert nunca volvería a levantarse? Intentó apartar la duda de su mente, pero no se iba, y sabía que no se iría porque pertenecía allí. Era la verdad. Este período de sobrevivir con nada no era la tediosa pausa que había pensado. Este era el espectáculo. Los dos autos, las compras desenfrenadas, los largos paseos y los días despreocupados... eso había sido la pausa. Claro. Hubert había vendido su negocio y había tenido dinero de sobra. Lo habían gastado. Ahora no había nada y él ni siquiera podía conseguir un trabajo. Quizá era incompetente. Ciertamente. Qué curioso lo ingenua que había sido. Nunca iba a poder darle otro hogar, reemplazar su coche o vestirla de nuevo con atuendos nuevos. No podía hacerlo. No era un hombre de negocios enérgico y capaz. ¿Cómo había sido tan densa? Dios, si hubiera tenido la inteligencia necesaria para mantener un puesto decente no habría actuado como lo hizo con todo ese dinero.

Se quedó un rato reflexionando sobre su estupidez y la insuficiencia de Hubert. Un par de tontos, ella y Hubert. Bueno, Dios debía amar a los tontos, hace tantos de ellos. Eso lo había leído en un libro. Qué curioso que hubiera sido tan tonta todo el tiempo y recién ahora lo comprendiera.

Camiones pasaban por su puerta con ruidos de arrastre y estruendo. Autos de pasajeros tocaban bocinas. Los niños gritaban. Los sonidos habituales de la calle habían vuelto. El momento de silencio que le

había sido dado había pasado, pero lo había aprovechado bien. Incluso estaba satisfecha de aceptar la verdad y no intentar expulsarla engañándose a sí misma.

Repasó todo lo que había pasado por su mente en los últimos diez minutos. Se estaba dando una última oportunidad de encontrarlo todo vacío y absurdo, provocado por el mal ánimo y la preocupación. No, era cierto.

Cuando estuvo completamente convencida de que los hechos que se le habían presentado eran honestos y bien intencionados, fue a su dormitorio y se vistió.
Se vistió rápido pero con cuidado. Se detuvo a planchar su vestido de georgette azul, pero lo hizo sin perder tiempo. Estaba fuera de la casa en veinte minutos.

Cuando volvió era mediodía. Se veía acalorada y cansada, pero había en ella una nueva vitalidad. No se dejó caer en el sofá, sino que comenzó de inmediato a ordenar el departamento. Hizo la cama y lavó los platos del desayuno. Trapeó el piso en los lugares que la alfombra no cubría y desempolvó a fondo incluso en rincones que no habían sido tocados desde que había alquilado el departamento. Se detuvo una vez y comió una rebanada de pan con mantequilla. Cuando terminó fue a la ventana a esperar a Hubert.

Pasada la una llegó. Lo vio caminar hacia la casa y se preguntó por el coche. Su primer pensamiento fue que había tenido un accidente que había destruido el coche por completo pero lo había dejado sano y salvo. Se convenció de que había ido primero al garaje y había caminado a casa para ahorrarse un viaje después. Mientras se acercaba, ella estudió ansiosamente su expresión. ¿Había tenido suerte? ¿Cómo se sentía? Su expresión no le decía nada.

Ella pensó que le tomó un tiempo inusualmente largo llegar al departamento. Probablemente estaba acalorado y enfermo. Se apartó de la ventana y abrió la puerta. Se quedó esperando en el

umbral escuchando sus pasos. Pasos lentos. Si no hubiera visto a Hubert venir, habría pensado que un anciano estaba subiendo las escaleras. Debía estar bastante enfermo.

Entró y se sentó de inmediato. “Hola”, dijo. “Dios, hace calor.”
“Sí. ¿Por qué no manejaste hasta casa? Podías haber traído el coche de vuelta cuando estuvieras más descansado.”
“Vine en tren. Eso fue lo que me retrasó. Tuve que esperar un tren y luego me quedé dormido y pasé mi estación y tuve que regresar en metro y todo. Fue una molestia. ¿Qué decías? Oh, ¿el coche? Bueno, lo dejé con Helen. Ella... ella quería prestarlo por un día o dos. No tuve corazón para seguir negándoselo. Probablemente será un infierno recuperarlo, pero ya sabes cómo es. Nerviosa y todo. Siempre le gustó el coche, ya sabes. Una vez le prometí que algún día se lo dejaría por un día o dos. Pensé que era mejor dejar que lo tuviera. Ya no lo usamos tanto.”

“No, claro que no. Aunque no sabía que ibas a ver a Helen hoy.”
“Ni yo. La encontré en la calle. Mala suerte.”

No había conseguido dinero. Si lo hubiera hecho ya lo habría dicho. Ella puso su mano en su frente. Se felt se sentía caliente. Se estaba quitando el abrigo y entraba una pequeña brisa por la ventana. Oh, seguro que tendría neumonía.
“Hubert, tienes fiebre y todo. Por favor, vete a la cama.”
“Vamos. Me asaría en la cama. Te diré lo que puedes hacer por mí, Lil. Tráeme un buen vaso de agua fría.”

Ella abrió el grifo goteante a toda fuerza y el agua salpicó sus brazos y rostro en una pequeña ducha vengativa. Le llevó el agua.
“Gracias, Lil.”
“De nada. ¿Viste... viste a alguien hoy además de Helen?”
“No, Lil, no vi a nadie. Te diré la verdad. Puede sonar tonto para ti, pero la educación que recibes de niño dura toda la vida. Mi viejo siempre me machacó que pedir dinero prestado era casi como robarlo. Hoy fui

con toda la intención de pedirle a Carl Feldman o a los McKay o a cualquiera de la docena de tipos que conozco bien, pero, caray, Lil, no pude hacerlo. Simplemente no pude. Quise hacerlo, pero seguía pensando en lo que decía mi viejo y juro que no pude acercarme a ninguno. Me lo habrían dado. Sé que lo harían, pero no pude pedirlo."

"Bueno", dijo Lillian tras un momento de reflexión, "si así eres, así eres. Lo entiendo. No me suena tonto. Puedo entender que la gente tenga ideas raras. Solo que tú te sientes tan mal y todo, esperaba que consiguieras algo de dinero. No le pedirías a Helen, supongo."
"Eso sería lo mismo, Lil. Pedirle prestado a ella sería como pedirle a cualquiera. Y peor porque es mujer."
"Sí, tienes razón."

Lillian se sentó. Miró a Hubert. Se veía terriblemente derrotado. Quizá él siempre había sabido lo que ella acababa de descubrir ese día. Pensó que parecía como si quisiera llorar. Probablemente era su imaginación. Solo estaba acalorada y cansada y quizá un poco deprimido. Los hombres realmente no lloran.
Lo observó unos segundos más. Luego se levantó y cruzó la sala hacia el sofá. Se sentó junto a él y le rodeó con el brazo.

"Cariño", dijo. Luego, muy seria: "Cariño, escucha. Está bien. Vamos a salir adelante. Escucha, hoy fui al centro y conseguí un trabajo. De verdad lo hizo. Empiezo mañana. Pañuelos, claro. Ahora no te preocupes. ¿No fue inteligente de mi parte? Vamos, di que fue inteligente. Y escucha, te prepararé un buen baño frío. ¿Qué te parece? Y después te jugaré una partida de damas."

Fue al baño y abrió el agua para su baño. Solo después de que él se bañó recordó que un baño frío probablemente sería peligroso con su resfriado. Se preocupó bastante por eso y jugó una muy mala partida de damas.
Hubert le advió dos veces que mantuviera la mente en el juego. Solo,

reveló mientras capturaba una ficha de Lillian, gracias a una estricta concentración podía vencerla siempre.

CAPITULO 23

Cinco y media de la tarde en el metro. Lillian Cory estaba de pie en el andén de un tren hacia el norte. Dios, qué aglomeración. Ese tipo con bigote parecía pensar que podía abrirse paso a empujones a través de ella si seguía intentándolo. ¿Por qué la gente no construía grandes almacenes allá por Battery? Así las dependientas que habían estado de pie todo el día tendrían asegurado un asiento. Dios, también hacía calor. Una buena tormenta ahora. Bueno, no exactamente ahora, sino justo después de que ella estuviera bajo techo.

Cruzando los ojos y mirando hacia abajo, Lillian podía ver que su nariz brillaba. Oh, al diablo con eso. Con este calor nadie podía preocuparse. Caray, apenas era la calle Ciento Veinticinco. Se preguntó si el viaje solía parecer tan largo en los viejos tiempos. Bueno, volvería a acostumbrarse a que no le molestara. Se necesita tiempo para retomar el ritmo. Después de todo, era la primera vez que veía la hora pico del metro en casi dos años.

El tren gemía y se balanceaba mientras avanzaba. Lillian no corría peligro de caer, tan apretada como estaba entre otros individuos cálidos y aplastados.

Afuera de la estación de la calle Ciento Sesenta y Ocho el tren se detuvo en la oscuridad. Nadie sabía por qué se detenía, pero todos se preguntaban cuánto tiempo estarían retrasados. No fue más de un minuto lo que esperaron allí, pero al repetirse en la cena esa noche se habría convertido mágicamente en diez o treinta minutos.

Por fin Inwood. Lillian bajó rápidamente las escaleras, acomodándose la ropa mientras caminaba. Fue primero a la carnicería y compró dos chuletas de cordero. Dijo que las quería gruesas. El carnicero asintió y las cortó delgadas. Sabía muy bien que cualquiera que comprara allí no podía pagar chuletas gruesas. En la tienda de al lado compró una

lechuga y un tomate grande. Cruzó la avenida Post y se detuvo en la farmacia por un frasco de Vicks VapoRub. Un frasco pequeño.

Bueno, ya estaba hecho. Se preguntó cómo estaría Hubert. Era tan tonto con ese resfriado. Esperaba que no hubiera hecho nada imprudente que lo empeorara.

Se sintió aliviada al encontrarlo en el sofá de la sala. Estaba acostado en pijama con una sábana sobre él. —Hola —dijo. —Hola. ¿Cómo estás? —Bien, supongo. ¿Cómo estuvo el trabajo? —Bien. Creo que me gustará esa tienda. Claro que es solo el primer día, pero se puede notar bastante.

Él asintió y ella se volvió para poner las chuletas a asar. Él estaba contento de que ella estuviera en casa. Había sido un día miserable. Primero, no se había sentido muy bien. Además, había estado preocupado por una cosa y otra. Y solo. Ahora, el Packard, por ejemplo. Probablemente Lillian pronto lo pediría. Oh, bueno, era tonto preocuparse por eso. Podría arreglárselas. No tenía sentido cruzar un puente antes de llegar a él.

Era agradable ver a Lil moverse por el lugar poniendo platos en la mesa y lavando la lechuga. Realmente la había extrañado. Bueno, pronto él también estaría fuera todo el día. Tan pronto como ese resfriado cediera un poco conseguiría algo que hacer. Vería cómo los hombres conseguían esos trabajos manejando taxis o camiones de lavandería o algo así. Caray, un hombre no podía morirse de hambre. Dios sabía que era tan inteligente como cualquiera que tuviera un gran puesto con mecanógrafos y asistentes a su disposición, pero, vaya, no podía morirse de hambre solo porque nadie más reconociera su capacidad. Era buen conductor. Debería poder conseguir un camión o un taxi o algo. Si no, habría otros trabajos. Tendría que averiguarlo.

Se preguntó por qué la negativa de Helen a ayudar lo había hecho ver de repente que debía esforserse y aceptar cualquier trabajo. ¿Era porque había estado dependiendo de Helen para sacarlo de sus problemas? Eso no podía ser. No era del tipo que dependía de otros.

Nunca lo había sido. Bueno, al diablo con la causa de su despertar. El hecho era que tenía que ponerse a hacer algo que le diera al menos veinticinco dólares a la semana.

—La cena está lista —dijo Lillian. —Está bien. —Se levantó del sofá. Un paso y ya estaba en la mesa. El plato frente a él tenía una chuleta de cordero, varias hojas de lechuga y dos rodajas de tomate. Ella había intentado que se viera delicado, pero él no lo notó, porque tenía mucha hambre.

Comieron en silencio. Una vez Lillian le preguntó si quería más pan. Él dijo que sí y cuando ella se levantó a cortarlo pidió también más lechuga. Después volvió al sofá y Lillian lavó y secó los platos.

La noche de verano cayó sobre Inwood. Los niños se llamaban unos a otros con extraños gritos entre un alarido y un canto tirolés. Una sensación de soledad invadió a Lillian. Por toda la calle había grupos de personas hablando y riendo. Se preguntó si Anna y Louise estarían juntas esa noche. Quizá Theresa estaba con ellas. Todas tendrían zapatillas de colores brillantes y vestidos de organdí y estarían riendo de algo. Ni siquiera mencionarían su nombre. Nadie volvería a mencionar su nombre. Su madre quizá de vez en cuando; eso, si aún vivía.

Una joven se detuvo en la calle bajo la ventana de Lillian. Tenía una figura esbelta, pies pequeños y delgados. Llamó: —Oye, John Gilbert está en el Dyckman esta noche. ¿Quieres venir? Se dirigía a la chica de la ventana sobre la de Lillian. Además, Lillian había reconocido por su voz que no era Theresa.

Hubert tosió. Lillian fue a buscar el Vicks VapoRub. Lo había olvidado hasta ahora. —Oye, Lil, no me pongas eso. Tengo que salir mañana y podría empeorar si me embadurnas. Ya sabes que abre los poros y todo. —¿Para qué vas a salir? —Tengo que conseguir un trabajo, Lil. Cualquiera. Ya sabes, manejar un taxi o de cajero, o lo que sea que me acepten. Ella se inclinó sobre el frasco de Vicks VapoRub mientras desenroscaba la tapa. —Sí —dijo—, lo sé. Pero no vayas todavía. Espera a que estés mejor.

Ella se sentó junto a él. El frasco estaba sostenido distraídamente entre sus dedos. Él la miró con curiosidad. Ella parecía haber olvidado lo que había pensado hacer. De repente se volvió y lo abrazó con fuerza.

—¿Me amas? —preguntó él.

—No seas tonto.

—Vaya, Lil, eres una buena compañera.

—Déjame ver tu pecho.

Ella tomó un poco de Vicks VapoRub en la mano y comenzó a masajearlo. Él se recostó con los ojos cerrados, sometiéndose a sus cuidados.

Los llamados en la calle continuaban. La gente se saludaba con fuertes "holas" y se despedía con igualmente ruidosos "adioses".

—Nos vemos el domingo.

—¿Por qué no vienes alguna vez?

—Ahí viene la gente ahora.

Personas ruidosas gritaban de ventana a ventana y a través de las calles. Gritaban incluso cuando estaban al lado de la persona a la que se dirigían.

Hubert los escuchó. Abrió los ojos pero los cerró de nuevo. Lillian pensó que era como si hubiera abierto la boca para hablar y luego lo hubiera reconsiderado.

Ella puso una toalla sobre su pecho y abotonó su chaqueta de pijama, luego volvió a sentarse junto a la ventana.

Los llamados de los niños se apagaron a medida que la noche avanzaba. Incluso las voces de los adultos se acallaron cuando buscaron sus camas. Podría ser una noche de verano, pero mañana había trabajo que hacer.

Por primera vez en su vida Lillian se preguntó por qué Dios se había molestado en crear a la humanidad. ¿Sería por la misma razón que la

gente tiene mascotas? Miró hacia el cielo mientras se lo preguntaba. Su azul oscuro le recordó que se hacía tarde. Ella también tenía trabajo que hacer mañana. Suspiró y tomó el reloj. Puso la alarma para las siete.

Hubert se volvió y la miró.

—Vamos, pequeño —dijo ella—. Es hora de irnos a dormir.

—Sí, supongo que sí. —Se levantó—. Oye, sabes que estaba acostado pensando en lo sola que estás. No tienes amigos, Lil. ¿Qué pasaría si algo me ocurriera?

—Qué pensamiento tan dulce. Odio desanimarte, pero eres bastante fuerte. Nada te va a pasar.

—Lo sé. Pero supongamos que sí. Vaya, solías tener tantos amigos: Theresa, Mary Jackson, Anna y Louise. Mira, todos se han ido.

—Oh, ellos —dijo Lillian. Estaba apagando las luces y habló despreocupadamente por encima del hombro—. Al diablo con ellos. Solo son pequeños inútiles cobardes que me dejan de lado porque soy una mujer mantenida. Vamos, cariño, a la cama.